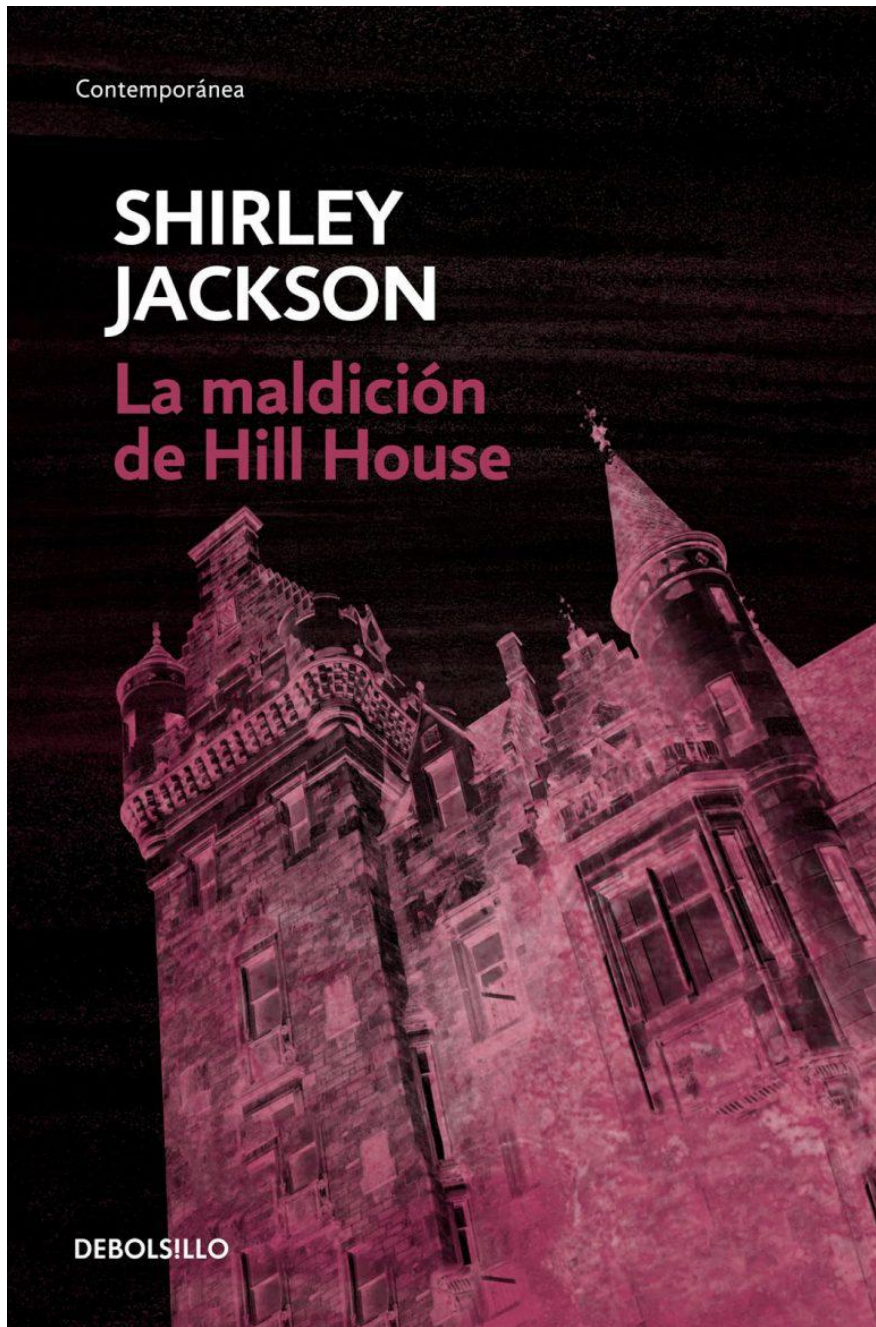


Contemporánea

**SHIRLEY
JACKSON**

**La maldición
de Hill House**

DEBOLSILLO



La escritora Shirley Jackson (1916-1965) publicó su primera novela *The Road Through the Wall* en 1948, a la que siguieron *Hangsaman* (1951), *The Bird's Nest* (1954), *The Sundial* (1958) y *We Have Always Lived in the Castle* (1962), que obtuvo una valiosa publicidad extraliteraria cuando al marido de Shirley Jackson se le ocurrió hacer público, en las páginas de un conocido rotativo, que su autora había practicado la brujería, cosa que ésta negó rápidamente. No obstante, después de su muerte, se supo que semejante desmentido sólo trataba de evitar el rechazo de la opinión pública hacia su persona. Según explicó su hijo, Laurence Hyman, su madre poseía un tablero Ouija y cartas del tarot y sabía perfectamente cómo utilizarlos, además de unos quinientos libros sobre ocultismo.

La maldición de Hill House (*The Haunting of Hill House*, 1959), considerada una de las principales novelas de horror del siglo XX, narra el inquietante experimento de John Montague, doctor en Filosofía y antropólogo, que lleva años entregado al estudio de «las perturbaciones psíquicas» que suelen manifestarse en las «casas encantadas». Infructuosamente ha buscado una casa idónea, cuando un día oye hablar de Hill House, una mansión solitaria y de siniestra reputación. Montague decide alquilarla y busca ayudantes dispuestos a pasar una temporada en ella: Eleanor, una mujer desdichada que, tras once años cuidando a su arisca madre inválida, se ha vuelto una persona solitaria; Theodora, joven alegre y curiosa, seleccionada por su increíble capacidad telepática; y Luke, vividor y mentiroso, incluido en el grupo por exigencia de la propietaria, su tía. El objetivo: tomar notas de cualquier fenómeno paranormal que se presente para documentar el libro sobre casas encantadas que prepara el doctor. Las alucinantes experiencias que vivirán en la casa será mejor que el lector las descubra por sí mismo.



Shirley Jackson

La maldición de Hill House

Valdemar - Gótica - 72

ePub r1.4

Titivillus 19.11.2019

Shirley Jackson, 1959

Traducción: Óscar Palmer Yáñez

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



Índice de contenido

Introducción

1

2

3

4

5

Capítulo 1

1

2

3

4

5

Capítulo 2

1

2

Capítulo 3

1

2

3

4

5

Capítulo 4

1

2

3

4

5

6

Capítulo 5

1

2

3

4

Capítulo 6

1

2

3

Capítulo 7

1

2

3

4

Capítulo 8

1

2

3

4

5

6

7

8

Capítulo 9

1

2

3

4

Sobre la autora

INTRODUCCIÓN

SHIRLEY JACKSON: LA REINA OSCURA DE HILL HOUSE

Antonio José Navarro

Nadie vive cerca de esta casa; nadie quiere vivir cerca de aquí. De modo que nadie los oirá si gritan. En la noche. En la oscuridad...

Nelson Gidding

1

En 1959, la editorial neoyorquina Viking Press publicaba la novela La maldición de Hill House (The Haunting of Hill House), considerada actualmente por diversos eruditos como una de las más brillantes novelas fantásticas del siglo XX. Su autora, la escritora estadounidense Shirley Jackson, era conocida hasta ese momento por sus libros para niños, como *The Witchcraft of Salem Village* (1956), y por una obra teatral basada en el clásico Hansel y Gretel titulada *The Bad Children* (1958). Asimismo, eran muy populares sus antologías de relatos breves, *Life Among the Savages*: (1953) y *Raising Demons* (1957), en los que la autora hablaba de su vida familiar y de su experiencia como madre a la hora de criar a cuatro hijos (Laurence, Joanne, Sarah y Barry). De hecho, más allá de lo puramente autobiográfico, Jackson trataba con notable dignidad creativa un género muy frecuentado entre las amas de casa americanas de los años 50 con veleidades literarias, la llamada *Fiction of Domestic Chaos*.

No obstante, la fama de Shirley Jackson eclosionaría a raíz del éxito de crítica y público cosechado por *La maldición de Hill House*, éxito que favoreció su redescubrimiento como una de las autoras de ficción terrorífica más sobresalientes de su generación. Así pues, los lectores pudieron recuperar *The Lottery and Other Stories* (1949)^[1], antología de cuentos extraños y turbadores sobre el lado oscuro de la naturaleza humana; relatos de locura, muerte y horror que, por sí solos, cada uno de ellos, constituyen un prodigio de estilo. La calculada acumulación de matices *siniestros*, de *atroces* sugerencias, crea un denso clima de inquietud, de angustiosa expectación, que estalla en una terrible conclusión nada gratuita: las claves para captarla están ahí, mientras intentamos digerir nuestro mudo desasosiego. Stephen King, uno de los más rendidos admiradores de Shirley Jackson —jamás ha negado la poderosa influencia que *La maldición de Hill House* ha tenido sobre *El resplandor* (*The Shining*, 1977)—, escribió: «El cine y la literatura de horror son una invitación a dejarse llevar simbólicamente por una conducta desviada y antisocial, a cometer actos de violencia gratuita, a consentir

nuestras pueriles fantasías de poder, a entregarnos a nuestros miedos más cobardes. Quizá, más que otra cosa, la novela o película de horror nos dice que está bien unirse a la masa, convertirse en un ser completamente tribal, destruir al forastero. Nunca se ha expresado mejor de un modo literario que en el cuento corto de Shirley Jackson “La lotería”, en el que incluso el concepto de forastero es simbólico, nada más que un círculo negro en una hoja de papel^[2] ». Por otro lado, el escritor, ensayista y editor Jack Sullivan, en su antológica *The Penguin Encyclopedia of Horror and the Supernatural* (Random House Value, Nueva York, 1989), advertía lo siguiente: «Lo sobrenatural en la obra de Shirley Jackson se halla en un rincón oscuro, al fondo de una habitación vacía, donde las solitarias protagonistas de la autora, generalmente mujeres, se hallan a sí mismas en medio del horror...».

2

A primera vista, *La maldición de Hill House* ilustra las aventuras de un equipo de investigadores de la Society for Psychical Research, fundada en 1882 para estudiar toda clase de fenómenos paranormales. Cuatro «cazafantasmas» se reúnen en una casa de mala reputación; un lugar *diabólico* y *enfermo*, como detalla el primer e inolvidable párrafo de la novela, que nos sitúa ya en una dimensión de lo tenebroso nada habitual: «Ningún organismo vivo puede mantenerse cuerdo durante mucho tiempo en unas condiciones de realidad absoluta; incluso las alondras y las chicharras, suponen algunos, sueñan. Hill House, nada cuerda, se alzaba en soledad frente a las colinas, acumulando oscuridad en su interior; llevaba así ochenta años y así podría haber seguido otros ochenta años más. En su interior, las paredes mantenían su verticalidad, los ladrillos se entrelazaban limpiamente, los suelos aguantaban firmes y las puertas permanecían cuidadosamente cerradas; el silencio empujaba incansable contra la madera y la piedra de Hill House, y lo que fuera que caminase allí dentro, caminaba solo». Liderados por el Dr. Montague —un doctor en filosofía cuya verdadera vocación es el análisis de manifestaciones sobrenaturales—, Eleanor, Theo —dos mujeres dotadas de poderes psíquicos— y Luke —heredero legítimo de la propiedad—, se adentran en Hill House sin saber que la casa va a poner a prueba sus habilidades intelectuales, su entereza espiritual, su férreo escepticismo. Hill House es, a pesar de las apariencias, un lugar infinitamente antiguo e infinitamente horrible, salpicado de lóbregas estancias que parecen mazmorras, en cuyos altos techos los ojos sólo alcanzan a ver telarañas y sombras, donde columnas de frío espectral tiñen el aire de funestos presagios, donde el silencio es un pavoroso grito de espanto... Y en medio de todo, la certeza de una vida misteriosa y sobrehumana espantosamente adherida a cada una de las vigas y piedras de la mansión. Como explica el Dr. Montague: «Ciertamente (...) no sería demasiado fantástico afirmar que algunas casas son malas de nacimiento. Hill House, sea cual sea la causa, ha resultado ser inapropiada para la habitación humana durante los últimos veinte años. Cómo era antes, si su personalidad quedó moldeada por la gente que vivió aquí o las cosas que hicieron, o si fue malvada desde el primer momento, son preguntas que no puedo responder. Naturalmente, espero que todos acabemos sabiendo mucho más sobre Hill House antes de marcharnos. Hill House es una casa... perturbada, quizá.

Leprosa. Enferma. Cualquiera de los eufemismos populares para la locura; una casa trastornada es una bonita alusión».

Sin embargo, y aunque parezca un contrasentido, La maldición de Hill House no es una obra de terror al uso, ni una *ghost story* convencional. El lector que espere encontrar tétricos fantasmas quedará defraudado; quien busque emociones fuertes se sentirá engañado: la novela es mucho más psicológica que fantástica, si bien como apunta Stephen King, su autora «utiliza las convenciones del nuevo gótico americano para examinar una personalidad sometida a una presión psicológica extrema^[3] ». Narrada en tercera persona y estructurada mediante sobrecogedores monólogos interiores, el horror, lo fantástico, nos viene dado a través de la visión subjetiva de los personajes, de su contacto con la parte más oscura de ellos mismos; esto es lo que, probablemente, se proyecta en las desoladas y amenazadoras estancias de Hill House.

Entonces, ¿existe lo sobrenatural en La maldición de Hill House? Es probable que sí, pero su amenaza no se esconde tras los ruidos en la noche, en los espacios gélidos y en los susurros ininteligibles que flotan entre las paredes del gigantesco edificio. Lo más perturbador de La maldición de Hill House se agazapa en la hipersensibilidad del personaje Eleanor, quien sin ser parapsicóloga o una ferviente aficionada a lo oculto, capta la imperceptible perversidad de la casa: «La casa era vil. Me estremecía, y los pensamientos, las palabras llegaban libres a mi mente; Hill House era vil, estaba enferma; quiero marcharme de aquí de una vez (...)». Pero entre ambos, mujer y caserón, existe una retorcida relación de amor y odio —en uno de los muros aparece escrito «Socorro, Eleanor, vuelve a casa...»—; por consiguiente, el poseído espíritu Eleanor acabará vagando entre las piedras de Hill House...

3

La inspiración de escribir una historia de fantasmas le asaltó a Shirley Jackson mientras leía un libro sobre investigadores psíquicos del siglo XIX que habían alquilado una casa para investigarla. «Pensaba que estaban siendo enormemente científicos y demostrando todo tipo de cosas — comentaba la escritora—, y sin embargo la historia que podía leerse entre las líneas de sus áridos informes no es ni mucho menos la historia de una casa encantada, sino la historia de varias personas fervorosas, a mi juicio equivocadas, y ciertamente decididas, con sus diferentes motivaciones y pasados». Poco después la escritora vio, durante un viaje a Nueva York, cerca de la estación de metro de la calle 125, una casa de aspecto grotesco y maligno que le causó una honda impresión. Tanto que, según confesó más tarde, le provocó incluso pesadillas... Tras recopilar durante meses información sobre otras casas «malditas» —fotos, recortes de periódico, etc.—, halló el escenario perfecto para su novela. Se trataba de un gran edificio de estilo eduardiano, ubicado en el norte de California, y pronto Jackson requirió la ayuda de su madre, quien vivía en San Francisco, para indagar en torno a tan estremecedora construcción. «Tenía tal aire de descomposición, de enfermedad, que si alguna casa era candidata a albergar fantasmas, sin

duda era ésa», comentó. Curiosamente, sus expectativas se vieron ampliamente superadas. Su madre no sólo estaba familiarizada con la casa, sino que le suministró una inquietante información: la había construido el bisabuelo de la propia escritora (¡!)[4] .

Por otra parte, La maldición de Hill House, al igual que una de sus más dignas y atractivas imitadoras literarias, La casa infernal (Hell House, 1971), de Richard Matheson, se inspiró, en mayor o menor medida, en un *auténtico* edificio maldito, el Winchester Mystery House, sito en el número 525 de South Winchester Blvd., en la ciudad de San José, la tercera urbe más poblada del Estado de California. Fue construida por Sarah L. Winchester (1839-1922), viuda del magnate de las armas William Wirt Winchester — inventor del famoso rifle de repetición que convulsionó el Oeste—, una mujer de personalidad depresiva y vivamente interesada por el espiritismo, que tras la muerte de su marido empezó a creer que la mansión estaba maldita por las miles de víctimas de las armas que cimentaron su inmensa fortuna. Aconsejada por un médium, en 1884, se trasladó a la Costa Oeste y compró la granja del Dr. Robert Caldwell, de unos 170 acres (1 km²) de superficie. Allí empezó la construcción de un caserón de formas laberínticas y fantásticas: repleto de puertas falsas que no conducen a ningún sitio o tan sólo pueden abrirse desde un lado...; un tramo de escaleras desemboca a otro tramo, que a su vez conduce al mismo piso, mientras que otra escalera tiene 44 escalones y da la vuelta a 7 esquinas, pero apenas se eleva dos metros y medio del suelo (¡). También hay escaleras que no llevan a ninguna parte y buhardillas de dimensiones distorsionadas; únicamente hay dos en toda la casa, cuyas luces están dispuestas de modo que nadie proyecte su sombra. Por otra parte, Sarah estaba obsesionada con el número trece, el de la mala suerte, quizá con el objeto de exorcizar cualquier infortunio: casi todas las ventanas contienen trece paneles de cristal, el invernadero está coronado por trece cúpulas, los suelos de madera están formados por trece secciones y algunas habitaciones tienen 13 ventanas...

La casa estuvo en perpetua construcción, sin interrupciones, durante treinta y siete años, hasta la muerte de su propietaria, y su coste actualizado sería de setenta millones de dólares. Según sus allegados, Sarah Winchester pretendía refugiarse en la mansión para evitar la venganza de los espectros. Estaba prohibido incluso hacerle fotos con el fin de impedir que los fantasmas averiguaran qué aspecto tenía (¡¡!!), aunque todavía se conservan dos instantáneas de ella, ya anciana. Cuando falleció, la casa tenía 2,5 hectáreas de superficie, ciento sesenta habitaciones, tres ascensores, seis cocinas, cuatrocientas setenta y seis puertas, diez mil ventanas, cuarenta y siete chimeneas, cuarenta escaleras, cincuenta tragaluces, seis cajas fuertes y un solo baño en una de sus siete plantas... Pero ¿está encantada Winchester Mystery House? Sin duda: a lo largo de su dilatada edificación, las historias de fenómenos extraños y visiones fantasmales se cuentan por docenas, y varios equipos científicos que han investigado en ella han constatado una actividad paranormal inusitada, con psicofonías y apariciones. Declarada por el Estado de California como Lugar de Especial Relevancia Histórica, hoy en día puede visitarse como atracción turística.

Fiel a la esencia de la novela de Shirley Jackson, el cineasta estadounidense Robert Wise (1914-2005), conocido por su versatilidad artística —cf. *Ultimátum a la tierra* (*The Day the Earth Stood Still*, 1951), *Marcado por el odio* (*Somebody Up There Likes Me*, 1956) y *Sonrisas y lágrimas* (*The Sound of Music*, 1965)—, produjo y dirigió en 1963 una notable adaptación filmica titulada *The Haunting*. Es posible que numerosos aficionados al género, tanto en su vertiente literaria como cinematográfica, no conozcan esta extraordinaria película, pues se estrenó en los cines españoles, si bien hace años fue objeto de diversos pases televisivos bajo el título de *La casa encantada* y, recientemente, ha sido editada en DVD por Warner Bros. Protagonizada por Richard Johnson (Dr. Marway), Julie Harris (Eleanor), Claire Bloom (Theo) y Russ Tamblyn (Luke), *The Haunting* no sólo se beneficia de un magnífico elenco, muy ajustado al perfil dramático de cada personaje, sino que debe también una parte muy importante de su entidad artística a la pictórica fotografía en B/N y Panavisión de Davis Boulton, y al corpóreo diseño de producción a cargo de Elliot Scott. Junto a tan distinguidos colaboradores, Wise tuvo el suficiente talento para transformar las angustiosas emociones que sentimos ante las carencias de la razón frente a lo sobrenatural en imágenes, bien a través de un encuadre o de un leve movimiento de cámara. La puesta en escena de *The Haunting* sabe despertar en nosotros la sorda inquietud que provoca aquella Maldad que supera el espíritu humano. Resultan inolvidables, pues, los instantes en que, al igual que en la novela, los «fantasmas» íntimos de cada personaje se materializan, por decirlo de alguna forma, en los sucesos sobrenaturales de Hill House: los estremecedores golpes que resuenan en los muros de la mansión y que le recuerdan a Eleonor los dados por su madre enferma en la pared con el propósito de llamarla...; la mano invisible que aprieta la suya en la oscuridad pensando que es la de Theo...; la puerta de la habitación que *respira* ... De ahí que, todavía hoy, *The Haunting* sea considerada por numerosos críticos y especialistas como una de las mejores películas de «casas encantadas» de la historia del cine.

Años después, en 1999, el realizador de origen holandés Jan De Bont firmó una nueva adaptación cinematográfica del célebre texto de Shirley Jackson, *La guarida* (*The Haunting*), con resultados artísticos nefastos. Todos los elementos de la producción —la magnífica dirección artística de Eugenio Zanetti, la inspirada fotografía de Karl Walter Lindenlaub— están al servicio del más deplorable artificio. La sutileza y la elegancia de lo sugerido, de lo intuido, dan paso a la grosería de lo mostrado en primer plano, del montaje múltiple desde varios ángulos de cámara. Con todo, fue un relativo éxito comercial, recaudando 91 millones de dólares en Estados Unidos, más 177 en todo el mundo^[5].

de una familia de clase media formada por Leslie y Geraldine Jackson. Hacia 1932 la familia Jackson se mudó a Rochester, Nueva York. Shirley se graduó en 1934 en la Brighton High School y, acto seguido, tras un breve paso por la University of Rochester, se matriculó en la Syracuse University, donde publicó su primer cuento, titulado «Janice» (1938), además de participar en toda clase de actividades estudiantiles, desde producciones teatrales a revistas *amateurs*. Allí conoció a su futuro marido, Stanley Edgar Hyman, quien llegaría a ser un notable crítico literario. Tras finalizar sus estudios en 1940, Jackson empezó a escribir en publicaciones como *Collier's*, *Good Housekeeping*, *Harper's*, *Mademoiselle*, *The New Republic*, *The New Yorker*, *Woman's Day* o *Woman's Home Companion*.

Su primera novela fue *The Road Through the Wall* (1948), a la que siguieron *Hangsaman* (1951), *The Bird's Nest* (1954), *The Sundial* (1958) y *We Have Always Lived in the Castle* (1962), que obtuvo una valiosa publicidad extraliteraria cuando al mismísimo marido de Shirley Jackson se le ocurrió hacer público, en las páginas de un conocido rotativo, que su autora había practicado la brujería, cosa que ésta negó rápidamente. No obstante, después de su muerte, se supo que semejante desmentido era una pura pose, a fin de evitar el rechazo de la opinión pública hacia su persona. Según explicó su hijo, Laurence Hyman, su madre poseía un tablero Ouija y cartas del Tarot y sabía perfectamente cómo utilizarlos, además de unos quinientos libros sobre ocultismo. «Mi madre, de hecho, era un poco bruja, pues vi cómo utilizaba sus poderes para asuntos domésticos y para protegernos a todos. Una vez desatascó un fregadero mediante una sencilla invocación. También detectaba la personalidad oculta de animales y objetos inanimados, como coches y casas», confiesa. Incluso uno de los amigos personales de su madre, el crítico Bernard Gill, le comentó que creía que ella murió por culpa de una maldición. Ocurrió el 8 de agosto de 1965, mientras dormía, a causa de un ataque al corazón, a la edad de 48 años. Se considera que el tratamiento que recibió durante toda su vida para remediar sus neurosis y enfermedades psicosomáticas pudo influir en su repentina defunción.

Ningún organismo vivo puede mantenerse cuerdo durante mucho tiempo en unas condiciones de realidad absoluta; incluso las alondras y las chicharras, suponen algunos, sueñan. Hill House, nada cuerda, se alzaba en soledad frente a las colinas, acumulando oscuridad en su interior; llevaba así ochenta años y así podría haber seguido otros ochenta años más. En su interior, las paredes mantenían su verticalidad, los ladrillos se entrelazaban limpiamente, los suelos aguantaban firmes y las puertas permanecían cuidadosamente cerradas; el silencio empujaba incansable contra la madera y la piedra de Hill House, y lo que fuera que caminase allí dentro, caminaba solo.

John Montague era doctor en filosofía; se había especializado en antropología, intuyendo vagamente que dicho campo sería el que mejor le permitiría acercarse a su verdadera vocación: el análisis de manifestaciones sobrenaturales. Se mostraba escrupuloso en el uso de su título pues, al ser la suya una investigación pronunciadamente acientífica, esperaba al menos que su educación le brindase cierto aire de respetabilidad, cuando no de autoridad académica. Ya que no era hombre dado a pedir, le había resultado costoso, tanto en dinero como en orgullo, alquilar Hill House por un período de tres meses, pero esperaba que el revuelo que pretendía causar con la publicación de su obra definitiva acerca de las causas y efectos de las perturbaciones psíquicas que afectan lo que comúnmente conocemos como casas «encantadas», recompensara plenamente sus sinsabores. Llevaba toda la vida buscando una genuina casa encantada. Cuando oyó hablar por primera vez de Hill House, se mostró en principio cauteloso; luego, esperanzado; y finalmente, infatigable; una vez la hubo encontrado, no estaba dispuesto a permitir que se le escapase.

En lo que a la casa se refiere, las intenciones del doctor Montague estaban inspiradas en los métodos empleados por los intrépidos cazafantasmas del siglo XIX; sencillamente se alojaría en Hill House, a ver qué pasaba. Su intención, en un primer momento, había sido seguir el ejemplo de aquella anónima dama que se trasladó a Ballechin House y organizó una fiesta continua para creyentes y escépticos que se prolongó durante todo un verano y cuyas principales atracciones fueron jugar al cróquet y buscar espectros. Hoy en día, sin embargo, resulta bastante más difícil encontrar creyentes, escépticos y buenos jugadores de cróquet, por lo que el doctor Montague se vio obligado a contratar ayudantes. Quizá las ociosas costumbres de la vida victoriana se plegaran mejor a las necesidades de la investigación psíquica, o quizá la meticulosa documentación de fenómenos como método para determinar una realidad fuese un sistema prácticamente desaparecido; el caso es que el doctor Montague no sólo tuvo que contratar ayudantes, sino

que además tuvo que buscarlos antes.

Ya que se tenía a sí mismo por hombre cuidadoso y concienzudo, dedicó un considerable período de tiempo a dicha búsqueda. Peinó los archivos de sociedades psíquicas, los ficheros de periódicos sensacionalistas, los informes de parapsicólogos, y acabó confeccionando un listado de nombres de individuos que se hubieran visto implicados, de un modo u otro, en uno u otro momento, en algún tipo de fenómeno paranormal, sin importar lo breve o dudoso del caso. De esta lista, eliminó en primer lugar los nombres de los fallecidos. Cuando hubo tachado asimismo los nombres de aquellos individuos que le parecieron de inteligencia por debajo de lo normal, los de los cazadores de publicidad y los de aquellos sencillamente inadecuados debido a su evidente tendencia a ser el centro de atención, le quedaba quizá una docena de nombres. A continuación, cada una de estas personas recibió una carta del doctor Montague en la que éste le extendía una invitación a pasar todo el verano, o parte de él, en una cómoda casa de campo, vieja, pero perfectamente equipada con agua corriente, electricidad, calefacción central y ropa de cama limpia. El propósito de su estancia, exponía claramente la carta, era observar y analizar ciertas habladurías desagradables que llevaban circulando prácticamente durante los ochenta años de existencia de la casa. Las cartas del doctor Montague no afirmaban abiertamente que Hill House estuviera encantada, porque el doctor Montague era hombre de ciencia y no pensaba fiarse demasiado de su suerte sin haber experimentado antes una genuina manifestación psíquica. En consecuencia, sus cartas tenían cierta dignidad ambigua, calculada para capturar la imaginación de un tipo muy determinado de lector. A su docena de cartas, el señor Montague recibió cuatro respuestas; presumiblemente los otros ocho candidatos debían de haberse mudado sin dejar una nueva dirección a la que remitirles la correspondencia o posiblemente hubieran perdido el interés por lo sobrenatural; quizá ni siquiera hubieran existido jamás. El doctor Montague volvió a escribir a los cuatro que respondieron, indicándoles un día específico en el que la casa quedaría oficialmente lista para ser ocupada, e incluyendo instrucciones detalladas sobre cómo llegar hasta ella, pues, tal y como se vio obligado a explicarles, era complicado obtener información acerca del paradero de la casa, particularmente entre la comunidad rural que la rodeaba. El día antes de partir para Hill House, el doctor Montague fue persuadido para que aceptara entre su selecta compañía a un representante de la familia propietaria de la casa, y recibió un telegrama de uno de sus candidatos, que se echaba atrás con una excusa claramente inventada. Otro de ellos nunca llegó a presentarse ni a escribir, quizá debido a la intervención de algún ineludible problema personal. Los otros dos sí que aparecieron.

2

Eleanor Vance tenía treinta y dos años cuando llegó a Hill House. La única persona en el mundo a la que realmente odiaba, ahora que su madre había muerto, era a su hermana. Su cuñado y su sobrina de cinco años le disgustaban y no tenía amigos. Esto se debía principalmente a los once años que se había pasado cuidando a su madre inválida, lo que la había dejado con

cierta pericia como enfermera y la incapacidad de afrontar una luz solar fuerte sin parpadear. No recordaba haber sido verdaderamente feliz en toda su vida de adulta; los años pasados junto a su madre se habían ido consumiendo devotamente en torno a pequeñas culpas y pequeños reproches, un desgaste continuo y una desesperación interminable. Sin haber pretendido nunca acabar siendo tímida y reservada, había pasado tanto tiempo a solas, sin nadie a quien amar, que se le hacía difícil hablar con otra persona, aunque fuera de un modo casual, sin sentirse cohibida y presa de una extraña incapacidad para encontrar las palabras. Su nombre había aparecido en la lista del doctor Montague porque un día, cuando ella tenía doce años y su hermana dieciocho, y su padre no llevaba muerto ni siquiera un mes, una lluvia de piedras cayó sobre su casa, sin aviso previo ni indicio de propósito o motivo, hundiendo los techos, rodando escandalosamente por las paredes, rompiendo ventanas y baqueteando de manera exasperante contra el tejado. Las piedras siguieron cayendo intermitentemente durante tres días, en los que Eleanor y su hermana se sintieron menos enervadas por el fenómeno que por los vecinos y curiosos que se reunían a diario frente a la puerta de entrada, y por la insistencia ciega e histérica de su madre en que todo aquello era una maliciosa revancha por parte de la gente de la manzana, que le había tomado manía desde que se mudaran al barrio. A los tres días, Eleanor y su hermana fueron enviadas a casa de una amiga y las piedras dejaron de caer para no regresar jamás, a pesar de que Eleanor, su hermana y su madre volvieron a vivir en la casa y la enemistad con el resto del vecindario nunca llegó a enmendarse. La historia había quedado completamente olvidada por todo el mundo salvo por las personas consultadas por el doctor Montague; ciertamente había sido olvidada por Eleanor y su hermana, cada una de las cuales había pensado en su día que la responsable había sido la otra.

Durante toda su vida, desde que tuviera uso de razón, Eleanor llevaba esperando algo como Hill House. Mientras cuidaba de su madre, levantando a aquella anciana arisca de su silla para llevarla a la cama, preparando infinitas bandejas de sopa y gachas de avena, inmunizándose ante su inmundicia, Eleanor se había aferrado a la creencia de que algún día sucedería algo. Había aceptado la invitación a Hill House a vuelta de correo, a pesar de que su cuñado había insistido en llamar a un par de personas para asegurarse de que el tal doctor no tuviera intención de introducir a Eleanor en ritos salvajes relacionados con ciertos asuntos que la hermana de Eleanor consideraba inadecuados para el conocimiento de una joven soltera. Quizá, susurraba la hermana de Eleanor en la privacidad de su lecho conyugal, quizá el doctor Montague —si es que de verdad *ése era* su nombre—, quizá el tal doctor Montague *usara* a estas mujeres en algunos —en fin— *experimentos*. Ya sabes, *experimentos*, de esos que hacen. La hermana de Eleanor le dio mil y una vueltas a los experimentos que, según había oído, llevaban a cabo este tipo de doctores. Eleanor no concebía semejantes ideas o, si lo hacía, no le atormentaban. Eleanor, en resumen, habría ido a cualquier parte.

Theodora. Nunca utilizaba más nombre que éste; sus dibujos los firmaba «Theo» y en la puerta de su apartamento y en la ventana de su tienda y junto a su número en el listín telefónico y en sus pálidos artículos de papelería y en la base de la encantadora fotografía que tenía sobre la repisa de la chimenea, su nombre era siempre Theodora, a secas. Theodora no era ni mucho menos como Eleanor. El deber y la conciencia eran, para Theodora, atributos propios

de las Girl Scouts. El mundo de Theodora era un mundo de placer y colores suaves; había acabado en la lista del doctor Montague porque, de algún modo, tras entrar risueña en el laboratorio, dejando tras de sí una estela de perfume floreal, había sido capaz, entre divertida y excitada por su increíble habilidad, de identificar correctamente dieciocho cartas de veinte, quince cartas de veinte, diecinueve cartas de veinte, alzadas por un ayudante al que no veía ni oía. El nombre de Theodora destacaba en los registros del laboratorio y había llamado inevitablemente la atención del doctor Montague. Theodora había recibido con simpatía la primera carta del doctor Montague y había respondido impelida por la curiosidad (quizá el conocimiento interior que le había revelado los nombres de los símbolos en aquellas cartas ocultas a la vista había vuelto a despertar para incitarla en dirección a Hill House), a pesar de que tenía toda la intención de declinar su invitación. Y sin embargo (quizá fuera otra vez cosa de aquella sensación urgente y provocadora) cuando llegó la carta de confirmación del doctor Montague, Theodora cayó por algún motivo en la tentación de enzarzarse ciega, desenfrenadamente, en una violenta disputa con la amiga con la que compartía apartamento. Ambas partes hicieron afirmaciones que sólo el tiempo podría erradicar; Theodora había hecho añicos, deliberada y despiadadamente, la adorable figurita que su amiga había tallado con su efigie, y su amiga había hecho cruelmente jirones el volumen de Alfred de Musset que Theodora le había regalado por su cumpleaños, ensañándose particularmente con la página que mostraba la cariñosa e incitante dedicatoria de Theodora. Se trataba, por supuesto, de actos inolvidables y, antes de que pudieran reírse juntas recordando el momento, tendría que pasar mucho tiempo; Theodora escribió aquella noche al doctor Montague aceptando su invitación y partió en un frío silencio a la mañana siguiente.

Luke Sanderson era un mentiroso. También era un ladrón. A su tía, que era la propietaria de Hill House, le gustaba resaltar que su sobrino tenía mejor educación, mejores ropas, mejor gusto y peores compañías que nadie que ella hubiera conocido; por ello, habría saltado ante cualquier opción que le permitiera mantenerlo a buen recaudo durante un par de semanas. El abogado de la familia recibió instrucciones de persuadir al doctor Montague de que la casa no podría serle alquilada para llevar a cabo su propósito sin la presencia obligatoria de un miembro de la familia durante toda su estancia, y quizá en su primer encuentro el doctor percibió en Luke una especie de fuerza, o instinto felino de autopreservación, que despertó en él un ansia semejante al de la señora Sanderson por tener a Luke a su lado en la casa. En cualquier caso, Luke estaba entretenido, su tía agradecida y el doctor Montague más que satisfecho. La señora Sanderson le dijo al abogado de la familia que, en cualquier caso, no había nada en la casa digno de que Luke lo robara. La cubertería de plata tenía cierto valor, le confió al abogado, pero representaba una dificultad casi insuperable para Luke: requería de energía para robarla y transformarla en dinero. La señora Sanderson no estaba siendo justa con Luke. Luke no era en absoluto dado a desaparecer con la cubertería familiar, ni con el reloj del doctor Montague, ni con la pulsera de Theodora; su deshonestidad se reducía principalmente a coger pequeñas cantidades del bolso de su tía y a hacer trampas jugando a las cartas. También era dado a vender los relojes y pitilleras que le regalaban, con cariño y ruborizadas, las amigas de su tía. Algún día Luke heredaría Hill House, pero nunca se le había ocurrido que fuera a verse viviendo en ella.

—Sencillamente no creo que deba llevarse el coche, eso es todo —dijo tozudamente el cuñado de Eleanor.

—Medio coche es mío —dijo Eleanor—. Ayudé a pagarlo.

—Sencillamente no creo que deba llevárselo, eso es todo —dijo su cuñado—. No es justo que vaya a usarlo durante todo el verano y que nosotros nos quedemos sin él —apeló a su esposa.

—Carrie lo usa continuamente y yo nunca lo saco del garaje —dijo Eleanor—. Además, estaréis todo el verano en la montaña, y *allí* no podéis usarlo. Carrie, sabes que no utilizaréis el coche en la montaña.

—Pero supón que la pobre Linnie enfermara o algo parecido. ¿Y si necesitaríamos el coche para llevarla al médico?

—Medio coche es mío —dijo Eleanor—. Y pienso llevármelo.

—Supón que es *Carrie* la que enferma. Supón que no pudiéramos localizar a un médico y que tuviéramos que llevarla al hospital.

—Lo quiero. Pienso llevármelo.

—No lo creo —Carrie habló lentamente, con deliberación—. No sabemos adónde vas a ir, ¿verdad que no? No te ha parecido pertinente contarnos apenas nada acerca de todo esto, ¿verdad que no? No veo por qué debería, en tales circunstancias, dejar que tomes prestado mi coche.

—Medio coche es mío.

—No —dijo Carrie—. No puedes.

—Exacto —asintió el cuñado de Eleanor—. Lo necesitamos, como dice Carrie.

Carrie sonrió ligeramente.

—Nunca me lo perdonaría, Eleanor, si te prestara el coche y te sucediera algo. ¿Cómo sabemos que podemos fiarnos del tal doctor? Sigues siendo una mujer joven, después de todo, y el coche cuesta una cantidad considerable.

—Bueno, Carrie, cuando llamé a Homer, el del banco de crédito, me dijo que se trataba de un hombre bien considerado en no sé qué universidad...

Carrie añadió, sonriendo todavía:

—Por supuesto, no hay *motivo* para sospechar que no sea otra cosa que un

hombre decente. Pero Eleanor ha preferido no comunicarnos adónde va, ni cómo localizarla en caso de que queramos recuperar el coche; podría pasarle algo y nunca llegaríamos a saberlo. A pesar de que Eleanor —prosiguió delicadamente, dirigiéndose a su taza de té—, a pesar de que Eleanor esté dispuesta a fugarse a los confines de la tierra ante la invitación del primer hombre que pase, aun así no hay razón por la que debamos permitirle llevarse también mi coche.

—Medio coche es mío.

—Supón que la pobre Linnie enfermara, allá arriba, en la montaña, donde nunca hay nadie. Ningún médico cerca.

—En cualquier caso, Eleanor, estoy segura de que hago lo que madre habría considerado lo más pertinente. Madre confiaba en mí y ciertamente nunca habría aprobado que te dejara partir sin supervisión, fugándote a Dios sabe dónde, con mi coche.

—O supón que yo enfermara allá arriba...

—Estoy segura de que madre habría estado de acuerdo conmigo, Eleanor.

—Además —dijo el cuñado de Eleanor, asaltado por una idea repentina—, ¿cómo sabemos que lo traería de vuelta en buenas condiciones?

Tiene que haber una primera vez para todo, se dijo Eleanor. Salió del taxi, muy temprano por la mañana, temblando porque, quizá, a esas horas, su hermana y su cuñado podrían estar empezando a sentir los primeros agujonazos de la sospecha; sacó su maleta rápidamente del taxi mientras el conductor levantaba la caja de cartón que había llevado en el asiento delantero. Eleanor le dio una propina excesiva, preguntándose si su hermana y su cuñado la habrían estado siguiendo, si quizá en ese preciso momento estarían doblando la esquina de aquella misma calle, diciéndose mutuamente: «Ahí está, tal y como sospechábamos, la muy ladrona, ahí está»; se volvió apresuradamente para entrar en el gran garaje municipal en el que guardaban su coche, lanzado miradas nerviosas hacia el otro extremo de la calle. Chocó con una anciana diminuta, haciendo volar paquetes en todas direcciones, y vio con consternación una bolsa caída que se había roto contra la acera, desparramando una porción deshecha de tarta de queso, varias rodajas de tomate, un bollo preñado.

—¡Maldita seas, maldita seas! —gritó la anciana diminuta, acercando su rostro al de Eleanor—. ¡Me lo llevaba a casa, maldita seas, maldita seas!

—Lo siento mucho —dijo Eleanor; se acuclilló, pero no parecía posible recoger los pedazos de tomate y tarta de queso para volver a introducirlos de algún modo en la bolsa rota. La anciana la miraba con el ceño fruncido y recogía secamente los otros paquetes antes de que Eleanor pudiera alcanzarlos. Finalmente, Eleanor se levantó, sonriendo a modo de disculpa

convulsa—. Lo siento mucho, de verdad —dijo.

—Maldita seas —dijo la anciana diminuta, en un tono más calmado—. Me lo llevaba a casa para el almuerzo. Y ahora, gracias a *ti* ...

—¿Quizá podría pagárselo?

Eleanor sacó su monedero y la anciana diminuta permaneció muy quieta, pensando.

—No podría aceptar tu dinero así como así —dijo al fin—. Después de todo, tampoco es que lo haya comprado. Eran sobras —chasqueó airadamente los labios—. Deberías haber visto qué jamón tenían —añadió—, pero *alguna otra* se me ha adelantado. Y la tarta de chocolate. Y la ensalada de patata. Y los pastelitos, en sus pequeños platos de papel. He llegado demasiado tarde a *todo*. Y ahora...

Eleanor y la anciana bajaron la vista hacia los desechos de la acera y la anciana diminuta dijo:

—Por eso, como verás, no podría aceptar el dinero; no en este caso, al menos, no a cambio de unas sobras.

—¿Quizá podría comprarle otra cosa para reemplazar esto, entonces? Tengo muchísima prisa, pero si encontráramos algún establecimiento abierto...

La anciana diminuta sonrió maliciosamente.

—Todavía me queda *esto*, en cualquier caso —dijo abrazando fuertemente uno de los paquetes—. Podrías pagarme un taxi hasta casa —añadió—. Así nadie *más* podrá tirarme al suelo.

—Será un placer —dijo Eleanor y se volvió hacia el taxista, que había permanecido a la espera, interesado—. ¿Podría usted llevar a esta señora a su casa? —preguntó.

—Un par de dólares serán suficientes —dijo la anciana diminuta—, sin contar la propina para este caballero, por supuesto. Cuando se es tan pequeña como yo —explicó delicadamente— se corre el peligro, un verdadero peligro, de que la gente te avasalle cada dos por tres. Aun así, es un verdadero placer encontrar a alguien tan dispuesto a enmendarse como tú. A veces la gente que te tira al suelo no se vuelve ni para mirar.

Con la ayuda de Eleanor, trepó al taxi con sus paquetes, y Eleanor sacó dos dólares y una moneda de cincuenta centavos de su monedero y le entregó el dinero a la anciana, que lo estrechó con fuerza en su diminuta mano.

—Bueno, cielo —dijo el taxista—, ¿adónde vamos?

La anciana sofocó una risita.

—Se lo diré cuando partamos —dijo, y luego se volvió hacia Eleanor—. Buena suerte, querida. Ve con cuidado a partir de ahora para no chocarte con la gente.

—Adiós —respondió Eleanor—, y de verdad que lo siento mucho.

—Todo arreglado entonces —dijo la anciana diminuta, despidiéndose con la mano mientras el taxi se separaba del bordillo—. Rezaré por ti, querida.

Bueno, pensó Eleanor, viendo alejarse el taxi, al menos habrá una persona que rece por mí. Una persona al menos.

4

Era el primer día verdaderamente luminoso del verano, una época del año que siempre le traía a Eleanor dolorosos recuerdos de su primera infancia, cuando todo el tiempo le había parecido verano; era incapaz de recordar un invierno anterior a la muerte de su padre, un día frío y lluvioso. Últimamente le había dado por preguntarse, durante aquellos años rápidamente escrutados, qué había hecho con todos aquellos días de verano desperdiciados; ¿cómo podría haberlos malgastado tan irreflexivamente? Soy tonta, se decía a sí misma a comienzos de cada verano, soy muy tonta; ahora soy una mujer adulta y conozco el valor de las cosas. En realidad nada es una pérdida de tiempo, reflexionaba sensatamente, ni siquiera la propia infancia; y luego, año tras año, una mañana de verano, una brisa cálida caía sobre la calle de su ciudad en la que estuviera paseando y un pequeño y frío pensamiento la asaltaba, He vuelto a dejar que se me escape más tiempo. Y sin embargo esa mañana, conduciendo el pequeño coche que era tan suyo como de su hermana, aprensiva no fueran todavía a darse cuenta de que después de todo había ido a llevárselo, recorriendo dócilmente la avenida, siguiendo las hileras del tráfico, deteniéndose cada vez que así se le indicaba y girando cuando podía, sonrió en dirección a los rayos solares que se desparramaban sesgadamente sobre la calle y pensó, Me marchó, me marchó, por fin he dado el paso.

En todas las ocasiones anteriores en las que había obtenido el permiso de Carrie para conducir el coche, había avanzado con cautela, desplazándose con sumo cuidado para evitar incluso el más insignificante arañazo o abolladura que pudiera haber irritado a su hermana, pero hoy, con su caja de cartón en el asiento trasero y su maleta tendida en el suelo, sus guantes, el monedero y su abrigo de entretiempo en el asiento junto a ella, el coche le pertenecía por completo, un pequeño mundo cerrado de su propiedad; me marchó de verdad, pensó.

Junto al último semáforo de la ciudad, antes de girar para tomar la salida a la gran autopista, se detuvo, esperando, y sacó la carta del doctor Montague de su monedero. Ni siquiera necesitareé el mapa, pensó; debe de ser un hombre muy cuidadoso. «... siga la Ruta 39 hasta Ashton», decía la carta, «y luego

gire a mano izquierda para tomar la comarcal 5 en dirección oeste. Recórrala durante algo menos de cincuenta kilómetros y llegará a un pequeño pueblo llamado Hillsdale. Atraviese Hillsdale hasta llegar a una esquina en la que encontrará una gasolinera a la izquierda y una iglesia a la derecha, y gire a mano izquierda para adentrarse en lo que le parecerá un estrecho camino vecinal; verá que esta carretera, bastante deficiente, se interna en las colinas. Sígala hasta el final —unos diez kilómetros— y llegará a las puertas de Hill House. Le envió estas instrucciones tan detalladas porque no es recomendable detenerse en Hillsdale a pedir señas. Los lugareños son groseros con los forasteros y se muestran abiertamente hostiles ante cualquiera que muestre interés por Hill House.

»Me alegra mucho que vaya a reunirse con nosotros en Hill House y será para mí un sumo placer conocerla en persona el próximo jueves 21 de junio...».

La luz del semáforo cambió; Eleanor salió a la autopista y se vio libre de la ciudad. Nadie, pensó, podrá detenerme ahora; ni siquiera saben hacia dónde me dirijo.

Nunca había conducido grandes distancias sola. La noción de dividir su encantador viaje en kilómetros y horas era una tontería; ella lo veía, manteniendo el coche con precisión entre la raya central de la carretera y la línea de árboles que flanqueaba la carretera, como una sucesión de momentos, cada uno de ellos nuevo, que la acarreaban con ellos, impulsándola hacia un lugar desconocido por un camino repleto de novedades. El viaje en sí era su acción positiva; su destino, vago, insospechado, quizá inexistente. Estaba dispuesta a saborear cada curva de su viaje, amando la carretera y los árboles y las casas y los pueblos pequeños y feos, tentándose así misma con la noción de que a lo mejor se le metía en la cabeza parar en cualquier sitio para nunca más volver a marcharse. Podría detener el coche a un costado de la carretera —aunque no estaba permitido, se dijo a sí misma; la castigarían si de verdad lo hiciera— y abandonarlo para vagar más allá de los árboles hacia el campo suave y acogedor que se extendía al otro lado. Podría caminar sin rumbo fijo hasta sentirse exhausta, persiguiendo mariposas o siguiendo un arroyo para, a la caída de la noche, alcanzar la cabaña de un humilde leñador que le ofrecería refugio; podría establecer su hogar definitivo en East Barrington o Desmond o la pedanía de Berk; también podría no abandonar nunca la carretera, sino sencillamente seguir avanzando hasta que las ruedas del coche se hubieran desgastado por completo y ella hubiera llegado al fin del mundo.

Y, pensó, también podría sencillamente dirigirme a Hill House, donde me esperan y donde me van a ofrecer refugio y una habitación y comida y un pequeño salario simbólico en compensación por haber abandonado mis compromisos y obligaciones en la gran ciudad para huir a ver mundo. Me pregunto cómo será el doctor Montague. Me pregunto cómo será Hill House. Me pregunto quién más estará allí.

Ahora se había alejado ya considerablemente de la ciudad, expectante ante la inminente aparición del desvío a la Ruta 39, ese mágico trecho de carretera que el doctor Montague había escogido, de entre todas las carreteras del mundo, para que la condujera sana y salva hasta él y hasta Hill House;

ninguna otra carretera podría llevarla desde donde se encontraba hasta el lugar en el que anhelaba estar. El doctor Montague vio confirmada su infalibilidad; bajo la señal que indicaba el desvío hacia la Ruta 39 había otra señal que anunciaba: ASHTON 194 KILOMETROS.

La carretera, su íntima amiga ahora, serpenteaba y se zambullía, trazando curvas tras las que le aguardaban sorpresas —en una ocasión una vaca, observándola por encima de una valla, en otra un perro carente de toda curiosidad—, sumergiéndose en hondonadas sobre las que se extendían villorrios, dejando atrás tierras de cultivo y huertos de frutales. En la calle principal de un pueblo pasó frente a una casa enorme, de altos muros y columnatas, con postigos en las ventanas y un par de leones de piedra custodiando las escaleras, y pensó que a lo mejor podría vivir allí, limpiándoles el polvo a los leones cada mañana y acariciándoles la cabeza para darles las buenas noches. El tiempo empieza esta mañana de junio, se aseguró a sí misma, pero es un tiempo extrañamente nuevo y contenido en sí mismo; en estos pocos segundos he vivido toda una vida en una casa con dos leones a la entrada. Cada mañana he barrido el porche y les he quitado el polvo a los leones, y todas las vísperas les he acariciado las cabezas para deseárselas buenas noches, y una vez a la semana les he lavado los rostros, las melenas y las zarpas con agua caliente y sosa y he limpiado entre sus dientes con un estropajo. En el interior de la casa las estancias eran elevadas y espaciosas, de suelos pulidos y ventanas inmaculadas. Una anciana delicada y diminuta se ocupaba de mí, acarreando rígidamente una bandeja con una vajilla de plata para el té y trayéndome cada noche un vaso de vino de saúcos en beneficio de mi salud. Cenaba a solas en el alargado y silencioso comedor, frente a una mesa resplandeciente, y entre los altos ventanales los azulejos blancos de las paredes destellaban a la luz de las velas; cené un ave, y rábanos del jardín, y mermelada casera de ciruela. Si tenía que dormir lo hacía bajo un dosel de organdí blanco, y una lámpara me resguardaba con su luz desde el recibidor. La gente me hacía reverencias en las calles del pueblo porque todo el mundo se sentía muy orgulloso de mis leones. Al morir yo...

Para entonces ya había dejado el pueblo muy atrás y pasaba frente a sucios y cerrados quioscos de comida y señales arrancadas. En otro tiempo, hacía mucho, había habido una feria con carreras de motocicletas en algún lugar cercano; las señales todavía mostraban fragmentos de palabras. ATREVIMIENTO, anunciaba una de ellas; MALDAD, era otra, y Eleanor se rió de sí misma, dándose cuenta de que iba buscando presagios por todas partes; la palabra correcta es TEMERARIOS^[6], Eleanor, conductores temerarios, y redujo la velocidad porque estaba conduciendo demasiado rápido y no quería llegar demasiado pronto a Hill House.

Alcanzado determinado punto, detuvo el coche por completo a un lado de la carretera para observar con incredulidad y admiración. Siguiendo el trazado de la carretera, durante quizá cuatrocientos metros, había pasado junto a un seto de adelfas espléndidamente cuidadas, floreciendo rosas y blancas en una hilera regular que había suscitado su admiración. Ahora había llegado hasta la entrada que protegían las flores y vio que el seto continuaba más allá. La entrada no eran sino un par de pilares de piedra destrozados, flanqueando una carretera que se alejaba de ellos adentrándose en un campo vacío. Vio que las adelfas se separaban de la carretera y que formaban los lados de un

gran cuadrado. La vista le alcanzaba hasta el extremo más alejado del gran cuadrado: otra hilera de adelfas que, aparentemente, seguía el curso de un riachuelo. En el interior del cuadrado de adelfas no había nada, ninguna casa, ninguna construcción; nada salvo la recta carretera que lo atravesaba y que iba a terminar en el riachuelo. ¿Qué es lo que había aquí, se preguntó, qué es lo que había aquí y ha desaparecido, o qué es lo que iba a haber pero nunca llegó? ¿Iba a ser una casa o un jardín o un huerto? ¿Los alejaron de aquí para siempre o van a regresar? Las adelfas son venenosas, recordó Eleanor. ¿Podrían estar protegiendo algo? ¿Saldré, pensó, saldré del coche y pasaré entre las ruinosas puertas y luego, una vez me encuentre dentro del cuadrado mágico de adelfas, descubriré que me he adentrado en un país imaginario, venenosamente protegida de las miradas de los transeúntes? Una vez haya pasado a través de los postes mágicos, ¿me encontraré al otro lado de la barrera protectora, roto el hechizo? Me adentraré en un hermoso jardín, con fuentes y bancos y rosas enroscadas en pérgolas, y encontraré un sendero —enjoyado, quizá, con rubíes y esmeraldas, tan suave como para que la hija de un rey pueda recorrerlo con sus pequeñas sandalias— que me conducirá directamente al palacio hechizado. Subiré pequeños escalones de piedra y pasaré junto a los leones de piedra que montan guardia hasta llegar a un patio en el que brota una fuente y la reina espera, sollozando, a que regrese la princesa. Cuando me vea dejará caer su bordado y llamará a los sirvientes de palacio —desperezándose al fin tras su largo sueño— para que preparen un gran banquete, porque el hechizo se ha roto y el palacio vuelve a ser el que era. Y viviremos felices para siempre.

No, por supuesto, pensó, volviendo a poner en marcha el coche, tan pronto como el palacio vuelva a ser visible y el hechizo se haya roto, *todo* el hechizo se habrá roto y los campos que rodean a las adelfas recobrarán su auténtica forma, fundiéndose los pueblos y las señales y las vacas en la suave imagen verde de un cuento de hadas. Después, descendiendo de las colinas, llegará un príncipe lanzando destellos de verde y plata, seguido por cien arqueros a caballo, ondeando los gallardetes, espoleando a sus monturas, haciendo centellear las joyas...

Eleanor se echó a reír y volvió la cabeza para despedirse con una sonrisa de las adelfas mágicas. Otro día, les dijo, Otro día volveré y romperé vuestro hechizo.

Se detuvo a almorzar después de haber conducido ciento sesenta y un kilómetros. Encontró un restaurante rural que se anunciaba como un antiguo molino y se descubrió sentada, increíblemente, en un balcón asomado sobre un vistoso arroyuelo, observando las rocas húmedas y el centelleo embriagador de las aguas vivas, con un cuenco de cristal tallado lleno de requesón frente a ella en la mesa, y colines de maíz en una servilleta. Como se trataba de una época y una tierra en la que los encantamientos se conjuraban y se rompían con facilidad, deseó prolongar su almuerzo, sabiendo que Hill House siempre la esperaba al final del día. Las únicas otras personas en el comedor eran una familia, una madre y un padre con un niño y una niña pequeños, y hablaban entre sí dulce, suavemente, y en una ocasión la niña se volvió y observó a Eleanor con franca curiosidad y, al cabo de un minuto, sonrió. Las luces del arroyo allá abajo tocaban el techo y las mesas barnizadas, y se deslizaban sobre los rizos de la niña, y la madre de la niña

dijo:

—Quiere su taza de estrellas.

Eleanor alzó la mirada, sorprendida; la niña se apretaba contra el respaldo de su silla, negándose hoscamente a beberse la leche, mientras su padre fruncía el ceño y su hermano lanzaba risitas y su madre decía tranquilamente:

—Quiere su taza de estrellas.

Por supuesto que sí, pensó Eleanor; por supuesto, también yo; una taza de estrellas, claro que sí.

—Su tacita —le estaba explicando la madre, sonriendo apologeticamente a la camarera, que se mostraba estupefacta ante la idea de que la estupenda leche de campo del molino no fuera lo suficientemente buena para la niña—. Tiene estrellas en el fondo, y cuando está en casa siempre bebe la leche en ella. La llama su taza de estrellas porque puede verlas estrellas mientras se bebe la leche.

La camarera asintió con poco convencimiento y la madre le dijo a la niña:

—Ya beberás la leche en tu taza de estrellas esta noche cuando lleguemos a casa. Pero por ahora, sólo para ser una niña muy buena, ¿querrás beber un poquito de leche en este vaso?

No lo hagas, le dijo Eleanor a la niña; insiste en tu taza de estrellas; una vez te hayan atrapado para que seas como todos los demás, nunca volverás a ver tu taza de estrellas; no lo hagas; y la niña la miró rápidamente, dedicándole una sonrisa sutil de comprensión que hacía que se le marcaran los hoyuelos, y meneó la cabeza tozudamente en dirección al vaso. Chica valiente, pensó Eleanor; valiente y sabia.

—La estás malcriando —dijo el padre—. No deberías permitirle estos caprichos.

—Sólo esta vez —dijo la madre. Dejó el vaso de leche y tocó a la niña suavemente en la mano—. Cómete el helado —dijo.

Cuando se marcharon, la niña se despidió con la mano de Eleanor y Eleanor le devolvió el saludo, sentada en una feliz soledad para terminar su café mientras el alegre arroyuelo daba saltos por debajo de ella. Ya no tengo que ir mucho más lejos, pensó Eleanor; he hecho más de la mitad del camino. El final del viaje, pensó, y lejos, en el fondo de su mente, centelleando como el arroyuelo, el estribillo de una canción bailó en el interior de su cabeza, recuperando en la distancia un par de palabras; «En el retraso nunca hay abundancia», pensó, «en el retraso nunca hay abundancia».

Casi se detuvo para siempre a las afueras de Ashton, porque pasó junto a una diminuta casita rural enterrada en un jardín. Podría vivir allí completamente sola, pensó, reduciendo la marcha del coche para observar el serpenteante

sendero de entrada hasta la pequeña puerta azul en cuyo escalón descansaba (no podía ser más perfecto) un gato blanco. Aquí tampoco me encontraría nadie, detrás de todas estas rosas, y sólo para asegurarme también plantaría adelfas. Encenderé el fuego cuando las tardes sean frías y asaré manzanas en mi propia chimenea. Criaré gatos blancos y coseré cortinas blancas para las ventanas y en ocasiones saldré por la puerta para ir a la tienda a comprar hilo de coser y canela y té. La gente vendrá a mí para que les lea la fortuna, y prepararé pociones de amor para doncellas melancólicas; tendré un petirrojo... Pero la casita ya había quedado muy atrás y había llegado el momento de buscar la nueva carretera cuidadosamente descrita por el doctor Montague.

«Gire a mano izquierda para tomar la Ruta 5 en dirección oeste», decía su carta, y, con tanta eficacia y presteza como si la hubiera estado guiando desde algún lugar lejano, manejando su coche con sus propias manos mediante algún tipo de control remoto, así lo hizo; se encontró en la Ruta 5 dirigiéndose hacia el oeste, y su viaje casi había concluido. Sin embargo, a pesar de lo que le había advertido, Eleanor pensó, Me detendré en Hillsdale sólo un minuto, lo justo para tomar un café, porque no puedo soportar que mi largo viaje acabe tan pronto. En realidad no se trataba de una desobediencia; la carta decía que no era recomendable detenerse en Hillsdale para pedir señas, no que estuviera prohibido pararse a tomar un café, y quizá si no menciono Hill House no estaré haciendo nada malo. En cualquier caso, pensó turbiamente, es mi última oportunidad.

Hillsdale le salió al paso antes de que pudiera darse cuenta, una maraña desordenada de casas sucias y calles retorcidas. Era un pueblo pequeño; tan pronto como entró en la calle principal pudo ver al otro extremo la esquina con la gasolinera y la iglesia. Sólo parecía haber un lugar en el que pararse a tomar un café, y se trataba de un bar de aspecto poco atrayente, pero Eleanor estaba empeñada en detenerse en Hillsdale, de modo que acercó el coche al maltrecho bordillo frente al bar y salió. Tras un minuto de reflexión, con un asentimiento silencioso en dirección a Hillsdale, cerró el coche pensando en su maleta, que reposaba en el suelo, y en la caja de cartón del asiento de atrás. No pasará mucho tiempo en Hillsdale, pensó, observando de arriba abajo la calle, que conseguía ser oscura y desagradable incluso a pleno sol. Un perro dormía intranquilo a la sombra junto a un muro, una mujer miraba a Eleanor desde el umbral de una puerta al otro lado de la calle, y dos muchachos se apoyaban perezosamente contra una valla en premeditado silencio. Eleanor, que tenía miedo a los perros desconocidos, a las mujeres burlonas y a los gamberros, entró rápidamente en el bar, agarrando con fuerza su monedero y las llaves del coche. En el interior encontró una barra atendida por una muchacha cansada y carente de mentón y un hombre sentado a un extremo de la misma, comiendo. Se preguntó brevemente lo hambriento que debía haber estado para entrar en un lugar como aquel, cuando se fijó en la barra y vio el pringoso cobertor de cristal que protegía un plato de rosquillas. «Café», le dijo a la joven detrás de la barra. La muchacha se volvió con fatiga y cogió torpemente una taza de una pila de ellas que había en un anaquel; tendré que beberme el café porque he dicho que iba a hacerlo, se dijo Eleanor a sí misma con severidad, pero la próxima vez haré caso al doctor Montague.

Entre el único comensal y la muchacha de la barra parecía estar desarrollándose una elaborada broma; cuando ésta le sirvió a Eleanor su café, dirigió una mirada hacia el hombre y medio sonrió; él se encogió de hombros y luego la muchacha soltó una carcajada. Eleanor levantó la mirada, pero la chica se estaba examinando las uñas y el hombre estaba limpiando su plato con un trozo de pan. Quizá el café de Eleanor estuviera envenenado; ciertamente lo parecía. Decidida a sondear la villa de Hillsdale hasta sus mayores profundidades, Eleanor le dijo a la chica:

—Tomaré también una de esas rosquillas, por favor —y la chica, mirando de reojo al hombre, deslizó una de las rosquillas hasta otro plato y lo situó frente a Eleanor y volvió a reír cuando sorprendió otra mirada por parte del hombre —. Tienen un pueblo muy bonito —le dijo Eleanor a la muchacha—. ¿Cómo se llama?

La chica la observó con los ojos abiertos; quizá nadie había tenido hasta entonces la audacia de llamar a Hillsdale un pueblo muy bonito; transcurrido un momento, la joven volvió a mirar al hombre, como si estuviera solicitando una confirmación, y luego dijo:

—Hillsdale.

—¿Hace mucho que vive usted aquí? —preguntó Eleanor. No mencionaré Hill House, le aseguró al doctor Montague en la lejanía, sólo quiero perder un poco de tiempo.

—Sí —contestó la chica.

—Debe ser agradable vivir en un pueblo pequeño como este. Yo vengo de la ciudad.

—¿Sí?

—¿Le gusta vivir aquí?

—No está mal —dijo la muchacha. Volvió a mirar al hombre, que las escuchaba con atención—. No hay mucho que hacer.

—¿Es un pueblo grande?

—Bastante pequeño. ¿Quieres más café? —esto último lo dijo en dirección al hombre, que estaba golpeando el plato con su taza, y Eleanor le dio un primer y estremecedor sorbo a su propio café y se preguntó cómo podría alguien querer más.

—¿Reciben muchos visitantes? —preguntó cuando la chica terminó de rellenar la taza y hubo regresado a apoyarse contra los anaqueles—. Turistas, me refiero.

—¿Para qué? —durante un minuto la muchacha la observó desde lo que podría haber sido un vacío mayor que cualquiera conocido por Eleanor—.

¿Por qué iba nadie a *venir* aquí? —miró hoscamente en dirección al hombre y añadió—, ni siquiera tenemos cine.

—Pero las colinas son tan bonitas. En la mayoría de pueblos apartados como este uno suele encontrar gente de ciudad que ha ido para construirse casas en las colinas. Para tener privacidad.

La chica rió brevemente.

—No será aquí que vengan, no.

—O para remodelar casas antiguas...

—Privacidad —dijo la chica, y volvió a reírse.

—Sólo me resulta sorprendente —dijo Eleanor, notando que el hombre la estaba observando.

—Sí —dijo la muchacha—. Si al menos pusieran un cine.

—Había pensado —dijo Eleanor con cautela— que podría echar un vistazo por los alrededores. Las casas antiguas suelen ser baratas, ¿sabe?, y siempre es divertido trabajar en ellas.

—No por aquí —dijo la chica.

—¿Quiere decir —insistió Eleanor— que no hay ninguna casa vieja en los alrededores del pueblo? ¿En las colinas?

—No.

El hombre se levantó, sacando unas monedas de su bolsillo, y habló por primera vez.

—La gente se *marcha* de este pueblo —dijo—. No viene a él.

Cuando la puerta se hubo cerrado a sus espaldas, la chica volvió sus inexpresivos ojos hacia Eleanor, casi con resentimiento, como si hubiera sido Eleanor con su cháchara la que hubiera ahuyentado al hombre.

—Lo que ha dicho es verdad —dijo finalmente—. Siempre se marchan, los más afortunados.

—¿Y cómo es que *usted* no se ha ido? —le preguntó Eleanor, y la joven se encogió de hombros.

—¿Acaso me irían mejor las cosas? —preguntó. Cogió el dinero de Eleanor sin interés y le devolvió el cambio. Luego, con otra de sus rápidas miradas, observó los platos vacíos que había al otro extremo de la barra y casi sonrió—. Viene aquí todos los días —dijo. Cuando Eleanor le devolvió la sonrisa y abrió la boca para hablar, la muchacha le dio la espalda y se puso a ordenar las

tazas del anaquel, y Eleanor, sintiéndose despedida, se separó con alivio de su café y cogió el monedero y las llaves del coche.

—Adiós —dijo Eleanor, y la joven, todavía de espaldas a ella, respondió:

—Buena suerte. Espero que encuentre su casa.

5

La carretera que partía de la gasolinera y la iglesia era, efectivamente, muy deficiente, pedregosa y estaba repleta de baches. El pequeño automóvil de Eleanor saltaba y trompicaba, poco dispuesto a seguir ascendiendo aquellas colinas de escaso atractivo, en las que el día parecía acercarse rápidamente a su fin bajo los tupidos y sofocantes árboles que se apelotonaban a ambos lados. No parece que haya mucho tráfico por esta carretera, pensó Eleanor irónicamente, girando rápidamente el volante para evitar una roca particularmente virulenta; diez kilómetros en estas condiciones no le harán ningún bien al coche; y por primera vez en varias horas pensó en su hermana y rió. A buen seguro que para entonces ya sabrían que había cogido el coche y se había marchado, pero no sabrían adónde; se estarían diciendo el uno al otro que nunca habrían sospechado una cosa así de Eleanor. Yo tampoco lo hubiera sospechado de mí misma, pensó, riendo todavía; todo es diferente, soy una persona nueva, muy lejos de casa. «En el retraso no hay abundancia; la alegría del momento trae la risa del momento». Y sofocó un grito cuando el coche golpeó contra una piedra y se bamboleó sobre el camino con un ominoso ruido de rascado surgiendo desde abajo, pero luego reunió sus fuerzas con valentía y reanudó su tenaz escalada. Las ramas de los árboles golpeaban el parabrisas y cada vez estaba más oscuro; a Hill House le gusta hacer una entrada, pensó Eleanor; me pregunto si alguna vez brilla el sol en este lugar. Al fin, con un último esfuerzo, el coche superó una maraña de hojas muertas y ramas cruzadas sobre el camino y llegó a un claro junto a la puerta de entrada de Hill House.

¿Qué hago aquí?, se preguntó indefensa y de inmediato. ¿Qué hago aquí? La puerta era alta y ominosa y pesada, fijada con fuerza a un muro de piedra que desaparecía entre los árboles. Incluso desde el interior del coche pudo ver el candado y la cadena retorcida entre los barrotes. Más allá de la puerta sólo podía ver el camino, que seguía avanzando, curvándose, ennegrecido a ambos lados por los árboles inmóviles y sombríos.

Como la puerta estaba evidentemente cerrada —cerrada con doble llave y asegurada y encadenada; ¿quién iba a tener, se preguntó, tantas ansias por entrar?— no hizo el más mínimo esfuerzo por salir del coche, pero hizo sonar el claxon, y los árboles y la puerta se estremecieron y retrocedieron ligeramente ante el sonido. Al cabo de un minuto volvió a tocar el claxon y entonces vio a un hombre que se dirigía hacia ella desde el otro lado de la verja; era tan hosco y oscuro como el candado, y antes de dirigirse hacia la puerta la observó a través de los barrotes, frunciendo el ceño.

—¿Y usted *qué* quiere? —tenía una voz afilada, ruin.

—Quiero entrar, por favor. Por favor, abra la puerta.

—¿Quién lo dice?

—Pero... —vaciló Eleanor—. Se supone que debo entrar —dijo al fin.

—¿Para qué?

—Me están esperando.

¿Será cierto?, se preguntó súbitamente. ¿Aquí acaba mi viaje?

—¿Quién la espera?

Eleanor sabía, por supuesto, que el hombre estaba encantado de poder ejercer su autoridad, como si una vez se hubiera adelantado para abrir el candado de la puerta fuera a perder la escasa y temporal superioridad que creía tener. ¿Y qué superioridad tengo yo?, se preguntó; después de todo, estoy *fuera* de la verja. Era consciente de que perder la calma, algo que raras veces hacía porque le asustaba enormemente que fuera en vano, sólo conseguiría alejarla de allí, dejándola fuera, despotricando inútilmente. Podía incluso anticipar su inocencia en caso de que luego fueran a reprenderle por su arrogancia, la sonrisa hueca y maliciosa, los ojos anchos y vacuos, la voz gimoteante protestando que por supuesto que la *habría* dejado entrar, que tenía *pensado* hacerlo, pero ¿cómo estar seguro? Tenía órdenes que cumplir, ¿o no? ¿Acaso no debía hacer lo que le habían dicho? Sería *él* quien se habría metido en un buen lío, ¿no es verdad?, en caso de que hubiera dejado entrar a alguien que no debiera haber entrado. Eleanor podía anticipar su encogimiento de hombros e, imaginándolo, se echó a reír, quizá lo peor que podría haber hecho.

Observándola atentamente, el hombre se alejó de la verja.

—Será mejor que vuelva más tarde —dijo, y se dio media vuelta con un aire de triunfo virtuoso.

—Escuche —le llamó Eleanor, intentando no parecer enfadada—, soy una de las invitadas del doctor Montague. Estará esperándome en la casa. ¡Por favor, *escúcheme* !

El hombre se volvió hacia ella con una mueca.

—Hablando con propiedad no puede decirse que la estén *esperando* —dijo—, teniendo en cuenta que hasta ahora usted es la única que se ha presentado.

—¿Quiere usted decir que no hay nadie en la casa?

—Nadie que *yo* sepa. Quizá mi esposa, preparando las habitaciones. Así que es imposible que haya nadie *esperándola* , ¿verdad que *no* ?

Eleanor se recostó en el asiento del coche y cerró los ojos. Hill House, pensó, es tan difícil entrar en ti como en el cielo.

—Supongo que sabrá usted lo que está pidiendo a gritos viniendo aquí. Supongo que se lo habrán contado, allá en la ciudad. ¿Ha *oído* algo acerca de este lugar?

—He oído que he sido convocada aquí como invitada del doctor Montague. Cuando abra usted las puertas, entraré.

—Las abriré; voy a abrirlas. Sólo quiero estar seguro de que sabe usted lo que le espera ahí dentro. ¿Ha estado aquí antes alguna vez? ¿Es miembro de la familia, quizá? —ahora la miraba directamente, a través de los barrotes; su cara burlona, una barrera más, tras el candado y las cadenas—. No puedo dejarla entrar hasta que esté seguro, ¿verdad? ¿Cómo ha dicho que se llamaba usted?

—Eleanor Vance —suspiró ella.

—Entonces no es de la familia, imagino. ¿Alguna vez ha oído hablar de este lugar?

Es mi oportunidad, supongo, pensó Eleanor; me están dando una última oportunidad. Podría dar media vuelta con el coche aquí mismo delante de esta verja y marcharme muy lejos de aquí, y nadie podría culparme por ello. Todo el mundo tiene derecho a huir. Asomó la cabeza por la ventana del coche y dijo con furia:

—Me llamo Eleanor Vance. Me esperan en Hill House. Abra esta puerta de inmediato.

—Está bien, está *bien* .

Lentamente, haciendo una deliberada y completamente innecesaria exhibición del proceso de insertar la llave y hacerla girar, el hombre abrió el candado y retiró la cadena y abrió las hojas de la puerta lo justo como para que pudiera pasar el coche. Eleanor hizo avanzar el coche lentamente, pero la alacridad con la que el hombre se echó a un lado del camino la hizo pensar por un minuto que había percibido el impulso fugaz que había pasado por su cabeza; se echó a reír y a continuación detuvo el coche ya que él se le estaba acercando, sano y salvo, desde un costado.

—No le gustará —le dijo—. Lamentará que le haya abierto la puerta.

—Échese a un lado, por favor —dijo ella—. Ya me ha hecho perder bastante tiempo.

—¿Cree que podrían conseguir a alguien para que abriera estas puertas? ¿Cree que alguien más aguantaría aquí tanto tiempo, salvo yo y mi mujer? ¿Cree que no podemos tener las cosas tal y como queremos, siempre y cuando

estemos aquí para preparar la casa y abrirles las puertas a ustedes los de la ciudad que se creen que lo saben todo?

—Por favor, aléjese de mi coche.

Eleanor no se atrevía a admitir ante sí misma que el hombre la asustaba, por temor a que él pudiera percibirlo; su cercanía, apoyándose contra el costado del coche, le resultaba desagradable, y su enorme resentimiento la confundía; ciertamente le había obligado a que le abriera la puerta, pero ¿acaso consideraba la casa y los jardines que había al otro lado como de su propiedad? Le vino a la cabeza un nombre de la carta del doctor Montague y preguntó con curiosidad:

—¿Es usted Dudley, el guardián?

—Sí, soy Dudley, el guardián —la imitó él—. ¿A qué otro se cree usted que iba a encontrar aquí?

El honesto viejo sirviente de la familia, pensó Eleanor, orgulloso y leal y completamente desagradable.

—¿Usted y su mujer cuidan solos de la casa?

—¿Quién si no? —era su alarde, su maldición, su estribillo.

Eleanor se removió inquieta en su asiento, temerosa de alejarle de un modo demasiado obvio y, sin embargo, deseando que el movimiento de ir a arrancar el coche le impeliera a echarse a un lado.

—Estoy segura de que harán que nos sintamos muy cómodos, usted y su esposa —dijo poniendo un tono de finalidad en su voz—. Mientras tanto, estoy ansiosa por llegar a la casa tan pronto como sea posible.

El hombre lanzó una risita burlona en desacuerdo.

—Yo, sin embargo —dijo—, yo nunca me quedo aquí después de que haya anochecido.

Sonriendo, satisfecho consigo mismo, se separó del coche, y Eleanor se sintió agradecida, aunque incómoda, al poner en marcha el coche bajo la atenta mirada del hombre. Quizá siga caminando a mi lado todo el trayecto, pensó, como un burlón gato de Cheshire, gritando todo el tiempo que debería darme por satisfecha de haber encontrado a alguien dispuesto a esperar en este lugar, al menos hasta la puesta de sol. Para demostrar que no le afectaba en nada la idea de ver el rostro de Dudley el guardián entre los árboles, empezó a silbar, un poco molesta al descubrir que por su cabeza seguía rondando la misma tonada. «La alegría del momento trae la risa del momento...». Y se dijo a sí misma, enojada, que debía hacer un esfuerzo por pensar en otra cosa; estaba segura de que el resto de la letra debía de ser completamente inapropiada, pues de otro modo no se ocultaría con tanta testarudez a su memoria, y probablemente también deshonrosa como para verse sorprendida

cantándola a su llegada a Hill House.

Sobre los árboles, ocasionalmente, entre las copas y las colinas, vio destellos de lo que debían de ser los tejados, quizá una torre, de Hill House. Construían las cosas de una manera muy extraña, en los tiempos en los que levantaron Hill House, pensó Eleanor; les ponían torres y torretas y contrafuertes y filigranas de madera, a veces incluso chapiteles góticos y gárgolas; nada quedaba sin decorar. Quizá Hill House tenga una torre, o una cámara secreta, o incluso un pasadizo que se interna en las colinas, utilizado probablemente por los contrabandistas, aunque ¿con qué iban a poder contrabandear los contrabandistas en aquellas colinas solitarias? Quizá acabe conociendo a un contrabandista endiabladamente atractivo...

Eleanor salió de la curva para enfilar el último tramo de carretera y se encontró cara a cara por primera vez con Hill House. Reaccionando sin pensar, pisó el freno para detener el coche y se quedó sentada en el interior, mirando fijamente.

Era una casa vil. Con las palabras fluyendo libremente en su mente, experimentó un escalofrío y pensó, Hill House es vil, es una casa enferma; márchate de aquí de inmediato.

Ningún ojo humano puede aislar la desgraciada coincidencia de línea y lugar que sugiere el mal en la fachada de una casa y, sin embargo, de algún modo, una maníaca yuxtaposición, un ángulo mal inclinado, un encuentro fortuito entre el tejado y el cielo, convirtieron Hill House en un lugar de desesperación, más aterrador si cabe porque la fachada de Hill House parecía despierta, vigilando con sus vacías ventanas y mostrando un leve matiz de satisfacción en la ceja de una cornisa. Prácticamente cualquier casa, cogida por sorpresa o desde un ángulo singular, puede dedicarle al viandante una expresión profundamente humorística; incluso una pequeña chimenea traviesa, o una buhardilla como un hoyuelo, puede sorprender al espectador con cierta sensación de camaradería; pero una casa arrogante y que odia, que nunca se deja coger por sorpresa, sólo puede ser malvada. Esta casa, que de algún modo parecía haberse levantado a sí misma, dando forma a su poderosa configuración bajo las manos de sus constructores, ajustándose a su edificación de líneas y ángulos, alzaba su gran cabeza hacia el cielo sin concesión a la humanidad. Era una casa carente de bondad, que no había sido pensada para ser habitada, un lugar inapropiado para la gente o para el amor o para la esperanza. Un exorcismo es incapaz de alterar el semblante de una casa; Hill House seguiría siendo igual hasta que fuera destruida.

Debería haberme dado media vuelta en la verja, pensó Eleanor. La casa le había provocado un revuelto atávico en la boca del estómago, y siguió con la vista las líneas de los tejados, esforzándose en vano en localizar la maldad, fuese cual fuese, que allí moraba; sus manos se enfriaron de tal modo debido a los nervios que apenas fueron capaces de sacar torpemente un cigarrillo; por encima de todo estaba asustada, escuchando la voz nauseada de su interior que susurraba, *márchate de aquí, márchate*.

Pero esto es lo que he venido a encontrar desde tan lejos, se dijo a sí misma; no puedo volver. Además, Dudley se reiría de mí si intentara volver a salir por la verja.

Intentando no mirar hacia la casa —y habría sido incapaz de describir su color, o su estilo, o su tamaño, excepto para decir que era enorme y oscura y que la observaba con desprecio—, puso el coche de nuevo en marcha y recorrió el último tramo de camino directamente hasta los escalones, que conducían de un modo determinante e inexpugnable a la veranda, apuntando hacia la puerta de entrada. El camino se bifurcaba para rodear la casa y probablemente más tarde pudiera dar la vuelta con el coche para encontrar algún tipo de garaje en el que guardarlo; ahora se sentía lo suficientemente intranquila como para no querer separarse por completo de su único medio

de escape. Movi6 el coche lo justo como para echarlo a un lado del camino, de tal modo que no entorpeciera la llegada de los dem6s invitados —sería una lástima, pens6 lúgubrementes, que cualquiera pudiera ver por primera vez esta casa con algo tan reconfortante como un automóvil humano aparcado enfrente—, y sali6, tomando su maleta y su abrigo. Bueno, pens6 inadecuadamente, aquí estoy.

Alzar el pie y plantarlo sobre el primer escal6n fue un acto de fuerza moral, y Eleanor pens6 que su profunda aversi6n a tocar Hill House por vez primera nacía directamente de la vívida sensaci6n de que la estaba esperando, malvada, pero paciente. Los viajes acaban con el encuentro de los amantes, pens6, recordando al fin su canci6n, y ri6, de pie sobre los escalones de Hill House, Los viajes acaban con el encuentro de los amantes, y deposit6 el pie con firmeza y ascendió hasta la veranda dirigiéndose hacia la puerta. Hill House sali6 a su encuentro precipitadamente; se vio envuelta por las sombras y el sonido de sus pies contra los maderos de la veranda fue un ultraje en aquel silencio total, como si hubiera pasado muchísimo tiempo desde que unos pies hubieran resonado contra las tablas de Hill House. Eleanor acerc6 la mano hacia la pesada aldaba de hierro que tenía la cara de un niño, decidida a hacer más ruido y más ruido aún, de modo que Hill House pudiera asegurarse sin lugar a dudas de que, efectivamente, ella estaba allí, y entonces la puerta se abri6 sin previo aviso y se encontr6 frente a frente con una mujer que, a tenor de sus méritos, sólo podría ser la esposa del hombre que le había abierto la verja.

—¿Señora Dudley? —dijo recuperando el aliento—. Soy Eleanor Vance. Me esperan.

La mujer se hizo a un lado en silencio. Su mandil estaba limpio, su pelo bien recogido, y sin embargo transmitía un aire indefinible a suciedad de un modo acorde con el de su marido, y la suspicaz hosquedad de su rostro iba a la par con la maliciosa petulancia del de él. No, se dijo Eleanor a sí misma; en parte se debe a que todo parece más oscuro en este lugar, y en parte a que consideraba que la esposa de un hombre semejante debe ser fea. Si no hubiera visto Hill House, ¿sería igual de injusta con estas personas? Después de todo, sólo se ocupan de ella.

El recibidor estaba saturado de madera oscura solemnemente tallada, oscurecido bajo la opresi6n de la escalera que surgía del extremo más alejado. Por encima parecía haber otro vestíbulo, que abarcaba todo el ancho de la casa; podía ver un amplio descansillo y después, más allá del hueco de la escalera, puertas cerradas a lo largo del recibidor. A ambos lados de Eleanor se alzaban dos grandes puertas de doble hoja, talladas con frutas y grano y seres vivos; todas las puertas que podía ver en la casa estaban cerradas.

Cuando intent6 hablar, su voz se vio ahogada por el oscuro silencio, y tuvo que intentarlo una segunda vez para poder proferir un sonido.

—¿Podría llevarme a mi habitaci6n? —pregunt6 al fin, haciendo con la mano un gesto en direcci6n a su maleta depositada en el suelo y observando el ondulante reflejo de su mano sumergiéndose más y más hondo en las profundas sombras del suelo pulido—. Supongo que he sido la primera en

llegar. Usted... ¿ha *dicho* usted que es la señora Dudley? —creo que voy a llorar, pensó, como un niña sollozando y gimiendo. *No me gusta esto...*

La señora Dudley se dio la vuelta y se dirigió hacia las escaleras, y Eleanor agarró su maleta y la siguió, presurosa tras la única otra cosa viva en aquella casa. No, pensó, no me gusta esto. La señora Dudley subió las escaleras y giró a la derecha, y Eleanor vio que con alguna extraña perspicacia los constructores de la casa habían dejado de lado toda pretensión de estilo — probablemente tras comprender lo que iba a ser la casa, tanto si ellos lo elegían como si no— y habían, en este segundo piso, dispuesto un largo pasadizo en línea recta para acomodar las puertas de los dormitorios; tuvo una rápida impresión de los constructores finalizando el segundo y el tercer piso de la casa con una especie de premura indecente, deseosos por terminar su labor sin embellecimientos para poder salir de allí, siguiendo los patrones más sencillos posibles para las estancias. Del extremo izquierdo del vestíbulo surgía una segunda escalera, que probablemente condujera de las habitaciones de la servidumbre, situadas en el tercer piso, a las estancias del servicio situadas abajo; en el costado derecho del vestíbulo había otra habitación, quizá pensada, ya que estaba al final, para recibir la máxima cantidad de luz y de sol. Salvo por una continuación del oscuro machihembrado, y lo que parecía una serie de grabados pobremente ejecutados dispuesta con desgarrada exactitud a lo largo de todo el pasadizo en ambas direcciones, nada rompía la rectitud del pasillo salvo la serie de puertas, todas ellas cerradas.

La señora Dudley cruzó el recibidor y abrió una puerta, quizá al azar.

—Ésta es la habitación azul —dijo.

Debido a la disposición de la escalera, Eleanor asumió que la habitación debía estar situada en la parte frontal de la casa; hermana Anne, hermana Anne, pensó, y avanzó grácilmente hacia la luz en el interior de la estancia.

—Qué bonita —dijo, deteniéndose en el quicio de la puerta, impelida por la sensación de que debía decir algo; no era bonita en absoluto, y apenas resultaba tolerable; acotaba en su interior la misma disonancia ruidosa que marcaba Hill House en conjunto.

La señora Dudley se echó a un lado para dejarle el paso libre a Eleanor y habló, aparentemente, con la pared.

—Dejo la cena sobre el aparador del comedor a las seis en punto —dijo—. Pueden servírsela ustedes mismos. Recojo a la mañana siguiente. Tengo el desayuno preparado para ustedes a las nueve. Ésas son las condiciones que he aceptado. No puedo atender las habitaciones tal y como a ustedes les gustaría, pero eso es porque ustedes no han conseguido encontrar a nadie más para que me ayude. No le sirvo la comida a nadie. Son las condiciones que he aceptado, y no incluyen que tenga que servirle a nadie.

Eleanor asintió, titubeante, sin moverse de la puerta.

—No me quedo después de haber dejado preparada la cena —continuó la

señora Dudley—, ni tampoco después de que empiece a oscurecer. Siempre me marchó antes de que anochezca.

—Lo sé —dijo Eleanor.

—Vivimos en la ciudad, a diez kilómetros de aquí.

—Lo sé —dijo Eleanor, acordándose de Hillsdale.

—De modo que no habrá nadie a quien recurrir en los alrededores si necesitan ayuda.

—Lo comprendo.

—Ni siquiera podríamos oírlos, en plena noche.

—No suponía que...

—Nadie podría. Entre la ciudad y aquí no vive nadie. Y nadie más quiere acercarse.

—Lo sé —dijo Eleanor cansadamente.

—En plena noche —dijo la señora Dudley, y sonrió abiertamente—. En la oscuridad —añadió, y salió cerrando la puerta a sus espaldas.

A Eleanor casi se le escapó una risilla, al imaginarse a sí misma gritando: «Oh, señora Dudley, necesito su ayuda» en la oscuridad, y entonces le recorrió un escalofrío.

2

Se quedó de pie, sola, junto a su maleta, el abrigo todavía colgándole del brazo, sintiéndose desgraciada, diciéndose a sí misma desvalidamente, Los viajes acaban con el encuentro de los amantes, y deseando poder volver a casa. A sus espaldas quedaban la oscura escalera y el pasillo encerado y la gran puerta de entrada y la señora Dudley y el señor Dudley riendo junto a la puerta y los candados y Hillsdale y la casita enterrada en flores y la familia del molino y el jardín de adelfas y la casa con los leones de piedra, y todos la habían traído hasta aquí, bajo la mirada infalible del doctor Montague, hasta la habitación azul de Hill House. Es horrible, pensó, negándose a moverse, pues el movimiento podría implicar aceptación, un gesto de acomodo, Es horrible y no quiero quedarme; pero no tenía otro sitio al que ir; la carta del doctor Montague la había traído hasta aquí y no podía llevarla más lejos. Al cabo de un minuto suspiró, negó con la cabeza y se dirigió para depositar la maleta sobre la cama.

Aquí estoy en la habitación azul de Hill House, dijo medio en voz alta, a pesar

de que se trataba realmente y más allá de toda duda de una habitación azul. Había cortinas azules de cotonía sobre las dos ventanas, que asomaban sobre el tejado de la veranda para mirar al jardín, y una alfombra azul con figuras, y un juego de sábanas azules sobre la cama y una colcha azul a los pies. Las paredes, machihembradas con madera oscura hasta la altura del hombro, estaban forradas en su parte superior con un papel pintado que seguía un patrón de diminutas flores azules, enguinaldadas y recogidas y delicadas. Quizá alguien hubiera tenido en alguna ocasión la esperanza de aligerar el aire de la habitación azul de Hill House con un coqueto papel pintado, siendo incapaz de ver que semejante esperanza sólo podía evaporarse en Hill House, dejando únicamente el más tenue rastro de su existencia, como un eco casi inaudible de un sollozo lejano... Eleanor se obligó a salir de su ensueño, volviéndose para ver toda la habitación. Tenía un diseño increíblemente defectuoso que la había dejado escalofriantemente mal en todas sus dimensiones, de modo que las paredes parecían siempre una fracción más larga de lo que el ojo podía soportar en una dirección, y una fracción inferior a la longitud mínima tolerable en la otra. Aquí es donde quieren que *duerma*, pensó Eleanor incrédulamente; qué pesadillas me aguardan, ocultas entre las sombras, en esas altas esquinas; qué aliento de absurdo temor soplará sobre mi boca... y volvió a obligarse a reaccionar. *De verdad*, se dijo a sí misma, *de verdad*, Eleanor.

Abrió la maleta sobre la elevada cama y, quitándose sus rígidos zapatos de ciudad con agradecido alivio, empezó a vaciarla, con la convicción puramente femenina de que el mejor modo de aligerar una cabeza preocupada es calzarse unos zapatos cómodos. El día anterior, al hacer la maleta en la ciudad, había elegido ropa que había asumido sería la más apropiada para vestir en una aislada casa de campo; incluso había salido en el último minuto y había comprado —excitada por su atrevimiento— dos pares de pantalones, algo que no usaba en más años de los que era capaz de recordar. Madre se habría puesto *furiosa*, había pensado mientras guardaba los pantalones al fondo de la maleta de tal manera que no tuviera que sacarlos, ni nadie pudiera saber nunca que los tenía, en caso de que le fallara el coraje. Ahora, en Hill House, ya no le parecían nuevos; deshizo la maleta descuidadamente, dejando los vestidos colgando torcidos de las perchas, dejando caer los pantalones en el cajón inferior de la cómoda alta con tabla de mármol, tirando sus zapatos de ciudad en un rincón del gran armario. Ya estaba aburrida de los libros que había traído; de todos modos probablemente no me voy a quedar, pensó, y cerró la maleta vacía y la introdujo en el armario; no me llevará más de cinco minutos volver a llenarla. Descubrió que había estado intentando dejar la maleta sin hacer nada de ruido y que la había estado deshaciendo descalza, intentando moverse del modo más sigiloso posible, como si el silencio fuera vital en Hill House; recordó que tampoco la señora Dudley había hecho ruido al caminar. Cuando se detuvo en pie en mitad del cuarto, el opresivo silencio de Hill House volvió a rodearla. Soy como un pequeño animal tragado entero por un monstruo, pensó, y el monstruo está sintiendo mis diminutos movimientos en su interior.

—No —dijo en voz alta, y oyó el eco de su única palabra. Atravesó rápidamente la habitación y recorrió las cortinas azules de cotonía, pero la luz del sol sólo penetraba pálidamente a través de los gruesos cristales de las ventanas y sólo pudo ver el tejado de la veranda y un trecho de césped más

allá. Allá abajo en alguna parte estaba su pequeño coche, que podía volver a alejarla de allí. Los viajes acaban con el encuentro de los amantes, pensó; fui yo quien elegí venir aquí. Entonces se dio cuenta de que le atemorizaba volver a cruzar la habitación.

Estaba de pie de espaldas a la ventana, paseando la vista de la puerta al armario a la cómoda a la cama, diciéndose a sí misma que en realidad no estaba asustada, cuando oyó amortiguadamente, desde abajo, el sonido de una puerta de coche al cerrarse y luego unas rápidas pisadas, como las de una bailarina, ascender los escalones y atravesar la veranda, y a continuación, con un sobresalto, el estrépito del gran aldabón de hierro golpeando contra la puerta. Bueno, pensó, llega más gente; no voy a estar aquí yo sola. Casi riendo, salió corriendo de la habitación y atravesó el pasillo para asomarse a las escaleras en dirección al recibidor de la planta baja.

—Gracias a Dios que ha llegado —dijo, intentando distinguir algo a través de la oscuridad—. Gracias a Dios que ha venido alguien.

Se dio cuenta sin sorprenderse de que estaba hablando como si la señora Dudley no pudiera oírle en lo más mínimo, a pesar de que la señora Dudley estaba plantada, inmóvil y pálida, en el recibidor.

—Suba —dijo Eleanor—, tendrá que acarrear personalmente la maleta.

Le faltaba el aliento y se veía incapaz de dejar de hablar, su timidez habitual desplazada por la sensación de alivio.

—Me llamo Eleanor Vance —dijo—, y estoy encantada de que esté aquí.

—Yo soy Theodora. Theodora a secas. Esta maldita casa...

—Aquí arriba es igual de espantosa. Suba. Dígale que le dé la habitación contigua a la mía.

Theodora ascendió las pesadas escaleras en pos de la señora Dudley, mirando con incredulidad la vidriera del descansillo, la urna de mármol en un nicho, la ornada alfombra. Su maleta era considerablemente más grande que la de Eleanor, y considerablemente más lujosa, y Eleanor se adelantó para ayudarla, contenta de haber guardado a buen recaudo sus cosas donde no pudieran ser vistas.

—Espere a ver los dormitorios —dijo Eleanor—. Creo que el mío solía ser el taller de embalsamamiento.

—Es la casa con la que siempre había soñado —dijo Theodora—. Un pequeño refugio apartado en el que poder estar a solas con mis pensamientos. Particularmente en el caso de que mis pensamientos girasen en torno a asesinatos, suicidios o...

—La habitación verde —dijo fríamente la señora Dudley, y Eleanor percibió, con una rápida náusea de aprensión, que los comentarios frívolos o críticos

sobre la casa la molestaban de algún modo; a lo mejor piensa que puede oírnos, pensó Eleanor, y a continuación lamentó haberlo pensado. Quizá sintió un escalofrío, pues Theodora se volvió con una sonrisa rápida y le tocó en el hombro suave, tranquilizadamente; es encantadora, pensó Eleanor, devolviéndole la sonrisa, ni mucho menos el tipo de persona que encaja en un lugar oscuro y lúgubre como este, pero por otra parte, probablemente, yo tampoco encajo aquí; no soy el tipo de persona adecuada para Hill House, pero tampoco se me ocurre nadie que pudiera serlo. Entonces se echó a reír, viendo la expresión de Theodora, parada en el umbral de la habitación verde.

—Señor, Señor —dijo Theodora, mirando de reojo a Eleanor—. Es una auténtica cucada. Qué estupenda madriguera.

—Dejo la cena sobre el aparador del comedor a las seis en punto —dijo la señora Dudley—. Pueden servírsela ustedes mismos. Recojo a la mañana siguiente. Tengo el desayuno preparado para ustedes a las nueve. Esas son las condiciones que he aceptado.

—Estás asustada —dijo Theodora, observando a Eleanor.

—No puedo atender las habitaciones tal y como a ustedes les gustaría, pero eso es porque ustedes no han conseguido encontrar a nadie más para que me ayude. No le sirvo la comida a nadie. Son las condiciones que he aceptado, y no incluyen que tenga que servirle a nadie.

—Lo estaba cuando pensaba que iba a estar completamente sola —dijo Eleanor.

—No me quedo después de las seis, ni tampoco después de que empiece a oscurecer.

—Ahora estoy aquí —dijo Theodora—, de modo que no hay nada que temer.

—Tenemos un cuarto de baño que conecta las habitaciones —dijo Eleanor incongruentemente—. Los dos dormitorios son exactamente iguales.

Cortinas verdes de cotonía cubrían las ventanas del cuarto de Theodora, el papel de la pared estaba moteado de guirnaldas verdes, la ropa de cama y la colcha eran verdes, la cómoda con la tabla de mármol y el enorme armario eran los mismos.

—Nunca había visto un lugar tan horrible en mi *vida* —dijo Eleanor, elevando la voz.

—Como en los mejores hoteles —replicó Theodora—, o cualquier campamento femenino que se precie.

—Siempre me marchó antes de que anochezca —prosiguió la señora Dudley.

—Nadie podrá oírte si gritas en la noche —le explicó Eleanor a Theodora. Se percató de que estaba agarrando con fuerza el pomo de la puerta y, ante la

burlona mirada de Theodora, retiró la mano y atravesó la estancia con decisión—. Tendremos que encontrar algún modo de abrir estas ventanas —dijo.

—De modo que no habrá nadie a quien recurrir en los alrededores si necesitan ayuda —dijo la señora Dudley—. Ni siquiera podríamos oírlos, en plena noche. Nadie podría.

—¿Todo bien, ahora? —preguntó Theodora, y Eleanor asintió moviendo la cabeza.

—Entre la ciudad y aquí no vive nadie. Y nadie más quiere acercarse.

—Probablemente sólo tengas hambre —dijo Theodora—. Yo por mi parte estoy famélica —dejó caer la maleta sobre la cama y se sacó los zapatos—. *Nada* —añadió— me trastorna tanto como tener hambre; gruño y muerdo y me echo a llorar.

Theodora sacó un par de pantalones finamente tejidos de su maleta.

—En plena noche —dijo la señora Dudley. Sonrió—. En la oscuridad —añadió, y salió cerrando la puerta a sus espaldas.

Al cabo de un minuto, Eleanor dijo:

—También camina sin hacer ruido.

—Qué anciana tan encantadora —Theodora se volvió para contemplar su dormitorio—. Retiro lo que he dicho, lo de los mejores hoteles. Me recuerda más bien a un internado para señoritas al que acudí algún tiempo.

—Ven a ver la mía —dijo Eleanor. Abrió la puerta del cuarto de baño y guió a Theodora hasta su habitación azul—. Justo había terminado de deshacer la maleta y estaba pensando en volver a hacerla cuando has llegado.

—Pobrecilla. Está claro que te mueres de hambre. Yo en lo único que he podido pensar cuando he visto este lugar al llegar ha sido en lo divertido que sería estar ahí afuera viéndolo arder hasta los cimientos. Quizá antes de que nos marchemos...

—Ha sido terrible verme aquí sola.

—Deberías haber visto aquel internado mío durante las vacaciones —Theodora regresó a su dormitorio y, con aquella sensación de movimiento y ruido en ambas estancias, Eleanor se sintió más animada. Enderezó sus vestidos en las perchas y colocó ordenadamente los libros sobre la mesilla de noche.

—¿Sabes? —gritó Theodora desde la otra habitación—, la verdad es que *sí* que es un poco como el primer día en el colegio; todo es feo y esquivo, y no conoces a nadie, y te asusta que todo el mundo se vaya a reír de tu ropa.

Eleanor, que había abierto el cajón de la cómoda para sacar un par de pantalones, se detuvo y a continuación soltó una carcajada y arrojó los pantalones sobre la cama.

—Si te he entendido correctamente —continuó Theodora—, ¿quieres decir que la señora Dudley no acudirá si nos ponemos a gritar en plena noche?

—No entra dentro de las condiciones que ha aceptado. ¿Has conocido ya al amigable viejo guardián de la puerta?

—Hemos tenido una conversación de lo más agradable. Él me ha dicho que no podía entrar y yo le he dicho que sí que podía y he intentado atropellarle con mi coche pero se ha apartado de un salto. Oye, ¿crees que debemos quedarnos aquí sentadas esperando en nuestras habitaciones? A mí me gustaría ponerme algo más cómodo... a menos que nos vayamos a vestir para cenar, ¿tú qué piensas?

—Si tú no lo haces, yo tampoco.

—Si *tú* no lo haces, yo tampoco. Pueden regañarnos a las dos. En cualquier caso, salgamos de aquí y vayamos a explorar; me gustaría mucho poder quitarme este techo de encima de la cabeza.

—Oscurece tan temprano en estas colinas, con todos esos árboles... —Eleanor volvió a asomarse a la ventana, pero todavía caía algo de luz solar sesgadamente sobre el patio de entrada.

—No será oscuro de verdad hasta dentro de una hora. Quiero salir a revolcarme en la hierba.

Eleanor eligió un suéter rojo, pensando que en aquella habitación de aquella casa el rojo del suéter y el rojo de las sandalias que se había comprado para conjuntar no pegarían ni con cola, a pesar de que el día anterior, en la ciudad, habían ido de la mano. Así me sirva de lección, pensó, por pretender ponerme prendas semejantes; nunca antes lo había hecho. Pero al mirarse en el gran espejo de la puerta del armario le pareció que tenía un aspecto extrañamente elegante, casi cómoda consigo misma.

—¿Tienes idea de quién más va a venir? —preguntó—. ¿O cuándo?

—El doctor Montague —dijo Theodora—. Pensé que habría llegado antes que nadie.

—¿Hace mucho que conoces al doctor Montague?

—No le he visto nunca —dijo Theodora—. ¿Y tú?

—Tampoco. ¿Te queda mucho?

—Estoy lista.

Theodora entró en la habitación de Eleanor a través de la puerta del cuarto de baño; es adorable, pensó Eleanor, volviéndose para mirarla; ojalá yo también lo fuera. Theodora se había puesto una camisa de un amarillo vívido, y Eleanor se echó a reír y dijo:

—Aportas más luz a este cuarto que la ventana.

Theodora se acercó y se contempló con aprobación en el espejo de Eleanor.

—Tengo la sensación —dijo— de que en este espantoso lugar es nuestro deber tener un aspecto lo más alegre posible. Me gusta tu suéter rojo; podrán vernos a las dos desde un extremo a otro de Hill House.

Mirándose aún al espejo, añadió:

—Supongo que el doctor Montague te escribiría una carta.

—Sí —Eleanor se sintió avergonzada—. Al principio no sabía si era una broma o no. Pero mi cuñado comprobó sus credenciales.

—¿Sabes? —dijo pausadamente Theodora—, prácticamente hasta el último minuto, hasta que llegué a la verja, supongo, no llegué a creer de verdad que *habría* una Hill House. Una no va por la vida creyendo que le van a pasar cosas como esta.

—Pero algunas vamos por la vida esperándolo —dijo Eleanor.

Theodora rió y giró sobre sí misma frente al espejo y cogió a Eleanor de la mano.

—Compañera perdida en el bosque —dijo—, vamos a explorar.

—No podemos alejarnos demasiado de la casa...

—Prometo no dar ni un paso más allá de lo que tú digas. ¿Crees que deberíamos avisar pertinentemente a la señora Dudley?

—De todos modos, probablemente nos esté vigilando para ver todo lo que hacemos; probablemente entre dentro de las condiciones que ha aceptado.

—¿Aceptado de quién?, me pregunto. ¿Del conde Drácula?

—¿Crees que también *él* vive en Hill House?

—Creo que viene todos los fines de semana; te juro que abajo he visto murciélagos, tallados en las maderas. Sígueme, sígueme.

Descendieron corriendo los escalones, moviéndose con vida y color frente al maderamen oscuro y la luz anublada de la escalera, repiqueteando los pies, y desde abajo la señora Dudley, inmóvil, las observó en silencio.

—Nos vamos a explorar, señora Dudley —dijo Theodora con ligereza—. Estaremos afuera en alguna parte.

—Pero volveremos pronto —añadió Eleanor.

—Dejo la cena sobre el aparador a las seis en punto —explicó la señora Dudley.

Eleanor abrió a tirones la gran puerta principal; era tan pesada como parecía, y pensó, Realmente tendremos que encontrar algún modo más sencillo de volver a entrar.

—Déjala abierta —le dijo por encima del hombro a Theodora—, es terriblemente pesada. Coge uno de esos jarrones y ponlo de tope.

Theodora hizo rodar uno de los grandes jarrones de piedra de uno de los rincones del recibidor, lo colocaron en el quicio de la puerta y dejaron que la hoja descansara sobre él. La decreciente luz del sol resultaba brillante tras la oscuridad de la casa, y el aire era fresco y agradable. A sus espaldas, la señora Dudley volvió a mover el jarrón y la gran puerta se cerró con un golpe.

—Qué anciana tan adorable —dijo Theodora en dirección a la puerta cerrada. Por un momento la ira afiló su rostro, y Eleanor pensó, Espero que nunca me mire a mí de ese modo, y se sorprendió, recordando que siempre se había mostrado huidiza con los desconocidos, incómoda y tímida, y sin embargo en menos de media hora había llegado a pensar en Theodora como en alguien cercano y vital, alguien cuya ira podría resultarle aterradora.

—Creo —dijo Eleanor dubitativamente y se relajó, porque, cuando habló, Theodora se volvió hacia ella sonriente de nuevo—, creo que durante las horas diurnas en las que la señora Dudley ande por aquí me buscaré alguna ocupación absorbente bien lejos de la casa. Practicar en la cancha de tenis, por ejemplo. O cuidar de las uvas en el invernadero.

—Quizá podrías ayudar a Dudley con las puertas.

—O buscar tumbas anónimas en los campos de ortigas.

Estaban de pie junto a la barandilla de la veranda; desde allí podían seguir con la mirada el trazado del camino hasta el punto en el que desaparecía formando un recodo entre los árboles, y más abajo aún, sobre la suave curva de las colinas hasta la distante línea en el horizonte que podría haber sido la carretera principal, el camino de regreso hasta las ciudades de las que habían venido. Excepto por los cables de alta tensión que llegaban hasta la casa de entre los árboles, no había ninguna prueba de que Hill House perteneciera en modo alguno al resto del mundo. Eleanor echó a caminar siguiendo la veranda; al parecer rodeaba toda la casa.

—Oh, mira —dijo doblando la esquina. Detrás de la casa las colinas se apilaban formando grandes masas opresivas, inundadas de un verde veraniego, rico e inmóvil.

—Por eso la llamaron Hill House —dijo Eleanor absurdamente.

—Es puramente victoriana —replicó Theodora—. Les encantaba esta especie de estética excesiva y recargada y se enterraron a sí mismos en pliegues de terciopelo y en borlas y en felpas purpúreas. Cualquiera otro, antes o después de ellos, habría situado esta casa allá arriba, en lo *alto* de esas colinas, donde debería estar, en vez de acurrucarla aquí abajo.

—Si estuviera en lo alto de la colina todo el mundo podría verla. Yo voto por mantenerla bien escondida aquí donde está.

—Todo el tiempo que pase aquí lo pasaré aterrorizada —dijo Theodora—, pensando que una de esas colinas se nos va a caer encima.

—Las colinas no caen sobre ti. Sencillamente se deslizan, en silencio y en secreto, rodando hacia ti mientras intentas huir.

—Gracias —dijo Theodora tímidamente—. Lo que ha empezado la señora Dudley lo has terminado de completar tú perfectamente. Haré la maleta y me vuelvo a casa de inmediato.

Creyéndola por un momento, Eleanor se volvió hacia ella y la miró fijamente, hasta que vio el regodeo en su rostro y pensó, Es mucho más valiente que yo. Inesperadamente —aunque luego llegaría a ser una señal familiar, un atributo reconocible de lo que acabaría significando «Theodora» en la mente de Eleanor— Theodora sorprendió los pensamientos de Eleanor y le respondió.

—No estés tan asustada todo el tiempo —dijo, y alargó la mano para rozar la mejilla de Eleanor con un dedo—. Nunca sabemos de dónde surge nuestro coraje.

Luego, rápidamente, bajó corriendo los escalones hasta el césped rodeado de altos árboles apelotonados en grupos.

—Date prisa —la llamó—, quiero ver si hay algún arroyo en los alrededores.

—No podemos alejarnos mucho —dijo Eleanor, siguiéndola. Como dos niñas corrieron sobre la hierba, recibiendo ambas con alegría, incluso tras una estancia tan breve en Hill House, la repentina holgura de los espacios abiertos; sus pies agradeciendo la hierba tras los sólidos suelos; con un instinto casi animal, siguieron el sonido y el olor del agua.

—Por aquí —dijo Theodora.

Un pequeño sendero las condujo tentadoramente cerca del sonido del agua, serpenteando a través de los árboles, ofreciéndoles ocasionales vistazos del camino que continuaba colina abajo, perdiéndose de vista tras una dehesa pedregosa, siempre colina abajo. A medida que se fueron alejando de la casa y salieron de entre los árboles a claros en los que los rayos del sol todavía podían encontrarlas, Eleanor se fue sintiendo más tranquila, a pesar de que veía que el sol estaba a punto de rozar perturbadoramente las cumbres de las

hacinadas colinas. Llamó a Theodora, pero Theodora se limitó a insistir, «Sígueme, sígueme», y continuó corriendo sendero abajo. De repente se detuvo, sin aliento y tambaleante, en la misma orilla del arroyo, que había brotado frente a ella prácticamente sin aviso; Eleanor, que le iba a la zaga más lentamente, la cogió de la mano y la sostuvo y luego, riendo, cayeron juntas las dos sobre la ribera, que se inclinaba en marcada pendiente hacia el arroyo.

—Les gusta sorprenderte, en este sitio —dijo Theodora, jadeando.

—Te habría estado bien empleado si hubieras caído dentro —dijo Eleanor—. Mira que salir corriendo de esa manera...

—Es bonito, ¿verdad?

El agua del arroyo se desplazaba rápidamente, creando pequeños y brillantes rizos; en la otra orilla la hierba crecía justo hasta el borde del agua y flores azules y amarillas se asomaban por encima; había allí una colina suave y redondeada, y tras ella, quizá, otra dehesa, y mucho más allá las grandes colinas, reflejando aún la luz del sol.

—Es bonito —dijo Theodora con rotundidad.

—Estoy segura de que he estado aquí antes —dijo Eleanor—. En un libro de cuentos de hadas, quizá.

—Estoy segura de ello. ¿Sabes cómo lanzar las piedras para que reboten?

—Aquí es donde la princesa acude para encontrarse con el pez dorado mágico que en realidad es un príncipe disfrazado...

—Será un príncipe de aguas menores, ese pez dorado tuyo; no puede tener más de ocho centímetros de profundidad.

—Hay piedras que sobresalen para poder cruzarlo, y *pequeños* peces que nadan, diminutos. ¿Pejecillos?

—Príncipes disfrazados, todos ellos —Theodora se estiró al sol sobre la ribera y bostezó—. ¿Renacuajos? —sugirió.

—Pejecillos. Ya se ha pasado el tiempo de los renacuajos, boba, pero seguro que podemos encontrar huevos de rana. Yo solía coger peces con las manos para luego dejarlos ir.

—Habrías sido una estupenda esposa para un granjero.

—Éste es un rincón para pícnicos, con un almuerzo junto al arroyo y huevos cocidos.

Theodora se echó a reír.

—Ensalada de pollo y tarta de chocolate.

—Limonada en un termo. Sal derramada.

Theodora rodó por el suelo lujuriosamente.

—Se equivocan con lo de las hormigas, ¿sabes? Casi nunca hay hormigas. Vacas, a lo mejor, pero no creo haber *visto* jamás una hormiga estando de pícnic.

—¿Siempre hubo un toro en el prado? ¿Siempre ha habido alguien que dijera «pero no podemos atravesar ese prado; ahí es donde paca el toro»?

Theodora abrió un ojo.

—¿Tú tuviste un tío cómico? ¿Con el que todo el mundo se reía sin importar lo que dijera? ¿Y él solía decirte que no tuvieras miedo del toro, que si el toro venía, después de todo lo único que tenías que hacer era agarrarle de la anilla que le colgaba de la nariz y voltearlo por encima de tu cabeza?

Eleanor echó un guijarro al arroyo y lo observó hundirse con toda claridad hasta el fondo.

—¿Tuviste muchos tíos?

—Miles. ¿Y tú?

Al cabo de un minuto, Eleanor dijo:

—Oh, sí. Grandes y pequeños y gordos y flacos.

—¿Tienes una tía Edna?

—Una tía Muriel.

—¿Tirando a delgada? ¿Gafas sin montura?

—Un broche de granate —dijo Eleanor.

—¿Siempre lleva un vestido rojo oscuro a las fiestas familiares?

—Con dobladillos de encaje...

—Entonces creo que realmente debemos estar emparentadas —dijo Theodora

—. ¿Solías llevar un corrector dental?

—No. Tenía pecas.

—Yo fui a aquella escuela privada en la que me obligaron a aprender a hacer reverencias.

—Yo siempre me pasaba el invierno acatarrada. Mi madre me obligaba a llevar gruesos calcetines de lana.

—*Mi* madre obligó a mi hermano a llevarme a los bailes, donde yo solía hacer reverencias a diestro y siniestro. Mi hermano todavía me odia.

—Yo me caí al suelo durante la procesión de graduación.

—Yo me olvidé de mis frases en la opereta.

—Yo solía escribir poesía.

—Sí —dijo Theodora—. Estoy segura de que somos primas.

Se sentó, riendo, y entonces Eleanor dijo:

—Calla; algo se ha movido ahí enfrente.

Inmóviles, juntando los hombros la una contra la otra, observaron, vigilando el tramo de ladera al otro lado del arroyo donde la hierba se había movido, algo invisible abrirse paso lentamente por la brillante y verde colina, congelando la luz del sol y el arroyo cantarín.

—¿Qué es? —dijo Eleanor con el aliento entrecortado, y Theodora puso una mano enérgica sobre su muñeca.

—Se ha marchado —dijo Theodora claramente, y el sol regresó y volvió a ser cálido—. Era un conejo —dijo Theodora.

—Yo no lo he visto —dijo Eleanor.

—Lo he visto en el momento en el que lo has dicho —dijo Theodora con firmeza—. Era un conejo. Ha seguido colina arriba hasta perderse de vista.

—Llevamos fuera demasiado tiempo —dijo Eleanor y alzó la vista con preocupación hacia el sol que ya tocaba los picos de las colinas. Se levantó rápidamente y descubrió que tenía las piernas aturdidas después de haber estado arrodillada en la hierba húmeda.

—Imagínate, dos espléndidas muchachas que salen de pícnic como nosotras —dijo Theodora—, asustadas por un conejo.

Eleanor se inclinó hacia ella y le tendió una mano para ayudarla a levantarse.

—De verdad que deberíamos volver —dijo, y como ella misma no acababa de comprender su apremiante desasosiego, añadió—. Puede que los otros hayan llegado ya.

—Tendremos que volver pronto para un pícnic en condiciones —dijo Theodora, siguiendo cuidadosamente el sendero, que ascendía uniformemente la colina—. De verdad que deberíamos organizar un buen

pícnic como los de antes junto al arroyo.

—Podemos pedirle a la señora Dudley que nos cueza unos huevos —Eleanor se detuvo en seco en mitad del sendero, sin volverse—. Theodora —dijo—, de verdad no creo que pueda, ¿sabes? De verdad no creo que sea capaz de hacerlo.

—Eleanor —Theodora le pasó un brazo por encima de los hombros—, ¿dejarías que nos separaran ahora? ¿Ahora que hemos descubierto que somos primas?

El sol desapareció limpiamente tras las colinas, deslizándose casi con avidez, al fin, entre los macizos almohadados. Había largas sombras en el jardín cuando Eleanor y Theodora salieron del sendero en dirección a la veranda de Hill House, cuyo enojado rostro quedaba felizmente oculto por la oscuridad creciente.

—Hay alguien esperando —dijo Eleanor acelerando el paso, y de este modo vio por primera vez a Luke. Los viajes acaban con el encuentro de los amantes, pensó, y sólo atinó a decir:

—¿Nos estaba buscando?

Luke se había aproximado a la barandilla de la veranda, observándolas a la luz del crepúsculo, y ahora se inclinó dedicándoles un profundo gesto de bienvenida.

—«Hallándome entre los muertos —dijo—, es que muerto debo estar». Señoritas, si son ustedes las fantasmales inquilinas de Hill House, aquí me quedaré para siempre.

Es un poco bobalicón, pensó Eleanor con severidad, y Theodora dijo:

—Sentimos no haber estado aquí para recibirle; estábamos explorando.

—No se preocupe, nos ha recibido una acerba vieja lechuga de cara agria —respondió él—. «Muy buenas», me ha dicho, «espero verle con vida mañana cuando regrese y su cena está en el aparador». Dicho lo cual, ha partido en un descapotable de última generación en compañía de otros dos asesinos.

—La señora Dudley —dijo Theodora—. El primer asesino debe ser Dudley, el portero; y supongo que el otro sería el conde Drácula. Una familia de lo más maja.

—Ya que estamos repasando el reparto de personajes —dijo—, yo me llamo Luke Sanderson.

Eleanor se vio impelida a hablar por el sobresalto:

—¿Entonces es usted miembro de la familia? ¿Los propietarios de Hill House? ¿No es uno de los invitados del doctor Montague?

—Efectivamente soy miembro de la familia; algún día esta augusta choza será mía; hasta entonces, sin embargo, estoy aquí en calidad de invitado del doctor Montague.

Theodora dejó escapar una risita.

—*Nosotras* —dijo— somos Eleanor y Theodora, dos niñas pequeñas que estaban planeando un picnic junto al arroyo y que han vuelto a casa asustadas por un conejo.

—Yo le tengo un terror cerval a los conejos —concurrió cortésmente Luke—. ¿Me permitirían acompañarlas si me comprometo a llevar la cesta del picnic?

—Puede traer su ukelele y tocar para nosotras mientras comemos emparedados de pollo. ¿Ha llegado el doctor Montague?

—Está dentro —dijo Luke—, disfrutando de su casa encantada.

Permanecieron un minuto en silencio, deseando acercarse mutuamente, y luego Theodora dijo débilmente:

—¿Ya no hace tanta gracia, verdad, ahora que está anocheciendo?

—Señoritas, bienvenidas —se abrió la gran puerta de entrada—. Pasen. Soy el doctor Montague.

2

Era la primera vez que estaban los cuatro juntos en el amplio y oscuro recibidor de Hill House. A su alrededor la casa se afirmó y los ubicó, por encima de ellos las colinas dormían vigilantes, pequeños remolinos de aire y sonido y movimiento se agitaban y esperaban y susurraban, y de algún modo el centro de conciencia era aquel pequeño espacio en el que se encontraban, cuatro personas distintas, mirándose con confianza unos a otros.

—Me alegra mucho que todo el mundo haya llegado sano y salvo, y a tiempo —dijo el doctor Montague—. Bienvenidos todos, bienvenidos a Hill House, si bien a lo mejor lo más apropiado sería que tal sentimiento proviniera de usted, Luke, muchacho. En cualquier caso, bienvenidos, bienvenidos. Luke, muchacho, ¿sabe preparar un martini?

3

El doctor Montague elevó su copa y sorbió esperanzado, para luego suspirar:

—Decente —dijo—. Sólo decente, muchacho. Por nuestro éxito en Hill House, en todo caso.

—¿Cómo se cuantifica exactamente el éxito en un asunto como este? —preguntó Luke con curiosidad.

El doctor rió.

—Digamos entonces —replicó— que espero que los cuatro tengamos una estancia emocionante y que mi libro haga botar a mis colegas en sus asientos. No puedo calificar su visita de vacaciones, a pesar de que a alguno se lo pueda parecer, porque espero poder contar con su trabajo, aunque el trabajo, por supuesto, dependerá mucho de lo que sea que haya que hacer, ¿verdad? Notas —dijo con alivio, como agarrándose a una solidez inquebrantable en un mundo de niebla—. Notas. Tomaremos notas, para algunos una tarea no del todo insoportable.

—Siempre y cuando nadie haga bromas sobre espíritus y espirituosos —dijo Theodora alargándole a Luke su copa para que se la rellenara.

—¿Espíritus? —el doctor la miró atentamente—. ¿Espirituosos? Sí, claro. Por supuesto. *Ninguno* de nosotros... —dudó, frunciendo el ceño—. Ciertamente no —dijo, y le dio tres rápidos y agitados tragos a su cóctel.

—Es todo tan extraño —dijo Eleanor—. Quiero decir, esta mañana me preguntaba cómo sería Hill House, y ahora no puedo creer que sea real y que estemos aquí.

Estaban sentados en un pequeño salón, elegido por el doctor, que los había guiado hasta él siguiendo un estrecho corredor, titubeando en un principio pero orientándose en última instancia. No era una habitación acogedora, ciertamente. Tenía un techo desagradablemente alto y una estrecha chimenea de ladrillos que parecía fría a pesar del fuego que Luke había encendido de inmediato; las sillas en las que se habían sentado eran redondas y resbaladizas, y la luz que salía a través de las pantallas coloreadas de las lámparas creaba sombras en los rincones. La sensación más abrumadora de la habitación era el púrpura; bajo sus pies el alfombrado resplandecía siguiendo apagados y enrevesados patrones, las paredes estaban empapeladas en tonos dorados, y un cupido de mármol destellaba fatuamente sobre ellos desde el manto de la chimenea. Cuando quedaban en silencio un momento, el peso callado de la casa presionaba sobre ellos desde todas las direcciones. Eleanor, preguntándose si realmente estaría allí, en vez de soñando Hill House desde algún lugar seguro e imposible remoto, recorrió lenta y cuidadosamente la habitación con la mirada, diciéndose a sí misma que aquello era real, aquellas cosas existían, desde los ladrillos que rodeaban la chimenea hasta el cupido de mármol; estas personas iban a ser sus amigas. El doctor era redondo y sonrosado y barbado y parecía como si debiera encontrarse con más propiedad sentado frente al fuego en un agradable saloncito, con un gato sobre las rodillas y una sonrosada esposa que le llevara bizcochos untados de mermelada, y sin embargo era innegablemente el mismo doctor Montague que había guiado a Eleanor hasta allí, un hombrecito

tan tozudo como bien informado. Al otro lado de la chimenea, frente al doctor, estaba Theodora, que se había dirigido infaliblemente a la silla menos incómoda, se había retorcido sobre ella hasta pasar las piernas por encima de los brazos y la cabeza apoyada sobre el respaldo; es como una gata, pensó Eleanor, y evidentemente una gata que esperaba su cena. Luke no permanecía quieto un minuto, sino que paseaba en ambas direcciones frente a las sombras, rellenando copas, agitando el fuego, tocando el cupido de mármol; estaba bien iluminado por el fuego, e inquieto. Todos guardaban silencio, mirando el fuego, perezosos después de sus respectivos viajes, y Eleanor pensó, Soy la cuarta persona en este cuarto; soy una de ellos; encajo.

—Ya que estamos *todos* aquí —dijo Luke de repente, como si no hubiera habido pausa en la conversación—, ¿no deberíamos ir familiarizándonos unos con otros? Hasta ahora sólo conocemos los nombres. Sé que Eleanor, aquí sentada, es la que lleva el suéter rojo, así que en consecuencia debe ser Theodora la que viste el amarillo.

—El doctor Montague tiene barba —dijo Theodora—, por lo tanto usted debe de ser Luke.

—Y tú eres Theodora —dijo Eleanor—, porque *yo* soy Eleanor —una Eleanor, pensó triunfalmente, que encaja, que habla con facilidad, que está sentada junto al fuego con sus amigos.

—Por lo tanto *tú* llevas puesto el suéter rojo —le explicó Theodora con sobriedad.

—Yo no tengo barba —dijo Luke—, así que *él* debe ser el profesor Montague.

—*Yo* tengo barba —dijo el doctor Montague, complacido, y los miró a todos con una expresión de felicidad—. A mi esposa —les contó— le *gusta* que un hombre lleve barba. A muchas mujeres, por otra parte, la barba les parece de mal gusto. Espero que me perdone, querido muchacho, pero un hombre afeitado nunca parece completamente vestido, o eso me dice al menos mi mujer —y le alargó su copa a Luke.

—Ahora que sé cuál de nosotros soy yo —dijo Luke—, permítanme que me identifique con más detalle. En la vida privada, asumiendo que esta sea la vida pública y que el resto del mundo sea *de verdad* privado, soy, vamos a ver... torero. Sí. Torero.

—Yo amo mi amor con una B —dijo Eleanor a pesar de sí misma—, porque tiene barba.

—Muy cierto —asintió Luke en dirección a ella—. Eso me convierte en el doctor Montague. Vivo en Bangkok y mi *hobby* es importunar a las mujeres.

—En absoluto —protestó el doctor Montague, divertido—. Vivo en Belmont.

Theodora rió e intercambió con Luke esa rápida mirada de entendimiento que le había dedicado antes a Eleanor. Eleanor, observándola, pensó ásperamente

que en ocasiones podría llegar a resultar opresivo estar durante mucho tiempo junto a una persona tan perceptiva, tan inmediatamente en sintonía, como Theodora.

—Yo de profesión soy modelo de artista —dijo rápidamente Eleanor, para silenciar sus pensamientos—. Llevo una vida frenética y abandonada, envuelta en un chal, de desván en desván.

—¿Es cruel y dispada? —preguntó Luke—. ¿O es una de esas frágiles criaturas que se enamoran del hijo de un lord y acaban languideciendo?

—¿Perdiendo toda tu belleza y tosiendo sin parar? —añadió Theodora.

—Prefiero pensar que tengo un corazón de oro —dijo Eleanor reflexivamente—. En cualquier caso, mis amoríos son la comidilla de los cafés —pero qué estoy diciendo, pensó. Qué estoy diciendo.

—Por desgracia —dijo Theodora—, yo soy la *hija* de un lord. Normalmente visto de seda y encaje y paños de oro, pero hoy he tomado prestados los atavíos de mi doncella para presentarme ante ustedes. Por supuesto podría acabar enamorándome de tal modo de la vida común como para nunca volver, y la pobre muchacha tendrá que buscarse unas ropas nuevas. ¿Y usted, doctor Montague?

El doctor sonrió en dirección a la lumbre.

—Un peregrino. Un vagabundo.

—Ciertamente se trata de un grupo congenial —dijo Luke con aprobación—. Destinados a ser amigos inseparables, de hecho. Una cortesana, un peregrino, una princesa y un torero. A buen seguro que Hill House nunca habrá visto inquilinos semejantes.

—Yo ese honor se lo otorgo a Hill House —dijo Theodora—. Yo sí que nunca había visto *nada* igual —se levantó, llevando su copa, y se acercó a examinar un jarrón de flores de cristal—. ¿Cómo supone que *llamarían* a esta habitación?

—Gabinete, quizá —dijo el doctor Montague—. Quizá *boudoir*. He pensado que estaríamos más cómodos aquí que en cualquiera de las otras habitaciones. De hecho, creo que deberíamos considerar esta estancia nuestro centro de operaciones, una especie de habitación común; quizá no sea muy alegre...

—Por *supuesto* que es alegre —dijo Theodora enérgicamente—. No hay nada que levante el ánimo más que un tapizado castaño y los paneles de roble, ¿y qué es eso que hay en la esquina? ¿Una silla de manos?

—Mañana podrá ver las *otras* habitaciones —le dijo el doctor.

—Si vamos a adoptar esta habitación como centro de nuestras jaranas —dijo

Luke—, propongo que traigamos algo para sentarnos. No soy capaz de aguantar demasiado tiempo encima de nada; me escurro —le dijo confidencialmente a Eleanor.

—Mañana —dijo el doctor—. Mañana, de hecho, exploraremos toda la casa y acomodaremos las cosas a nuestra conveniencia. Y ahora, si han terminado todos, les sugiero que averigüemos qué nos ha preparado la señora Dudley para cenar.

Theodora se movió de inmediato y a continuación se paró en seco, desconcertada.

—Alguien va a tener que guiarme —dijo—. Soy incapaz de decir dónde está el comedor —señaló con el dedo—. *Esa* puerta da al pasillo que lleva al recibidor —dijo.

El doctor sofocó una risilla.

—Se equivoca, querida. Esa puerta conduce al conservatorio —se levantó para dirigir el camino—. *Yo* he estudiado un mapa de la casa —dijo con complacencia—, y creo que sólo tenemos que salir por esta puerta, recorrer el pasillo hasta el recibidor, atravesar éste y la sala de billar y encontraremos el comedor. No es difícil —añadió—, una vez se tiene un poco de práctica.

—¿Por qué liarse de tal manera? —preguntó Theodora—. ¿A qué tantas pequeñas habitaciones extrañas?

—Quizá les gustase esconderse unos de otros —dijo Luke.

—*Yo* no puedo comprender por qué lo querrían todo tan oscuro —dijo Theodora. Ella y Eleanor seguían al doctor Montague por el pasillo y Luke cerraba la marcha tras ellas, demorándose para mirar en el interior del cajón de una mesa estrecha y preguntándose a sí mismo en voz alta acerca del valor de las cabezas de cupido y los hatillos de lazos que remataban las celosías del oscuro pasadizo.

Algunas de estas habitaciones son completamente interiores —dijo el doctor por delante de ellos—. No tienen ventanas ni ningún tipo de acceso al exterior. En cualquier caso, esto no resulta del todo sorprendente en una casa de este período, particularmente cuando uno recuerda que las ventanas que *sí* tenían acababan profusamente amortajadas por cortinas y colgaduras en el interior y por arbustos en el exterior. Ah —abrió la puerta del pasillo y salieron al recibidor—. Ahora... —dijo, estudiando las posibilidades que tenía enfrente, dos puertas más pequeñas flanqueando la gran puerta central de doble hoja—, ahora... —dijo y seleccionó la más próxima—. Es cierto que la casa *tiene* sus pequeñas rarezas —prosiguió, manteniendo abierta la puerta para que pudieran acceder a una habitación completamente a oscuras—. Luke, ven y mantenme esto abierto para que pueda encontrar el comedor.

Moviéndose con cautela, atravesó la habitación a oscuras y abrió una puerta, y los demás le siguieron hasta la estancia más agradable que habían visto

hasta el momento; más agradable, bien es cierto, debido a la luz y al olor y la visión de la comida.

—Me felicito a mí mismo —dijo el doctor, frotándose alegremente las manos—. Les he conducido hasta la civilización a través de los baldíos inexplorados de Hill House.

—Deberíamos tomar como costumbre el dejar todas las puertas abiertas de par en par —Theodora echó un vistazo nervioso a sus espaldas—. *Odio* todo este deambular en la oscuridad.

—Entonces habrá que ponerles algún calzo para mantenerlas abiertas —dijo Eleanor—. Todas las puertas de esta casa se cierran solas en cuanto las sueltas.

—Mañana —dijo el doctor Montague—. Me lo apuntaré. Topes para las puertas.

Se aproximó alegremente al aparador, donde la señora Dudley había dejado una mufla y una contundente hilera de platos cubiertos. La mesa estaba puesta para cuatro, con un fastuoso despliegue de velas y damasco y plata pesada.

—Veo que no han escatimado nada —dijo Luke cogiendo un tenedor con un gesto que habría confirmado las peores sospechas de su tía—. Ha sacado la plata de la familia.

—Creo que la señora Dudley se siente orgullosa de la casa —dijo Eleanor.

—No tiene intención de ofrecernos una mesa pobre, en cualquier caso —dijo el doctor, observando el interior de la mufla—. Es un apaño excelente, me parece a mí. De este modo, la señora Dudley puede partir de aquí con tiempo de sobra antes de que anochezca y a nosotros nos permite disfrutar de la cena sin su poca atractiva compañía.

—Quizá —dijo Luke observando el plato que estaba llenando generosamente—. quizá he sido injusto con la buena señora Dudley... ¿Por qué *debo* continuar pensando en ella, perversamente, como la *buena* señora Dudley? Quizá haya sido injusto con ella. Me ha dicho que esperaba encontrarme vivo por la mañana y que nuestra cena estaba en el horno; ahora sospecho que lo que pretendía era que muriera de glotonería.

—¿Qué es lo que la ata a este sitio? —le preguntó Eleanor al doctor Montague—. ¿Por qué permanecen ella y su esposo, solos, en esta casa?

—Según tengo entendido, los Dudley llevan cuidando de Hill House desde que cualquiera pueda recordar; ciertamente los Sanderson se mostraron perfectamente satisfechos de poder seguir contando con ellos. Pero mañana...

Theodora soltó una risita.

—Probablemente la señora Dudley es el único miembro superviviente de la familia a la que Hill House pertenece *realmente*. Yo creo que sólo está esperando a que todos los herederos de los Sanderson (ése eres tú, Luke) fallezcan de varias maneras horribles, y entonces podrá heredar la casa y la fortuna en joyas enterrada en el sótano. O quizá ella y Dudley acumulan su oro en la cámara secreta, o hay petróleo bajo la casa.

—No hay cámaras secretas en Hill House —dijo el doctor con rotundidad—. Naturalmente, esa posibilidad ya se ha sugerido con anterioridad, y creo que puedo afirmar con total seguridad que no existe semejante dispositivo romántico en este lugar. Pero mañana...

—En cualquier caso, el petróleo es decididamente agua pasada, nada digno de ser descubierto bajo la propiedad en los tiempos que corren —le dijo Luke a Theodora—. Lo mínimo por lo que la señora Dudley podría asesinarme a sangre fría debería ser por uranio.

—O por pura diversión —dijo Theodora.

—Sí —dijo Eleanor—, pero ¿nosotros por qué estamos aquí?

Los tres la miraron durante un largo minuto, Theodora y Luke con curiosidad, el doctor gravemente. Entonces Theodora dijo:

—Justo lo mismo que iba a preguntar *yo*. ¿Qué hacemos *nosotros* aquí? ¿Qué es lo que le pasa a Hill House? ¿Qué va a pasar?

—Mañana...

—No —dijo Theodora casi con petulancia—. Somos tres personas adultas e inteligentes. Todos hemos recorrido un largo camino, doctor Montague, para reunirnos con usted aquí, en Hill House; Eleanor quiere saber por qué y yo también.

—Yo también —dijo Luke.

—¿Por qué nos ha traído aquí, doctor? ¿Qué le ha traído a usted en concreto? ¿Cómo conoció la existencia de Hill House, por qué tiene semejante reputación y qué es lo que ha pasado aquí en realidad? ¿Qué es lo que va a *suced*er?

El doctor frunció el ceño, a disgusto.

—No lo sé —dijo, y a continuación, cuando Theodora hizo un rápido gesto de irritación, prosiguió—, no sé mucho más sobre la casa de lo que puedan saber ustedes, y naturalmente tenía la intención de contarles todo lo que sé, en cuanto a lo que va a *ocurrir*, lo iré averiguando al mismo tiempo que ustedes. Pero mañana será más apropiado para hablar de ello; a la luz del día...

—No en mi caso —dijo Theodora.

—Le aseguro —dijo el doctor— que Hill House estará tranquila esta noche. Estas cosas siguen ciertos patrones, como si los fenómenos psíquicos estuvieran sujetos a leyes de una naturaleza muy particular.

—Sinceramente creo que deberíamos hablarlo esta misma noche —dijo Luke.

—No tenemos miedo —añadió Eleanor.

El doctor dejó escapar otro suspiro.

—Supongan —dijo lentamente— que oyen la historia de Hill House y deciden no permanecer en ella. ¿Cómo podrían marcharse, en plena noche? —paseó una rápida mirada por todos ellos—. La verja está cerrada. Hill House tiene una reputación de hospitalidad insistente; al parecer no le gusta dejar que sus huéspedes se marchen. La última persona que intentó abandonar Hill House en plena noche (sucedió hace 18 años, eso sí) falleció en la curva del camino de entrada, donde su caballo se encabritó y lo aplastó contra el árbol más grande. Supongan que se lo cuento todo sobre Hill House y que uno de ustedes quisiera marcharse. Mañana, al menos, podríamos asegurarnos de que llegara sano y salvo hasta el pueblo.

—Pero no vamos a salir huyendo —dijo Theodora—. Yo no lo voy a hacer, Eleanor no lo va a hacer, y Luke tampoco.

—Inamovibles sobre los bastiones —dijo Luke.

—Son ustedes un grupo de ayudantes de lo más amotinados. Después de la cena, entonces. Nos retiraremos a nuestro pequeño *boudoir* para tomar el café y un poco de ese buen *brandy* que Luke tiene en su maleta, y les contaré todo lo que sé sobre Hill House. Por ahora, en cualquier caso, hablemos de música, o de pintura, o incluso de política.

4

—No había decidido aún —dijo el doctor, haciendo girar el *brandy* en el interior de su copa— la mejor manera de prepararles a los tres para Hill House. Ciertamente no les podía escribir al respecto y todavía ahora soy completamente reacio a influenciar sus mentes con una historia tan compleja antes de que hayan tenido una oportunidad de ver por ustedes mismos.

Habían regresado al pequeño gabinete, satisfechos y casi somnolientos. Theodora había abandonado todo intento de acomodarse en una silla para sentarse en el suelo sobre la alfombra, enfrente de la chimenea, con las piernas cruzadas y amodorrada. Eleanor, que había pretendido sentarse en la alfombra junto a ella, no lo había pensado a tiempo, se había condenado a una de las resbaladizas sillas y ahora se resistía a atraer la atención moviéndose y sentándose desmañadamente en el suelo. La buena cena de la señora Dudley y una hora de conversación tranquila habían evaporado el tenue ambiente de

irrealidad y restricción; habían empezado a conocerse unos a otros, a reconocer sus voces individuales y sus manierismos, rostros y risas; Eleanor pensó con una pequeña sacudida de sorpresa que sólo llevaba en Hill House cuatro o cinco horas, y sonrió ligeramente en dirección al fuego. Podía sentir el delicado tallo de la copa entre sus dedos, la rígida presión de la silla contra su espalda, los tenues movimientos del aire por la habitación, casi imperceptibles salvo por el escaso movimiento de borlas y junquillos. La oscuridad descansaba en los rincones y el cupido de mármol les sonreía desde arriba con humor mofletudo.

—Qué momento para una historia de fantasmas —dijo Theodora.

—Si hace el favor —dijo el doctor envarado—. No somos niños intentando asustarnos unos a otros.

—Perdón —sonrió Theodora—. Sólo estoy intentando acostumbrarme a todo esto.

—Será mejor —dijo el doctor— que ejercitemos una gran precaución en el uso del lenguaje. Las nociones preconcebidas acerca de fantasmas y apariciones...

—La mano cercenada en la sopa —dijo Luke servicialmente.

—Mi querido muchacho. *Haga* el favor. Intentaba explicarles que nuestro propósito aquí, siendo como es de naturaleza científica y exploratoria, no debería verse afectado, quizá incluso sesgado, por el vago recuerdo de relatos terroríficos que pertenecen con propiedad al ámbito de, cómo decirlo, las acampadas junto a la hoguera —satisfecho consigo mismo, miró a su alrededor para asegurarse de haberles divertido a todos—. De hecho, mis investigaciones de este último par de años me han conducido a ciertas teorías respecto a los fenómenos psíquicos que ahora, por primera vez, voy a tener la oportunidad de poner a prueba. Lo ideal, por supuesto, sería que ustedes no supieran absolutamente nada sobre Hill House. Deberían mostrarse ignorantes y receptivos.

—Y tomar notas —murmuró Theodora.

—Notas. Sí, efectivamente. Notas. En cualquier caso, me doy cuenta de que no resultaría nada práctico ocultarles por completo todos los antecedentes, principalmente porque no son ustedes personas acostumbradas a enfrentarse a una situación sin preparación —los observó con una expresión astuta en el rostro—. No son sino tres niños voluntariosos y consentidos dispuestos a insistir hasta que les cuente un cuento de buenas noches.

Theodora soltó una risilla y el doctor asintió satisfecho hacia ella. Se levantó y se situó junto a la chimenea con la pose inconfundible de un maestro frente a su clase; parecía sentir la ausencia de una pizarra a sus espaldas, porque en una o dos ocasiones se dio la vuelta con la mano alzada, como si buscara una tiza con la que recalcar una idea.

—Ahora —dijo— repasaremos la historia de Hill House.

Ojalá tuviera papel y lápiz, pensó Eleanor, sólo para que pudiera sentirse como en casa. Miró de reojo a Theodora y a Luke y descubrió que los rostros de ambos habían adoptado instintivamente un aspecto de alumnos absortos; cuánta concentración, pensó; hemos pasado a otra etapa de nuestra aventura.

—Recordarán ustedes —comenzó el doctor— las casas descritas en el Levítico como *tsaraas*, «leprosas», o la expresión de Homero para el averno: *aidao domos*, la casa de Hades; no hará falta que les recuerde, creo yo, que el concepto de que ciertas casas están prohibidas o son impuras, quizá sagradas, es tan antiguo como la mente humana. Ciertamente existen lugares a los que inevitablemente se les atribuye una atmósfera de santidad y bondad; no sería por tanto demasiado fantasioso afirmar que algunas casas son malas de nacimiento. Hill House, sea cual sea la causa, ha resultado ser inapropiada para la habitación humana durante los últimos veinte años. Cómo era antes, si su personalidad quedó moldeada por la gente que vivió aquí o las cosas que hicieron, o si fue malvada desde el primer momento, son preguntas que no puedo responder. Naturalmente, espero que todos acabemos sabiendo mucho más sobre Hill House antes de marcharnos. Nadie sabe, ni siquiera, por qué algunas casas son descritas mediante el apelativo de «encantadas».

—¿De qué otro modo podría llamar a Hill House? —arguyó Luke.

—Bueno... perturbada, quizá. Leprosa. Enferma. Cualquiera de los eufemismos populares para la locura; una casa trastornada es una bonita alusión. Hay teorías populares, en cualquier caso, que desestiman lo ultraterreno, lo misterioso; hay personas que afirman que las perturbaciones que yo llamo «psíquicas» son en realidad fruto de aguas subterráneas, o corrientes eléctricas, o alucinaciones provocadas por el aire contaminado; presión atmosférica, manchas solares, movimientos tectónicos, todos ellos tienen partidarios entre los escépticos. La gente —dijo el doctor con tristeza— siempre tan ansiosa por sacar las cosas a la luz, donde puedan ponerles un nombre, aunque sea un nombre sin sentido, siempre y cuando tenga un deje científico —suspiró, relajándose, y les dedicó una pequeña sonrisa burlona—. Una casa encantada —dijo—. Todo el mundo se ríe. Al final me sorprendí diciéndoles a mis colegas de la universidad que este verano iba a ir de acampada.

—Yo le he dicho a la gente que iba a participar en un experimento científico —dijo servicialmente Theodora—. Sin decirles ni qué ni dónde, por supuesto.

—Presumiblemente sus amigos no se tomarán tan a pecho los experimentos científicos como los míos. Sí —el doctor suspiró de nuevo—. De acampada. A mi edad. Y sin embargo, eso sí se lo han creído. En fin.

Volví a ponerse en pie y manoseó a su lado, quizá buscando una vara.

—Oí hablar por primera vez de Hill House hace un año, de boca de un antiguo inquilino. Empezó asegurándome que había abandonado Hill House debido a que su familia se oponía a vivir en un lugar tan apartado, y acabó diciendo que en su opinión la casa debía ser quemada hasta los cimientos y el suelo cubierto con sal. A su tiempo supe de otras personas que habían alquilado Hill House y descubrí que ninguna de ellas había permanecido más de un par de

días, mucho menos la duración íntegra de sus contratos, dando motivos que iban desde lo húmedo del lugar (algo completamente falso, por cierto; la casa es muy seca) a la acuciante necesidad de mudarse a otro lugar por cuestión de negocios. Es decir, todos los inquilinos que han abandonado Hill House apresuradamente han hecho un esfuerzo por argumentar un motivo racional para su marcha, y sin embargo todos ellos se fueron. Por supuesto, he intentado averiguar más cosas directamente de boca de estos inquilinos, y sin embargo en ningún caso he conseguido persuadirles de que me hablaran de la casa; todos parecieron completamente reacios a proporcionarme información y se mostraron, de hecho, renuentes a recordar los detalles de sus estancias. Sólo una opinión los unía a todos. Sin excepción, todas y cada una de las personas que han pasado algún tiempo en esta casa me apremiaron a mantenerme lo más alejado posible de ella. Ninguno de estos anteriores inquilinos pudo obligarse a admitir que Hill House esté encantada, pero cuando visité Hillsdale y consulté la hemeroteca...

—¿Periódicos? —preguntó Theodora—. ¿Hubo algún escándalo?

—Oh, sí —dijo el doctor—. Un escándalo perfectamente espléndido, con locura, suicidio y demandas judiciales. *Entonces* averigüé que los lugareños no albergan la más mínima duda acerca de la casa. Por supuesto, he oído una docena diferente de relatos (francamente no se hacen ustedes idea de lo *increíblemente* difícil que resulta obtener información detallada acerca de una casa encantada; les asombraría saber hasta que extremos he tenido que llegar sólo para averiguar lo poco que sé), y como resultado fui a ver a la señora Sanderson, la tía de Luke, para organizar el alquiler de Hill House. Ella fue completamente franca acerca de su naturaleza indeseable...

—Hacer arder una casa es más difícil de lo que usted se imagina —dijo Luke.

—... pero se mostró de acuerdo en cedérmela durante un tiempo reducido para que pudiera llevar a cabo mi investigación, a condición de que un miembro de la familia estuviera presente durante la misma.

—Esperan que pueda disuadirle —dijo Luke solemnemente— para que no desentierre los antiguos y adorables escándalos de la familia.

—Ahí lo tienen. Ahora ya les he explicado qué me ha traído hasta aquí y el motivo de la presencia de Luke. En cuanto a ustedes dos, señoritas, todos sabemos que han venido porque me puse en contacto con ustedes por escrito y ambas aceptaron mi invitación. Mi esperanza es que cada una de ustedes pueda, a su modo, intensificar las fuerzas que operan en la casa; Theodora ha demostrado estar en posesión de cierta habilidad telepática y Eleanor estuvo, en el pasado, íntimamente involucrada en un fenómeno *poltergeist*.

—¿Yo?

—Por supuesto —el doctor la miró con curiosidad—. Hace muchos años, cuando era usted niña. Las piedras...

Eleanor frunció el ceño y negó con la cabeza. Sus dedos temblaron en torno al tallo de su copa y a continuación dijo:

—Fueron los vecinos. Mi madre dijo que lo hicieron los vecinos. La gente es celosa.

—Quizá sea así —el doctor habló lentamente, dedicándole una sonrisa a Eleanor—. El incidente quedó olvidado hace mucho, por supuesto; sólo lo he mencionado porque ese es el motivo de que la quisiera aquí en Hill House.

—Cuando *yo* era niña —dijo perezosamente Theodora—, «hace muchos años», tal y como ha dicho usted con supremo tacto, doctor, me dieron unos azotes por lanzar un ladrillo contra el tejado de un invernadero. Recuerdo que pensé en ello largo y tendido, recordando la azotaina pero recordando también el hermoso estropicio y, tras pensar en ello muy seriamente, salí y volví a hacerlo.

—Yo no lo recuerdo muy bien —le dijo Eleanor titubeante al doctor.

—Pero *¿por qué?* —preguntó Theodora—. Quiero decir, que puedo aceptar que haya quien suponga que Hill House está encantada y que usted nos quiera aquí, doctor Montague, para ayudarle a seguir la huella de lo que sea que suceda (y, además de eso, me apuesto lo que sea a que tampoco le habría hecho ninguna gracia encontrarse aquí completamente *solo*), pero sencillamente no lo entiendo. Es una casa vieja y horrible y si yo la hubiera alquilado gritaría con todas mis fuerzas que me devolvieran el dinero sólo con haber visto el recibidor, pero *¿qué es lo que hay aquí?* *¿Qué es lo que de verdad atemoriza a la gente de tal modo?*

—No voy a ponerle nombre a aquello que no lo tiene —dijo el doctor—. No lo sé.

—Nunca me dijeron siquiera lo que estaba pasando —le dijo Eleanor con urgencia al doctor—. Mi madre dijo que fueron los vecinos, siempre estuvieron en contra nuestra porque ella no se mezclaba con ellos. Mi madre...

Luke la interrumpió, lenta y deliberadamente.

—Creo —dijo— que lo que todos queremos son hechos. Algo que podamos entender y asimilar.

—Antes —dijo el doctor— voy a hacerles una pregunta a todos ustedes. *¿Quien marcharse? ¿Creen ustedes que deberíamos hacer las maletas y dejar a Hill House en compañía de sí misma para nunca más volver a tener nada que ver con ella?*

Miró a Eleanor y Eleanor juntó las manos apretándolas; he aquí otra oportunidad de huir, pensó, y dijo:

—No —y miró avergonzada a Theodora—. Esta tarde me he portado como una niña —explicó—. Me he dejado llevar por el miedo.

—No está contando toda la verdad —dijo Theodora con lealtad—. No estaba más asustada de lo que lo pudiera estar yo; nos hemos llevado un sobresalto de muerte por culpa de un conejo.

—Horribles criaturas, los conejos —dijo Luke.

El doctor rió.

—Supongo que, de cualquier modo, todos estábamos nerviosos esta tarde. Es una conmoción desagradable salir de esa curva y ver Hill House con toda claridad.

—Yo por un momento he creído que el doctor iba a estampar el coche contra un árbol —dijo Luke.

—De verdad que ahora soy muy valiente, en una habitación caliente, con fuego y compañía —dijo Theodora.

—No creo que ahora pudiéramos marcharnos aunque quisiéramos.

Eleanor había hablado antes de darse cuenta realmente de lo que iba a decir, o de cómo iba a sonar a los oídos de los otros; vio que la estaban mirando con los ojos como platos y añadió de manera poco convincente:

—La señora Dudley nunca nos lo perdonaría.

Se preguntó si de verdad creían que eso era lo que había pretendido decir, y pensó, Quizá ahora nos tiene, esta casa, quizá no nos deje marchar.

—Tomemos un poco más de *brandy* —dijo el doctor— y les contaré la historia de Hill House.

Retomó su posición profesoral frente a la chimenea y comenzó poco a poco, como alguien que debiera dar cuenta de reyes largamente fallecidos y guerras largamente libradas; su voz era cuidadosamente carente de emoción.

—Hill House data de hace unos ochenta años —comenzó—. Fue construida por un hombre llamado Hugh Crain como hogar para su familia; una casa de campo en la que esperaba ver a sus hijos y nietos vivir rodeados de lujo y comodidades, y donde tenía toda la intención de acabar sus días en paz y tranquilidad. Por desgracia, Hill House fue una casa triste prácticamente desde el primer momento; la joven esposa de Hugh Crain falleció pocos minutos antes de que pudiera ver por primera vez la casa con sus propios ojos, cuando el carruaje que la traía aquí volcó en el camino de entrada y la joven dama entró... ah, *exánime*, creo que es la palabra que suele usarse en estos casos, en la casa que su marido había construido para ella. Hugh Crain era un hombre triste y amargado, viudo y con dos hijas pequeñas a las que criar, pero no abandonó Hill House.

—¿Aquí han vivido niñas? —preguntó Eleanor con incredulidad.

El doctor sonrió.

—La casa es seca, como ya he dicho. No había pantanos que pudieran causarles fiebres, el aire del campo estaba considerado beneficioso para ellas y la casa en sí misma era tenida por lujosa. No tengo ninguna duda de que dos niñas pequeñas podrían haber jugado aquí; solas, quizá, pero no infelices.

—Espero que no intentaran vadear el arroyo —dijo Theodora. Tenía la mirada clavada en el fuego—. Pobrecillas. Espero que alguien las dejara corretear por esos prados y recoger flores silvestres.

—Su padre volvió a casarse —prosiguió el doctor—. En otras dos ocasiones, para ser exactos. Parece haber sido... desafortunado, en lo que a sus esposas se refiere. La segunda señora Crain falleció debido a una caída, a pesar de que he sido incapaz de determinar el modo o la causa. Su muerte parece haber sido tan trágica e inesperada como la de su predecesora. La tercera señora Crain falleció de lo que antes solía llamarse tisis en algún lugar de Europa; hay, en algún lugar de la biblioteca, una colección de postales recibidas por las dos chiquillas, que permanecieron en Hill House mientras su padre y su madrastra viajaban de un balneario a otro. Dejaron a las pequeñas aquí solas en compañía de su institutriz hasta la muerte de su madrastra. Después de aquello, Hugh Crain manifestó su intención de clausurar Hill House y fijar su residencia en el extranjero, y sus hijas fueron enviadas a vivir con una prima de su madre, y con ella siguieron hasta alcanzar la madurez.

—Espero que la prima de mamá fuera un poco más jovial que el viejo Hugh —dijo Theodora, todavía con la mirada lóbregamente clavada en el fuego—. No me resulta agradable pensar en unas niñas creciendo como champiñones, en la oscuridad.

—Ellas pensaban de otro modo —dijo el doctor—. Las dos hermanas pasaron el resto de sus vidas peleando por Hill House. A pesar de todas sus ilusiones de fundar una dinastía que tuviera aquí su epicentro, Hugh Crain murió en algún lugar de Europa, poco después de su esposa y Hill House pasó a ser propiedad conjunta de las dos hermanas, que por aquel entonces ya debían ser jóvenes damas; la hermana mayor, como poco, había debutado en sociedad.

—Y se había recogido el pelo y había aprendido a beber *champagne* y a manejar el abanico...

—Hill House permaneció vacía durante una serie de años, pero siempre en uso y dispuesta para la familia; primero en espera del regreso de Hugh Crain, y luego, tras su muerte, para cualquiera de las hermanas que escogiera vivir aquí. En algún momento de esta historia parece ser que las dos hermanas llegaron al acuerdo de que Hill House debería pasar a ser propiedad de la mayor; la hermana más joven se había casado...

—Ajá —dijo Theodora—. La hermana *joven* se casó. Le robó el galán a su hermana, no me cabe la menor duda.

—Se dijo que la hermana mayor había tenido una desavenencia amorosa — confirmó el doctor—, aunque eso suele decirse de prácticamente cualquier dama que prefiera, por el motivo que sea, vivir sola. En cualquier caso, fue la hermana mayor la que regresó aquí. Por lo visto era muy parecida a su padre; vivió aquí sola un buen número de años, casi en reclusión, a pesar de que era conocida en el pueblo de Hillsdale. Por increíble que les pueda parecer a ustedes, amaba sinceramente Hill House y la consideraba su hogar. Al cabo de un tiempo acabó por contratar a una muchacha del pueblo para que viviera con ella, como acompañante; hasta donde he podido averiguar, entonces no parecía existir un sentimiento contrario a la casa entre los aldeanos, ya que la vieja señorita Crain (como era conocida inevitablemente) contrataba a sus sirvientes en el pueblo, y todo el mundo consideraba que había sido un detalle por su parte aceptar a una muchacha local como acompañante. La vieja señorita Crain discutía constantemente con su hermana con motivo de la casa, ya que la hermana pequeña insistía en que había renunciado a sus derechos sobre la casa a cambio de cierto número de reliquias familiares, algunas de considerable valor, que su hermana se había negado a entregarle. Había algunas joyas, varias antigüedades y una vajilla completa de platos con aros de oro, que parecían irritar a la hermana pequeña más que cualquier otra cosa. La señora Sanderson me dejó revolver en una caja repleta de papeles de la familia, de modo que he visto algunas de las cartas que la señorita Crain recibió de su hermana y en todas ellas aparecen los platos como motivo recurrente de roce. En cualquier caso, la hermana mayor falleció aquí, en la casa, debido a una neumonía, sin más compañía que la de su joven acompañante; luego hubo rumores acerca de cierto médico al que se avisó demasiado tarde, de la anciana agonizando abandonada en su lecho del piso de arriba mientras la joven perdía el tiempo en el jardín con un indeseable del pueblo, pero sospecho que se trata sólo de invenciones escandalosas; ciertamente no he conseguido encontrar evidencia alguna de que tales historias fueran creídas ampliamente en su momento, y de hecho la mayoría de ellas parecen haber surgido directamente del venenoso afán de venganza de la hermana pequeña, cuya ira nunca se apagó del todo.

—No me gusta la hermana pequeña —dijo Theodora—. Primero le robó el amante a su hermana y después intentó robarle los platos. No, no me gusta.

—Hill House tiene una lista impresionante de tragedias conectadas con ella, pero por otra parte todas las casas antiguas la tienen. La gente tiene que vivir y morir *en algún sitio*, después de todo, y difícil es que una casa aguante ochenta años sin ver a algunos de sus habitantes fallecer entre sus paredes. Tras la muerte de la hermana mayor, hubo un pleito sobre la casa. La acompañante insistía en que ésta le había sido legada, pero la hermana pequeña y su marido defendieron con virulencia que la casa les pertenecía legalmente y que la acompañante había engañado a la hermana mayor para que firmara la cesión de la propiedad que siempre había tenido intención de legar a su hermana. Fue un asunto desagradable, como todas las querellas familiares, y como en todas las querellas familiares ambos bandos dijeron cosas increíblemente severas y crueles. La acompañante juró ante el tribunal (y aquí, creo yo, tenemos el primer indicio de la verdadera personalidad de Hill House) que la hermana pequeña acudió a la casa en mitad de la noche y robó unos objetos. Cuando se la presionó para que ampliara los detalles de su

acusación, se puso muy nerviosa e incoherente, y finalmente, obligada a presentar alguna prueba de su acusación, dijo que había desaparecido una cubertería de plata, así como un valioso juego de porcelana, además de la ya famosa vajilla de platos con aro de oro, algo que habría resultado bastante difícil de robar, si uno piensa bien en ello. Por su parte, la hermana pequeña llegó hasta el extremo de mencionar el asesinato y a exigir que se investigara la muerte de la vieja señorita Crain, creando así los primeros rumores de negligencia y abandono. No he podido descubrir que esta acusación llegara a tomarse en serio alguna vez. No existe el más mínimo registro aparte de un certificado de defunción de la hermana mayor perfectamente formal, y ciertamente los aldeanos habrían sido los primeros en sospechar en caso de que hubiera habido alguna irregularidad en su fallecimiento. En última instancia, la acompañante ganó el caso y también habría podido ganar, en mi opinión, una demanda por difamaciones, y la casa pasó a ser legalmente suya, a pesar de que la hermana pequeña nunca dejó de intentar recuperarla. Hostigó a la desafortunada acompañante con cartas y amenazas, hizo las más descabelladas acusaciones contra ella en todas partes y en los informes de la policía local aparece registrada al menos una ocasión en la que la acompañante se vio obligada a solicitar protección policial para impedir que su rival la atacara con una escoba. Al parecer, la acompañante vivía aterrorizada; estaba convencida de que entraban a robarle por la noche (nunca dejó de insistir en ello) y he leído una carta patética en la que se quejaba de no haber pasado una noche tranquila en la casa desde la muerte de su benefactora. Curiosamente, las simpatías de los aldeanos estaban en su mayoría de parte de la hermana pequeña, quizá porque la acompañante, otrora una chica del pueblo, había pasado a ser ahora señora de la mansión. Los aldeanos creían (y siguen creyendo, me parece a mí) que la hermana joven fue privada fraudulentamente de su herencia por una joven intrigante. No creían que hubiera llegado al punto de asesinar a su amiga, como comprenderán, pero estaban más que dispuestos a creer que fuera deshonesto, no en menor medida porque también ellos eran capaces de serlo a la menor oportunidad. En fin, los chismorreos siempre son un mal enemigo. Cuando la pobre criatura se suicidó...

—¿Se suicidó? —el sobresalto hizo que Eleanor se medio levantara al hablar
—. ¿Tuvo que matarse?

—¿Se refiere usted a si no había otro modo de escapar de su atormentadora? A ella ciertamente no se lo parecía. En los alrededores se aceptó tácitamente que había escogido el suicidio porque su conciencia culpable la había llevado a ello. Yo me siento más inclinado a creer que se trataba de una de esas jóvenes tenaces pero simples, capaces de agarrarse con desesperación a lo que creen que es suyo, pero que no son capaces de soportar mentalmente el desgaste de una persecución constante; ciertamente carecía de armas con las que enfrentarse a la campaña de odio de la hermana pequeña, hasta sus amigos del pueblo se habían vuelto en su contra, y parece haber enloquecido debido a la convicción de que ni cerrojos ni cerraduras eran capaces de impedir la entrada de la enemiga que robaba en su casa por las noches.

—Podría haberse marchado —dijo Eleanor—. Haber dejado la casa y marcharse tan lejos como fuera posible.

—En realidad, eso es lo que hizo. Sinceramente pienso que la pobre muchacha fue impulsada a la muerte por el odio; se ahorcó, por cierto. Los rumores dicen que se colgó del torreón en la torre, pero cuando uno tiene una casa como Hill House, con una torre y un torreón, los rumores difícilmente te van a permitir colgarte en ningún otro sitio. Tras su fallecimiento, la casa pasó legalmente a manos de la familia Sanderson, primos de ella y en modo alguno tan vulnerables a la persecución de la hermana pequeña, que para entonces debía haber acabado también sucumbiendo un poco a la demencia. La señora Sanderson me contó que cuando la familia (los padres de su esposo, probablemente) vino a ver la casa por primera vez, la hermana pequeña se presentó para increparles y se encontró metida de inmediato en un coche de camino a la comisaría local. Y ese parece haber sido el fin del papel de la hermana pequeña en la historia; desde el día en que el primer Sanderson la despidió con cajas destempladas hasta el escueto anuncio de su fallecimiento un par de años después, parece haber pasado todo su tiempo lamentándose en silencio por los agravios sufridos, pero siempre lejos de los Sanderson. Curiosamente, entre todos sus desvaríos, había un punto en el que siempre insistía: nunca había venido a esta casa de noche, ni lo haría jamás, ni para robar ni por ningún otro motivo.

—¿Se produjo realmente algún robo alguna vez? —preguntó Luke.

—Como ya les he dicho, la acompañante fue instada a especificar el par de objetos que al parecer habían desaparecido, pero no pudo afirmarlo con seguridad. Como podrán imaginar, la historia del intruso nocturno contribuyó lo suyo a incrementar la reputación ulterior de Hill House. Más aún, los Sanderson nunca llegaron a vivir aquí en absoluto. Pasaron un par de días en la casa, informando a los aldeanos de que la estaban preparando para residir en ella, y luego se marcharon abruptamente. Contaron en el pueblo que un asunto urgente los obligaba a fijar su residencia en la ciudad, pero los del pueblo pensaban conocer el motivo real. Nadie ha vuelto a permanecer en la casa más de un par de días. Ha estado en el mercado, en venta y alquiler, desde entonces. En fin, qué historia tan larga. Necesito otro *brandy*.

—Esas dos pobres niñas —dijo Eleanor, observando el fuego—. No puedo olvidarlas, paseando por estas habitaciones oscuras, intentando jugar con muñecas, quizá aquí o en esos dormitorios de arriba.

—Y de este modo la vieja casa ha permanecido aquí desde entonces —Luke extendió un dedo tentativo y rozó cautelosamente el cupido de mármol—. Todo en su interior intacto, en desuso, sin que nadie lo deseara ya, abandonado, pensando.

—Y esperando —dijo Eleanor.

—Y esperando —confirmó el doctor—. Esencialmente —prosiguió lentamente — el mal es la casa en sí misma, creo yo. Ha encadenado y destruido a su gente y sus vidas, es un lugar de mala voluntad contenida. Bueno. Mañana podrán verlo todo. Los Sanderson instalaron electricidad, agua corriente y línea telefónica cuando proyectaron trasladarse aquí a vivir, pero por lo demás nada ha cambiado.

—Bueno —dijo Luke tras un pequeño silencio—, estoy seguro de que todos nos vamos a sentir muy cómodos aquí.

5

Eleanor se sorprendió a sí misma admirando inesperadamente sus pies. Theodora soñaba junto al fuego justo al alcance de las puntas de sus dedos, y Eleanor pensó con profunda satisfacción que sus pies eran atractivos con sus rojas sandalias; qué cosa tan completa y separada soy, pensó, de la punta de mis rojos pies a la punta de mi cabeza, individualmente un Yo, en posesión de atributos que sólo a mí me pertenecen. Tengo unos zapatos rojos, pensó, eso es algo que va con ser Eleanor; no me gusta la langosta y duermo sobre el costado izquierdo y hago sonar los nudillos cuando estoy nerviosa y guardo botones. Yo sostengo una copa de *brandy* que es mía porque yo estoy aquí y yo la estoy usando y yo tengo un lugar en esta habitación. Yo tengo unos zapatos rojos y yo mañana me despertaré y yo seguiré estando aquí.

—Tengo unos zapatos rojos —dijo muy suavemente, y Theodora se volvió hacia ella y le sonrió.

—*Tenía* la intención —el doctor los miró a todos con un deslumbrante y anhelante optimismo—, *tenía* la intención de preguntarles si juegan ustedes al *bridge* .

—Por supuesto —dijo Eleanor. Yo juego al *bridge* , pensó; yo tuve un gato que se llamaba Bailarín; yo sé nadar.

—Me temo que no —dijo Theodora, y los otros tres se volvieron hacia ella y la contemplaron con franca consternación.

—¿Nada de nada? —preguntó el doctor.

—Yo me pasé once años jugando al *bridge* dos veces a la semana —dijo Eleanor—, con mi madre, su abogado y la esposa de éste. Estoy *segura* de que usted jugará *igual* de bien.

—¿Quizá podrías enseñarme? —preguntó Theodora—. Soy rápida aprendiendo los juegos.

—Oh, cielos —dijo el doctor, y Eleanor y Luke rieron.

—Mejor juguemos a otra cosa —dijo Eleanor; sé jugar al *bridge* , pensó; me gusta el pastel de manzana con nata amarga, y he conducido hasta aquí yo sola.

—*Backgammon* —dijo el doctor con resentimiento.

—No se me da nada mal el ajedrez —le dijo Luke al doctor, que se animó de

inmediato.

Theodora apretó los labios en una mueca de obstinación.

—No suponía que hubiéramos venido aquí a *jugar* —dijo.

—Relajación —dijo el doctor distraídamente, y Theodora le dio la espalda con un hosco encogimiento de hombros y volvió a fijar su mirada en el fuego.

—Iré a buscar el ajedrez si me dice dónde está —dijo Luke, y el doctor sonrió.

—Mejor déjeme ir a mí. Recuerde, he estudiado un plano de la casa. Si le dejáramos vagar por su cuenta y riesgo es muy probable que nunca volviéramos a encontrarle.

En cuanto la puerta se cerró a sus espaldas, Luke dirigió una rápida mirada de curiosidad a Theodora y a continuación se acercó a Eleanor.

—No estará nerviosa, ¿verdad? ¿Le ha asustado la historia?

Eleanor negó enfáticamente con la cabeza y Luke añadió:

—Está un poco pálida.

—Probablemente debería estar ya en la cama —dijo Eleanor—. No estoy acostumbrada a conducir distancias tan largas como la de hoy.

—Brandy —dijo Luke—. Le ayudará a dormir mejor. Y a usted también —le dijo a la nuca de Theodora.

—Gracias —respondió Theodora con frialdad, sin volverse—, pero rara vez tengo problemas para dormirme.

Luke sonrió con complicidad a Eleanor y a continuación se volvió hacia la puerta, por la que estaba entrando el doctor.

—Tengo una imaginación desbocada —dijo el doctor, colocando el ajedrez sobre la mesa—. Qué casa esta.

—¿Le ha sucedido algo? —preguntó Eleanor.

—Probablemente deberíamos ponernos de acuerdo ahora mismo en que ninguno de nosotros volverá a vagar por la casa a solas —dijo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Eleanor.

—Imaginaciones mías —dijo el doctor con firmeza—. ¿Le parece bien esta mesa, Luke?

—Son unas piezas antiguas y elegantes —dijo Luke—. Me pregunto cómo se le pasaron por alto a la hermana pequeña.

—Una cosa puedo decirle —replicó el doctor—, si *fue* la hermana pequeña la que anduvo a hurtadillas por esta casa en plena noche, es que tenía unos nervios de acero. Te observa —añadió súbitamente—. La casa. Observa todos tus pasos —y a continuación—. Imaginaciones mías, por supuesto.

A la luz de la lumbre, el rostro de Theodora aparecía envarado y taciturno; le gusta ser el centro de atención, reflexionó Eleanor sabiamente y, sin pensarlo, fue a sentarse en el suelo junto a Theodora. Tras ella podía oír el apacible sonido de las figuras siendo colocadas sobre el tablero y los reconfortantes movimientos de Luke y el doctor, tomándose mutuamente la medida; en la chimenea el fuego llameaba ondulante. Esperó un minuto a que Theodora hablara y a continuación dijo afablemente:

—¿Todavía te cuesta creer que estés aquí?

—No tenía ni idea de que fuera a ser tan aburrido —dijo Theodora.

—Ya encontraremos cantidad de cosas que hacer por la mañana.

—En casa estaría rodeada de gente, de charla y de risas y de luz y de bullicio...

—Supongo que yo no echo en falta tales cosas —dijo Eleanor, casi disculpándose—. En mi caso nunca hubo mucho bullicio. Tenía que ocuparme de Madre, por supuesto. Y cuando ella se quedaba dormida, me acostumbre a jugar al solitario y a oír la radio. Nunca pude soportar leer por la noche porque tenía que leerle a ella en voz alta dos horas cada tarde. Historias de amor —y sonrió levemente, observando el fuego. Pero eso no es todo, pensó, sorprendida ante sí misma, eso no refleja en absoluto cómo fue, incluso aunque quisiera contarlo; ¿por qué estoy hablando?

—Soy terrible, ¿verdad? —Theodora se movió rápidamente y puso una mano sobre la de Eleanor—. Me siento aquí y me enfurruño porque no hay nada que me entretenga; soy muy egoísta. Dime lo horrible que soy —y a la luz del fuego sus ojos refulgieron de placer.

—Eres horrible —dijo Eleanor obedientemente; le avergonzaba la mano de Theodora sobre la suya. No le gustaba que la tocaran y, sin embargo, un pequeño contacto físico parecía ser el modo escogido por Theodora para expresar contrición, o placer, o simpatía; me pregunto si tendré las uñas limpias, pensó Eleanor, y apartó la mano suavemente.

—Soy horrible —dijo Theodora, recuperando el buen humor—. Soy horrible y grosera y nadie me aguanta. Dicho queda. Ahora hágame sobre ti.

—Soy horrible y grosera y nadie me aguanta.

Theodora rió.

—No te burles de mí. Tú eres dulce y agradable y todos te adoran; Luke se ha enamorado locamente de ti, y yo siento celos. Ahora quiero saber más cosas

sobre ti. ¿De verdad cuidaste de tu madre durante todos esos años?

—Sí —dijo Eleanor. *Tenía* las uñas sucias, y su mano era deforme y la gente bromeaba sobre el amor porque a veces era divertido—. Once años, hasta que falleció hace tres meses.

—¿Lo sentiste cuando murió? ¿Debería decir cuánto lo siento?

—No. No era una mujer muy feliz.

—¿Y tampoco lo eras tú?

—Y tampoco lo era yo.

—Pero ¿y qué pasa ahora? ¿Qué hiciste a continuación, cuando te viste libre al fin?

—Vendí la casa —dijo Eleanor—. Mi hermana y yo cogimos lo que quisimos, pequeños objetos; en realidad no había mucho al margen de algunas baratijas que había guardado mi madre, el reloj de mi padre, algunas joyas viejas. Nada que ver con las hermanas de Hill House.

—¿Y vendiste todo lo demás?

—Todo. Tan pronto como pude.

—Y luego por supuesto iniciaste una alegre y alocada aventura que te condujo inexorablemente hasta Hill House.

—No exactamente —rió Eleanor.

—¡Pero todos esos años desperdiciados! ¿No saliste de crucero, en busca de hombres jóvenes interesantes, o a comprar ropa nueva...?

—Por desgracia —dijo Eleanor con sequedad—, no había tanto dinero. Mi hermana depositó su parte en el banco para la educación de su hija pequeña. Yo compré un par de prendas, para venir a Hill House.

A la gente le gusta responder preguntas sobre sí mismos, pensó; qué placer tan extraño. Ahora mismo podría contestar a cualquier cosa.

—¿Y qué harás cuando vuelvas? ¿Tienes algún empleo?

—No, ahora mismo no tengo trabajo. No sé qué es lo que haré.

—*Yo sí sé lo que haré* —Theodora se estiró lujuriosamente. Encenderé todas las luces de nuestro apartamento y dejaré que me empapen.

—¿Cómo es tu apartamento?

Theodora se encogió de hombros.

—Agradable —dijo—. Encontramos un piso viejo y lo arreglamos con nuestras propias manos. Un gran salón, un par de dormitorios pequeños, una cocina coqueta... Lo pintamos de rojo y blanco y restauramos un montón de muebles viejos que rescatamos de las chamarilerías. Tenemos una mesa estupenda, con el tablero de mármol. Nos encanta arreglar trastos antiguos.

—¿Estás casada? —preguntó Eleanor.

Se hizo un breve silencio y a continuación Theodora lanzó una risa rápida y dijo:

—No.

—Lo siento —dijo Eleanor, terriblemente avergonzada—. No pretendía ser tan curiosa.

—Eres sorprendente —dijo Theodora tocando una de las mejillas de Eleanor con un dedo.

Tengo arrugas bajo los ojos, pensó Eleanor, y alejó su rostro del resplandor del fuego.

—Cuéntame dónde vives —preguntó Theodora.

Eleanor pensó, bajando la mirada hacia sus manos maltrechas. Podríamos habernos permitido una lavandera, pensó; no era justo. Tengo unas manos horribles.

—Tengo un pequeño piso para mí sola —dijo lentamente—. Un apartamento, como el tuyo, sólo que yo vivo sola. Más pequeño que el tuyo, de eso estoy segura. Todavía lo estoy amueblando, comprando cada cosa a su tiempo, ya sabes, para asegurarme de que todo es perfecto. Cortinas blancas. Tuve que buscar durante semanas hasta encontrar los dos pequeños leones de piedra que tengo a ambos extremos de la repisa, y tengo un gato blanco y mis libros y discos y cuadros. Todo tiene que ser exactamente del modo en que lo quiero, porque sólo yo voy a utilizarlo; hace mucho tuve una taza azul con estrellas pintadas en el interior; cuando mirabas al interior de tu té, estaba lleno de estrellas. Quiero una taza como esa.

—Quizá algún día aparezca alguna en mi tienda —dijo Theodora—. Entonces podré enviártela. Algún día recibirás un pequeño paquete que pondrá: «Para Eleanor con cariño de su amiga Theodora», y será una taza azul llena de estrellas.

—Yo habría robado esos platos con aro de oro —dijo Eleanor riendo.

—Mate —dijo Luke, y el doctor dijo:

—Ayayay.

—Pura suerte —dijo Luke animadamente—. ¿Se han quedado dormidas junto

al fuego, señoritas?

—Estábamos a punto —dijo Theodora. Luke atravesó la estancia y le extendió una mano a cada una para ayudarlas a levantarse, y Eleanor, moviéndose torpemente, casi se cayó; Theodora se alzó de un solo impulso y se estiró y bostezó—. Theo tiene sueño —dijo.

—Los guiaré hasta sus habitaciones —dijo el doctor—. Mañana tenemos que empezar a aprender de verdad a orientarnos por la casa. Luke, ¿puede tapar la chimenea, por favor?

—¿No sería mejor asegurarnos de que todas las puertas están bien cerradas? —preguntó Luke—. Imagino que la señora Dudley le habrá echado la llave a la puerta trasera antes de marcharse, pero ¿qué pasa con las otras?

—Dudo mucho que vayamos a sorprender a nadie intentando entrar —dijo Theodora—. En cualquier caso, la pequeña acompañante solía acerrojar las puertas, ¿y de qué le sirvió?

—Y suponga que seamos nosotros quienes queramos salir —preguntó Eleanor.

El doctor lanzó una rápida mirada a Eleanor y luego la apartó.

—No veo ninguna necesidad de acerrojar las puertas —dijo tranquilamente.

—Ciertamente no hay mucho peligro de que nadie del pueblo vaya a venir a robar —añadió Luke.

—En cualquier caso —dijo el doctor—, yo todavía tardaré una hora en acostarme más o menos; a mi edad, una hora de lectura antes de dormir es esencial y, prudentemente, he traído conmigo un ejemplar de Pamela. Si alguno de ustedes tiene problemas para dormir, le leeré en voz alta. Todavía no he conocido a nadie que no pueda dormirse oyendo cómo le leen a Richardson —hablando en voz baja, los guió por el estrecho pasillo y a través del recibidor principal hasta las escaleras—. A menudo he pensado que debería intentarlo con niños muy pequeños —añadió.

Eleanor siguió a Theodora escaleras arriba; hasta ahora no se había percatado de lo agotada que estaba, y cada uno de los pasos le costó esfuerzo. Se recordó a sí misma machaconamente que estaba en Hill House, pero incluso la habitación azul sólo significaba ahora para ella la cama de la colcha azul y las sábanas azules.

—Por otra parte —continuó el doctor detrás de ella—, una novela de Fielding comparable en longitud, que no ni mucho menos en el tema tratado, nunca podría ser apropiada para los niños más jóvenes. Incluso tengo mis dudas sobre Sterne...

Theodora fue hasta la puerta de la habitación verde, se volvió y sonrió.

—Si te sientes nerviosa en lo más mínimo —le dijo a Eleanor—, vente

corriendo a mi habitación.

—Lo haré —le dijo Eleanor con toda seriedad—. Gracias; buenas noches.

—... y ni que decir de Smollett. Señoritas, Luke y yo estamos aquí, al otro lado del pasillo.

—¿De qué color son sus habitaciones? —preguntó Eleanor, incapaz de resistirse.

—Amarilla —dijo el doctor, sorprendido.

—Rosa —dijo Luke con un delicado gesto de disgusto.

—Nosotras tenemos la azul y la verde —dijo Theodora.

—Estaré despierto, leyendo —dijo el doctor—. Dejaré la puerta entreabierta, para asegurarme de oír cualquier tipo de ruido. Buenas noches. Que duerman bien.

—Buenas noches —dijo Luke—. Buenas noches a todos.

Mientras cerraba la puerta de la habitación azul, Eleanor pensó con cansancio que bien podía ser la oscuridad y la opresión de Hill House lo que la hubiera agotado de tal manera, y a continuación todo aquello dejó de tener importancia. La cama azul era increíblemente blanda. Qué raro, pensó somnolienta, que la casa sea tan espantosa y sin embargo, en muchos aspectos, tan cómoda físicamente: la cama blanda, el agradable jardín, la chimenea, la cocina de la señora Dudley. También la compañía, pensó, y a continuación se le ocurrió, Ahora puedo pensar en ellos; estoy completamente sola. ¿Qué hace Luke aquí? ¿Y qué hago *yo* aquí? Los viajes acaban con el encuentro de los amantes. Todos han visto que estaba asustada.

Sintió un escalofrío y se sentó en la cama para alcanzar el edredón que tenía a los pies. Después, medio divertida y medio helada, salió de la cama y cruzó la habitación, descalza y silenciosa, para echar la llave a la puerta; no sabrán que la he cerrado, pensó, y regresó apresuradamente a la cama.

Completamente cubierta con el edredón, se descubrió lanzando rápidas y aprensivas miradas en dirección a la ventana, que brillaba con palidez en la oscuridad, y luego a la puerta. Ojalá tuviera un somnífero, pensó, y volvió a mirar por encima del hombro, compulsivamente, hacia la ventana, y luego otra vez hacia la puerta, y pensó, ¿se está moviendo? Pero la he cerrado con llave; ¿se está moviendo?

Creo, decidió con concreción, que me gustaría más esto si tuviera la cabeza tapada con las sábanas. Escondida en lo más hondo de la cama bajo las sábanas, dejó escapar una risita y se alegró de que ninguno de los otros pudiera oírla. En la ciudad nunca dormía con la cabeza bajo las sábanas; hoy he llegado muy lejos, pensó.

Entonces durmió, segura; en la habitación de al lado Theodora durmió,

sonriente, con la luz encendida. Al otro lado del recibidor, el doctor, leyendo Pamela, alzaba la cabeza de tanto en cuando para escuchar con atención, y en una ocasión se levantó para ir hasta la puerta y permaneció allí un minuto entero, observando el pasillo, antes de volver a su libro. Una luz nocturna brillaba en lo alto de las escaleras sobre la piscina de oscuridad que era el recibidor principal. Luke durmió con una linterna sobre la mesita de noche y la moneda de la suerte que siempre llevaba consigo. Alrededor de todos ellos, la casa meditaba maliciosamente, acomodándose y agitándose con un movimiento que casi parecía un estremecimiento.

A diez kilómetros de allí la señora Dudley se despertó, miró su reloj, pensó en Hill House y volvió a cerrar los ojos rápidamente. La señora Gloria Sanderson, que era la propietaria de Hill House y que vivía a quinientos kilómetros de allí, cerró su relato de detectives, bostezó y alargó la mano para apagar la lámpara, preguntándose por un momento si se había acordado de echarle la cadena a la puerta principal. La amiga de Theodora dormía; también la esposa del doctor y la hermana de Eleanor. Lejos de ellas, en los árboles sobre Hill House, un búho chilló y hacia el amanecer empezó a caer una lluvia tímida y fina, brumosa y mortecina.

Eleanor se despertó para descubrir la habitación azul gris e incolora bajo la lluvia matinal. Se dio cuenta de que se había quitado de encima el edredón durante la noche y que había terminado durmiendo como de costumbre, con la cabeza sobre la almohada. Le sorprendió descubrir que había dormido hasta pasadas las ocho y se le ocurrió que resultaba irónico que el primer sueño reparador que había disfrutado en años lo hubiera tenido en Hill House. Tumbada en la cama azul, observando el deslucido techo con sus remotos patrones cincelados, se preguntó a sí misma, aún medio dormida, ¿qué hice, me puse en ridículo? ¿Se rieron de mí?

Repasando rápidamente la noche anterior, sólo podía recordar que debía haber parecido una majadera, infantilmente satisfecha, casi feliz; ¿les habría divertido a los demás comprobar que era tan simple? Dije cosas ridículas, se dijo a sí misma, y por supuesto que se dieron cuenta. Hoy seré más reservada, menos abiertamente agradecida con todos ellos por haberme aceptado.

A continuación, despertándose del todo, negó con la cabeza y suspiró. Eres una niña tonta, Eleanor, se dijo a sí misma, tal y como lo hacía todas las mañanas.

La habitación cobró vida a su alrededor; estaba en la habitación azul de Hill House, las cortinas de cotonía bailaban tímidamente junto a la ventana y los frenéticos chapoteos que surgían del baño debían de ser de Theodora, despierta a buen seguro, dispuesta a ser la primera en estar lista y vestida y, con certeza, hambrienta.

—Buenos días —llamó Eleanor, y Theodora respondió con la voz entrecortada:

—Buenos días, acabo en un minuto, te dejaré la bañera llena. ¿Tienes hambre? Yo estoy famélica.

¿Cree acaso que no me bañaría si no me dejara la bañera preparada?, se preguntó Eleanor, y a continuación se sintió avergonzada; vine aquí para dejar de pensar cosas como esa, se reprendió con severidad, y salió de la cama y se acercó a la ventana. Miró por encima de la veranda hasta el amplio jardín, con sus arbustos y pequeños grupos de árboles rodeados de bruma. A lo lejos, en el otro extremo del jardín, estaba la línea de árboles que marcaba el sendero hasta el arroyo, aunque la perspectiva de un alegre picnic sobre la hierba no resultaba, aquella mañana, tan tentadora. Era evidente que el día iba a ser húmedo, pero era una lluvia de verano que oscurecía el verde de la hierba y los árboles, endulzando y limpiando el aire. Es muy agradable, pensó

Eleanor, sorprendiéndose a sí misma; se preguntó si sería la primera persona en considerar Hill House agradable y luego pensó, helada, ¿o es que *todos* lo piensan, la *primera* mañana? Sintió un escalofrío y al mismo tiempo se descubrió incapaz de explicar la excitación que sentía, lo que hacía difícil recordar por qué era tan extraño despertarse alegre y de buen humor en Hill House.

—Me voy a *morir* de hambre —Theodora dio un golpe en la puerta del cuarto de baño y Eleanor agarró rápidamente su bata—. Intenta parecer un rayo de sol extraviado, —dijo Theodora a voces desde su habitación—. El día está muy oscuro y tenemos que parecer más refulgentes de lo habitual.

Canta antes del desayuno y llorarás antes de que caiga la noche, se dijo Eleanor, porque había estado cantando en voz baja, «En el retraso no hay abundancia...».

—Y yo que pensaba que *yo* era la perezosa —dijo Theodora con complacencia a través de la puerta—, pero tú eres mucho *mucho* peor. La pereza apenas *empieza* a describirte. Ya *debes* de estar lo suficientemente limpia como para salir a desayunar.

—La señora Dudley deja preparado el desayuno a las nueve. ¿Qué pensará cuando nos vea llegar contentas y sonrientes?

—Llorará de la decepción. ¿Supones que alguien habrá gritado por ella en mitad de la noche?

Eleanor observó críticamente una pierna enjabonada.

—Yo he dormido como un leño —dijo.

—También yo. Si no estás lista dentro de tres minutos, entraré ahí y te ahogaré. Quiero mi *desayuno* .

Eleanor pensó que había pasado mucho tiempo desde que se hubiera vestido para parecer un rayo de sol extraviado, o que hubiera tenido tantas ansias por desayunar, que hubiera sido tan deliberada y tierna en sus atenciones; incluso se limpió los dientes con una amabilidad que no recordaba haber experimentado con anterioridad. Todo es resultado de una buena noche de descanso, pensó; desde que falleció Madre debo haber estado durmiendo incluso peor de lo que había pensado.

—¿No estás lista *todavía* ?

—Ya voy, ya voy —dijo Eleanor y corrió hasta la puerta, recordó que todavía estaba cerrada e hizo girar la llave con suavidad. Theodora la estaba esperando en el pasillo, destacando a la luz mortecina con una alegre falda escocesa; viendo a Theodora, a Eleanor le resultaba imposible creer que alguna vez se vistiera o se bañara o se moviera o comiera o durmiera sin disfrutar hasta el último minuto de lo que fuera que estuviera haciendo; quizá a Theodora no le importara nunca lo que otras personas pudieran pensar de

ella.

—¿Eres consciente de que podríamos pasar otra hora o más sólo *buscando* el comedor? —dijo Theodora—. Pero quizá nos hayan dejado un mapa. ¿Sabías que Luke y el doctor llevan horas levantados? Antes he hablado con ellos desde la ventana.

Han empezado sin mí, pensó Eleanor; mañana me despertaré más temprano y también estaré ahí para hablar desde la ventana. Llegaron al pie de las escaleras y Theodora cruzó el gran recibidor y puso la mano con seguridad sobre el pomo de una puerta.

—Aquí —dijo, pero la puerta daba a una estancia oscura y con eco que ninguna de las dos había visto con anterioridad.

—Aquí —dijo Eleanor, pero la puerta que había escogido ella daba al estrecho pasillo que conducía al pequeño gabinete en el que la noche anterior se habían sentado frente al fuego.

—Estaba justo al otro lado del recibidor, enfrente de *ésta* —dijo Theodora y giró sobre sí misma, confundida—. *Maldita* sea —dijo, y echó la cabeza hacia atrás y gritó—. ¿Luke? ¿Doctor?

Oyeron un grito de respuesta en la distancia y Theodora se movió para abrir otra puerta.

—Si se piensan —dijo por encima del hombro— que me van a tener toda la vida en este sucio recibidor, probando una puerta tras otra para poder desayunar...

—Ésa es la correcta, creo yo —dijo Eleanor—, la que da al cuarto oscuro que hay que atravesar para poder llegar al comedor.

Theodora volvió a gritar, tropezó contra una pieza pequeña del mobiliario, profirió una maldición y a continuación se abrió la puerta del fondo y el doctor dijo:

—Buenos días.

—Vil y asquerosa casa —dijo Theodora, frotándose la rodilla—. Buenos días.

—Por supuesto ahora no lo creerán —dijo el doctor—, pero hace tres minutos estas puertas estaban abiertas de par en par. Las habíamos dejado abiertas para que pudieran encontrar el camino. Nos hemos sentado aquí y hemos visto cómo se cerraban justo antes de oírlas llamarnos. En fin. Buenos días.

—Arenques —dijo Luke desde la mesa—. Buenos días. Señoritas, espero que les *gusten* los arenques.

Habían afrontado la oscuridad de una noche, se habían reunido de mañana en Hill House y eran una familia, saludándose unos a otros con relajada

informalidad y sentándose en las mismas sillas que habían utilizado la noche anterior, sus respectivos lugares a la mesa.

—Un saludable y abundante desayuno es lo que la señora Dudley se comprometió a prepararnos a las nueve —dijo Luke blandiendo un tenedor—. Habíamos empezado a preguntarnos si eran ustedes de las que desayunan tostada y café en la cama.

—Habríamos llegado mucho antes en cualquier otra casa —dijo Theodora.

—¿De verdad habían dejado abiertas las puertas para nosotras?

—Así es como hemos sabido que ya venían —respondió Luke—. Cuando hemos visto que las puertas se cerraban.

—Hoy las aseguraremos con clavos —dijo Theodora—. Pienso recorrer esta casa hasta que sea capaz de encontrar comida diez de cada diez veces. He dormido con la luz encendida toda la noche —le confió al doctor—, pero no ha pasado nada de nada.

—Ha estado muy tranquila —dijo el doctor.

—¿Ha estado vigilando toda la noche? —preguntó Eleanor.

—Hasta eso de las tres, cuando Pamela consiguió finalmente suscitarme el sueño. No se oyó ni un ruido hasta que empezó a llover poco después de las dos. Una de ustedes, señoritas, habló en sueños una vez.

—Ésa debo haber sido yo —dijo Theodora desvergonzadamente—, soñando con la hermana malvada acechando junto a la entrada de Hill House.

—Yo también he soñado con ella —dijo Eleanor. Miró al doctor y dijo abruptamente—. Es *embarazoso*. Pensar que una pueda tener miedo, quiero decir.

—En esto estamos todos juntos, ya sabes —dijo Theodora.

—Es peor si uno intenta no demostrarlo —dijo el doctor.

—Atibórrense bien de arenque —dijo Luke—. Entonces será imposible que sientan nada de nada.

Eleanor sintió, tal y como le había sucedido el día anterior, que la conversación estaba siendo alejada habilidosamente de la idea del miedo, tan presente en su mente. Quizá ella tuviera permitido hablar ocasionalmente por todos ellos, de modo que, tranquilizándola, los demás se tranquilizaran a sí mismos y pudieran dejar el tema a sus espaldas; quizá Eleanor, vehículo para toda clase de miedos, contuviera suficiente temor por todos ellos. Son como niños, pensó enojada, desafiándose unos a otros a ver quién entra primero, dispuestos a ponerle motes a quien sea que entre la última; alejó su plato y suspiró.

—Antes de que me vaya a dormir *esta noche* —le estaba diciendo Theodora al doctor—, quiero asegurarme de que he visto hasta el último centímetro de esta casa. No quiero volver a tumbarme preguntándome qué será lo que tengo sobre la cabeza o qué es lo que hay debajo de mí. Y *tenemos* que abrir algunas ventanas y mantener las puertas abiertas de modo que no nos cueste tanto orientarnos.

—Pequeños carteles —sugirió Luke—. Flechas indicadoras, acompañadas de la palabra SALIDA.

—O PRECAUCION, MUEBLES PELIGROSOS —dijo Theodora—. Los haremos —le indicó a Luke.

—Primero vamos a explorar todos la casa —dijo Eleanor, quizá con demasiada presteza, porque Theodora se volvió y la observó con curiosidad—. No quiero encontrarme a solas en un ático o en cualquier otro sitio porque habéis seguido sin mí.

—Nadie va a dejarte atrás en ninguna parte —dijo Theodora.

—Entonces lo que yo sugiero —dijo Luke— es que primero nos acabemos todo el café del pote y que luego vayamos nerviosamente de habitación en habitación, esforzándonos por encontrarle algún sentido racional a la disposición de esta casa, y dejando las puertas abiertas a nuestro paso. Nunca pensé —dijo meneando la cabeza con tristeza— que acabaría heredando una casa en la que tendría que poner indicadores para poder orientarme.

—Tenemos que saber cómo llamar a las habitaciones —dijo Theodora—. Suponga que le dijera, Luke, que quisiera tener un encuentro clandestino en el segundo mejor salón, ¿cómo podría saber dónde encontrarme?

—Podría guiarme silbando hasta que llegara allí —ofreció Luke.

Theodora tembló.

—Podría oírme silbar y llamarle, y pasaría de puerta en puerta sin abrir nunca la correcta, y yo estaría dentro, incapaz de encontrar la salida...

—Y sin nada que comer —dijo Eleanor malintencionadamente.

Theodora volvió a observarla.

—Y sin nada de comer —accedió al cabo de un minuto. Y luego—. Es como la casa de la locura en la feria —dijo—. Habitaciones que se abren a sí mismas y puertas que van a todas partes y que se cierran solas cuando las atraviesas, y seguro que en algún sitio hay espejos que te deforman y un conducto de aire que te levanta la falda y algo que surge de un pasillo oscuro y se te ríe en la cara.

Cayó repentinamente en silencio y cogió su taza con tanta rapidez que derramó el café.

—Tampoco es para tanto —dijo el doctor, conciliador—. En realidad la primera planta sigue un diseño que casi estoy tentado de llamar concéntrico; en el centro está el pequeño gabinete en el que estuvimos anoche; a su alrededor, aproximadamente, hay una serie de estancias: la sala de billar, por ejemplo, y un lúgubre y pequeño estudio completamente forrado de raso rosa.

—Al que Eleanor y yo iremos todas las mañanas para bordar.

—Y alrededor de estas habitaciones, que yo llamo interiores porque son las que no tienen ningún contacto directo con el exterior; no tienen ventanas como recordarán, alrededor de éstas está el anillo de habitaciones exteriores: el salón, la biblioteca, el conservatorio, el...

—No —dijo Theodora meneando la cabeza—. Me he perdido en el estudio de raso rosa.

—Y la veranda rodea la casa por completo. Hay puertas que dan a la veranda tanto en el salón como en el conservatorio y en una pequeña estancia. También hay un pasillo...

—Pare, pare —Theodora reía, pero volvió a negar con la cabeza—. Es una casa vil y *asquerosa*.

La puerta oscilante que había en un rincón del comedor se abrió y apareció la señora Dudley, manteniendo la puerta abierta con una mano y observando inexpresivamente la mesa del desayuno.

—Recojo a las diez —dijo la señora Dudley.

—Buenos días, señora Dudley —dijo Luke.

La señora Dudley posó su mirada sobre él.

—Recojo a las diez —dijo—. Los platos deben volver a su encimera. Vuelvo a sacarlos a la hora de la comida. Dejo preparada la comida a la una, pero antes los platos han de volver a la encimera.

—Por supuesto, señora Dudley, —el doctor se levantó y dejó su servilleta sobre la mesa—. ¿Estamos todos listos? —preguntó.

Bajo la atenta mirada de la señora Dudley, Theodora levantó deliberadamente su taza y se acabó lo que le quedaba de café, a continuación se tocó la boca con la servilleta y se dejó caer sobre el respaldo de la silla.

—Un desayuno espléndido —dijo con ánimo de conversación—. ¿Pertencen los platos a la casa?

—Pertencen a su encimera —dijo la señora Dudley.

—¿Y las copas y la cubertería y los manteles? Son unas antigüedades adorables.

—Los manteles —dijo la señora Dudley— pertenecen al cajón de la mantelería en el comedor. La cubertería pertenece al arca de la plata. Las copas pertenecen a los anaqueles.

—Debemos ser toda una molestia para usted —dijo Theodora.

La señora Dudley permaneció en silencio. Finalmente, dijo:

—Recojo a las diez. Dejo preparada la comida a la una.

Theodora se echó a reír y se levantó.

—En marcha En marcha, en marcha. Vamos a abrir puertas.

Empezaron, razonablemente, abriendo la puerta del comedor, que aseguraron con una pesada silla. El cuarto de al lado era la sala de juegos; el mueble contra el que había tropezado Theodora era una mesa con un tablero de ajedrez («Es imposible que se me pasara por alto anoche», dijo el doctor, irritado), y a un extremo de la habitación había mesas para jugar a las cartas y sillas, y una alta vitrina en la que habían estado las piezas del ajedrez, con pelotas de cróquet y un tablero de *cribbage*.

—Qué sitio tan alegre para pasar las horas muertas —dijo Luke, de pie en el umbral, observando la yerma estancia. Los verdes fríos de los manteles de las mesas se veían infelizmente reflejados en los azulejos oscuros que rodeaban la chimenea; el inevitable machihembrado de madera se veía, aquí, nada avivado por una serie de láminas de temática deportiva que parecía consagrada en exclusiva a los diversos métodos de matar animales salvajes, y sobre la repisa de la chimenea una cabeza de ciervo los contemplaba desde arriba con patente bochorno.

—Aquí es donde venían a divertirse —dijo Theodora, y su voz rebotó trémulamente en el alto techo—. Venían aquí —explicó— para relajarse de la atmósfera opresiva del resto de la casa —la cabeza de ciervo la observaba cariacontecida—. Esas pobres niñas —dijo—. ¿Podemos *por favor* bajar ese *animal* de ahí?

—Creo que se ha encaprichado de usted —dijo Luke—. No le ha quitado los ojos de encima desde que hemos llegado. Salgamos de aquí.

Calzaron la puerta antes de salir y llegaron al recibidor, que brillaba deslucido a la luz de las puertas abiertas.

—Cuando encontremos una habitación con ventana —remarcó el doctor—, la abriremos. Hasta entonces, conformémonos con dejar abierta la puerta principal.

—Tú sigues pensando en las niñas —le dijo Eleanor a Theodora—, pero yo no consigo olvidar a la acompañante solitaria, recorriendo estas habitaciones, preguntándose quién más estaría en la casa.

Luke abrió la puerta principal tirando con fuerza e hizo rodar el gran jarrón para que la sostuviera.

—Aire fresco —dijo agradecido. El olor cálido de la lluvia y la hierba húmeda se abrió paso hasta el recibidor y durante un minuto todos permanecieron frente a la puerta abierta, respirando aire de fuera de Hill House. Luego el doctor dijo:

—Y ahora *aquí* tenemos algo que ninguno de ustedes habrá anticipado —y abrió una puerta pequeña arrebujada tras la enorme puerta principal y se echó a un lado, sonriendo—. La biblioteca —dijo—. En la torre.

—No puedo entrar ahí —dijo Eleanor sorprendiéndose a sí misma, pero no podía. Retrocedió, abrumada por el aire frío de tierra y moho que se abalanzó sobre ella—. Mi madre —dijo, sin saber qué era lo que quería contarles a los demás, y se apretó contra la pared.

—¿De verdad? —dijo el doctor, observándola con interés—. ¿Theodora?

Theodora se encogió de hombros y entró en la biblioteca. Eleanor se echó a temblar.

—¿Luke? —dijo el doctor, pero Luke ya estaba dentro. Desde donde estaba, Eleanor sólo podía ver parte de la pared circular de la biblioteca, con una estrecha escalerilla de hierro que ascendía y quizá, siendo como era la torre, seguía subiendo más y más y más; Eleanor cerró los ojos, oyendo la voz del doctor en la distancia, hueca contra la piedra de los muros de la biblioteca.

—¿Pueden ver la pequeña trampilla ahí arriba entre las sombras? —estaba preguntando—. Conduce a un pequeño balcón y, por supuesto, ahí es donde se cree comúnmente que se colgó; la joven, como recordarán. Un lugar de lo más apropiado, ciertamente; más apropiado para los suicidios, pienso yo, que para los libros. Se supone que ató la sog a la barandilla de hierro y luego saltó al...

—Gracias —dijo Theodora desde dentro—. Puedo visualizarlo perfectamente, gracias. Por mi parte, yo probablemente habría asegurado la sog a la cabeza de ciervo de la sala de juegos, pero supongo que ella debía tener alguna atadura sentimental con la torre; qué palabra tan bonita, «atadura», en este contexto, ¿no les parece?

—Deliciosa —era la voz de Luke, con más fuerza; estaban saliendo de la biblioteca y regresando al recibidor en el que esperaba Eleanor—. Creo que convertiré esta habitación en un club nocturno. Pondré a la orquesta arriba en el balcón y las bailarinas descenderán por la escalera de caracol; la barra...

—Eleanor —dijo Theodora—, ¿te encuentras bien? Es una habitación perfectamente horrenda, has hecho bien quedándote fuera. Eleanor se separó de la pared; tenía las manos frías y quería llorar, pero le dio la espalda a la puerta de la biblioteca, que el doctor aseguró con una pila de libros para que

no se cerrara.

—No creo que vaya a leer mucho mientras estemos aquí —dijo intentando hablar con ligereza—. No si los libros huelen igual que la biblioteca.

—No he percibido ningún olor —dijo el doctor. Miró inquisitivamente a Luke, que negó con la cabeza—. Curioso —prosiguió el doctor—, y precisamente el tipo de fenómeno que estamos buscando. Apúntelo, querida, e intente describirlo con exactitud.

Theodora estaba desconcertada. Se colocó en mitad del recibidor, dando vueltas sobre sí misma, observando la escalera a sus espaldas y a continuación la puerta principal.

—¿Hay dos puertas principales —preguntó— o sólo estoy confundida?

El doctor sonrió con satisfacción; evidentemente había estado esperando una pregunta semejante.

—Ésta es la única puerta principal —dijo—, es por la que entraron ayer.

Theodora frunció el ceño.

—¿Entonces por qué no podemos ver Eleanor y yo la torre desde nuestras ventanas? Nuestros dormitorios están en la fachada frontal de la casa y sin embargo...

El doctor rió y rompió en un aplauso.

—Por fin —dijo—. Muy lista, Theodora. Por eso precisamente quería que vieran la casa a la luz del día. Vengan, siéntense en las escaleras mientras se lo cuento.

Obedientemente, se acomodaron en las escaleras, observando al doctor, que adoptó su postura de conferenciante y comenzó con formalidad:

—Uno de los rasgos peculiares de Hill House es su diseño...

—La casa de la locura de la feria.

—Exactamente. ¿No les ha sorprendido lo *extremadamente* difícil que nos resulta orientarnos? Una casa ordinaria no nos habría tenido a los cuatro durante tanto tiempo en semejante estado de confusión, y sin embargo una y otra vez elegimos las puertas equivocadas, mientras que la habitación que buscamos nos elude. Incluso yo he tenido mis problemas —suspiró y asintió en silencio—. Me atrevería a decir —prosiguió— que el viejo Hugh Crain esperaba que algún día Hill House acabara convirtiéndose en un lugar de interés turístico, como la Casa Winchester en California, o las muchas casas octogonales; recuerden que diseñó Hill House personalmente y, como ya les he dicho con anterioridad, era un hombre extraño. Todos los ángulos —y el doctor gesticuló en dirección a la entrada—, todos los ángulos están

ligeramente mal. Hugh Crain debía detestar a las demás personas con sus sensatas casas de ángulos rectángulos, porque diseñó la suya para que se adecuara a su mente. Ángulos que ustedes asumen como correctos y a los que están acostumbrados, y que tienen todo el derecho a pensar que sean rectángulos, están en realidad desviados por una fracción de grado en una dirección u otra. Estoy seguro, por ejemplo, de que creerán ustedes que los escalones en los que se han sentado están a nivel, porque no están preparados para unos escalones que no lo estuvieran.

Los tres se revolviéron intranquilos y Theodora levantó con rapidez la mano para agarrarse de la balaustrada, como si pensara que estuviera cayendo.

—Sin embargo tienen una ligerísima inclinación hacia el hueco central; todas las jambas están ligeramente descentradas, ese podría ser el motivo, por cierto, de que las puertas se cierran solas a menos que se las calce; esta mañana me he preguntado si las pisadas de ustedes dos, señoritas, no habrán podido alterar el delicado equilibrio de las puertas. Por supuesto, la suma de todas estas minúsculas aberraciones en las medidas acaba provocando una distorsión bastante grande en la casa como conjunto. Theodora no puede ver la torre desde la ventana de su dormitorio porque en realidad la torre está en la esquina de la casa. Desde la ventana del dormitorio de Theodora resulta completamente invisible, a pesar de que desde aquí parece hallarse directamente frente a su habitación. En realidad la ventana del cuarto de Theodora está cuatro metros y medio a la izquierda de donde nos encontramos ahora.

Theodora separó las manos en un gesto de indefensión.

—Canastos —dijo.

—Ya veo —dijo Eleanor—. El tejado de la veranda es lo que nos ha confundido. Desde mi ventana se puede ver el tejado de la veranda y como entré directamente en la casa y subí las escaleras, asumí que la puerta principal estaba justo debajo, cuando en realidad...

—Sólo puede ver el tejado de la veranda —dijo el doctor—. La puerta principal está mucho más lejos; la entrada y la torre sólo son visibles desde el jardín de infancia, que es la gran habitación que hay al otro extremo del pasillo; luego más tarde iremos a verla. Es... —su voz adoptó un matiz de tristeza— una obra maestra de la mala dirección arquitectónica. La escalera doble de Chambord...

—¿Entonces todo está ligeramente desviado? —interrumpió Theodora dubitativamente—. ¿Por eso todo parece tan dislocado?

—¿Qué pasa cuando uno vuelve a una casa de verdad? —preguntó Eleanor—. Quiero decir, a una... en fin... una casa *de verdad*.

—Debe ser como volver a tierra después de un viaje en barco —dijo Luke—. Después de pasar aquí una temporada, tu sentido del equilibrio podría acabar tan distorsionado que luego te llevaría cierto tiempo conseguir perder tus piernas de marino, o tus piernas de Hill House. ¿Podría ser —le preguntó al

doctor— que lo que la gente ha estado asumiendo como manifestaciones sobrenaturales fueran en realidad sólo el resultado de un ligero desequilibrio por parte de los individuos que han residido aquí? El oído interno —le dijo a Theodora sabiamente.

—Ciertamente debe afectar a las personas de algún modo —respondió el doctor—. Hemos acabado confiando ciegamente en nuestro sentido del equilibrio y de la razón, así que entiendo que la mente pudiera llegar a pelear desafortadamente por preservar sus patrones estables y familiares contra cualquier indicio que señalara cierta inestabilidad —se dio media vuelta—. Todavía nos aguardan maravillas —dijo, y todos descendieron la escalera y le siguieron, caminando con cautela, probando los suelos a medida que avanzaban. Recorrieron el estrecho pasadizo hasta el pequeño gabinete en el que se habían sentado la noche anterior y, desde allí, dejando las puertas abiertas y calzadas a sus espaldas, pasaron al círculo externo de habitaciones que iban a dar a la veranda. Retiraron los pesados cortinajes de las ventanas y la luz del exterior penetró en Hill House. Pasaron por un cuarto de música en el que un arpa se mantuvo severamente apartada de ellos, sin un solo tintineo de cuerdas para marcar sus pisadas. Un piano de cola permanecía cerrado a cal y canto, bajo un candelabro de techo cuyas velas jamás habían sido acariciadas por llama alguna. Una mesa de mármol exhibía flores de cera bajo protectores de cristal y las sillas eran doradas y finas como ramas. Más allá estaba el conservatorio, con sus altas puertas de cristal que les dejaron ver la lluvia en el exterior, y sus helechos que crecían exuberantes por encima y alrededor del mobiliario de mimbre. Era un lugar incómodamente húmedo, y lo abandonaron rápidamente para atravesar una puerta en forma de arco y entrar en un salón donde se detuvieron en seco, atónitos e incrédulos.

—No puede estar ahí —dijo Theodora, débilmente, riendo—. No me creo que esté ahí —negó con la cabeza—. Eleanor, ¿tú también la ves?

—¿Cómo...? —dijo Eleanor con indefensión.

—Ya me había parecido que les agradaría —dijo el doctor con complacencia.

Todo un extremo del salón quedaba dominado por un conjunto escultórico de mármol; en contraste con las cortinas de color malva y la floreada alfombra parecía enorme y grotesca y, en cierto modo, pálidamente desnuda; Eleanor se cubrió los ojos con las manos y Theodora se agarró a ella.

—Mi opinión es que pretendían que representara a Venus alzándose entre las olas —dijo el doctor.

—En absoluto —dijo Luke, recuperando el habla—, es San Francisco, curando a los leprosos.

—No, no —dijo Eleanor—. Una de las estatuas es un dragón.

—No es nada de eso —dijo Theodora con seguridad—; es un retrato de familia, tontos. Una composición. *Cualquiera* podría darse cuenta de inmediato; esa figura del centro, alta, desvestida (¡por el amor del cielo!), masculina... ése es el viejo Hugh, dándose palmaditas en la espalda por haber

construido Hill House, y las dos ninfas que le acompañan son sus hijas. La de la derecha, que parece estar blandiendo una mazorca de maíz, está en realidad hablando de su demanda, y la otra, la más pequeña que está a un extremo, es la acompañante, y la del *otro* extremo...

—Es la señora Dudley, esculpida del natural —dijo Luke.

—Y esa especie de hierba que están pisando en realidad pretende ser la alfombra del comedor, un tanto crecida. ¿Nadie más se ha fijado en la alfombra del comedor? Parece un campo de heno, notas que te cosquillea en los tobillos. Atrás del todo, esa especie de manzano con las ramas desplegadas, eso es...

—Un símbolo de la protección de la casa, con certeza —dijo el doctor Montague.

—Odio pensar que podría caer sobre nosotros —dijo Eleanor—. Doctor, teniendo en cuenta que la casa está tan desequilibrada, ¿existe alguna posibilidad de que vaya a suceder algo así?

—He leído que la estatua fue construida con sumo cuidado, y sin reparar en gastos, de tal modo que contrarrestara la inseguridad del suelo sobre el que se alza. En cualquier caso, fue instalada después de que la casa hubiera terminado de construirse y todavía no se ha derrumbado. Es posible que Hugh Crain la admirase, saben ustedes, quizá incluso la considerase bella.

—También es posible que la utilizara para meterle miedo a sus niñas —dijo Theodora—. Con lo bonita que sería esta habitación sin ella —dio una vuelta sobre sí misma, contoneándose—. Un salón de baile —dijo—, para damas con faldas largas y sitio suficiente para un gran baile campestre. Hugh Crain, ¿me concede este baile? —e hizo una reverencia en dirección a la estatua.

—Creo que va a aceptar —dijo Eleanor, dando un involuntario paso hacia atrás.

—No le permita que le pise los pies —dijo el doctor riendo—. Recuerde lo que le pasó a Don Juan.

Theodora rozó la estatua tímidamente, acercando un dedo a la mano extendida de una de las figuras.

—El mármol siempre es una sorpresa —dijo—. Nunca tiene el tacto que una piensa que va a tener. Supongo que una estatua de tamaño natural se parece lo suficiente a una persona real como para que te haga pensar que su tacto va a ser como el de la piel.

A continuación, dando media vuelta de nuevo y reluciendo en mitad del mortecino salón, bailó sola un vals, volviéndose para hacer una genuflexión hacia la estatua.

—Al otro extremo del salón —les dijo el doctor a Eleanor y a Luke—, bajo

aquellas cortinas, hay puertas que dan a la veranda; cuando Theodora esté acalorada de tanto bailar, podrá salir a disfrutar del aire fresco.

Dicho esto atravesó toda la estancia para descorrer las pesadas cortinas azules y abrió las puertas. De nuevo entró el aroma de la cálida lluvia y también una ráfaga de viento, de tal modo que un leve aliento pareció pasar entre la estatua y la luz tocó los muros de color.

—En esta casa nada se mueve —dijo Eleanor— hasta que retiras la mirada, y entonces percibes algo por el rabillo del ojo. Miren las figurillas de las estanterías; mientras les dábamos la espalda estaban bailando con Theodora.

—Yo me muevo —dijo Theodora, bailando hacia ellos.

—Flores bajo cristales —dijo Luke—. Borlas. Empieza a gustarme esta casa.

Theodora le tiró del pelo a Eleanor.

—Te echo una carrera alrededor de la veranda —dijo, y salió disparada hacia las puertas. Eleanor, sin tiempo para dudar ni pensárselo, la siguió, y ambas salieron corriendo a la veranda. Eleanor, corriendo y riendo, dobló una esquina para ver a Theodora entrando por otra puerta, y se detuvo, sin aliento. Habían llegado a la cocina y la señora Dudley, apartándose de la pila, las observó en silencio—. Señora Dudley —dijo Theodora educadamente—, hemos estado explorando la casa.

Los ojos de la señora Dudley se posaron sobre el reloj que había en una estantería sobre el horno.

—Son las once y media —dijo—, dejo preparada...

—... la comida a la una —dijo Theodora—. Nos gustaría echarle un vistazo a la cocina, si nos lo permite. Ya hemos visto todas las otras habitaciones de la planta baja, creo.

La señora Dudley permaneció en silencio durante un minuto y a continuación, moviendo la cabeza en señal de asentimiento, se dio media vuelta y atravesó pausadamente la cocina hasta llegar a una puertecita. Cuando la abrió pudieron ver las escaleras traseras al otro lado, y la señora Dudley se volvió para cerrar la puerta antes de empezar a subirla. Theodora ladeó la cabeza en dirección a la puerta y esperó un minuto antes de decir:

—Me pregunto si la señora Dudley tiene en su corazón un pequeño hueco para mí, de verdad que me lo pregunto.

—Supongo que habrá ido a colgarse de la torreta —dijo Eleanor—. Ya que estamos aquí vamos a ver qué hay para comer.

—No toques nada —dijo Theodora—. Sabes perfectamente que los platos deben ir en sus anaqueles. ¿Crees que esa mujer tiene intención de prepararnos un suflé? Esto sin duda es un cuenco para suflés, y huevos y

queso...

—Es una cocina agradable —dijo Eleanor—. En casa de mi madre la cocina era oscura y estrecha, y nada de lo que prepararas en ella tenía nunca sabor o color.

—¿Y qué me dices de tu cocina? —preguntó Theodora como ausente—. ¿En tu pequeño piso? Eleanor, mira las puertas.

—No sé hacer suflé —dijo Eleanor.

—Mira, Eleanor. Ésa es la puerta que da a la veranda, y aquí hay otra que da a una escalera descendente, a la bodega, supongo, y aquí hay otra que vuelve a salir a la veranda, y ésta es la que ella ha utilizado para ir arriba, y aquí hay otra que...

—Otra vez a la veranda —dijo Eleanor abriéndola—. Tres puertas que dan a la veranda desde una sola cocina.

—Más la puerta de la despensa y la que da al comedor. A nuestra buena señora Dudley le gustan las puertas, ¿verdad? Ciertamente puede —y sus ojos se encontraron— salir rápidamente en cualquier dirección si se le antoja.

Eleanor se volvió bruscamente y regresó a la veranda.

—Me pregunto si le habrá pedido a Dudley que le abriera puertas extra para ella. Me pregunto si le gustará trabajar en una cocina en la que una puerta puede abrirse a sus espaldas sin que ella lo sepa. Me pregunto, en realidad, qué es lo que suele encontrar la señora Dudley en su cocina como para que quiera estar segura de tener siempre una salida a mano sin importar en qué dirección corra. Me pregunto...

—Calla —le dijo Theodora afablemente—. Una cocinera nerviosa es incapaz de hacer un buen suflé, eso lo sabe cualquiera, y además probablemente nos esté escuchando desde las escaleras. Mejor escojamos una de sus puertas y dejémosla abierta a nuestro paso.

Luke y el doctor estaban en la veranda, observando el jardín delantero; un poco más allá, la puerta de entrada estaba, misteriosamente, cerrada. Tras la casa, aparentemente encima de ellos, las grandes colinas quedaban silenciadas y difuminadas por la lluvia. Eleanor paseó por la veranda, pensando que nunca antes había conocido una casa que estuviera tan completamente rodeada. Como un cinturón muy apretado, pensó; ¿se desharía la casa por completo si le retiraran la veranda? Recorrió lo que le pareció era la mayor parte del círculo alrededor de la casa y entonces vio la torre. Apareció frente a ella de repente, casi sin aviso, al doblar una esquina de la veranda. Estaba hecha de piedra gris, grotescamente sólida, apiñada contra los maderos de la casa, asegurada allí por la insistente veranda. Espantosa, pensó, y luego se le ocurrió que si algún día la casa ardía, la torre permanecería en pie, alzándose gris y amenazante sobre las ruinas, advirtiendo a la gente de que se mantuviera alejada de lo que quedaba de Hill

House; quizá alguna piedra cayera de aquí y allá, de modo que los búhos y los murciélagos pudieran entrar y salir y anidar entre los libros de su interior. Las ventanas empezaban a la mitad, pequeños resquicios inclinados en la piedra, y se preguntó cómo sería mirar hacia abajo desde ellas, y le maravilló haber sido incapaz de entrar en la torre. Nunca miraré a través de esas ventanas, pensó, e intentó imaginarse la estrecha escalera de hierro, ascendiendo sobre sí misma. En lo alto del todo tenía un techo cónico de madera, coronado por un chapitel de madera. En cualquier otra casa habría resultado risible, pero aquí en Hill House estaba en su lugar, alegre y expectante, esperando quizá a que alguna menuda criatura se aupara en la pequeña ventana para subir al techo inclinado, se agarrara al chapitel, atara una sogá...

—Te vas a caer —dijo Luke, y Eleanor sofocó un grito; bajó la mirada con esfuerzo y descubrió que estaba agarrada con fuerza a la barandilla de la veranda y que se había inclinado exageradamente hacia atrás—. No te fíes de tu equilibrio en mi encantadora Hill House —dijo Luke, y Eleanor respiró a grandes bocanadas, mareada y tambaleante. Luke la cogió y la sostuvo mientras ella intentaba recuperar la compostura en un mundo bamboleante en el que los árboles y el césped parecían de algún modo inclinados hacia un lado y el cielo daba vueltas y se balanceaba.

—¿Eleanor? —dijo Theodora desde cerca, y oyó el sonido de los pies del doctor corriendo sobre la veranda.

—Esta maldita casa —dijo Luke—. Hay que vigilarla en todo momento.

—¿Eleanor? —dijo el doctor.

—Estoy bien —dijo Eleanor sacudiendo la cabeza y manteniéndose a duras penas en pie por sí sola—. Me he inclinado demasiado para ver lo alto de la torre y me he mareado.

—Estaba casi horizontal cuando la he cogido —dijo Luke.

—Yo también he tenido esa misma sensación una o dos veces esta mañana —dijo Theodora—. Como si estuviera caminando por una pared.

—Tráiganla adentro —dijo el doctor—. La sensación no es tan mala cuando se está *dentro* de la casa.

—De verdad que estoy bien —dijo Eleanor, muy avergonzada, y recorrió con pasos cautelosos la veranda hasta la puerta de entrada, que estaba cerrada—. Creí que la habíamos dejado abierta —dijo con un ligero temblor en la voz, y el doctor se adelantó para abrir de nuevo la pesada puerta. En el interior, el recibidor había vuelto a ser el mismo de siempre; todas las puertas que habían dejado abiertas estaban firmemente cerradas. Cuando el doctor abrió la puerta de la sala de juegos pudieron ver que las puertas del comedor estaban cerradas y que el pequeño taburete que habían utilizado para calzar una de las hojas volvía a estar pulcramente en su lugar junto a la pared. En el gabinete y en la sala de estar, en el estudio y en el conservatorio, las puertas y las ventanas estaban cerradas, las cortinas corridas, y la oscuridad había

vuelto.

—Es la señora Dudley —dijo Theodora siguiendo de cerca al doctor y a Luke, que pasaron rápidamente de una habitación a la otra volviendo a abrir las puertas y a calzarlas, recorriendo las cortinas de las ventanas y permitiendo que entrara la brisa cálida y húmeda—. Ayer hizo lo mismo, tan pronto como Eleanor y yo nos quitamos de en medio, porque prefiere cerrarlas ella antes que encontrárselas cerradas por sí solas, porque las puertas deben estar cerradas y las ventanas deben estar cerradas y los platos deben estar...

Theodora se echó a reír neciamente y el doctor se volvió hacia ella frunciendo el ceño, irritado.

—Más le valdrá a la señora Dudley aprender cuál es su lugar —dijo—. Aseguraré estas puertas con clavos si es necesario.

Recorrió el pasadizo hasta su pequeño gabinete y abrió la puerta de par en par con un golpetazo.

—Perder el temperamento no me va a servir de nada —dijo, y le asestó a la puerta una despiadada patada.

—Un jerez en el gabinete para abrir el apetito —dijo Luke afablemente—. Señoritas, entren.

2

—Señora Dudley —dijo el doctor dejando el tenedor sobre la mesa—, un suflé admirable.

La señora Dudley se volvió hacia él para observarle brevemente y regresó a la cocina con un plato vacío.

El doctor suspiró y movió los hombros con cansancio.

—Tras la vigilia de anoche, noto la necesidad de descansar un poco esta tarde. Y usted —le dijo a Eleanor— haría bien en echarse una hora. Quizá un rato de descanso todas las tardes sea lo más cómodo para todos nosotros.

—Ya veo —dijo Theodora divertida—. Debo echarme la siesta. Quizá suene raro cuando vuelva a casa, pero siempre podré decirles que formaba parte del programa en Hill House.

—Quizá esta noche no podamos conciliar bien el sueño —dijo el doctor, y un aire frío recorrió la mesa, oscureciendo la luz de la plata y los brillantes colores de la porcelana, una pequeña nube que atravesó el comedor y trajo a la señora Dudley en su estela.

—Quedan cinco minutos para las dos —dijo la señora Dudley.

3

Eleanor no durmió durante la tarde, aunque le hubiera gustado; en vez de eso, se tumbó sobre la cama de Theodora en la habitación verde y observó a Theodora pintarse las uñas, charlando perezosamente, negándose a admitir que había seguido a Theodora hasta la habitación verde porque no se atrevía a quedarse sola.

—Me encanta adornarme —dijo Theodora, admirando su mano con afecto—. Me gustaría poder pintarme toda entera.

Eleanor se movió, cómoda.

—Pintura dorada —sugirió, sin pensar apenas. Con los ojos casi cerrados únicamente veía a Theodora como una masa de color sentada en el suelo.

—Laca de uñas y perfume y sales de baño —dijo Theodora como si estuviera recitando las ciudades del Nilo—. Máscara. No piensas ni la mitad de lo necesario en tales cosas, Eleanor.

Eleanor rió y cerró los ojos por completo.

—No tengo tiempo —dijo.

—Bueno —replicó Theodora con determinación—, para cuando haya acabado contigo, serás una persona distinta; no me gusta estar junto a mujeres descoloridas —rió para demostrar que era una broma y a continuación prosiguió—. Creo que te voy a pintar de rojo las uñas de los pies.

Eleanor también se rió y le extendió un pie descalzo. Al cabo de un minuto, casi dormida, notó el tacto frío y ajeno de la brocha sobre los dedos y tuvo un escalofrío.

—Seguramente una famosa cortesana como tú estará acostumbrada a los ministerios de sus doncellas —dijo Theodora—. Tienes los pies sucios.

Sobresaltada, Eleanor se sentó al borde de la cama y miró; *tenía* los pies sucios, y sus uñas estaban pintadas de un rojo chillón.

—Es *horrible* —le dijo a Theodora—, es *perverso* —añadió con ganas de echarse a llorar. Luego, sin poder evitarlo, empezó a reírse al ver la expresión en el rostro de Theodora—. Iré a lavarme los pies —dijo.

—Caramba —Theodora permaneció sentada en el suelo junto a la cama, observándola—. Mira —dijo—. Yo también tengo los pies sucios, chiquilla, de verdad. *Mira* .

—En cualquier caso —dijo Eleanor—, no me gusta nada que me hagan cosas.

—Estás tan loca como nadie que *yo* haya conocido —dijo Theodora con alegría.

—No me gusta sentirme indefensa —dijo Eleanor—. Mi madre...

—Tu madre habría estado encantada de verte con las uñas de los pies pintadas de rojo —dijo Theodora—. Te quedan bien.

Eleanor volvió a mirarse los pies.

—Es perverso —dijo de forma inadecuada—. Quiero decir, en *mis* pies. Hace que me sienta como si tuviera un aspecto ridículo.

—Creo que confundes de algún modo la perversidad con la ridiculez —Theodora empezó a recoger su equipamiento—. En cualquier caso, no voy a quitártelo y las dos podremos comprobar si Luke y el doctor te miran antes a los pies.

—No importa lo que intente decir, haces que suene ridículo.

—O perverso —Theodora la miró con gravedad—. Tengo el presentimiento —dijo— de que deberías volver a casa, Eleanor.

¿Se está riendo de mí?, se preguntó Eleanor; ¿ha decidido que no merezco estar aquí?

—No quiero irme —dijo, y Theodora volvió a mirarla rápidamente y luego retiró la vista, y rozó suavemente las uñas de los pies de Eleanor—. La laca se ha secado —dijo—. Soy idiota. Ha habido algo que me ha asustado por un momento —se levantó y se desperezó—. Vamos a buscar a los otros —dijo.

4

Luke se apoyó fatigado contra la pared del pasillo del primer piso, descansando la cabeza sobre el marco dorado de un grabado de unas ruinas.

—Sigo pensando en esta casa como en mi futura propiedad —dijo—, ahora más que antes; no hago más que decirme que algún día me pertenecerá, y no hago más que preguntarme por qué —hizo un gesto abarcando la longitud del pasillo—. Si fuera un apasionado de las puertas —dijo—, o de los relojes de oro, o de las miniaturas; si quisiera tener mi propio rincón turco, es muy probable que Hill House me pareciese un ensueño de belleza.

—Es una casa atractiva —dijo el doctor con firmeza—. Debió ser considerada elegante en el momento de su construcción —echó a andar por el pasillo en dirección a la gran habitación del extremo que en otro tiempo había sido el

jardín de infancia—. Ahora —dijo— veremos la torre desde una ventana —y experimentó un temblor al traspasar la puerta. A continuación, se volvió y miró con curiosidad—. ¿Habrá una corriente que pase por esta puerta?

—¿Una corriente? ¿En Hill House? —rió Theodora—. No, a menos que consiga que alguna de esas puertas permanezca abierta.

—Vayan pasando uno por uno, entonces —dijo el doctor, y Theodora avanzó, haciendo una mueca al pasar por la puerta.

—Como el pórtico de una tumba —dijo—, aunque dentro hace calor.

Luke se acercó, dudó en la zona fría y luego se movió con rapidez para salir de ella, y Eleanor, siguiéndole, sintió con incredulidad el frío penetrante que la golpeó entre un paso y el siguiente; era como pasar a través de una pared de hielo, pensó, y le preguntó al doctor:

—¿Qué es?

El doctor estaba aplaudiendo encantado.

—Puedes quedarte tus rincones turcos, muchacho —dijo. Extendió una mano y la situó con cuidado sobre la localización del frío—. Esto *no* pueden explicarlo —dijo—. La misma esencia de una tumba, como bien ha indicado Theodora. La zona fría de la rectoría Borley sólo disminuía en once grados —prosiguió complacido—. Ésta, me parece a mí, es considerablemente más fría. El corazón de la casa.

Theodora y Eleanor se habían movido para estar más cerca la una de la otra; a pesar de que el jardín de infancia era cálido, olía a humedad y a cerrado, y el frío que protegía la puerta era casi tangible, visible como una barrera que debe ser cruzada para poder salir. Más allá de las ventanas la piedra gris de la torre se acercaba opresivamente; en el interior, la habitación estaba a oscuras y los animales pintados en hilera en la pared no parecían ni mucho menos alegres, sino más bien atrapados o emparentados con los ciervos agonizantes de las láminas colgadas en la sala de juegos. El jardín de infancia, mayor que los otros dormitorios, tenía un indefinible aire a dejadez ausente en todos los demás rincones de Hill House, y a Eleanor se le pasó por la cabeza que ni siquiera la diligencia de la señora Dudley la llevaría a atravesar aquella barrera fría más a menudo de lo estrictamente necesario.

Luke había vuelto a cruzar sobre la zona fría y estaba examinando la alfombra del pasillo, luego las paredes, palpando la superficie como si esperara encontrar una causa para el extraño frío.

—No *puede* ser una corriente —dijo mirando al doctor—. A menos que tengan una línea directa con el Polo Norte. En cualquier caso, es todo bien sólido.

—Me pregunto quién dormiría en el jardín de infancia —dijo el doctor sin darle importancia—. ¿Suponen ustedes que quedaría clausurado después de que las niñas se marcharan?

—Mire —dijo Luke, señalando. En ambos rincones del pasillo, una a cada lado de la puerta del jardín de infancia, había dos cabezas sonrientes, aparentemente colgadas como decoración alegre para la entrada de la habitación, sólo que no parecían más alegres o despreocupadas que los animales del interior. Sus miradas separadas, capturadas para siempre en una carcajada distorsionada, se juntaban y entrelazaban en el punto del pasillo sumido en el despiadado frío—. Cuando te sitúas donde te pueden ver —explico Luke—, te congelan.

Con curiosidad, el doctor salió al pasillo para unirse a él, alzando la mirada.

—No nos deje aquí solas —dijo Theodora, y salió corriendo de la habitación arrastrando a Eleanor a través del frío, como una bofetada rápida o una inhalación helada—. Un buen sitio para refrescar las cervezas —dijo, y le sacó la lengua a las sonrientes caras.

—Debo escribir un informe detallado acerca de esto —dijo el doctor con satisfacción.

—No parece un frío *imparcial* —dijo Eleanor, sintiéndose incómoda porque no estaba segura de a qué se refería—. Lo he sentido como si fuera *deliberado*, como si algo quisiera darme una sorpresa desagradable.

—Es por culpa de las caras, supongo —dijo el doctor, que se había puesto a cuatro patas sobre el suelo para examinarlo—. Cinta métrica y un termómetro —dijo para sí mismo—, tiza para trazar el perímetro; ¿quizá el frío se intensifique durante la noche? Todo es peor —dijo mirando a Eleanor— cuando uno piensa que algo le está observando.

Luke atravesó el frío tiritando y cerró la puerta del jardín de infancia; regresó al pasillo con los otros dando un salto, como si pensara que podría escapar del frío si no tocaba el suelo. Con la puerta del jardín de infancia cerrada, se percataron de inmediato de lo mucho que había oscurecido, y Theodora dijo inquieta:

—Bajemos a nuestro gabinete; puedo sentir las colinas acercándose.

—Ya pasan de las cinco —dijo Luke—. Es la hora del cóctel. Supongo —le dijo al doctor— que confiará en mí para que vuelva a prepararle un martini esta noche.

—Demasiado vermuth —dijo el doctor, y los siguió rezagado, observando la puerta del jardín de infancia por encima del hombro.

—Propongo —dijo el doctor dejando su servilleta sobre la mesa— que tomemos el café en nuestro pequeño gabinete. El fuego me resulta muy

alegre.

Theodora soltó una risita.

—La señora Dudley se ha ido, ahora podemos ir corriendo de habitación en habitación abriendo todas esas puertas y ventanas y bajándolo todo de sus estanterías...

—La casa parece diferente cuando ella no está —dijo Eleanor.

—Más vacía —Luke la miró y asintió con la cabeza; estaba preparando las tazas del café sobre una bandeja y el doctor ya había salido del comedor, abriendo las puertas y calzándolas empecinadamente—. Cada noche me doy cuenta de repente de que los cuatro estamos aquí completamente solos.

—A pesar de que la señora Dudley no sea muy buena como compañía. Es curioso —dijo Eleanor, observando la mesa de la cena—, me desagrada la señora Dudley tanto como a cualquiera, pero mi madre *nunca* me permitiría levantarme y dejar la mesa en este estado hasta la mañana siguiente.

—Si quiere marcharse antes de que anochezca, no le queda más remedio que recoger al día siguiente —dijo Theodora sin interés—. Yo desde luego no voy a hacerlo.

—No está bien marcharte dejando una mesa con los restos.

—De todos modos no colocarías nada en su estante indicado y ella tendría que volver a hacerlo todo de nuevo sólo para borrar tus huellas de los platos.

—Podría al menos coger los cubiertos y dejarlos en agua...

—No —dijo Theodora, agarrándola de la mano—. ¿Acaso quieres quedarte en esa cocina completamente a solas, con todas esas puertas?

—No —dijo Eleanor dejando sobre la mesa el puñado de tenedores que había reunido—. Supongo que no, la verdad —se rezagó para mirar con inquietud la mesa, las servilletas arrugadas y la gota de vino derramada por Luke, y meneó la cabeza—. Aunque no sé qué diría mi madre.

—Vamos —dijo Theodora—. Han dejado luces para nosotras.

El fuego ardía en el pequeño gabinete y Theodora se sentó junto a la bandeja del café mientras Luke sacaba el *brandy* del armario en el que lo había guardado cuidadosamente la noche anterior.

—Debemos estar alegres a toda costa —dijo—. Esta noche volveré a desafiarle, doctor.

Antes de la cena habían registrado las otras habitaciones de la primera planta en busca de lámparas y sillas cómodas y ahora su pequeño gabinete era con diferencia la estancia más agradable de la casa.

—Hill House ha sido realmente amable con nosotras —dijo Theodora pasándole a Eleanor su café, y Eleanor se sentó agradecida en un sillón excesivamente acolchado—. Eleanor no tiene que lavar los platos, una velada agradable en buena compañía y quizá mañana el sol vuelva a brillar.

—Debemos organizar nuestro pícnic —dijo Eleanor.

—Me voy a volver perezosa y gorda en Hill House —continuó Theodora. Su insistencia en llamar a Hill House por su nombre incomodaba a Eleanor. Es como si lo dijera deliberadamente, pensó Eleanor, comunicándole a la casa dónde estamos; ¿es una bravata?

—Hill House, Hill House, Hill House —dijo Theodora en voz baja, y sonrió en dirección a Eleanor.

—Cuénteme —le dijo Luke educadamente a Theodora—, ya que es usted una princesa, hábleme de la situación política en su país.

—Muy voluble —dijo Theodora—. Huí porque mi padre, que por supuesto es el rey, insiste en que me case con Michael el Negro, que es el pretendiente al trono. Yo, por supuesto, no puedo ni ver a Michael el Negro, que lleva un pendiente de oro y azota a sus sirvientes con una fusta de montar.

—Un país de lo más inestable —dijo Luke—. ¿Cómo consiguió escapar?

—Huí en un carromato cargado de heno, disfrazada de lechera. Nunca se les ocurrió buscarme ahí y crucé la frontera con unos documentos que yo misma falsifiqué en la cabaña de un grabador.

—Y a estas alturas Michael el Negro habrá sin duda tomado el poder del país mediante un golpe de estado.

—Sin duda. Y por mí puede quedárselo.

Es como esperar en la consulta del dentista, pensó Eleanor, observándolos por encima de su taza de café; esperar en la consulta del dentista oyendo a los otros pacientes hacer chistes con valentía al otro lado de la sala de espera, a pesar de que todos tenemos la certeza de que antes o después vamos a tener que conocer al dentista. Levantó la mirada de repente, consciente de que el doctor estaba a su lado, y sonrió ambiguamente.

—¿Nerviosa? —preguntó el doctor, y Eleanor asintió.

—Sólo porque me pregunto qué es lo que va a pasar —respondió.

—También yo —el doctor movió una silla y se sentó junto a ella—. ¿Tiene la sensación de que algo, sea lo que sea, va a suceder pronto?

—Sí. Todo parece estar a la espera.

—Y *ellos* —el doctor señaló con un ademán de cabeza a Theodora y a Luke,

que se estaban riendo el uno del otro—, *ellos* lo esperan a *su* manera; me pregunto qué nos hará a todos nosotros. Hace un mes habría dicho que me parecería altamente improbable llegar a ver una situación como esta, los cuatro aquí sentados, juntos, en esta casa.

Él no la nombra, se percató Eleanor.

—Llevo mucho tiempo esperando —dijo el doctor.

—¿Cree que hacemos bien en quedarnos?

—¿Bien? —respondió él—. Creo que somos increíblemente necios quedándonos. Creo que una atmósfera como esta puede encontrar los fallos y faltas y debilidades de todos nosotros y desmenuzarnos en apenas unos días. Sólo tenemos una defensa: salir corriendo. Al menos no puede *seguirnos*, ¿verdad? Cuando nos sentimos en peligro podremos irnos tal y como vinimos. Y... —añadió con sequedad— tan deprisa como seamos capaces.

—Pero al menos estamos sobre aviso —dijo Eleanor—, y somos cuatro.

—Ya le he mencionado esto a Luke y a Theodora —dijo el doctor—. Prométame sin lugar a dudas que se marchará, todo lo aprisa que pueda, en el preciso instante en el que empiece a notar que la casa la está alcanzando.

—Se lo prometo —dijo Eleanor, sonriendo. Está intentando que me sienta más valiente, pensó, y se sintió agradecida—. Pero no pasa nada —le dijo—. De verdad, estoy bien.

—No dudaré un momento en alejarla de aquí —dijo él, levantándose— si lo considero necesario. ¿Luke? ¿Nos disculpan, señoritas?

Mientras ellos colocaban las piezas sobre el tablero, Theodora vagaba por la habitación con su taza en la mano y Eleanor pensó, Se mueve como un animal, nerviosa y alerta; es incapaz de estarse quieta mientras haya un aroma de perturbación en el aire; estamos todos muy intranquilos.

—Ven y siéntate a mi lado —dijo. Y Theodora se acercó, rodeando la habitación con elegancia. Se sentó en la silla que había dejado el doctor y apoyó la cabeza en el respaldo con agotamiento; qué encantadora es, pensó Eleanor, qué espontánea y afortunadamente encantadora—. ¿Estás cansada?

Theodora volvió la cara hacia ella, sonriendo.

—No soportaré mucho más esta espera.

—Precisamente yo estaba pensando ahora que pareces muy relajada.

—Y precisamente *yo* estaba pensando en... ¿qué día fue?, ¿anteayer? Y preguntándome cómo llegué a abandonar aquello para venir aquí. Probablemente tengo añoranza de casa.

—¿Tan pronto?

—¿Alguna vez habías reflexionado acerca de lo que es sentir añoranza de casa? Si tu hogar fuera Hill House, ¿sentirías añoranza por ella? ¿Lloraron aquellas dos niñas por su oscura y siniestra casa cuando las alejaron de aquí?

—Nunca he estado lejos de ningún sitio —dijo Eleanor con precaución—, así que supongo que nunca he sentido añoranza de casa.

—¿Y ahora? ¿Con tu pequeño apartamento?

—Quizá —dijo Eleanor mirando el fuego— no lo he tenido el tiempo suficiente como para considerarlo propio todavía.

—Quiero mi cama —dijo Theodora, y Eleanor pensó, Ya se está enfurruñando otra vez; cuando está hambrienta o cansada o aburrida se transforma en una niña pequeña.

—Tengo sueño —dijo Theodora.

—Ya son más de las once —dijo Eleanor, y se volvió a observar la partida de ajedrez. El doctor lanzó un alegre grito de triunfo y Luke se echó a reír.

—¿Y ahora, caballero? —dijo el doctor—. ¿Y *ahora* ?

—Ha sido una derrota justa, lo admito —dijo Luke, recogiendo las piezas y guardándolas de nuevo en su caja—. ¿Hay algún motivo por el que no pueda llevarme una copita de *brandy* a la habitación? Para que me ayude a dormir, o para que me transmita algo de coraje holandés, o por cualquier otro motivo. En realidad —dijo con una sonrisa dirigida a Theodora y a Eleanor—, tengo pensado quedarme leyendo un rato.

—¿Y usted sigue leyendo Pamela? —le preguntó Eleanor al doctor.

—Volumen dos. Me quedan todavía otros tres y luego empezaré Clarissa Harlowe, creo yo. Quizá Luke quiera que le preste...

—No, gracias —dijo Luke con premura—. Tengo una maleta llena de novelas de misterio.

El doctor se volvió para echar una ojeada.

—Veamos —dijo—. El fuego está tapado, las luces apagadas. Dejemos las puertas para que la señora Dudley las cierre por la mañana.

Cansados, siguiéndose unos a otros, ascendieron la gran escalera, apagando las luces a sus espaldas.

—Por cierto, ¿tenemos todas linterna? —preguntó el doctor, y ellos asintieron, más pendientes de dormir que de las olas de oscuridad que los seguían por

las escaleras de Hill House.

—Buenas noches a todos —dijo Eleanor, abriendo la puerta de la habitación azul.

—Buenas noches —dijo Luke.

—Buenas noches —dijo Theodora.

—Buenas noches —dijo el doctor—. Felices sueños.

6

—Ya voy, Madre, ya voy —dijo Eleanor, manoteando en busca del interruptor de la luz—. No pasa nada, ya voy.

Eleanor, oyó, *Eleanor*.

—Ya voy, ya voy —gritó irritada—. Un *momento*, ya voy.

—¿Eleanor?

Entonces, con una brusca conmoción que la despertó por completo, helada y temblando, y que la sacó de la cama de inmediato, pensó: *estoy en Hill House*.

—¿Qué? —gritó—. ¿Qué? ¿Theodora?

—¿Eleanor? Aquí.

—Voy.

No había tiempo para encender la luz; empujó una mesa quitándola de su camino, extrañada ante el ruido, y peleó brevemente con la puerta del cuarto de baño. Eso no ha sido la mesa al caer, pensó; es mi madre que está dando golpes contra la pared. Por suerte había luz en el cuarto de Theodora, y Theodora estaba sentada en la cama, con el pelo enredado por la almohada y los ojos completamente abiertos debido a su inesperado despertar; yo debo tener el mismo aspecto, pensó Eleanor, y dijo:

—Ya estoy aquí. ¿Qué *pasa*? —y entonces lo oyó con claridad por primera vez, aunque lo llevaba oyendo desde que se había despertado—. ¿Qué es *eso*? —susurró.

Se sentó lentamente a los pies de la cama de Theodora, maravillándose ante lo que parecía su propia calma. Vale, pensó, vale. Sólo es un ruido, y hace mucho frío; mucho mucho frío. Ha sido un ruido al otro lado del pasillo, prácticamente al final, junto a la puerta del jardín de infancia, y hace mucho

frío, *no* es mi madre golpeando contra la pared.

—Algo está llamando a las puertas —dijo Theodora con un tono de pura racionalidad.

—Eso es todo. Y casi está al otro extremo del pasillo. Probablemente Luke y el doctor estén allí ya, investigando qué es lo que sucede —no es ni mucho menos mi madre golpeando contra la pared; otra vez estaba soñando.

—Toc toc —dijo Theodora.

—Toc —dijo Eleanor, y dejó escapar una risita. Estoy tranquila, pensó, pero tengo mucho frío; el ruido sólo ha sido una especie de golpeteo contra las puertas, una tras otra; ¿esto es lo que tanto miedo me daba? «Toc» es la mejor palabra para describirlo; suena como algo que pudiera hacer un niño, no una madre que golpea contra la pared exigiendo ayuda, y en cualquier caso Luke y el doctor están allí; ¿a esto se refieren cuando dicen que un escalofrío te recorre la espalda de arriba abajo? Porque no es agradable; empieza en el estómago y sale en ondas hacia arriba para luego volver a bajar como algo vivo. Como algo vivo. Sí. Como algo vivo—. Theodora —dijo, y cerró los ojos y apretó los dientes y se abrazó con fuerza a sí misma—. Se está acercando.

—Sólo es un ruido —dijo Theodora sentándose al lado de Eleanor y pegándose contra ella—. Es un eco.

Sonaba, pensó Eleanor, como un ruido hueco, un estampido hueco, como si algo estuviera golpeando contra las puertas con una tetera de hierro, o una barra de hierro, o un guante de hierro. Golpeaba regularmente durante un minuto y luego de repente con más suavidad y luego de nuevo con una agitación nerviosa, pasando al parecer de puerta a puerta metódicamente al otro extremo del pasillo. En la lejanía le pareció que podía oír las voces de Luke y del doctor, llamando desde abajo, y pensó, *Ni siquiera están aquí arriba con nosotras*, y oyó de nuevo el hierro golpeando contra lo que debía ser una puerta muy cercana.

—Quizá seguirá bajando hasta el otro extremo del pasillo —susurró Theodora, y Eleanor pensó que la parte más extraña de toda aquella experiencia indescriptible era que Theodora también la estuviera viviendo—. No —dijo Theodora, y oyeron el impacto contra la puerta de enfrente. Era más recio, era ensordecedor, golpeó contra la puerta contigua a la suya (¿ahora se movía de un lado a otro del pasillo indistintamente?, ¿tenía pies para caminar sobre la alfombra?, ¿era una mano lo que alzaba contra la puerta?) y Eleanor se arrojó de la cama y corrió para sostener la puerta con las dos manos.

—¡Márchate! —gritó violentamente—. ¡Márchate, márchate!

Se hizo un completo silencio y Eleanor pensó, de pie con la cara apretada contra la puerta, Ahora sí que la he hecho buena; estaba buscando la habitación con alguen dentro.

El frío se abalanzó sobre ellas y las pellizó, llenando y rebosando la habitación. Cualquiera habría pensado que los habitantes de Hill House dormían profundamente en mitad de aquella tranquilidad, y entonces, tan abruptamente que Eleanor se giró sobre sí misma, se oyó el sonido de los dientes de Theodora castañeteando, y Eleanor rió.

—Cobardica —dijo.

—Tengo frío —dijo Theodora—. Un frío de muerte.

—También yo.

Eleanor tomó el edredón verde y se lo echó a Theodora sobre los hombros, y cogió la cálida bata de Theodora y se la puso.

—¿Has entrado en calor?

—¿Dónde está Luke? ¿Dónde está el doctor?

—No lo sé. ¿Has entrado en calor?

—No —dijo Theodora temblando.

—En un minuto saldré al pasillo a llamarles; ¿estás...?

Comenzó de nuevo, como si hubiera estado escuchando, esperando a oír sus voces y lo que decían, para identificarlas, para saber lo bien preparadas que estaban en su contra, esperando a oír si tenían miedo. Tan de repente que Eleanor regresó de un salto a la cama y Theodora lanzó un grito entrecortado, el puño de hierro cayó contra la puerta, y las dos levantaron la mirada horrorizadas, porque los golpes tronaban contra el extremo superior de la misma, más alto de lo que cualquiera de las dos pudiera alcanzar, más alto de lo que Luke o el doctor pudieran alcanzar, y el frío nauseabundo y degradante manaba en oleadas de lo que fuera que estaba al otro lado de la puerta.

Eleanor se puso en pie y aguardó perfectamente inmóvil mientras observaba la puerta. No sabía muy bien qué hacer, aunque creía que estaba pensando de manera coherente y que no estaba excesivamente asustada, no más asustada, desde luego, de lo que había creído que podría llegar a estarlo en sus peores sueños. El frío la inquietaba más que los ruidos; incluso la cálida bata de Theodora era inútil contra los rizos helados de los dedos que recorrían su espalda. Lo más inteligente que podía hacer, a lo mejor, era acercarse a la puerta y abrirla; eso, quizá, encajaría con los puntos de vista de investigación puramente científica del doctor. Eleanor sabía que, incluso si sus pies la llevaban tan lejos como la puerta, su mano sería incapaz de levantarse hasta alcanzar el pomo; imparcialmente, remotamente, se dijo a sí misma que nadie habría tocado aquel pomo; no es la función para la que se hicieron las manos, se dijo a sí misma. Había estado balanceándose ligeramente, retrocediendo un poco, empujada por cada nuevo golpe contra la puerta, y ahora se había quedado inmóvil porque el ruido estaba decreciendo.

—Pienso quejarme al conserje de los radiadores —dijo Theodora a sus espaldas—. ¿Está parando?

—No —dijo Eleanor, mareada—, no.

Las había encontrado. Como Eleanor no abría la puerta, iba a abrirse camino hasta el interior. Eleanor dijo en voz alta:

—Ahora sé por qué grita la gente, porque creo que voy a hacerlo.

Y Theodora dijo:

—Si lo haces yo también lo haré —y rió, de modo que Eleanor volvió rápidamente a la cama y se abrazaron la una a la otra, escuchando en silencio.

Oyeron unas palmadas que recorrían el marco de la puerta, pequeños ruidos de búsqueda, palpando los resquicios, intentando encontrar una abertura. Algo acarició el pomo y Eleanor, susurrando, preguntó, «¿Has echado la llave?» y Theodora asintió y luego, con los ojos como platos, se volvió para mirar la puerta del cuarto de baño que conectaba ambos dormitorios.

—La mía también está cerrada —le dijo Eleanor al oído, y Theodora cerró los ojos con alivio. Los pequeños ruidos pegajosos siguieron recorriendo todo el marco de la puerta, y luego, como si lo que fuera que estuviera al otro lado hubiera tenido un ataque de furia, recomenzaron los golpes, y Eleanor y Theodora vieron la madera de la puerta temblar y estremecerse, y la puerta combarse contra los goznes—. No puedes entrar —dijo Eleanor frenéticamente, y de nuevo se hizo el silencio, como si la casa escuchara con atención sus palabras, comprendiendo, mostrándose cínicamente de acuerdo, dándose por satisfecha sólo con esperar. Una risita penetró como un soplo de aire en la habitación, una risa sofocada y loca, la mínima insinuación de una risa, y Eleanor pudo oírla recorriéndole la columna vertebral, una risilla de regocijo que las sobrepasaba para recorrer toda la casa, y entonces oyó al doctor y a Luke llamándolas desde las escaleras y, misericordiosamente, todo acabó.

Cuando se hizo el auténtico silencio, Eleanor respiró agitadamente y notó los miembros entumecidos.

—Nos hemos estado agarrando la una a la otra como un par de niñas perdidas —dijo Theodora, y desenredó sus brazos de alrededor del cuello de Eleanor—. Llevas puesta mi bata.

—Me había olvidado de ponerme la mía. ¿De verdad ha acabado?

—Por esta noche al menos —dijo Theodora con certeza—. ¿No lo notas? ¿No vuelves a sentir calor?

El frío nauseante había desaparecido, salvo por una pequeña reminiscencia que recorrió la espalda de Eleanor cuando miró hacia la puerta. Empezó a

deshacer el apretado nudo que le había hecho al cinturón de la bata y dijo:

—El frío intenso es uno de los síntomas de conmoción.

—La intensa conmoción es uno de los síntomas que tengo yo ahora mismo —dijo Theodora—. Ahí llegan Luke y el doctor.

Podían oír sus voces en el pasillo, hablando nerviosamente, con rapidez, y Eleanor dejó caer la bata de Theodora sobre la cama y dijo:

—Por el amor de Dios, no les dejes llamar a la puerta; un golpe más acabaría conmigo —y regresó corriendo a su dormitorio para coger su propia bata. Desde allí pudo oír a Theodora diciéndoles que esperaran un minuto y luego acercarse a la puerta para hacer girar la llave, y a continuación la voz de Luke diciéndole con simpatía a Theodora:

—Vaya, parece que hubieras visto un fantasma.

Cuando Eleanor regresó se fijó en que tanto Luke como el doctor estaban vestidos, y se le ocurrió que podría ser una buena idea a partir de aquel momento; si el frío intenso pensaba regresar cada noche, iba a encontrar a Eleanor durmiendo con unos pantalones de lana y un sueter grueso, y no le importaba lo que fuera a decir la señora Dudley cuando descubriera que al menos una de las invitadas se echaba sobre las camas recién hechas con los zapatos puestos y unos calcetines de lana.

—Bueno, caballeros —preguntó—, ¿qué tal les sienta lo de vivir en una casa encantada?

—Perfectamente —dijo Luke—, perfectamente. Me da una excusa para echar un trago en mitad de la noche.

Llevaba consigo la botella de *brandy* y unos vasos, y Eleanor pensó que eran el vivo retrato de un grupito de lo más sociable, allí los cuatro, sentados en la habitación de Theodora a las cuatro de la mañana, bebiendo *brandy*. Hablaron con ligereza y rapidez, dedicándose miradas breves, presurosas, disimuladas, de curiosidad, cada uno de ellos preguntándose qué terror secreto había sido atisbado por los demás, qué cambios podían aparecer en rostro o gesto, qué debilidad desprotegida podría haber abierto el camino a la ruina.

—¿Ha pasado algo aquí mientras estábamos fuera? —preguntó el doctor.

Eleanor y Theodora se miraron la una a la otra y echaron a reír, sinceramente al fin, sin rastro de histeria o temor. Al cabo de un minuto, Theodora dijo con cautela:

—Nada en particular. Alguien ha llamado a nuestra puerta con una bola de cañón y después ha intentado entrar a devorarnos, y se ha echado a reír a mandíbula batiendo cuando no le hemos querido abrir la puerta. Nada extraordinario, en realidad.

Eleanor abrió la puerta y la examinó con curiosidad.

—Creí que la puerta iba a saltar hecha astillas —dijo, desconcertada—, pero no hay ni un solo arañazo en la madera, ni en ninguna de las otras puertas; están todas perfectamente intactas.

—Qué detalle no haber raspado la madera —dijo Theodora extendiendo su copa de *brandy* hacia Luke—. No soportaría que esta querida y vieja casa sufriera daño alguno —sonrió burlonamente en dirección a Eleanor—. Aquí nuestra Nellie ha estado a punto de gritar.

—También tú.

—En absoluto; sólo lo he dicho para hacerte compañía. Además, la señora Dudley ya nos dijo que no vendría. ¿Y a todo esto dónde estaban *ustedes*, nuestros varoniles defensores?

—Estábamos persiguiendo un perro —dijo Luke—. O al menos, un animal que parecía un perro —se detuvo y a continuación prosiguió de mala gana—. Lo hemos seguido hasta afuera.

Theodora le miró con los ojos muy abiertos y Eleanor dijo:

—¿Quieres decir que estaba *dentro* ?

—Lo he visto pasar corriendo por delante de mi puerta —dijo el doctor—, sólo lo he vislumbrado, deslizándose. He despertado a Luke y lo hemos seguido escaleras abajo hasta el jardín y lo hemos perdido en alguna parte por detrás de la casa.

—¿La puerta principal estaba abierta?

—No —dijo Luke—. La puerta estaba cerrada. Igual que lo estaban todas las demás puertas. Lo hemos comprobado.

—Llevamos dando vueltas un buen rato —dijo el doctor—. Ni se nos había ocurrido que pudieran estar ustedes despiertas hasta que hemos oído sus voces —habló gravemente—. Hay una cosa que no hemos tenido en cuenta —dijo.

Los demás le observaron, desconcertados, y él se explicó mientras se examinaba los dedos a su estilo de conferenciante.

—Primero —dijo—, es evidente que Luke y yo hemos sido despertados antes que ustedes, señoritas; llevamos rondando tanto dentro como fuera unas buenas dos horas sumidos en una búsqueda inútil. Segundo, ninguno de los dos —lanzó una mirada inquisitiva a Luke mientras hablaba— ha oído ni un solo sonido aquí arriba hasta que ustedes empezaron a hablar. Estaba todo en un perfecto silencio. Es decir, que el ruido que ha golpeado contra su puerta no era audible para nosotros. Cuando hemos cejado en nuestra búsqueda y hemos decidido volver arriba, aparentemente hemos alejado a lo que fuera

que estaba aguardando frente a su puerta. Ahora que estamos sentados aquí todos juntos, todo está en calma.

—Sigo sin ver adónde quiere llegar —dijo Theodora frunciendo el entrecejo.

—Debemos tomar precauciones —dijo el doctor.

—¿Contra qué? ¿Cómo?

—Si a Luke y a mí nos tienden un cebo para que vayamos afuera mientras ustedes dos permanecen aquí dentro aprisionadas, ¿no empieza a parecer...

—dijo con voz sosegada— no empieza a parecer que la intención es, de algún modo, separarnos?

Contemplándose en el espejo, con la brillante luz de la mañana refrescando incluso la habitación azul de Hill House, Eleanor pensó, Es mi segunda mañana en Hill House y me siento increíblemente feliz. Los viajes acaban con el encuentro de los amantes; he pasado una noche prácticamente en vela, he contado mentiras y he quedado en ridículo, y el aire sabe a vino. Me he asustado como una tonta, pero de algún modo me merezco esta alegría; llevo esperándola durante tanto tiempo. Abandonando la arraigada creencia de que nombrar la felicidad es disiparla, se sonrió a sí misma en el espejo y se dijo en silencio, Eres feliz, Eleanor, finalmente se te ha otorgado una parte de tu medida de felicidad. Retirando la mirada de su rostro en el espejo, pensó ciegamente, Los viajes acaban con el encuentro de los amantes, el encuentro de los amantes.

—¿Luke? —era Theodora, hablando en el pasillo—. Anoche te llevaste una de mis medias, eres un gamberro y un ladrón y espero que la señora Dudley pueda oírme.

Eleanor pudo oír débilmente la protesta de Luke, afirmando que un caballero tenía el derecho a guardar los favores otorgados por una dama, y que estaba completamente convencido de que la señora Dudley podía oír hasta la última palabra.

—¿Eleanor? —ahora Theodora estaba llamando a la puerta del baño—. ¿Estás despierta? ¿Puedo entrar?

—Entra, claro —dijo Eleanor, observando su rostro en el espejo. Te lo mereces, se dijo a sí misma, te has pasado la vida ganándotelo. Theodora abrió la puerta y dijo alegremente:

—Qué guapa estás esta mañana, Nell. Esta vida tan curiosa te sienta bien.

Eleanor le sonrió; evidentemente aquella vida también le sentaba bien a Theodora.

—En buena lid deberíamos andar tambaleantes con profundas ojeras y una mirada de desesperación —dijo Theodora rodeando a Eleanor con un brazo y mirándose en el espejo junto a ella—, y míranos, dos adorables jóvenes, lozanas y alegres.

—Tengo treinta y cuatro años —dijo Eleanor, y se preguntó qué oscura

rebeldía le había llevado a añadirse dos años.

—Y parece que tienes catorce —dijo Theodora—. Vamos, nos hemos ganado un buen desayuno.

Riendo, bajaron corriendo la gran escalera y encontraron el camino por la sala de juegos hasta llegar al comedor.

—Buenos días —dijo Luke animadamente—. ¿Qué tal habéis dormido?

—Maravillosamente bien, gracias —dijo Eleanor—. Como un bebé.

—Puede que haya habido algún que otro ruido —dijo Theodora—, pero eso es de esperar en cualquier casa vieja. Doctor, ¿qué vamos a hacer esta mañana?

—¿Hm? —dijo el doctor alzando la mirada. Sólo él parecía cansado, pero sus ojos estaban iluminados por el mismo brillo que podían encontrar todos, los unos en los otros; es la emoción, pensó Eleanor; lo estamos pasando bien.

—Ballechin House —dijo el doctor, saboreando sus palabras—. La rectoría Borley. El castillo Gladis. Me resulta increíble encontrarme experimentando lo mismo, absolutamente increíble. No *podría* haberlo creído. Empiezo a comprender, vagamente, el remoto placer del auténtico médium. ¿Puede acercarme la mermelada, si es usted tan amable? Gracias. Mi esposa no me va a creer. La comida tiene un nuevo sabor, ¿no les parece?

—Entonces no es sólo que la señora Dudley se haya superado a sí misma; me lo estaba preguntando —dijo Luke.

—He estado intentando recordar —dijo Eleanor— lo que sucedió anoche, quiero decir. Recuerdo haber *sabido* que estaba asustada, pero no consigo imaginar haber *estado* asustada.

—Yo recuerdo el frío —dijo Theodora temblando.

—Creo que es porque fue tan irreal respecto a cualquier patrón de pensamiento al que estoy acostumbrada; quiero decir, sencillamente no tenía *sentido* —Eleanor se interrumpió y rió, avergonzada.

—Estoy de acuerdo —dijo Luke—. Esta mañana me he encontrado a mí mismo *convenciéndome* de que lo de anoche pasó de verdad; justo lo contrario de lo que pasaría tras tener una pesadilla, cuando no haces más que intentar convencerte de que en realidad *no* ha pasado.

—A mí me resultó emocionante —dijo Theodora.

El doctor alzó un dedo de advertencia:

—Todavía es perfectamente posible que todo fuera causado por aguas subterráneas.

—Entonces habría que construir más casas sobre arroyos secretos —dijo Theodora.

El doctor frunció el ceño.

—Tanta excitación me preocupa —dijo—. Es embriagante, cierto, pero ¿no podría ser también peligroso? ¿Un efecto de la atmósfera de Hill House? ¿La primera señal de que hemos caído, por decirlo de algún modo, bajo su hechizo?

—Entonces yo seré una princesa encantada —dijo Theodora.

—Y, sin embargo —dijo Luke—, si lo de anoche fue una buena muestra de lo que es Hill House, tampoco es que vayamos a tener muchos problemas; nos asustamos, ciertamente, y la experiencia nos resultó desagradable mientras duró, y sin embargo no consigo recordar haber sentido en ningún momento que peligrara mi integridad *física*; incluso cuando Theodora dijo que lo que fuera que estaba al otro lado de su puerta quería entrar para devorarla no me sonó como si...

—Sé perfectamente a lo que se refería —dijo Eleanor—, porque tuve la impresión de que había utilizado la palabra exacta. En el sentido de que pretendía consumirnos, llevárenos consigo, hacernos parte de la casa, quizá... Oh, cielos. He pensado que sabía lo que estaba diciendo, pero lo estoy haciendo muy mal.

—No existe peligro físico alguno —dijo el doctor con seguridad—. Ningún fantasma en la larga historia de los fantasmas ha dañado jamás a nadie físicamente. El único perjuicio suele ser el que la víctima se inflige a sí misma. Uno ni siquiera puede decir que el fantasma ataca a la mente, porque la mente, la mente consciente y pensante, es invulnerable; en nuestras mentes conscientes, mientras estamos aquí sentados charlando, no existe ni un átomo de creencia en los fantasmas. Ninguno de nosotros, incluso después de lo de anoche, es capaz de decir la palabra «fantasma» sin sonreír involuntariamente. No, la amenaza de lo sobrenatural estriba en que ataca el lugar en el que la mente moderna es más débil, allí donde hemos abandonado la armadura protectora de la superstición sin haber levantado ninguna barrera de defensa sustitutiva. Ninguno de nosotros cree racionalmente que lo que atravesó corriendo el jardín anoche fuera un fantasma, ni que lo que llamó a la puerta fuera un fantasma, y sin embargo no nos cabe la menor duda de que *algo* sucedió anoche en Hill House, y el refugio instintivo de la mente, las dudas acerca de uno mismo, queda eliminado. No podemos decir: «fue fruto de mi imaginación», porque hubo otras tres personas presentes.

—También podría decir —aportó Eleanor con una sonrisa—: «Ustedes tres son fruto de mi imaginación; nada de esto es real».

—Si pensara que de verdad cree usted eso —dijo el doctor con toda seriedad—, la alejaría de Hill House esta misma mañana. Estaría usted acercándose excesivamente a un estado mental que recibiría los peligros de Hill House con una especie de abrazo fraternal.

—Quiere decir que pensaría que estás chiflada, Nell, querida.

—Bueno —dijo Eleanor—, supongo que en ese caso sí lo estaría. Si fuera a ponerme del lado de Hill House contra el resto de ustedes, espero que me enviaran lejos de aquí.

Por qué yo, se preguntó, por qué yo. ¿Acaso soy yo la conciencia del grupo? ¿Esperan que sea yo siempre la que exprese claramente con palabras lo que ellos tres son demasiado arrogantes para reconocer? ¿Se supone que debo ser yo la más débil, más débil que Theodora? De todos nosotros, pensó, soy probablemente la menos susceptible de volverse contra los demás.

—Los *poltergeist* son otra cosa completamente distinta —dijo el doctor, posando su mirada brevemente sobre Eleanor—, pues tratan enteramente con el mundo físico; lanzan piedras, mueven objetos, rompen platos; la señora Foyster, de la rectoría Borley, sufrió pacientemente durante mucho tiempo, pero finalmente perdió el temperamento por completo cuando vio su mejor tetera salir despedida por la ventana. Los *poltergeist*, en cualquier caso, son el fenómeno más bajo en la escala social de lo sobrenatural; son destructivos, pero carecen de mente y de propósito; son sencillamente una fuerza bruta. ¿Recuerdan —preguntó con una pequeña sonrisa— el delicioso cuento de Oscar Wilde, «El fantasma de Canterville»?

—El de los gemelos norteamericanos que pusieron en fuga al educado y tradicional fantasma inglés —dijo Theodora.

—Exacto. Siempre me ha gustado pensar que los gemelos norteamericanos eran en realidad un fenómeno *poltergeist*; ciertamente, los *poltergeist* pueden eclipsar otras manifestaciones más interesantes. Los malos fantasmas ahuyentan a los buenos —y aplaudió felizmente—. También ahuyentan a todo lo demás —añadió—. Hay una mansión en Escocia, infectada con *poltergeists*, en la que han llegado a producirse hasta diecisiete fuegos espontáneos en un solo día; a los *poltergeist* les gusta echar violentamente a la gente de la cama alzando y haciendo girar el cabecero, y recuerdo el caso de un párroco que se vio obligado a abandonar su hogar porque se veía atormentado, un día tras otro, por un *poltergeist* que le arrojaba a la cabeza misales robados en una iglesia rival.

De repente, sin motivo, la risa empezó a agitarse en el interior de Eleanor; quiso correr hasta el cabecero de la mesa y abrazar al profesor, quiso dar vueltas y más vueltas sobre el césped del jardín, quiso cantar y gritar y agitar los brazos y dar círculos enormes y enfáticos y posesivos en todas las habitaciones de Hill House; estoy aquí, estoy aquí, pensó. Cerró rápido los ojos complacida y luego dijo recatadamente:

—¿Y qué hacemos hoy?

—Siguen siendo ustedes como niños —dijo el doctor, sonriendo también—. Siempre preguntándome qué hacer hoy. ¿Es que no son capaces de entretenerse con sus juguetes? ¿O los unos con los otros? Yo tengo trabajo que hacer.

—Lo único que quiero hacer yo *de verdad* —rió Theodora— es deslizarme por ese pasamanos —el alborozo se había apoderado de ella igual que de Eleanor.

—Juguemos al escondite —dijo Luke.

—Intenten no vagar demasiado a solas —dijo el doctor—. No se me ocurre una buena razón para impedirselo, pero me parece lo más razonable.

—Porque hay osos en el bosque —dijo Theodora.

—Y tigres en el desván —dijo Eleanor.

—Y una vieja bruja en la torre, y un dragón en el salón.

—Lo digo muy en serio —dijo el doctor, riendo.

—Son las diez en punto. Retiro la...

—Buenos días, señora Dudley —dijo el doctor, y Eleanor y Theodora y Luke estallaron en carcajadas sin poder evitarlo.

—Retiro la mesa a las diez en punto.

—No la entretendremos demasiado. Déjenos sólo quince minutos, por favor, y luego podrá retirar la mesa.

—Retiro el desayuno a las diez en punto. Dejo la comida servida a la una. La cena la dejo lista a las seis. Son las diez en punto.

—Señora Dudley... —empezó el doctor con severidad pero luego, viendo a Luke tensar la cara para contener la risa, se cubrió los ojos con la servilleta y cedió—. Puede retirar la mesa, señora Dudley —dijo el doctor entrecortadamente.

Alegremente, con el sonido de sus risas resonando por los pasillos de Hill House y llegando hasta la estatua de mármol del gran salón y el jardín de infancia del primer piso y el extraño tejadillo de la torre, recorrieron el pasadizo hasta su gabinete y cayeron, todavía riendo, sobre sus sillas.

—No debemos burlarnos de la señora Dudley —dijo el doctor inclinándose hacia delante, con la mano enterrada entre las manos y los hombros temblando descontroladamente.

Pasaron un largo rato riendo, hablando ocasionalmente con frases a medio hacer, intentando contarse algo, señalándose unos a otros exageradamente, y sus risas agitaron Hill House hasta que, agotados y doloridos, se recostaron sobre sus respaldos para mirarse unos a otros.

—Ahora... —empezó el doctor sólo para verse interrumpido por un pequeño ataque de risa de Theodora—. Ahora —dijo el doctor con más severidad, y todos guardaron silencio— me apetece otro café —dijo, solícito—. ¿A ustedes

no?

—¿Quiere decir que vayamos allí y se lo pidamos a la señora Dudley? — preguntó Eleanor.

—¿Que la abordemos directamente, cuando no son ni la una ni las seis, y sencillamente le *pidamos* más café? —interpeló Theodora.

—A grandes rasgos, sí —dijo el doctor—. Luke, muchacho, he observado que ya es usted lo que podríamos considerar un favorito de la señora Dudley...

—¿Y cómo —preguntó Luke asombrado— ha llegado usted a observar algo tan improbable? La señora Dudley me reserva el mismo desprecio con el que contempla a un plato fuera de su correspondiente anaquel; a los ojos de la señora Dudley...

—Después de todo, es usted el heredero de la casa —dijo el doctor, halagüeño—. La señora Dudley debe sentir por usted lo que cualquier vieja sirvienta de la familia siente por el joven señorito.

—A los ojos de la señora Dudley soy algo aún peor que un tenedor tirado en el suelo. Se lo ruego, si de verdad pretende pedirle algo a la vieja loca, envíe a Theo, o a nuestra encantadora Nell. A *ellas* no les da miedo...

—No —dijo Theodora—. No puede enviar a una mujer indefensa a enfrentarse con la señora Dudley. Nell y yo estamos aquí para que nos protejan, no para luchar sus batallas por ustedes, cobardes.

—El doctor...

—Tonterías —dijo el doctor efusivamente—. Ciertamente no se le ocurriría pedírmelo a *mí*, un hombre mayor; en cualquier caso, sabe usted que ella le adora.

—Chivo insolente —dijo Luke—. Sacrificarme a cambio de una taza de café. No se sorprenda, y lo digo en tono amenazador, no se sorprenda si pierde a su Luke en esta causa; quizá la señora Dudley aún no haya degustado su almuerzo de media mañana, y la veo perfectamente capaz de prepararse un *filet de Luke à la meunière*, o quizá un *dieppoise*, dependiendo de su humor; si no regreso —y movió el dedo índice bajo la nariz del profesor en un gesto de advertencia—, le conmino a que observe su almuerzo con la mayor de las sospechas.

Haciendo una exagerada reverencia, digna de uno que parte para matar a un gigante, cerró la puerta a sus espaldas.

—Qué encanto, este Luke —Theodora se estiró con exuberancia.

—Encantadora Hill House —dijo Eleanor—. Theo, hay una especie de pequeña glorieta a un lado del jardín, cubierta por la vegetación; me fijé ayer. ¿Podemos explorarla esta mañana?

—Será un placer —dijo Theodora—. No me gustaría dejar un solo centímetro de Hill House sin apreciar. En cualquier caso, hace un día demasiado bueno para quedarse dentro.

—Le diremos a Luke que nos acompañe —dijo Eleanor—. ¿Y usted, doctor?

—Mis notas... —empezó el doctor, y a continuación se detuvo en el momento en el que la puerta se abrió tan de repente que en la mente de Eleanor sólo apareció el pensamiento de que Luke no se había atrevido a afrontar a la señora Dudley después de todo, sino que se había quedado, esperando, apoyado contra la puerta; después, viendo la palidez de su cara y oyendo al doctor decir con furia: «He roto mi primera regla; le he enviado a solas», se descubrió a sí misma preguntando con urgencia:

—¿Luke? ¿Luke?

—No pasa nada —Luke incluso sonrió—, pero salgan al pasillo.

Escalofriados por su rostro y su voz y su sonrisa, se levantaron en silencio y le siguieron hasta el largo y oscuro pasadizo que conducía de regreso al recibidor.

—Aquí —dijo Luke, y un pequeño y tortuoso escalofrío de náusea recorrió la espalda de Eleanor al ver lo que estaba iluminando con una cerilla pegada a la pared.

—¿Es... un mensaje? —preguntó Eleanor acercándose para ver.

—Un mensaje —dijo Luke—. Ni siquiera me había percatado hasta que estaba volviendo; La señora Dudley ha dicho que no —añadió, con la voz tensa.

—Mi linterna —el doctor extrajo su linterna del bolsillo y a su luz, a medida que se desplazaba lentamente de un extremo al otro del pasadizo, pudieron ver las letras con claridad—. Tiza —dijo el doctor, dando un paso al frente para tocar una letra con la yema del índice—. Está escrito con tiza.

Las letras eran enormes y vacilantes y debían tener el mismo aspecto, pensó Eleanor, que si hubieran sido garabateadas por unos gamberretes sobre una valla. En vez de eso, era increíblemente real, recorriendo con sus líneas quebradas el grueso machihembrado de la pared. Las letras iban de un extremo a otro del pasadizo, casi demasiado grandes como para poder leerlas, incluso apretando la espalda contra la pared de enfrente.

—¿Pueden leerlo? —preguntó Luke con suavidad, y el doctor, moviendo su linterna, leyó lentamente: «AYUDA ELEANOR VUELVE A CASA».

—No —y Eleanor sintió las palabras atascarse en su garganta; había visto el nombre en el momento en el que el doctor lo leía. Soy yo, pensó. Es mi nombre el que está ahí pintado con toda claridad; yo no debería estar en las paredes de esta casa—. Bórrenlo, *por favor* —dijo, y notó el brazo de Theodora rodeándola los hombros—. Es una *locura* —dijo Eleanor, perpleja.

—Una locura es lo que es, ciertamente —dijo Theodora con energía—. Nell, vuelve a entrar y siéntate. Luke irá a buscar algo para borrarlo.

—Pero es una *locura* —dijo Eleanor, rezagándose para seguir mirando su nombre escrito en la pared—. *¿Por qué ...?*

El doctor la hizo regresar con firmeza al gabinete y cerró la puerta; Luke ya estaba atacando el mensaje con su pañuelo.

—Ahora escúcheme —le dijo el doctor a Eleanor—, sólo porque su nombre...

—Eso es, precisamente —dijo Eleanor, mirándole con los ojos desorbitados—. Sabe mi nombre, ¿verdad? Sabe *mi* nombre.

—Cállate, ¿quieres? —Theodora la zarandeó violentamente—. Podría haber dicho el de cualquiera de nosotros; sabe *todos* nuestros nombres.

—¿Lo has escrito tú? —Eleanor se volvió hacia Theodora—. Por favor, dime que... No me enfadaré, lo prometo. Sólo quiero saber que... ¿A lo mejor sólo ha sido una broma? ¿Para asustarme? —miró suplicante al doctor.

—Sabe que ninguno de nosotros lo ha escrito —dijo el doctor.

Luke entró limpiándose las manos en su pañuelo y Eleanor se volvió esperanzada hacia él:

—Luke —dijo—, ¿lo has escrito tú, verdad, cuando has salido antes?

Luke la miró atentamente y luego se acercó y se sentó sobre el brazo de su silla.

—Escucha —dijo—, ¿quieres que vaya por ahí escribiendo tu nombre en todas partes? ¿Grabando tus iniciales en la corteza de los árboles? ¿Escribiendo «Eleanor, Eleanor» en pequeños pedazos de papel? —le dio un suave tirón del pelo—. Tengo más sentido común, ¿sabes? —dijo—. Comportate bien.

—¿Entonces por qué yo? —dijo Eleanor, mirándolos a los tres consecutivamente; estoy fuera, pensó como enajenada, soy la elegida, y dijo rápidamente, implorante—: ¿He hecho algo para llamar la atención, más que cualquier otro?

—No más de lo habitual, querida —dijo Theodora. Estaba de pie junto a la chimenea, haciendo sonar los dedos sobre la repisa, y cuando habló miró a Eleanor con una amplia sonrisa—. A lo mejor lo has escrito tú misma.

Enfadada, Eleanor casi gritó:

—¿De verdad crees que *quiero* ver mi nombre garabateado en esta casa abominable? ¿Crees que me gusta la idea de ser el centro de atención? No soy *yo* la que se comporta como una niña malcriada, no es a *mí* a quien le gusta destacar...

—Una petición de ayuda, ¿te has dado cuenta? —dijo Theodora con ligereza—. Quizá el espíritu de la pobre acompañante ha encontrado por fin un modo de comunicarse. Quizá sólo estaba esperando a alguien lo suficientemente tímida, pacata...

—Quizá estaba dirigido a mí sólo porque ninguna petición de ayuda sería capaz de atravesar ese egoísmo tuyo de hierro; quizá yo tenga más simpatía y entendimiento en un solo dedo que...

—Y quizá, por supuesto, lo hayas escrito para ti misma —dijo Theodora de nuevo.

A la manera de los hombres que ven a dos mujeres discutir, el doctor y Luke se habían retirado, quedándose juntos de pie en un silencio miserable; ahora, por fin, Luke se adelantó y habló:

—Ya basta, Eleanor —dijo increíblemente, y Eleanor giró como una exhalación, dando un pisotón en el suelo.

—¿Cómo te atreves? —dijo jadeando—. ¿Cómo *te atreves*?

Y entonces el doctor rió, y ella le miró y a continuación a Luke, que sonreía, observándola. ¿Qué es lo que me pasa?, pensó. Entonces... ellos piensan que Theodora lo ha hecho a propósito, que me ha hecho enfadar para que no estuviera asustada; qué vergüenza haberme dejado manipular de tal manera. Eleanor se tapó la cara con las manos y se sentó en la silla.

—Nell, querida —dijo Theodora—. Lo siento mucho.

Debo decir algo, se dijo Eleanor a sí misma; debo demostrarles que sé encajar los golpes, después de todo; encajar los golpes; que piensen que me avergüenzo de mí misma.

—Yo sí que lo siento —dijo—. Estaba asustada.

—Lógico y natural —dijo el doctor, y Eleanor pensó, Cómo puede ser tan simple, tan transparente; se cree hasta la última tontería que le han dicho en la vida. Piensa, incluso, que Theodora me ha rescatado de la histeria. Eleanor le sonrió y pensó, Ahora vuelvo a ser miembro del grupo.

—De verdad he creído que estabas a punto de empezar a chillar —dijo Theodora, arrodillándose junto a la silla de Eleanor—. *Yo* lo habría hecho, de estar en tu lugar. Pero no podemos permitirnos que te derrumbes, ¿sabes?

No podemos permitirnos que nadie salvo Theodora ocupe el centro del escenario, pensó Eleanor; si Eleanor ha de ser la marginada, que lo sea ella sola. Eleanor extendió la mano y acarició la cabeza de Theodora.

—Gracias. Supongo que por un minuto me he sentido un poco frágil.

—He llegado a preguntarme si ibais a acabar llegando a las manos —dijo Luke —, hasta que me he dado cuenta de lo que estaba haciendo Theodora.

Sonriendo mientras miraba los brillantes y satisfechos ojos de Theodora, Eleanor pensó, Pero lo que estaba haciendo Theodora no era eso ni mucho menos.

2

El tiempo transcurrió perezosamente en Hill House. Eleanor, Theodora, el doctor y Luke, alertas ante el terror, envueltos por las lujuriantes colinas y seguramente instalados en los cálidos, oscuros lujos de la casa, gozaron de un día tranquilo y una noche apacible; lo suficiente, quizá, como para que se relajaran un poco. Comieron y cenaron juntos y la comida de la señora Dudley siguió siendo perfecta. Charlaron y jugaron al ajedrez; el doctor terminó Pamela y comenzó Sir Charles Grandison. Un impulso acuciante por disponer de cierta privacidad ocasional los llevó a pasar algunas horas a solas en sus respectivas habitaciones, sin trastornos. Theodora y Eleanor y Luke exploraron la maleza tras la casa y encontraron la pequeña glorieta, mientras el doctor se sentaba en el amplio jardín, escribiendo, sin perderles de vista o de oído. Encontraron un jardín de rosas vallado, repleto de hierbas, y un pequeño huerto cariñosamente atendido por los Dudley. Hablaron a menudo de organizar su picnic junto al arroyo. Encontraron fresas salvajes cerca de la glorieta y Theodora y Eleanor y Luke llenaron con ellas un pañuelo y se echaron en el césped cerca del doctor, a comérselas, manchándose las manos y las bocas; como niños, les dijo el doctor, levantando la vista de sus notas, divertido. Cada uno de ellos había escrito —descuidadamente y con escasa atención a los detalles— un informe de lo que pensaban que habían visto y oído hasta entonces en Hill House, y el doctor había reunido los papeles en su cartera. A la mañana siguiente —su tercer día en Hill House—, el doctor, ayudado por Luke, pasó una hora entretenida y exasperante tirado en el suelo del pasillo del primer piso, intentando determinar, con tiza y una cinta métrica, las dimensiones precisas de la zona fría, mientras Eleanor y Theodora se sentaban con las piernas cruzadas sobre la alfombra anotando las medidas del doctor y jugando a tres en raya. El doctor se vio considerablemente entorpecido en su tarea por el hecho de que, al verse sus manos atenazadas repetidamente por el frío extremo, era incapaz de sostener la tiza ni la cinta métrica durante más de un minuto en cada intento. Luke, al otro lado de la puerta del jardín de infancia, podía sostener uno de los extremos de la cinta hasta que su mano entraba en la zona fría y entonces sus dedos perdían la fuerza y se relajaban sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Un termómetro, situado en el centro de la zona fría, se negó a registrar el más mínimo cambio, emperrado en seguir afirmando que la temperatura allí era la misma que la temperatura en el resto del pasillo, provocando que el doctor se lanzara en una diatriba contra las estadísticas de la rectoría Borley, que habían registrado una caída de once grados. Cuando hubo definido la zona fría lo mejor que fue capaz, y anotó los resultados en su cuaderno, los llevó abajo para el almuerzo y les presentó un desafío general,

que se enfrentaran con él al croquet al fresco de la tarde.

—Parece una tontería —explicó— haber pasado una mañana tan gloriosa como esta observando una zona fría en un suelo. Debemos organizarnos para pasar más tiempo afuera —y se sorprendió ligeramente cuando se echaron a reír.

—¿Todavía existe un mundo en alguna parte? —preguntó Eleanor maravillada. La señora Dudley les había preparado una tarta de albaricoque y, observando el plato, dijo—. Estoy segura de que la señora Dudley va a algún otro sitio todas las noches, y todas las mañanas vuelve cargada de leche fresca, y Dudley aparece con las compras todas las tardes, pero en lo que a mí respecta no hay más sitios que este.

—Estamos en una isla desierta —dijo Luke.

—No imagino otro mundo que no sea Hill House —dijo Eleanor.

—Quizá —dijo Theodora— deberíamos hacer muescas en un palo, o ir amontonando guijarros, uno cada día, de modo que podamos saber cuánto tiempo llevamos de náufragos.

—Qué placer no recibir la más mínima noticia del exterior —dijo Luke sirviéndose una cucharada enorme de nata—. Ni cartas, ni periódicos; podría estar pasando cualquier cosa.

—Por desgracia —dijo el doctor y luego se interrumpió—. Les ruego me disculpen —prosiguió—. Sólo quería decir que las noticias del exterior nos van a *alcanzar*, y eso, por supuesto, no es ni mucho menos una desgracia. La señora Montague, es decir, mi esposa, estará aquí el sábado.

—Pero ¿cuándo es el sábado? —preguntó Luke—. Será un placer conocer a la señora Montague, por supuesto.

—Pasado mañana —el doctor se quedó pensativo—. Sí —dijo al cabo de un minuto—, creo que pasado mañana es sábado. Sabremos que es sábado, por supuesto —les dijo con un pequeño guiño—, porque la señora Montague estará aquí.

—Espero que no tenga muchas esperanzas de ver cosas extrañas en la noche —dijo Theodora—. Hill House no ha hecho honor a lo que prometía originalmente, me parece a mí. O quizá la señora Montague sea recibida con una salva de fenómenos psíquicos.

—La señora Montague —dijo el doctor— estará perfectamente preparada para recibirlos.

—Me pregunto —le dijo Theodora a Eleanor mientras se alejaban de la mesa del comedor bajo la atenta mirada de la señora Dudley— por qué todo ha estado *tan* tranquilo. Creo que esta espera me pone de los nervios, es casi peor que si sucediera algo.

—No somos nosotras las que esperamos —dijo Eleanor—. Es la casa. Creo que se está tomando su tiempo.

—Esperando a que nos hayamos confiado, quizá, y entonces se nos echará encima súbitamente.

—Me pregunto durante cuánto tiempo será capaz de esperar —Eleanor sintió un escalofrío y empezó a ascender la gran escalera—. Casi me siento tentada de escribirle una carta a mi hermana. Ya sabes: «Lo estoy pasando de *maravilla* en la encantadora y vieja Hill House...».

—«Realmente deberías plantearte traer a toda la familia el verano que viene» —continuó Theodora—. «Dormimos bajo las mantas todas las noches».

—«El aire es muy tonificante, particularmente en el pasillo del primer piso...».

—«Te pasas el día entero contenta de estar viva...».

—«Sucede algo a cada minuto...».

—«La civilización parece algo tan lejano...».

Eleanor rió. Iba por delante de Theodora y había alcanzado el último peldaño de la escalera. El oscuro pasillo estaba ligeramente iluminado aquella tarde porque habían dejado abierta la puerta del jardín de infancia y el sol entraba por las ventanas junto a la torre y acariciaba la tiza y la cinta métrica del doctor, que seguían en el suelo. La luz atravesaba una vidriera de color y se reflejaba sobre el descansillo de la escalera creando fragmentos de azul y naranja y verde sobre la oscura madera del pasillo.

—Me voy a dormir —dijo—. Nunca había sido tan perezosa en mi vida.

—Yo me echaré en la cama a soñar con tranvías —dijo Theodora.

Había pasado a ser un hábito de Eleanor el dudar un momento en la entrada de su habitación, echando un rápido vistazo al interior antes de entrar; se decía a sí misma que lo hacía porque la habitación era tan excesivamente azul que siempre necesitaba un momento para acostumbrarse. Cuando hubo entrado cruzó el cuarto para abrir la ventana, que siempre encontraba cerrada; estaba a mitad de camino cuando oyó la puerta de Theodora abrirse por completo hasta chocar contra la pared y un «¡Eleanor!» ahogado. Moviéndose con rapidez, Eleanor salió al pasillo y corrió hasta la puerta contigua para detenerse, espantada, mirando por encima del hombro de Theodora.

—¿Qué *es*? —musitó.

—¿A ti qué te *parece*? —la voz de Theodora se elevó desmesuradamente—. ¿A ti qué te *parece*, estúpida?

Eso tampoco se lo voy a perdonar, pensó Eleanor con toda claridad en mitad

de todo su desconcierto.

—Parece pintura —dijo dubitativa—. Excepto... —añadió percatándose—. Excepto que huele fatal.

—Es sangre —dijo Theodora convencida. Se agarró a la puerta, balanceándose con ella, incapaz de dejar de mirar—. Sangre —dijo—. Por todas partes. ¿Tú también la ves?

—Por supuesto que la veo. Y no está por *todas* partes. No hace falta que pongas el grito en el cielo —a pesar de que, pensó conscientemente, en realidad Theodora se lo estaba tomando con bastante calma, teniendo en cuenta las circunstancias. Un día de estos, pensó, una de nosotras *sí* que va a echar la cabeza hacia atrás para echarse a aullar, y espero que no sea yo, porque continuamente me estoy mentalizando para evitarlo; *será* Theodora la que... Y a continuación, helada, preguntó—: ¿Eso es otro mensaje en la pared? —y oyó la risa desbocada de Theodora, y pensó, Quizá sí seré yo, después de todo, y no me lo puedo permitir. Debo mantenerme firme, y cerró los ojos y se sorprendió a sí misma recitando en silencio: Oh, quédate y escucha, tu amor verdadero se acerca, capaz de cantar agudo y grave. No avances más, bella viajera, los viajes acaban con el encuentro de los amantes...

—Por supuesto que sí, querida —dijo Theodora—. No sé cómo te las habrás apañado.

El hijo de todo sabio lo sabe.

—Sé razonable —dijo Eleanor—. Llama a Luke. Y al doctor.

—¿Para qué? —preguntó Theodora—. ¿No tenía que ser una sorpresa privada para mí? ¿Un secreto sólo para las dos?

A continuación, liberándose de Eleanor, que intentó impedirle que entrara más en la habitación, corrió hasta el gran armario y abrió la puerta y, desconsolada, empezó a llorar.

—Mi ropa —dijo—. Mi ropa.

Con calma, Eleanor se volvió y fue hasta las escaleras.

—Luke —llamó, inclinándose por encima de la barandilla—. Doctor.

Su voz no fue escandalosa, y había intentado mantenerla neutra, pero oyó el libro del doctor caer al suelo y luego el matraqueo de pasos cuando Luke y él subieron corriendo las escaleras. Eleanor los observó, viendo la aprensión en sus caras, preguntándose con inquietud qué era lo que yacía tan a flor de piel en todos ellos para que cada uno pareciera siempre estar esperando un grito de ayuda por parte de algún otro; en realidad, la inteligencia y el entendimiento no sirven de protección alguna, pensó.

—Es Theo —dijo en cuanto llegaron a lo alto de la escalera—. Está histórica.

Alguien... algo ha echado pintura roja en su habitación y está llorando por su ropa.

No podría haberlo explicado de un modo más justo, pensó, volviéndose para seguirlos. ¿Podría haberlo explicado de un modo más justo?, se preguntó a sí misma, y descubrió que estaba sonriendo.

Theodora seguía sollozando desconsoladamente en su habitación y dándole patadas a la puerta del armario, en una rabieta que podría haber resultado risible de no haber estado sosteniendo su camisa amarilla, arrugada y manchada; el resto de sus ropas habían sido arrancadas de las perchas y yacían pisoteadas y amontonadas por el suelo del armario, todas ellas mancilladas y enrojecidas.

—¿Qué es? —le preguntó Luke al doctor, y el doctor, meneando la cabeza, dijo:

—Juraría que es sangre y, sin embargo, para conseguir tales cantidades, uno casi tendría que... —y entonces se interrumpió abruptamente.

Los cuatro permanecieron en silencio un momento observando el AYUDA ELEANOR VUELVE A CASA ELEANOR escrito con letras rojas y vacilantes en el papel pintado sobre la cama de Theodora.

Esta vez estoy preparada, pensó Eleanor, y dijo:

—Será mejor que la saquen de aquí; llévenla a mi cuarto.

—Mi ropa está destrozada —le dijo Theodora al doctor—. ¿Ha visto mi ropa?

El olor era atroz, y la pintada de la pared había chorreado y salpicado. Había una hilera de gotas que iba desde la pared hasta el armario —quizá eso era lo que había orientado la atención de Theodora en esa dirección en un primer momento— y una gran mancha irregular en el centro de la alfombra verde.

—Es repugnante —dijo Eleanor—. Por favor, lleven a Theo a mi habitación.

Entre Luke y el doctor persuadieron a Theodora para que entrara en el baño y de ahí pasara al dormitorio de Eleanor, y Eleanor, observando la pintura roja (tiene que ser pintura, se dijo en silencio; sencillamente *tiene* que ser pintura; ¿qué otra cosa *podría* ser?), dijo en voz alta: «¿Por qué?», y contempló el mensaje en la pared. Aquí yace una, pensó con donaire, cuyo nombre fue escrito en sangre; ¿es posible que no esté siendo del todo coherente en estos momentos?

—¿Está bien? —preguntó volviéndose hacia el doctor que acababa de regresar a la habitación.

—Lo estará en un par de minutos. Tendremos que alojarla con usted durante unos días, me parece a mí; no me cabe en la cabeza que quiera volver a dormir *aquí* dentro otra vez —el doctor sonrió tenuemente—. Pasará mucho

tiempo, me parece a mí, antes de que vuelva a abrir una puerta completamente a solas.

—Supongo que tendrá que vestirse con mi ropa.

—Supongo que así será, si a usted no le importa —el doctor la miró con curiosidad—. ¿Este mensaje le perturba menos que el anterior?

—Es demasiado ridículo —dijo Eleanor, intentando comprender sus propias sensaciones—. No hago más que mirarlo y preguntarme *por qué*. Quiero decir, es como una broma pesada a la que le faltara el remate; se supone que debería estar *mucho* más asustada de lo que estoy, creo yo, y no lo estoy porque sencillamente es *demasiado* horrible para ser real. Y no hago más que acordarme de Theo con su laca roja... —se le escapó una risita y el doctor la miró con severidad, pero ella continuó—. Igualmente *podría* ser pintura, ¿es que no lo ve? —no puedo dejar de hablar, pensó; ¿y por qué tengo que dar yo explicaciones?—. Quizá no puedo tomármelo en serio —dijo—, después de haber visto a Theo lamentándose por su pobre ropa y acusándome de haber escrito mi nombre en su pared. Quizá me estoy empezando a acostumbrar a que me culpe por todo.

—Nadie la está culpando de nada —dijo el doctor, y Eleanor sintió que acababa de ser reprobada.

—Espero que mi ropa sea lo suficiente buena para ella —dijo con acritud.

El doctor se volvió para observar la habitación; pasó un dedo cauteloso sobre las letras de la pared y movió la camisa amarilla de Theodora con el pie.

—Luego —dijo como ausente—. Mañana, quizá —miró a Eleanor y sonrió—, podré hacer un esbozo exacto de todo esto.

—Puedo ayudarle —dijo Eleanor—. Me revuelve el estómago, pero no me asusta.

—Sí —dijo el doctor—. En cualquier caso, creo que será mejor que cerremos la habitación por ahora; no queremos que Theodora vuelva a manosearlo todo. Luego, más tarde, podré estudiarlo tranquilamente. También —añadió con un destello de diversión— preferiría que la señora Dudley no subiera a limpiar.

Eleanor observó en silencio mientras el doctor echaba la llave a la puerta del pasillo desde el interior del cuarto, y luego entraron en el baño y puso el pestillo a la puerta que conectaba con la habitación verde de Theodora.

—Me ocuparé de traer otra cama —dijo, y a continuación, con cierta incomodidad, añadió—. Has mantenido la cabeza fría, Eleanor; eso es de gran ayuda para mí.

—Ya se lo he dicho, me revuelve el estómago pero no me asusta —contestó, satisfecha, y se volvió hacia Theodora. Theodora estaba echada sobre su

cama, y Eleanor vio con repugnancia que Theodora se había pringado las manos de rojo y que estaba dejando marcas sobre su almohada.

—Mira —dijo con dureza, acercándose a Theodora—, tendrás que usar mi ropa hasta que consigas otra cosa o hayamos lavado las tuyas.

—¿Lavarlas? —Theodora rodó convulsivamente sobre la cama y se tapó los ojos con las manos manchadas—. ¿Lavarlas?

—Por el amor del cielo —dijo Eleanor—, deja que te limpie.

Sin intentar encontrar un motivo, pensó que nunca había sentido un desprecio tan incontrolable por ninguna persona con anterioridad, y entró en el baño y mojó una toalla y regresó para restregar con sequedad las manos y el rostro de Theodora.

—Te has ensuciado toda con esa porquería —dijo, odiando tener que tocar a Theodora.

De repente, Theodora le sonrió.

—De verdad no creo que lo hayas hecho tú —dijo, y Eleanor se volvió para ver que Luke estaba detrás de ella, observándolas—. Qué tonta soy —le dijo Theodora a él, y Luke rió.

—Estarás fantástica con el suéter rojo de Nell —dijo.

Es perversa, pensó Eleanor, pérfida y sucia e inmundada. Llevó la toalla al baño y dejó que se empapara en agua fría; cuando volvió a salir, Luke estaba diciendo:

—... entraremos otra cama; a partir de ahora tendréis que compartir habitación, señoritas.

—Compartir habitación y compartir ropa —dijo Theodora—. Prácticamente vamos a ser gemelas.

—Primas —dijo Eleanor, pero nadie la oyó.

3

—Era costumbre, rigurosamente cumplida —dijo Luke haciendo girar el *brandy* en su copa—, que el verdugo, antes de un descuartizamiento, trazara los cortes con tiza sobre el vientre de su víctima, por temor a fallar, ya me entienden.

Me gustaría golpearla con un palo, pensó Eleanor, observando la cabeza de Theodora apoyada junto a su silla; me gustaría lapidarla a pedradas.

—Un refinamiento exquisito, exquisito. Porque, por supuesto, el tacto de la tiza debía resultar casi insoportable, atroz, particularmente si la víctima tenía cosquillas.

La odio, pensó Eleanor, me pone enferma; mírala bañada y limpia y vistiendo mi suéter rojo.

—Cuando la muerte se provocaba por colgamiento de unas cadenas, sin embargo, el ejecutor...

—¿Nell? —Theodora alzó la mirada hacia ella y sonrió—. Lo siento mucho de verdad, lo sabes, ¿no?

Me gustaría verla morir, pensó Eleanor, y le devolvió la sonrisa y dijo:

—No seas tonta.

—Entre los sufíes está extendida la enseñanza de que el universo nunca ha sido creado y en consecuencia nunca podrá ser destruido. He pasado la tarde —anunció Luke con seriedad— curioseando en nuestra pequeña biblioteca.

El doctor suspiró.

—Nada de ajedrez esta noche, creo yo —le dijo a Luke y éste asintió—. Ha sido un día agotador y creo que sería pertinente que se retiraran temprano, señoritas.

—No hasta que esté bien embotada con *brandy* —dijo Theodora con firmeza.

—El miedo —dijo el doctor— es el abandono de la lógica, el abandono *voluntario* del pensamiento razonable. O nos entregamos a él o lo combatimos, pero en esto no hay medias tintas.

—Antes me estaba preguntando —dijo Eleanor, sintiendo que de algún modo tenía que pedirles disculpas a todos ellos—. He creído estar completamente tranquila, y sin embargo ahora sé que estaba terriblemente asustada —frunció el ceño, desconcertada, y los demás esperaron a que continuara—. Cuando *estoy* asustada, puedo ver perfectamente el lado sensato, hermoso y ajeno al miedo; puedo ver sillas y mesas y ventanas que permanecen inmutables, sin verse afectadas en lo más mínimo, y puedo ver cosas como la textura cuidadosamente tejida de la alfombra, perfectamente inmóvil. Pero cuando estoy asustada dejo de existir en relación a todas esas cosas. Supongo que porque las cosas *no* tienen miedo.

—Yo creo que sólo nos asustamos de nosotros mismos —dijo el doctor lentamente.

—No —dijo Luke—. De vernos a nosotros mismos con total claridad y sin disfraz.

—De saber lo que realmente queremos —dijo Theodora. Apoyó su mejilla

contra la mano de Eleanor y Eleanor, asqueada ante su contacto, retiró la mano rápidamente.

—A mí siempre me da miedo estar sola —dijo Eleanor y se preguntó, ¿soy *yo* la que habla así? ¿Estoy diciendo algo de lo que me arrepentiré amargamente mañana? ¿Estoy creando más culpa para mí?—. Esas letras estaban formando *mi* nombre, y ninguno de ustedes sabe lo que se siente ante eso... resulta tan *familiar* —e hizo un gesto en dirección a ellos, casi de súplica—. Intenten *comprenderlo* —dijo—. Es mi querido nombre, y me pertenece, y algo lo está utilizando y escribiéndolo y llamándome por mi *nombre* ... —se interrumpió y añadió, mirándolos consecutivamente, incluso bajando la mirada hacia Theodora, que la observaba desde el suelo—. Miren, sólo existe una yo, y es todo lo que tengo. *Odio* ver cómo me disuelvo y me deshago y me separo hasta vivir en sólo una mitad, mi mente, y luego veo la otra mitad indefensa y frenética y asustada y no puedo impedirlo, pero sé que en realidad no voy a sufrir daño alguno y sin embargo el tiempo se prolonga tanto que hasta un segundo perdura y perdura y podría soportarlo todo si tan sólo fuera capaz de entregarme...

—¿*Entregarse*? —dijo el doctor con severidad y Eleanor se sobresaltó.

—¿Entregarte? —repitió Luke.

—No sé —dijo Eleanor, perpleja. Sólo estaba pensando en voz alta, se dijo a sí misma, estaba diciendo algo... ¿qué es lo que estaba diciendo?

—Ya ha hecho esto mismo antes —le dijo Luke al doctor.

—Lo sé —dijo el doctor con preocupación, y Eleanor pudo sentir que todos la estaban observando.

—Lo siento —dijo—. ¿He dicho alguna tontería? Es probable, estoy muy cansada.

—En absoluto —dijo el doctor, todavía muy serio—. Bébase su *brandy*.

—¿*Brandy*? —y Eleanor bajó la mirada y se dio cuenta de que tenía una copa de *brandy* en la mano—. ¿Qué es lo que he *dicho*? —les preguntó.

Theodora ahogó una risita.

—Bebe —dijo—. Lo necesitas, querida Nell.

Obedientemente, Eleanor le dio un sorbito a su *brandy*, notando con toda claridad su intensa quemazón, y a continuación le dijo al doctor:

—Debo haber dicho algo realmente tonto, a juzgar por cómo me están mirando todos.

El doctor rió.

—Deje de intentar ser el centro de atención.

—Qué vanidad —dijo Luke con serenidad.

—Siempre tiene que estar entre candilejas —dijo Theodora, y los tres sonrieron con cariño, observando a Eleanor.

4

Sentadas en sus respectivas camas, una junto a la otra, Eleanor y Theodora alargaron los brazos sobre el vacío para cogerse fuertemente de la mano; la habitación estaba brutalmente fría y espesamente oscura. De la habitación contigua, la habitación que hasta aquella mañana había sido el dormitorio de Theodora, surgió el murmullo de una voz balbuceando, demasiado suave como para entender las palabras, demasiado continua como para descartarla. Agarrándose de la mano con tanta fuerza que podían sentirse los huesos, Eleanor y Theodora escucharon, y el sonido suave y constante continuó sin parar, elevándose enfáticamente la voz de vez en cuando en alguna palabra amortiguada, reduciéndose en ocasiones a poco más que un hálito, continuando sin parar. Entonces, sin previo aviso, se oyó una risita, una risita borboteante que interrumpió el balbuceo y que se elevó hasta convertirse en carcajada, cada vez más y más aguda, hasta que se interrumpió repentinamente con un grito sofocado de dolor y la voz prosiguió.

El apretón de Theodora se relajó y volvió a tensarse, y Eleanor, adormecida momentáneamente por los sonidos, se sobresaltó y miró hacia el lugar en el que debería estar Theodora en mitad de la oscuridad, y entonces pensó con pánico, ¿por qué está oscuro? ¿*Por qué está oscuro*? Rodó sobre sí misma y agarró la mano de Theodora con las dos suyas e intentó hablar y fue incapaz de hacerlo, y siguió agarrada, ciegamente, congelada, intentando hacer que su mente volviera a ponerse en pie, intentando volver a razonar. Hemos dejado la luz encendida, se dijo a sí misma, así que, ¿por qué estamos a oscuras? Theodora intentó susurrar, y su boca fue incapaz de moverse; Theodora intentó preguntar, ¿por qué estamos a oscuras? Y la voz prosiguió su charloteo, suave y constante, un sonido líquido y jactancioso. Pensó que podría ser capaz de distinguir las palabras si se quedaba perfectamente inmóvil, si se quedaba perfectamente inmóvil, y escuchaba, y escuchó, y oyó la voz que continuaba sin parar, incesante, y se agarró desesperada a la mano de Theodora y notó en su mano un peso que la respondía.

Entonces regresó la risilla borboteante y el grito de locura que ahogaba la voz, y entonces de repente se hizo el silencio más absoluto. Eleanor respiró hondo, preguntándose si sería capaz de hablar ahora, y entonces oyó un lloro que le partió el corazón, un lloro discreto e infinitamente triste, un dulce gemido de tristeza indescriptible. Es una *niña*, pensó con incredulidad, hay una niña llorando en alguna parte, y entonces, al pensar aquello, surgió la voz chillona y desbocada que nunca había oído con anterioridad, y que sin embargo sabía que había oído siempre en sus pesadillas. «¡Márchate!»,

gritaba. «Márchate, márchate, no me hagas daño». Y después, sollozando: «Por favor, no me hagas daño. Por favor, déjame volver a casa», y a continuación otra vez el lloro triste y desconsolado.

No puedo soportarlo, pensó Eleanor con concreción. Esto es monstruoso, es una crueldad, han estado haciendo daño a una niña y no permitiré que nadie dañe a una niña, y el parloteo prosiguió, suave y constante, continuó y continuó sin parar, la voz alzándose un poco y cayendo un poco, continuando y continuando sin parar.

Ya está bien, pensó Eleanor, percibiendo que estaba acostada de lado en la cama en la más completa oscuridad, agarrando con ambas manos la mano de Theodora, agarrándola tan fuerte que era capaz de notar los huesos de los dedos de Theodora, ya está bien, no pienso seguir soportando esto. Creen que pueden asustarme. Bueno, lo han conseguido. Estoy asustada, pero por encima de todo soy una persona, soy un ser humano, soy un ser humano que piensa y razona y puedo soportar muchas cosas de esta casa lunática y hedionda pero no pienso admitir que nadie haga daño a una niña, no, no lo haré; por Dios que voy a hacer que mi boca se abra ahora mismo y voy a gritar voy a gritar voy a gritar «BASTA», gritó, y las luces lucían tal y como las habían dejado y Theodora estaba sentada en su cama, sobresaltada y despeinada.

—¿Qué? —estaba diciendo Theodora—. ¿Qué, Nell? ¿Qué?

—Dios Dios —dijo Eleanor, arrojándose de la cama y atravesando la habitación para refugiarse temblando en un rincón—. Dios Dios. —¿De quién era la mano que estaba agarrando?

Estoy aprendiendo los senderos del amor, pensó Eleanor bastante en serio, y a continuación se preguntó qué podría haber querido decir pensando semejante cosa. Era por la tarde y estaba sentada al sol en los escalones de la glorietta junto a Luke; estos son los silenciosos senderos del amor, pensó. Sabía que estaba pálida, todavía agitada, y que tenía ojeras oscuras, pero el sol era cálido y las hojas se movían amablemente sobre su cabeza, y Luke a su lado se apoyaba perezosamente sobre un escalón.

—Luke —preguntó lentamente, por temor al ridículo—, ¿por qué quiere conversar la gente? Quiero decir, ¿cuáles son las cosas que quiere averiguar siempre la gente sobre otras personas?

—¿Qué quieres saber sobre mí, por ejemplo? —rió él. Y ella pensó, ¿por qué no preguntar qué es lo que *él* quiere saber sobre *mí*? es extremadamente vanidoso. Y rió a su vez y dijo:

—¿Qué puedo *llegar* a saber de ti, más allá de lo que ya veo?

Ver era el menor de los verbos que podría haber escogido, pero el más seguro. Cuéntame algo que sólo yo vaya a saber, era quizá lo que quería pedirle, o Qué me darás para que te recuerde, o, incluso, Nunca he poseído nada que no tuviera la menor importancia; ¿puedes ayudarme? Entonces se preguntó si había sido boba, o atrevida. Sus pensamientos la sorprendían, pero él se limitó a contemplar la hoja que sostenía entre las manos y arrugó un poco el entrecejo, como alguien completamente entregado a un problema absorbente.

Siempre intenta buscar las palabras adecuadas para causar la mejor impresión posible, pensó Eleanor, y sabré en qué consideración me tiene a tenor de lo que responda; ¿cómo está deseando aparecer ante mí? ¿Cree que me contentaré con algún pequeño misticismo, o se esforzará en parecer único? ¿Va a ser galante? Eso sería humillante, porque entonces demostraría que sabe que la galantería me conquista; ¿será misterioso? ¿Demente? ¿Y cómo recibiré yo lo que ya considero una confidencia, incluso aunque no sea cierta? Ojalá Luke me aprecie en lo que valgo, pensó, o por lo menos que no vea yo la diferencia. Permite que sea sabio o permíteme a mí ser ciega; no me dejes, deseó con concreción, no me dejes saber con total seguridad lo que piensa de mí.

Entonces él la miró rápidamente y sonrió lo que ella empezaba a conocer como su sonrisa de autodesdén; ¿acaso Theodora, se preguntó, y fue una idea

recibida con desagrado, acaso Theodora le conocía igual de bien?

—Nunca tuve madre —dijo, y la conmoción fue enorme.

¿Eso es todo lo que piensa de mí? ¿Eso es lo que cree que quiero oírle decir? ¿Convertiré esto en una confidencia, haciéndome digna de confidencias mayores? ¿Qué debo hacer, suspirar? ¿Murmurar? ¿Marcharme?

—Nadie me ha querido jamás por ser suyo —siguió Luke—. Imagino que puedes entenderlo.

No, pensó ella, no me vas a coger con algo tan barato; no entiendo las palabras y no las aceptaré a cambio de mis sentimientos; este hombre es un loro. Le diré que nunca podría comprender algo semejante, esa autoconmiseración lacrimógena no me conmueve el corazón; no me pondré en ridículo animándole a que se burle de mí.

—Lo entiendo, sí —dijo.

—Pensé que lo harías —dijo él, y a ella le entraron ganas de darle una bofetada—. Creo que eres una persona estupenda, Nell —dijo Luke, y luego lo estropeó añadiendo—, generosa y sincera. Más adelante, cuando vuelvas a casa...

Su voz se fue apagando, y ella pensó, O está empezando a contarme algo extremadamente importante o sencillamente está matando el tiempo hasta que esta conversación pueda darse por zanjada con elegancia. Él no hablaría de este modo sin un motivo; nunca se entrega voluntariamente. ¿Acaso piensa que un gesto humano de afecto podría seducirme hasta el punto de que me arrojara como una loca sobre él? ¿Le da miedo que no sepa comportarme como una dama? ¿Qué sabrá él sobre mí, sobre lo que pienso y lo que siento; acaso siente lástima por mí?

—Los viajes acaban con el encuentro de los amantes —dijo.

—Sí —dijo él—. Como ya te he dicho, nunca tuve madre. Ahora descubro que todo el mundo ha tenido cosas de las que yo he carecido —le dedicó una sonrisa—. Soy un completo egoísta —dijo atribulado— y siempre espero que alguien me diga que me comporte, que alguien se responsabilice de mí y me obligue a actuar como un adulto.

Efectivamente, es un completo egoísta, pensó ella con cierta sorpresa, el único hombre con el que me he sentado a hablar a solas, y hace que me impaciente; sencillamente, no es demasiado interesante.

—¿Y por qué no maduras tú solo? —le dijo, y se preguntó cuántas personas (cuántas mujeres) le habrían hecho ya la misma pregunta.

—Eres lista —¿y cuántas veces habría contestado él lo mismo?

Esta conversación debe ser principalmente instintiva, pensó Eleanor

divertida, y dijo con amabilidad:

—Debes de ser una persona muy solitaria —lo único que quiero es ser amada, pensó, y aquí estoy hablando de trivialidades con un egoísta—. Realmente debes de serlo.

Él le tocó la mano y volvió a sonreír:

—Tú tuviste mucha suerte —le dijo—. Tú tuviste una madre.

2

—Lo he encontrado en la biblioteca —dijo Luke—. Juro que lo he encontrado en la biblioteca.

—Increíble —dijo el doctor.

—Miren —dijo Luke. Colocó el gran libro sobre la mesa y lo abrió por la primera página—. Lo hizo él mismo, miren, el título está escrito con tinta: MEMORIAS, *para SOPHIA ANNE LESTER CRAIN; Un legado para su educación e ilustración durante el curso de su vida de parte de su afecto y devoto padre*, HUGH DESMOND LESTER CRAIN; *veintiuno de junio*, 1881.

Se arremolinaron alrededor de la mesa, Theodora y Eleanor y el doctor, mientras Luke levantaba y giraba la primera gran página del libro.

—Vean —dijo Luke—, quería que su hija pequeña aprendiera la humildad. Evidentemente recortó una serie de libros antiguos para crear este álbum, porque me parece reconocer varias de las ilustraciones, y todas están pegadas con cola.

—La vanidad de la realización humana —dijo el doctor con tristeza—. Piensen en la de libros que destrozó Hugh Crain para confeccionar éste. Miren, aquí tenemos un grabado de Goya; que cosa tan terrible para una niña pequeña como objeto de meditación.

—Debajo de este espantoso dibujo —dijo Luke—, escribió lo siguiente: «Honra a tu padre y a tu madre, Hija, autores de tu ser, sobre los que ha caído la pesada carga de conducir a su vástago en inocencia y rectitud por el temeroso y estrecho sendero de la felicidad eterna, y presentarla finalmente ante su Dios como un alma pía y virtuosa; reflexiona, Hija, sobre la gloria del Cielo ante la ascensión de las almas de estas pequeñas criaturas, liberadas antes de haber aprendido lo que es el pecado o la infidelidad, y considera tu incesante deber permanecer tan pura como ellas».

—Pobre niña —dijo Eleanor y dejó escapar un jadeo cuando Luke giró la página; la segunda lección moral de Hugh Crain derivaba de una lámina a color de un pozo de serpientes, y serpientes vivamente pintadas se arrastraban y retorcían por toda la página, sobre el mensaje, pulcramente

impreso y vetado de oro: «La maldición eterna es el destino de la humanidad; ni las lágrimas ni la reparación pueden prevenir la herencia de pecado del hombre. Hija, mantente alejada de este mundo, que sus lujurias y sus ingratitudes no te corrompan; Hija, presérvate».

—A continuación va el infierno —dijo Luke—. No miren si son aprensivos.

—Creo que me saltaré el infierno —dijo Eleanor—. Pero léamelo.

—Muy inteligente por su parte —dijo el doctor—. Es una ilustración de Foxe; una de las muertes menos atractivas, o eso me ha parecido a mí siempre, aunque ¿quién puede comprender las manías de los mártires?

—Fíjese en esto —dijo Luke—. Quemó una esquina de la página y esto es lo que escribió: «Hija, si pudieras oír aunque sólo fuera durante un momento la agonía, los gritos, los espantosos lloros de arrepentimiento, de esas pobres almas condenadas a la llama eterna. ¡Si pudieran tus ojos abrasarse, por un solo instante, ante el rojo resplandor del baldío siempre ardiente! ¡Ay, pobres desgraciados, de dolor imperecedero! Hija, tu padre ha tocado en este momento la esquina de esta página con su vela, y ha visto el frágil papel rizarse y consumirse ante la llama; considera, Hija, que el calor de esta vela es a los eternos fuegos del Infierno lo que un grano de arena a la amplitud del desierto, y tal y como este papel arde ante su diminuta llama, de igual modo arderá tu alma por toda la eternidad en un fuego mil veces más intenso».

—Seguro que se lo leía todas las noches antes de acostarla —dijo Theodora.

—Esperen —dijo Luke—, aún no han visto el Cielo, hasta tú puedes ver éste, Nell. Es Blake, y es un tanto severo, a mi entender, pero evidentemente es mejor que el Infierno. Escuchen: «¡Santo, santo, santo! A la luz pura del cielo los ángeles loan eternamente al Señor. Hija, Aquí es donde yo te buscaré».

—Qué labor de amor —dijo el doctor—. Horas y horas sólo para planearlo, y la caligrafía, tan exquisita, y la tinta dorada...

—Ahora van los siete pecados capitales —dijo Luke—, creo que el viejo hizo personalmente las ilustraciones.

—Realmente se volcó en la gula —dijo Theodora—. No estoy segura de volver a tener hambre jamás.

—Espera a ver la lujuria —le dijo Luke—. Ahí sí que se superó a sí mismo.

—Francamente, no me apetece seguir viendo nada más —dijo Theodora—. Me sentaré aquí con Nell; si encuentras algún precepto moral particularmente edificante que te parezca que me vaya a hacer bien, puedes leerlo en voz alta.

—*Aquí* está la lujuria —dijo Luke—. ¿Alguna vez fue una mujer cortejada de esta guisa?

—Por el amor de Dios —dijo el doctor—. Por el amor de Dios.

—*Debe* de haberlo dibujado él mismo —dijo Luke.

—¿Para una *niña* ? —el doctor estaba escandalizado.

—Su propio álbum de recortes. Fíjese en el Orgullo, la viva imagen de aquí nuestra Nell.

—¿Qué? —dijo Eleanor levantándose.

—Es una broma —dijo el doctor, conciliador—. No se acerque a mirar, querida; sólo está bromeando.

—Y ahora la pereza —dijo Luke.

—La envidia —dijo el doctor—. ¿Cómo se iba a atrever a transgredir la pobre niña...?

—La última página es la mejor de todas, me parece a mí. Esto, señoritas, es la sangre de Hugh Crain. Nell, ¿quieres ver la sangre de Hugh Crain?

—No, gracias.

—¿Theo? ¿No? Insisto, en cualquier caso, por el bien de vuestras conciencias, en leeros lo que Hugh Crain tiene que decir como colofón a su libro: «Hija; los pactos sagrados se firman con sangre, y yo he extraído de mi propia muñeca el fluido vital con el que aquí te ato. Vive virtuosamente, sé mansa, ten fe en tu Redentor y en mí, tu padre, y te juro que volveremos a reunirnos en el más allá en felicidad eterna. Acepta estos preceptos de tu devoto padre, que con humildad de espíritu ha realizado este libro. Ojalá sirva bien a su propósito, mi débil esfuerzo, y preserve a mi Hija de las trampas de este mundo y la conduzca sana y salva hasta los brazos de su padre en el Cielo». Y la firma: «De tu siempre amoroso padre, en este mundo y en el otro, autor de tu ser y guardián de tu virtud; con el amor más puro, Hugh Crain».

Theodora sintió un escalofrío.

—Cómo debió disfrutarlo —dijo—, firmando con su propia sangre; puedo verle muriéndose de la risa.

—No es sano, no es un trabajo sano ni mucho menos —dijo el doctor.

—Pero ella debió ser muy pequeña cuando su padre abandonó la casa —dijo Eleanor—. Me pregunto si alguna vez llegaría a leerse.

—Yo estoy segura de que sí, inclinado sobre su cuna y escupiendo las palabras para que arraigaran en su pequeño cerebro. Hugh Crain —dijo Theodora—, eras un viejo inmundo y construiste una casa inmunda, y si todavía puedes oírme estés donde estés quiero decirte a la cara que espero de todo corazón que pases la eternidad en ese horrible dibujo y que nunca dejes de arder ni por un minuto.

Theodora hizo un vehemente gesto de desprecio hacia toda la habitación y durante un minuto, todavía recordando, todos permanecieron en silencio, como esperando una respuesta, y entonces los rescoldos en la chimenea cayeron con un pequeño estallido y el doctor observó su reloj y Luke se levantó.

—El sol está sobre el penol —dijo el doctor con alegría.

3

Theodora se acurrucó junto al fuego, alzando maliciosamente la mirada hacia Eleanor; en el otro extremo de la habitación, las piezas de ajedrez se movían con suavidad sobre el tablero, produciendo pequeños ruidos de roce, y Theodora habló suavemente, atormentadora.

—¿Le llevarás a tu pequeño apartamento, Nell, y le invitarás a beber en tu taza de estrellas?

Eleanor enterró la mirada en el fuego, sin dignarse a responder. Qué tonta he sido, pensó, he sido una estúpida.

—¿Habrá espacio de sobra para dos? ¿Iría si tú se lo pidieras?

Nada podría ser peor que esto, pensó Eleanor; he sido una estúpida.

—Quizá lo que más anhele sea una casa diminuta, algo más pequeño que Hill House, por supuesto; quizá se vaya a casa contigo.

Una estúpida, una estúpida de remate.

—Tus cortinas blancas... tus pequeños leones de piedra...

Eleanor bajó la mirada hacia ella, casi con dulzura.

—Pero *tenía* que venir —dijo, y se levantó volviéndose ciegamente para marcharse, sin oír las voces alteradas a sus espaldas, sin ver adónde se dirigía ni cómo; de algún modo fue a topar con la gran puerta de entrada y salió a la noche suave y cálida—. *Tenía* que venir —le dijo al mundo exterior.

El miedo y la culpa son hermanas; Theodora le dio alcance en el jardín. En silencio, enfadadas, dolidas, dejaron Hill House mano a mano, caminando juntas, cada una de ellas sintiéndolo por la otra. Una persona enfadada, o alegre, o aterrorizada, o celosa, llegará tozudamente hasta extremos de conducta imposibles en cualquier otro momento; ni Eleanor ni Theodora reflexionaron por un instante que era imprudente por su parte alejarse de Hill House una vez caída la noche. Cada una de ellas estaba tan inmersa en su propio despecho que una huida en la oscuridad era vital y, abrigándose con esa capa ajustada, vulnerable, imposible, que es la furia, salieron juntas de

estampida, cada una de ellas dolorosamente consciente de la presencia de la otra, cada una de ellas decidida a ser la última en hablar.

Eleanor fue la primera, al fin; se había hecho daño en el pie al golpearse contra una piedra e intentó ser demasiado orgullosa como para prestarle atención, pero al cabo de un minuto, con el pie dolorido, dijo, en una voz tensa por el intento de sonar equilibrada:

—No consigo entender por qué crees que tienes el más mínimo derecho a interferir en mis asuntos —su lenguaje era formal para prevenir una oleada de recriminaciones o de reproches inmerecidos (¿acaso no eran extrañas?, ¿primas?)—. Estoy convencida de que nada de lo que haga tiene interés para ti.

—Exacto —dijo Theodora ferozmente—. Nada de lo que hagas me interesa en lo más mínimo.

Estamos caminando a dos lados de la misma valla, dijo Eleanor, pero yo también tengo derecho a vivir, y he desperdiciado una hora con Luke junto a la glorieta intentando demostrarlo.

—Me he hecho daño en el pie —dijo.

—Lo siento —Theodora sonó genuinamente apenada—. Sabes que es un bruto —dudó—. Un libertino —dijo al final con una nota de diversión.

—Estoy segura de que me da exactamente igual lo que él *sea* —y a continuación, porque eran mujeres riñendo—. Como si a ti te *importara*, en cualquier caso.

—No debería permitírsele salirse con la suya —dijo Theodora.

—¿Salirse con *qué*? —preguntó Eleanor melindrosamente.

—Te estás poniendo en ridículo —dijo Theodora.

—Supón que no fuera así. Te sentaría fatal acabar equivocándote en esta ocasión, ¿verdad?

La voz de Theodora sonó cansada, cínica:

—Si me equivoco —dijo—, te daré mi bendición de todo corazón. Por boba que seas.

—Qué otra cosa podrías decir.

Estaban siguiendo el sendero hacia el arroyo. En la oscuridad, sus pies sentían que estaban caminando cuesta abajo, y cada una de ellas, en privado y perversamente, acusó a la otra de tomar deliberadamente un camino que en otra ocasión habían seguido felizmente juntas.

—En cualquier caso —dijo Eleanor en un tono razonable—, a ti te da igual, pase lo que pase. ¿Por qué debería importarte si me pongo en ridículo o no?

Theodora guardó silencio durante un minuto, caminando entre tinieblas, y Eleanor se sintió absurda y repentinamente convencida de que Theodora le había extendido una mano, invisible.

—Theo —dijo Eleanor con incomodidad—. No se me da bien hablar con la gente y decir cosas.

Theodora rió.

—¿Y *qué* es lo que se te da bien? —preguntó—. ¿Salir corriendo?

Nada irrevocable se había dicho todavía, pero sólo les quedaba el margen de seguridad más ínfimo; cada una de ellas se movía delicadamente por los arrabales de una pregunta abierta, una pregunta —como por ejemplo «¿me amas?»— que una vez pronunciada nunca podría ser respondida ni olvidada. Siguieron caminando lentamente, meditando, haciendo cábalas, y el sendero se inclinaba bajo sus pies y ellas lo seguían; una vez terminados los amagos y las dudas, sólo podían esperar pasivamente una resolución. Cada una de ellas sabía, casi al dedillo, lo que la otra estaba pensando y quería decir; cada una de ellas casi lloraba por la otra. Percibieron al mismo tiempo el cambio en el sendero y cada una de ellas supo que la otra también se había percatado; Theodora agarró a Eleanor del brazo y, temerosas de detenerse, continuaron avanzando lentamente, apretadas la una contra la otra, y frente a ellas el sendero se ensanchó y se ennegreció y se curvó.

Eleanor recuperó el aliento y apretó la mano de Theodora sobre la suya, avisándola de que guardara silencio. A ambos lados los árboles, silenciosos, renunciaron al color oscuro que habían mostrado hasta entonces, palidieron, se volvieron transparentes y se recortaron blancos y fantasmales frente al cielo negro. La hierba era incolora, el sendero ancho y negro; no había nada más. A Eleanor le castañeteaban los dientes, y la náusea provocada por el miedo casi la dobló; su brazo temblaba bajo la mano de Theodora, ahora casi un garfio, y sintió cada lento paso como un acto de voluntad, una insistencia alocada y precisa en colocar un pie delante del otro como la única opción cuerda. Los ojos le dolían con lágrimas contra la aullante negrura del sendero y la temblorosa blancura de los árboles, y pensó, con un retrato claro e inteligible de las palabras en su mente, ardiendo, Ahora sí que tengo miedo.

Avanzaron, con el sendero desplegándose frente a ellas, los blancos árboles inmutables a ambos lados y, por encima de todo, el cielo negro espeso y eterno sobre sus cabezas; sus pies desprendían una luz trémula y blanquecina cada vez que tocaban el sendero; la mano de Theodora era pálida y luminosa. Frente a ellas el sendero se curvaba hasta perderse de vista y siguieron caminando lentamente, moviendo los pies con precisión porque era el único acto físico posible para ellas, la única cosa que les impedía hundirse en la terrible negrura y blancura y en el luminoso destello maligno. Ahora sí que tengo miedo, pensó Eleanor con palabras de fuego; remotamente, podía sentir

aún la mano de Theodora en su brazo, pero Theodora estaba lejos, encerrada aparte; hacía un frío acerbo, sin ningún rastro de calidez humana. Ahora sí que tengo miedo, pensó Eleanor, y puso un pie delante del otro, temblando cada vez que tocaba el sendero, temblando ante el frío despiadado.

El sendero se desplegó; quizá las estaba llevando a alguna parte, premeditadamente, ya que ninguna de las dos podía salirse de él y penetrar voluntariamente en la aniquilación de blancura que era la hierba a ambos lados. El sendero hizo una curva, negro y resplandeciente, y ellas lo siguieron. La mano de Theodora se apretó aún más y Eleanor dejó escapar un pequeño sollozo. ¿Se había movido algo, más adelante, algo más blanco que los blancos árboles, haciéndoles señas? ¿Haciéndoles señas, fundiéndose entre los árboles, observando? ¿Había movimiento a sus espaldas, imperceptible en la noche silenciosa; las acompañaban otras pisadas invisibles sobre la blanca hierba? ¿Dónde estaban?

El sendero las condujo hasta su destino y murió bajo sus pies. Eleanor y Theodora vieron un jardín, cegadas por la luz del sol y la riqueza del colorido; increíblemente, alguien estaba celebrando un picnic sobre la hierba del jardín. Oyeron unas risas infantiles y las voces divertidas y afectuosas de la madre y el padre; la hierba era espesa y lujuriosamente verde, las flores eran de color rojo y naranja y amarillo, el cielo era azul y dorado, y una niña llevaba puesta una blusa escarlata y volvió a reír con alegría, persiguiendo a trompicones a un perrito sobre la hierba. Habían extendido un mantel de cuadros en el suelo y la madre, sonriendo, se inclinó para coger un colorido plato de fruta; entonces Theodora gritó.

—¡No mires atrás! —chilló con la voz deformada por el miedo—. ¡No mires atrás! ¡No mires...! ¡Corre!

Corriendo, sin saber por qué corría, Eleanor pensó que iba a enredarse los pies en el mantel de cuadros; le daba miedo tropezar con el cachorrillo; pero al atravesar corriendo el jardín no encontró nada salvo malas hierbas creciendo negramente en mitad de la oscuridad, y Theodora, gritando todavía, pisoteó los arbustos en los que había habido flores y tropezó, sollozando, con unas piedras medio enterradas que podrían haber sido una taza rota. Y entonces se encontraron golpeando y arañando desafortadamente el muro de piedras blancas sobre el que crecían negras las enredaderas, gritando y rogando que las dejaran salir, hasta que una puerta de hierro oxidado cedió y salieron corriendo, llorando y boqueando y de algún modo cogidas de la mano, por el jardín de la cocina de Hill House, y entraron estrepitosamente por una de las puertas de la cocina para encontrarse a Luke y al doctor acudir corriendo hacia ellas.

—¿Qué ha pasado? —dijo Luke, agarrando a Theodora—. ¿Estáis bien?

—Casi nos hemos vuelto locos —dijo el doctor, agotado—. Llevamos horas buscándolas.

—Era un picnic —dijo Eleanor. Se había derrumbado sobre una silla de la cocina y bajó la mirada hacia sus manos, arañadas y sangrantes y temblorosas sin ella saberlo—. Intentamos salir —les dijo extendiendo las manos para que

las vieran—. Era un pícnic. Las niñas...

Theodora rió en un lamento continuo, riendo sin parar y sin alegría, y en mitad de su risa dijo:

—He mirado hacia atrás... Se me ha ocurrido mirar hacia atrás...

Y siguió riendo.

—Las niñas... y un cachorro...

»Eleanor —Theodora se volvió violentamente y apoyó su cabeza en Eleanor—. Eleanor —dijo—. Eleanor.

Y, abrazando a Theodora, Eleanor alzó la mirada hacia Luke y el doctor y notó la habitación girar sobre sí misma, y el tiempo, tal y como siempre había conocido el tiempo, se detuvo.

1

La tarde del día que esperaban la llegada de la señora Montague, Eleanor subió sola a las colinas que se alzaban sobre Hill House, sin intención de llegar a ningún sitio en particular, sin ni siquiera preocuparle adónde se dirigía ni cómo, queriendo únicamente estar a solas y lejos del pesado y oscuro maderamen de la casa. Encontró un pequeño rincón en el que la hierba era suave y estaba seca y se tumbó sobre ella, pensando cuántos años habían pasado desde la última vez que se había recostado sobre la hierba para estar a solas y pensar. A su alrededor, los árboles y las flores silvestres, con ese aire extrañamente cortés de las cosas naturales, interrumpieron de repente sus acuciantes preocupaciones de crecer y morir, se volvieron hacia ella con atención, como si, aun a pesar de lo apagada y poco perceptiva que era, fuera necesario para ellos mostrarse amables con una creación tan desgraciada como para no tener raíces que la unieran a la tierra, obligada a vagar de un lugar a otro, descorazonadamente móvil. Perezosamente, Eleanor cogió una margarita silvestre que murió entre sus dedos y, tumbada sobre la hierba, contempló su rostro moribundo. No había nada en su mente más allá de una desbordante felicidad. Deshojó la margarita y se preguntó, sonriendo para sí misma, ¿qué voy a hacer? ¿Qué *voy* a hacer?

2

—Deja las maletas en el recibidor, Arthur —dijo la señora Montague—. ¿Te parece mucho pedir que hubiera aquí alguien para ayudarnos con esta puerta? Desde luego *tendrán* que buscar a alguien para que suba las maletas. ¿John? ¿John?

—Querida, querida —el doctor Montague salió apresuradamente al recibidor, con la servilleta todavía entre las manos y besó obedientemente a su esposa en la mejilla que ella le presentó—. Qué bien que hayas llegado; ya pensábamos que no venías.

—*Dije* que estaría hoy aquí, ¿no? ¿Alguna vez he *dejado* de ir a un sitio cuando he dicho que lo haría? Me he traído a Arthur.

—Arthur —dijo el doctor sin entusiasmo.

—Bueno, *alguien* tenía que conducir —dijo la señora Montague—. ¿O es que esperabas que condujera yo sola todo el camino hasta aquí? Porque sabes

perfectamente que enseguida me canso. ¿Qué tal están?

El doctor se volvió sonriendo hacia Eleanor y Theodora, y Luke detrás de ellas, que se habían apelotonado con incertidumbre junto a la puerta.

—Querida —dijo—, estos son mis amigos, que me han estado acompañando estos últimos días en Hill House. Theodora. Eleanor Vance. Luke Sanderson.

Theodora y Eleanor y Luke murmuraron educadamente y la señora Montague asintió y dijo:

—Veo que no te has molestado en esperarnos a cenar.

—Pensábamos que ya no vendrías.

—Creo haberte dicho que estaría hoy aquí. Por supuesto, es *perfectamente* posible que esté equivocada, pero *yo* recuerdo haber dicho que estaría hoy aquí. Este caballero es Arthur Parker; me ha traído hasta aquí porque me disgusta conducir sola. Arthur, estos son los amigos de John. Estoy segura de que pronto me habré aprendido todos sus nombres. ¿Puede alguien encargarse de nuestras maletas?

El doctor y Luke se acercaron, murmurando, y la señora Montague prosiguió:

—Me alojaré en la habitación más encantada, por supuesto. Arthur puede dormir donde sea. Esa maleta azul es la mía, joven, y también el pequeño maletín; llévelos a la habitación más encantada.

—El jardín de infancia, supongo —dijo el doctor Montague cuando Luke le miró inquisitivamente—. Creo que el jardín de infancia es un foco de perturbaciones —le dijo a su esposa, y ésta suspiró con irritación.

—Me parece a mí que podrías ser algo más metódico —dijo—. Llevas aquí casi una semana y seguro que no habrás hecho *nada* con *planchette*. ¿Escritura automática? Y supongo además que ninguna de estas jóvenes tendrá dotes de médium. Esas bolsas de ahí son las de Arthur. Se ha traído los palos de golf, por si acaso.

—¿Por si acaso qué? —preguntó Theodora inexpresivamente y la señora Montague se volvió para observarla con frialdad.

—Por favor, no dejen que interrumpa su cena —dijo finalmente.

—Decididamente hay una zona fría justo frente a la puerta del jardín de infancia —le dijo el doctor a su esposa, esperanzado.

—Sí, querido, eso está muy bien. ¿No va a subir este joven las bolsas de Arthur al primer piso? Pareces tenerlo todo en cierto estado de confusión, ¿verdad? Después de casi una semana pensaba que tendrías las cosas en cierto orden. ¿Se ha materializado alguna figura?

—Ha habido ciertas manifestaciones...

—Bueno, ahora que estoy aquí empezaremos a hacer las cosas bien. ¿Dónde puede aparcar Arthur el coche?

—Hay un establo vacío en la parte trasera de la casa, donde hemos guardado los demás coches. Puede llevarlo allí por la mañana.

—Tonterías. Como sabes perfectamente, John, no creo en demorar las cosas. Arthur tendrá mucho que hacer mañana por la mañana como para además añadir las tareas de esta noche. Debe mover el coche de inmediato.

—Afuera está oscuro —dijo el doctor dubitativamente.

—John, me asombra. ¿Es que acaso crees que *no sé* que cuando anochece oscurece? El coche tiene faros, John, y este joven puede acompañar a Arthur para mostrarle el camino.

—Gracias —dijo Luke austeramente—, pero tenemos la costumbre de no salir al exterior después de caída la noche. Arthur es muy libre de hacerlo, por supuesto, si se le antoja, pero yo no lo haré.

—Estas señoritas —dijo el doctor— tuvieron una espantosa...

—El joven es un cobarde —dijo Arthur. Había terminado de sacar sus maletas y sus bolsas de golf y sus cestas del coche y ahora permanecía en pie junto a la señora Montague, observando con desprecio a Luke; el rostro de Arthur era rojo y su pelo blanco, y ahora, mientras desdeñaba a Luke, se le había encrespado—. Debería avergonzarse de sí mismo, amigo, delante de unas mujeres.

—Las mujeres están igual de asustadas que yo —dijo Luke con toda formalidad.

—Cierto, cierto —el doctor Montague puso una mano conciliadora sobre el brazo de Arthur—. Cuando lloves aquí un tiempo, Arthur, entenderás que la actitud de Luke nace de la sensatez, no de la cobardía. Nos empeñamos en permanecer juntos una vez ha oscurecido.

—Debo decir, John, que jamás esperé encontrarte tan *nervioso* —dijo la señora Montague—. Deploro el miedo en estos asuntos —añadió zapateando con irritación—. Sabes perfectamente, John, que aquellos que han cruzado al otro lado *esperan* vernos felices y sonrientes; *quieren* saber que pensamos en ellos con cariño. Los espíritus que moran en esta casa podrían estar *sufriendo* si son conscientes de que alguien les tiene miedo.

—Podemos hablar de ello más tarde —dijo el doctor con cansancio—. Ahora, ¿qué tal si cenamos?

—Por supuesto —la señora Montague miró rápidamente a Theodora y a Eleanor—. Es una lástima que hayamos tenido que interrumpirlos —dijo.

—¿Vosotros habéis cenado ya?

—Naturalmente que no, John. Te *dije* que llegaríamos aquí para la cena, ¿o no? ¿O es que me he vuelto a equivocar?

—En cualquier caso, avisé a la señora Dudley de que vendrías —dijo el doctor abriendo la puerta que daba a la sala de juegos y que conducía al comedor—. Nos ha dejado un espléndido festín.

Pobre doctor Montague, pensó Eleanor, haciéndose a un lado para dejar que el doctor guiara a su esposa hasta el comedor; se siente muy incómodo; me pregunto cuánto tiempo pensará quedarse su mujer.

—Me pregunto cuánto tiempo pensará quedarse su mujer —le susurró Theodora al oído.

—Quizá su maleta esté llena de ectoplasma —dijo Eleanor, esperanzada.

—¿Y hasta cuándo podrás quedarte? —preguntó el doctor Montague, presidiendo la mesa con su esposa cómodamente sentada a su lado.

—Bueno, querido —dijo la señora Montague, paladeando delicadamente la salsa de alcaparras de la señora Dudley—, veo que has encontrado una cocinera decente, ¿verdad? *Sabes* que Arthur tiene que volver a su escuela; Arthur es el director —explicó al resto de la mesa—, y ha cancelado generosamente sus compromisos para el lunes. De modo que será mejor que nos marchemos el lunes a primera hora de la tarde para que Arthur pueda atender sus clases del martes.

—Sin duda Arthur habrá dejado atrás a un montón de escolares felices —le dijo Luke en voz baja a Theodora, y Theodora dijo:

—Pero hoy sólo es sábado.

—No me desagrada esta comida ni mucho menos —dijo la señora Montague—. John, mañana hablaré con tu cocinera.

—La señora Dudley es una mujer admirable —dijo el doctor con cuidado.

—Demasiadas florituras, para *mi* gusto —dijo Arthur—. Yo soy más bien de filete con patatas —le explicó a Theodora—. No bebo, no fumo, no leo basura. Sería un mal ejemplo para los muchachos del colegio. Tienden a admirarle a uno, sabe usted.

—Estoy seguro de que todos deben tenerle como modelo —dijo Theodora con sobriedad.

—Alguno me sale rana de vez en cuando —dijo Arthur, negando con la cabeza—. No tienen gusto por el deporte. Andan alicaídos por los rincones. Son unos desustanciados. Pero yo les quito la tontería rápidamente con un buen par de

coscorriones —alargó la mano para coger la mantequilla.

La señora Montague se inclinó hacia delante para mirar a Arthur, situado más abajo en la mesa.

—Cena ligero, Arthur —recomendó—. Nos espera una noche ocupada.

—¿Qué diantres pretendes hacer? —preguntó el doctor.

—Estoy convencida de que a *ti* no se te ocurriría en la vida abordar estos fenómenos siguiendo ningún sistema, pero tendrás que reconocer, John, que en esta área sencillamente tengo un entendimiento más intuitivo que el tuyo; las mujeres lo tenemos, ¿sabes, John?, al menos *algunas* mujeres —hizo una pausa y observó especulativamente a Eleanor y a Theodora—. Ellas *seguro* que no, me atrevería a decir. A menos que, por supuesto, haya vuelto a equivocarme. Sé lo mucho que te gusta señalar mis errores, John.

—Pero querida...

—Sabes que no puedo *tolerar* que se haga un trabajo chapucero. Arthur patrullará, por supuesto. He traído a Arthur para tal propósito. Es tan raro —le explicó a Luke, que estaba sentado frente a ella— encontrar personas en el gremio docente que tengan un interés en el otro mundo; ya irá viendo usted que Arthur está sorprendentemente bien informado. Me echaré en vuestra habitación encantada dejando sólo una luz encendida, e intentaré entrar en contacto con los elementos que perturban esta casa. Nunca duermo cuando hay espíritus afligidos a mi alrededor —le dijo a Luke, que asintió, mudo.

—Basta un poco de sentido común —dijo Arthur—. Estas cosas hay que hacerlas correctamente. No tiene sentido apuntar bajo. Siempre se lo digo a mis muchachos.

—Creo que después de cenar tendremos una pequeña sesión con *planchette* —dijo la señora Montague—. Sólo Arthur y yo, por supuesto; el resto de ustedes, es evidente, todavía no están preparados; sólo ahuyentarían a los espíritus. Necesitaremos una habitación tranquila...

—La biblioteca —sugirió Luke educadamente.

—¿La biblioteca? Creo que podría servir; los libros son con frecuencia buenos portadores, ¿sabe usted? Las materializaciones se producen a menudo con mayor claridad en habitaciones en las que hay libros. No se me ocurre ningún caso en el que la materialización se viera en modo alguno obstruida por la presencia de libros. Supongo que alguien habrá limpiado de polvo la biblioteca. Arthur a veces estornuda.

—La señora Dudley mantiene toda la casa en perfecto estado —dijo el doctor.

—Ciertamente tendré que hablar con la señora Dudley mañana por la mañana. Nos conducirás hasta la biblioteca, entonces, John, y este joven podrá bajar mi maletín; no la maleta, téngalo en cuenta, sino el maletín.

Tráigamelo a la biblioteca. Nos reuniremos con ustedes más tarde; después de una sesión con *planchette* siempre necesito un vaso de leche y quizá un pequeño pedazo de tarta; también puedo apañarme con unas galletitas, si no están demasiado saladas. Un par de minutos de conversación tranquila con personas afables también sirve de ayuda, particularmente si debo mostrarme receptiva durante la noche; la mente es un instrumento de precisión y todo cuidado es poco. ¿Arthur?

La señora Montague hizo una inclinación distante hacia Eleanor y Theodora y salió del comedor, escoltada por Arthur, Luke y su esposo.

Al cabo de un minuto, Theodora dijo:

—Creo que me voy a volver sencillamente loca por la señora Montague.

—No sé —dijo Eleanor—. Arthur es más de mi gusto. Y Luke es un cobarde, creo yo.

—Pobre Luke —dijo Theodora—. Nunca tuvo madre.

Alzando la mirada, Eleanor descubrió que Theodora la estaba observando con una curiosa sonrisa y se separó con semejante brusquedad de la mesa que una copa se volcó derramando su contenido.

—No deberíamos estar solas —dijo, extrañamente sin aliento—. Tenemos que encontrar a los otros.

Se alejó de la mesa y casi salió corriendo del comedor, y Theodora corrió en pos de ella, riendo por el pasillo, hasta llegar al gabinete, donde Luke y el doctor estaban de pie frente al fuego.

—Por favor, doctor —estaba diciendo Luke mansamente—, ¿quién es *planchette*?

El doctor suspiró irritado.

—Imbéciles —dijo, y a continuación—. Lo siento. Ya sólo la idea me encrespa, pero si a *ella* le gusta... —el doctor atizó el fuego con furia—. *Planchette* — prosiguió al cabo de un momento es un artefacto similar a un tablero *Ouija*, o quizá podría explicarlo mejor diciendo que es una variante de la escritura automática; un método de comunicación con... ejem, los seres intangibles, aunque desde *mi* punto de vista los únicos seres intangibles en manifestarse a través de esos trastos son las imaginaciones de los individuos que los utilizan. Sí. En fin. *Planchette* es un pequeño trozo hueco de madera ligera, normalmente en forma triangular o de corazón. Por un lado se le encaja un lápiz y por el otro tiene un par de ruedas, o algo que se desliza con facilidad sobre el papel. Dos personas apoyan sus dedos índices encima, hacen preguntas, la madera se mueve empujada por alguna fuerza cuyo origen no vamos a discutir ahora y escribe las respuestas. El tablero *Ouija*, como ya he dicho, es muy parecido, con la salvedad de que entonces el objeto se mueve sobre un tablero señalando las letras una a una. Una copa de vino ordinaria

conseguiría el mismo efecto; he visto a alguien intentarlo con el juguete con ruedas de un niño, aunque debo reconocer que el efecto era de lo más ridículo. Cada persona usa la punta del índice de una mano, dejando libre la otra para anotar las preguntas y respuestas. Las respuestas son, invariablemente, en mi opinión, sinsentidos, a pesar de que, por supuesto, mi esposa les dirá lo contrario. Paparruchas —volvió a ensañarse con el fuego—. Cosas de colegialas —añadió—. Supersticiones.

3

—*Planchette* ha sido muy generoso esta noche —dijo la señora Montague—. John, decididamente hay elementos extraños presentes en esta casa.

—Ha sido una sesión espléndida, francamente —dijo Arthur, agitando triunfalmente una hoja de papel.

—Te hemos conseguido mucha información —dijo la señora Montague—. *Planchette* se ha mostrado muy insistente acerca de una monja. ¿Has descubierto algo sobre alguna monja, John?

—¿En Hill House? No es probable.

—*Planchette* ha sentido con mucha fuerza la presencia de una monja, John. ¿Quizá alguien del vecindario haya visto algo por el estilo (una figura vaga y oscura, incluso)? ¿Aldeanos aterrorizados que llegan tambaleándose a casa?

—La figura de la monja es muy común...

—John, *haz* el favor. Asumo que estás sugiriendo que estoy equivocada. ¿O quizá tu intención es manifestar que es *planchette* quien puede estar equivocado? Te aseguro, y debes creer a *planchette* incluso en el caso de que *mi* palabra no fuera lo suficientemente buena para ti, que una monja ha sido sugerida específicamente.

—Sólo intento decir, querida, que el espectro de una monja es con mucho la forma más común de aparición. Nunca ha habido nada parecido en conexión con Hill House, pero en prácticamente todos.

—John, *haz el favor*. ¿Asumo que puedo continuar? ¿O debemos descartar a *planchette* sin haberlo oído siquiera? Gracias —la señora Montague recuperó la compostura—. Sigamos, pues. También aparece un nombre, deletreado de varias maneras: Helen, o Helene, o Elena. ¿Quién podría ser?

—Querida, mucha gente ha vivido...

—Helen nos ha advertido contra un monje misterioso. En los casos en los que un monje y una monja aparecen *a la vez* en la misma casa...

—Cuenten con que la casa ha sido levantada sobre un edificio más antiguo —apostilló Arthur—. Las influencias prevalecen, ¿saben ustedes? Viejas influencias que flotan a nuestro alrededor —explicó con más detalle.

—Parece un caso evidente de votos quebrantados, ¿verdad que sí? Un caso evidente.

—Se daba mucho en aquel entonces, ¿saben ustedes? Cosa de la tentación, probablemente.

—Dudo mucho que... —empezó el doctor.

—Me atrevería a decir que fue emparedada viva —dijo la señora Montague—. La monja, me refiero. Siempre les hacían eso, ¿saben ustedes? No pueden hacerse idea de la de mensajes que he recibido de monjas emparedadas.

—No *existe* ni un solo caso *registrado* de *ninguna* monja que haya sido...

—John. ¿Debo resaltarte una vez más que *yo misma* he recibido mensajes de monjas que fueron emparedadas vivas? ¿Crees que te estoy contando una añagaza, John? ¿O acaso supones que una monja *pretendería* deliberadamente haber sido emparedada viva en caso de que no hubiera sido así? ¿Es posible que me haya vuelto a equivocar una vez más, John?

—Ciertamente no, querida —suspiró agotado el doctor Montague.

—Con una vela y un mendrugo de pan —le dijo Arthur a Theodora—. Una cosa horrible, si se para uno a pensarlo.

—Ninguna monja fue emparedada viva jamás —dijo el doctor, malhumorado, y levantó ligeramente la voz—. Es una leyenda. Un cuento. Un libelo que circula...

—Está bien, John. No vamos a reñir por eso. Puedes creer lo que se te antoje. Sólo quiero que entiendas, en cualquier caso, que en ocasiones los puntos de vista puramente materialistas deben rendirse ante los *hechos*. Y es un hecho probado que entre las visitaciones que turban esta casa hay una monja y un...

—¿Qué más han averiguado? —preguntó Luke precipitadamente—. Estoy *muy* interesado en oír qué es lo que... ejem, ha dicho *planchette*.

La señora Montague meneó el dedo índice con picardía.

—Nada acerca de *usted* joven. Aunque quizá una de las señoritas presentes pueda oír algo que le resulte de interés.

Mujer imposible, pensó Eleanor; mujer imposible, vulgar y posesiva.

—Veamos, Helen —prosiguió la señora Montague— quiere que registremos el sótano en busca de un viejo pozo.

—No me digas que *Helen* fue *enterrada* viva —dijo el doctor.

—Lo dudo mucho, John. Estoy segura de que lo habría mencionado. De hecho, Helen ha sido muy poco clara acerca de *qué* es lo que podríamos encontrar en dicho pozo. Dudo, en cualquier caso, que sea un tesoro. Raras veces se encuentra uno con un *auténtico* tesoro en un caso de estas características. Lo más probable es que sean pruebas de la desaparición de la monja.

—Lo más probable es que sean ochenta años de basura acumulada.

—John, no *consigo* comprender tanto escepticismo en ti, de entre todas las personas. Después de todo, viniste a esta casa para recopilar pruebas de actividad sobrenatural, y ahora, cuando te traigo un informe detallado de las *causas*, y te señalo la dirección en la que empezar a buscar, te muestras desdénoso.

—No tenemos autoridad para cavar en el sótano.

—Arthur podría... —empezó esperanzada la señora Montague, pero el doctor la interrumpió con firmeza.

—No. Mi alquiler de la casa me prohíbe específicamente alterar cualquier elemento del edificio. No habrá excavación alguna en el sótano, ni levantamiento de suelos ni arrancamiento de maderos. Hill House sigue siendo una propiedad valiosa y somos estudiosos, no vándalos.

—Pensaba que querías saber la *verdad*, John.

—No hay nada que quisiera saber más —el doctor Montague atravesó la habitación enérgicamente para acercarse al tablero de ajedrez, cogió un alfil y lo observó con furia. Parecía como si estuviera obligándose a contar hasta cien.

—Ay, cielos, lo paciente que tiene que llegar a ser una a veces —suspiró la señora Montague—. Por lo menos quiero leerte el pequeño pasaje que hemos recibido hacia el final. Arthur, ¿lo tienes?

Arthur rebuscó entre su resma de papeles.

—Ha sido justo después del mensaje acerca de las flores que tienes que enviarle a tu tía —dijo la señora Montague—. *Planchette* tiene un controlador llamado Merrigot —explicó—, y Merrigot se ha tomado un genuino interés personal por Arthur; le trae noticias de sus familiares, y cosas así.

—No se trata de una enfermedad fatal, como comprenderán —dijo Arthur con gravedad—. Tengo que enviarle flores, por supuesto, pero Merrigot ha sido de lo más tranquilizador.

—Veamos —la señora Montague seleccionó varias páginas y las volvió rápidamente; estaban cubiertas de palabras sueltas y desperdigadas escritas a lápiz, y la señora Montague frunció el ceño—. Aquí —dijo—. Arthur, lee tú

las preguntas y yo leeré las respuestas; de ese modo sonará más natural.

—Vamos allá —dijo Arthur animadamente, y se inclinó sobre el hombro de la señora Montague—. Bueno, veamos, ¿empiezo por aquí?

—Por «¿Quién eres?».

—Correcto. ¿Quién eres?

—Nell —leyó la señora Montague con su voz aguda, y Eleanor y Theodora y Luke y el doctor se volvieron hacia ella a escuchar.

—¿Nell qué más?

—Eleanor Nellie Nell Nell. A veces hacen eso —se interrumpió la señora Montague para explicar—. Repiten una palabra una y otra vez para asegurarse de que llega hasta nosotros correctamente.

Arthur se aclaró la garganta.

—¿Qué es lo que quieres? —leyó.

—Casa.

—¿Quieres ir a casa?

Theodora se encogió cómicamente de hombros ante Eleanor.

—Quiero estar en casa.

—¿Qué haces aquí?

—Esperar.

—¿Esperar qué?

—Casa.

Arthur se detuvo y asintió profundamente.

—Ahí está otra vez —dijo—. Les gusta una palabra y la usan una y otra vez, sólo por oír cómo suena.

—Normalmente nunca preguntamos *por qué* —dijo la señora Montague—, ya que tiende a confundir a *planchette*. En cualquier caso, esta vez hemos sido osados, nos hemos lanzado y le hemos preguntado. ¿Arthur?

—¿Por qué? —leyó Arthur.

—Madre —leyó la señora Montague—. Como ve, en esta ocasión hemos hecho bien preguntando, ya que *planchette* ha sido perfectamente libre de

responder.

—¿Es Hill House tu casa? —leyó Arthur sin inflexiones.

—Casa —respondió la señora Montague, y el doctor suspiró.

—¿Estás sufriendo? —leyó Arthur.

—Aquí no obtuvimos respuesta —la señora Montague asintió con afán tranquilizador—. A veces les desagrada reconocer su dolor; tiende a desalentar a los que hemos quedado atrás, ¿saben ustedes? Igual que la tía de Arthur, por ejemplo, que *nunca* le reconocerá que está enferma, aunque Merrigot siempre nos lo hace saber, y dicha actitud empeora aún más cuando han pasado al otro lado.

—Son estoicos —confirmó Arthur, y leyó—. ¿Podemos ayudarte?

—No —leyó la señora Montague.

—¿No podemos hacer nada por ti?

—No. Perdida. Perdida. Perdida —la señora Montague alzó la mirada de su hoja—. ¿Lo ven? —preguntó—. Una palabra, una y otra vez. Les *encanta* repetirse. En alguna que otra ocasión he llegado a llenar toda una hoja sólo con una palabra.

—¿Qué es lo que quieres? —leyó Arthur.

—Madre —replicó la señora Montague.

—¿Por qué?

—Niña.

—¿Dónde está tu madre?

—Casa.

—¿Dónde está tu casa?

—Perdida. Perdida. Perdida. Y después de eso —dijo la señora Montague plegando la hoja con brío—, el resto es un galimatías.

—*Nunca* había visto a *planchette* cooperar tanto —le dijo Arthur en confianza a Theodora—. Ha sido toda una experiencia, francamente.

—Pero ¿por qué cebarse en Nell? —preguntó Theodora con irritación—. Su estúpido *planchette* no tiene derecho a enviarle mensajes a la gente sin permiso ni...

—Injuriando a *planchette* no conseguirá ningún resultado —empezó a decir

Arthur, pero la señora Montague le interrumpió volviéndose hacia Eleanor.

—¿*Usted* es Nell? —preguntó, y se volvió hacia Theodora—. Pensábamos que Nell era usted —dijo.

—¿Y qué? —dijo Theodora con insolencia.

—No afecta a los mensajes, por supuesto —dijo la señora Montague golpeando molesta su hoja de papel—, aunque *sí* creo que lo lógico hubiera sido que nos presentaran adecuadamente. Estoy segura de que *planchette* habrá sabido distinguir entre ustedes, pero a mí ciertamente no me gusta que nadie me induzca a error.

—No te sientas ninguneada —le dijo Luke a Theodora—. Nosotros te enterraremos viva.

—Si recibo un mensaje de ese trasto —dijo Theodora—, espero que sea acerca de un tesoro enterrado. No quiero oír tonterías sobre enviarle flores a mi tía.

Todos están evitando cuidadosamente mirarme, pensó Eleanor; he vuelto a ser señalada, y son lo suficientemente amables como para fingir que no pasa nada.

—¿Por qué cree que me han enviado ese mensaje? —preguntó, indefensa.

—Francamente, chiquilla —dijo la señora Montague dejando los papeles sobre la mesa—, no sabría por *dónde* empezar. A pesar de que usted es mucho más que una chiquilla, ¿no es así? Quizá sea incluso más receptiva psíquicamente de lo que usted misma sabe, si bien —y le dio la espalda con indiferencia—, ¿cómo *podría* serlo, cuando lleva una semana en esta casa y no ha percibido ni un solo mensaje del más allá...? Ese fuego necesita que lo aticen.

—Nell no quiere mensajes del más allá —dijo Theodora cómodamente, acercándose a Eleanor para tomar su fría mano entre las suyas—. Nell sólo quiere una cama caliente y dormir un poco.

Paz, pensó Eleanor con concreción; lo único que quiero en este mundo es paz, un lugar tranquilo en el que tumbarme a pensar, un lugar tranquilo entre las flores donde pueda soñar y contarme a mí misma dulces cuentos.

4

—Yo —dijo Arthur ampulosamente— me instalaré en la pequeña habitación que hay junto al jardín de infancia, así podré oír perfectamente si hay gritos. Tendré preparado en todo momento un revólver (no se alarmen, señoritas; tengo una puntería excelente) y una linterna, además de un silbato francamente estridente. No tendré la menor dificultad en convocarles al resto de ustedes en caso de que observe algo digno de su atención o de que requiera, ejem, de su compañía. Pueden dormir tranquilas, se lo aseguro.

—Arthur —explicó la señora Montague— patrullará la casa. Cada hora, con regularidad, hará una ronda por las habitaciones del primer piso; creo que no tenemos por qué molestarnos con la planta baja esta noche, dado que yo voy a estar aquí arriba. Ya hemos hecho esto antes en muchas ocasiones. Vengan todos.

En silencio, la siguieron escaleras arriba, observando cómo iba pasando el dedo con afectación por el pasamanos y las tallas de la pared.

—Es una auténtica bendición —dijo— saber que los seres de esta casa sólo esperan una oportunidad para poder contar sus historias y liberarse de la carga de sus penas. Y ahora, en primer lugar, Arthur inspeccionará los dormitorios. ¿Arthur?

—Mis excusas, señoritas, mis excusas —dijo Arthur, abriendo la puerta de la habitación azul, que compartían Eleanor y Theodora—. Un cuarto muy coqueto —dijo engolado—, apropiado para dos muchachas tan encantadoras; si quieren, les ahorraré la molestia de mirar en el armario y bajo la cama.

Solemnemente, observaron a Arthur ponerse a cuatro patas sobre el suelo para mirar bajo las camas y luego levantarse frotándose el polvo de las manos.

—Estarán perfectamente a salvo —dijo.

—¿Y yo dónde voy a dormir? —preguntó la señora Montague—. ¿Dónde ha dejado mis maletas ese joven?

—Justo al final del pasillo —dijo el doctor—. Lo llamamos el jardín de infancia.

La señora Montague, seguida de Arthur, recorrió con decisión el pasillo, pasó sobre la zona fría y experimentó un temblor.

—Veo que voy a necesitar más mantas —dijo—. Dile a ese joven que me traiga mantas de alguna otra habitación —abriendo la puerta del jardín de infancia, asintió silenciosamente y dijo—. La cama parece recién hecha, debo reconocerlo, pero ¿han aireado bien el cuarto?

—Se lo pedí a la señora Dudley —dijo el doctor.

—Huele a cerrado. Arthur, tendrás que abrir esa ventana, a pesar del frío.

Los animales de la pared observaron a la señora Montague con temor.

—¿Estás segura...? —el doctor dudó y echó un vistazo aprensivo a las caras sonrientes colgadas sobre la puerta del jardín de infancia—. Me pregunto si no sería mejor que te acompañara alguien —dijo.

—Querido —dijo divertida la señora Montague, de buen humor ahora que se encontraba en presencia de aquellos que habían cruzado al otro lado—.

¿Cuántas horas, cuántas *incontables* horas de puro amor y comprensión he pasado a solas en una habitación, y sin embargo nunca realmente sola? Querido, ¿cómo puedo hacerte entender que no existe peligro alguno cuando no hay más que amor, simpatía y comprensión? Estoy aquí para *ayudar* a estos desdichados seres, estoy aquí para extenderles una mano de sincero afecto, y para hacerles saber que todavía queda *alguien* que los recuerda, que los escuchará y llorará por ellos; su soledad ha terminado, y yo...

—Sí, sí —dijo el doctor—, pero deja la puerta abierta.

—No echaré la llave, si insistes —dijo la señora Montague con absoluta magnanimidad.

—Estaré al otro lado del pasillo —dijo el doctor—. Difícilmente puedo ofrecerme a patrullar, ya que esa es la labor de Arthur, pero si necesitas cualquier cosa, podré oírte.

La señora Montague rió y le saludó con la mano.

—Los demás necesitan tu protección mucho más que yo —dijo—. Yo haré lo que pueda, por supuesto. Pero son tan tan vulnerables, con sus corazones endurecidos y sus ojos que no quieren ver.

Arthur, seguido por Luke con una expresión de diversión en el rostro, regresó de comprobar las otras habitaciones de la planta y asintió enérgicamente en dirección al doctor.

—Todo limpio —dijo—. Ahora ya es perfectamente seguro irse a la cama.

—Gracias —le dijo el doctor con sobriedad, y a continuación se dirigió a su mujer—. Buenas noches, ten cuidado.

—Buenas noches —dijo la señora Montague, y les sonrió a todos—. Por favor, no tengan miedo —dijo—. Pase lo que pase, recuerden que estoy aquí.

—Buenas noches —dijo Theodora, y «buenas noches» dijo Luke, y con Arthur detrás de ellos asegurándoles que podrían descansar en paz y tranquilidad y que no se asustaran si oían disparos, y que haría su primera ronda a medianoche, Eleanor y Theodora entraron en su habitación y Luke siguió avanzando por el pasillo hasta llegar a la suya. Al cabo de un momento, el doctor, apartándose con reticencia de la puerta cerrada de su esposa, los siguió.

—Espera —le dijo Theodora a Eleanor una vez estuvieron en su cuarto—. Luke ha dicho que querían vernos al final del pasillo; no te desvistas y no hagas ruido —abrió la puerta una rendija y susurró por encima del hombro—. Te juro que esa viejecita va a provocar que esta casa explote por completo con toda esa historia del amor perfecto; si alguna vez he visto un sitio que no tuviera el más mínimo uso para el amor perfecto, es Hill House. Ahora. Arthur ha cerrado su puerta. Rápido. No hagas ruido.

Silenciosamente, evitando que sus pies retumbaran sobre la alfombra, corrieron en calcetines por el pasillo hasta alcanzar la puerta del doctor.

—Dense prisa —dijo éste, abriendo la puerta lo justo como para que pudieran entrar—. No hagan ruido.

—No es seguro —dijo Luke, cerrando la puerta hasta dejar una rendija y reuniéndose con los demás para sentarse en el suelo—. Ese hombre va a dispararle a alguien.

—No me gusta —dijo el doctor, preocupado—. Luke y yo nos vamos a quedar despiertos para montar guardia, y las quiero a ustedes dos aquí donde podamos tenerlas a la vista. Va a suceder algo —dijo—. No me gusta.

—Sólo espero que no haya enfurecido a lo que sea con su *planchette* —dijo Theodora—. Discúlpeme, doctor Montague. No tenía intención de faltarle al respeto a su esposa.

El doctor rió, pero no dejó de vigilar la puerta.

—En un primer momento tenía la intención de acompañarnos durante toda nuestra estancia —dijo—, pero se había apuntado a un curso de yoga ya no podía faltar a clase. Es una mujer excelente en muchos aspectos —añadió, mirándolos a los tres con seriedad—. Es una buena esposa, y cuida muy bien de mí. Cumple sus labores espléndidamente, se lo aseguro. Los botones de mis camisas —sonrió esperanzado—. Esto... —y gesticuló en dirección al pasillo—, *esto* es prácticamente su único vicio.

—Quizá considere que le está ayudando a usted en su labor —dijo Eleanor.

El doctor hizo una mueca y un escalofrío le sacudió el cuerpo; en aquel momento la puerta se abrió por completo y a continuación se cerró de un portazo, y en el silencio del exterior pudieron oír lentos movimientos de fricción, como si un viento muy fuerte y muy constante estuviera recorriendo todo el pasillo. Mirándose unos a otros, intentaron sonreír, intentaron parecer valientes ante la parsimoniosa llegada del frío irreal y a continuación, entre medias del silbido del viento, ante los golpes contra las puertas de la planta baja. Sin decir una palabra, Theodora tomó el edredón de los pies de la cama del doctor y se lo echó por los hombros a Eleanor y a sí misma, y las dos se pegaron una contra la otra, lentamente, para no hacer el más mínimo ruido. Eleanor, agarrándose a Theodora, muerta de frío a pesar de los brazos de Theodora que la rodeaban, pensó, Sabe mi nombre, esta vez sabe mi nombre. El golpeteo ascendió las escaleras, resonando en cada escalón. El doctor estaba tenso, en pie junto a la puerta, y Luke se movió para situarse junto a él.

—No se ha acercado para nada al jardín de infancia —le dijo al doctor, y adelantó la mano para impedir al doctor que abriera la puerta.

—Este golpeteo constante me agota —dijo Theodora ridículamente—. Decididamente, el verano que viene tengo que ir a otro sitio.

—Todos los sitios tienen sus desventajas —le dijo Luke—. La región de los lagos está llena de mosquitos.

—¿Puede ser que hayamos agotado el repertorio de Hill House? —preguntó Theodora con la voz temblorosa a pesar de su tono ligero—. Ya hemos visto antes el número de los golpecitos. ¿Va a repetirlo entero?

Los impactos resonaron por todo el pasillo y parecían surgir del extremo más alejado del jardín de infancia, y el doctor, tenso junto a la puerta, negó con la cabeza con preocupación.

—Voy a tener que salir ahí —dijo—. Puede que esté asustada —les dijo.

Eleanor, balanceándose al ritmo de los golpes, que parecían producirse en el interior de su cabeza con tanta fuerza como en el pasillo, dijo agarrándose fuerte a Theodora:

—Saben dónde estamos.

Los demás, asumiendo que se refería a Arthur y a la señora Montague, asintieron y siguieron escuchando. Los golpes, se dijo a sí misma Eleanor, tapándose los ojos con las manos y oscilando al compás del ruido, recorrerán todo el pasillo, seguirán hasta llegar al final y luego volverán de nuevo hacia aquí, sucederá todo exactamente igual que la última vez y luego se detendrá y nos miraremos unos a otros y nos reiremos e intentaremos recordar el frío que hemos tenido y cómo se nos ha erizado el pelo de la espalda por culpa del miedo; al cabo de un rato acabará.

—Nunca *nos* ha hecho daño —le estaba diciendo Theodora al doctor por encima del ruido de los golpes—. Tampoco se lo hará a *ellos*.

—Sólo espero que no intente *hacer* nada al respecto —dijo el doctor funestamente; seguía pegado a la puerta, pero al parecer era incapaz de abrirla frente al volumen del ruido en el exterior.

—Me siento como una veterana en todo esto —le dijo Theodora a Eleanor—. Acércate más, Nell; mantén el calor —y atrajo a Eleanor aún más hacia sí bajo el edredón, y el frío inmóvil y nauseante las rodeó.

Entonces llegó, de repente, la calma, y el silencio secreto y reptante que todos recordaban; conteniendo el aliento, se miraron unos a otros. El doctor agarró el pomo de la puerta con ambas manos y Luke, a pesar de que estaba completamente pálido y le temblaba la voz, dijo con ligereza:

—¿Alguien quiere un *brandy*? Mi pasión por los espirituosos...

—No —rió Theodora histéricamente—. Esa broma no —dijo.

—Lo siento. No me vais a creer —dijo Luke, mientras su decantador traqueteaba contra la copa al intentar servir el *brandy* —, pero ha dejado de parecerme una broma. Eso es lo que vivir en una casa encantada hace por el

sentido del humor de uno.

Usando las dos manos para llevar la copa, se aproximó a la cama, donde Theodora y Eleanor se acurrucaban juntas bajo la manta, y Theodora sacó una mano y tomó la copa.

—Toma —dijo, sosteniéndola junto a la boca de Eleanor—. Bebe.

Sorbiendo, sin sentir el calor, Eleanor pensó, Estamos en el ojo de la tormenta; no queda mucho tiempo. Observó a Luke llevarle con cuidado una copa de *brandy* al doctor y alargársela, y entonces, sin comprenderlo, vio la copa escurrirse entre los dedos de Luke y caer al suelo en el momento en el que la puerta empezaba a ser silenciosa y violentamente baqueteada. Luke hizo retroceder al doctor y la puerta fue atacada sin sonido, los goznes parecieron ceder y la puerta se combó como si estuviera a punto de desplomarse, dejándoles expuestos. Retrocediendo, Luke y el doctor aguardaron, tensos e indefensos.

—No puede entrar —murmullaba Theodora una y otra vez, con los ojos clavados en la puerta—, no puede entrar, no le dejen entrar, no puede entrar...

Los meneos se detuvieron, la puerta quedó inmóvil, y un pequeño roce como una caricia recorrió el pomo, tanteando con delicadeza e intimidad, y luego, como la llave estaba echada, palpando y acariciando el marco, como intentando seducirlo para que le permitiera entrar.

—Sabe que estamos aquí —susurró Eleanor, y Luke, volviéndose para mirarla por encima del hombro, gesticuló furiosamente para indicarle que se callara.

Qué frío hace, pensó Eleanor infantilmente; nunca seré capaz de volver a dormir con todo este ruido surgiendo de mi cabeza; ¿cómo pueden los demás oír el ruido, si está saliendo de mi cabeza? Estoy desapareciendo centímetro a centímetro en esta casa, me estoy desmoronando cada vez un poco más porque todo este ruido me está desgajando; ¿por qué están asustados los *demás*?

Fue consciente, vagamente, de que los golpes habían recommenzado; el abrumador ruido metálico se abalanzó sobre ella en oleadas; se acercó las heladas manos a la boca para comprobar que su cara seguía estando allí; ya he tenido suficiente, pensó, tengo demasiado frío.

—En la puerta del jardín de infancia —dijo Luke tenso, hablando con claridad por encima del ruido—. En la puerta del jardín de infancia. No —advirtió alargando la mano para detener al doctor.

—El amor más puro —dijo Theodora absurdamente—. El amor más puro —y volvió a reír ahogadamente.

—Si no abren las puertas... —le dijo Luke al doctor. Éste tenía ahora la cabeza apoyada contra la puerta y escuchaba atentamente, mientras Luke le

agarraba del brazo para impedir que se moviera.

Ahora vamos a oír un ruido nuevo, pensó Eleanor, escuchando el interior de su cabeza; está cambiando. Los golpes se habían desvanecido, como si hubieran demostrado ser inefectivos, y ahora se notaba un movimiento veloz que recorría el pasillo de arriba abajo, como el de un animal yendo de un lado a otro con increíble impaciencia, vigilando primero una puerta y luego otra, alerta ante el más mínimo movimiento en el interior, y luego se oyó el murmullo balbuceante que Eleanor recordaba; ¿lo estoy haciendo yo?, se preguntó rápidamente, ¿esa soy yo? Y oyó la risita al otro lado de la puerta, burlándose de ella.

—Fe-fi-fo-fum —dijo Theodora con el aliento entrecortado, y la risa se hinchó y se convirtió en un grito; está dentro de mi cabeza, pensó Eleanor, tapándose la cara con las manos, está dentro de mi cabeza y está saliendo, saliendo, saliendo...

Ahora la casa tembló y se sacudió, las cortinas golpearon contra las ventanas, los muebles se balancearon y el estruendo en el pasillo pasó a ser tan enorme que empujó contra las paredes; oyeron cómo se rompían los cristales al caer los cuadros del pasillo, y quizá las ventanas hubieran reventado. Luke y el doctor empujaban contra la puerta, como si estuvieran luchando desesperadamente por mantenerla cerrada, y el suelo se movió bajo sus pies. Nos vamos, nos vamos, pensó Eleanor, y oyó a Theodora decir, muy lejos de allí, «la casa se está viniendo abajo». Sonaba tranquila y más allá del miedo. Agarrándose a la cama, sacudida y zarandeada, Eleanor enterró la cabeza entre las rodillas y cerró los ojos y se mordió los labios contra el frío y notó la mareante caída en el momento en el que la habitación se hundió bajo ella y luego volvió a ascender, girando lentamente, oscilando.

—Dios todopoderoso —dijo Theodora, y a un kilómetro de distancia Luke sostuvo al doctor y le ayudó a recuperar el equilibrio.

—¿Estáis bien? —gritó Luke, apoyando la espalda contra la puerta, sosteniendo al doctor por los hombros—. Theo, ¿estáis bien?

—Voy aguantando —dijo Theodora—. Nell, no lo sé.

—Mantenla caliente —dijo Luke, desde muy lejos—. Todavía no lo hemos visto todo.

Su voz se perdió en la distancia; Eleanor podía oírle y verle en la lejana habitación en la que él y Theodora y el doctor seguían esperando; en la fluctuante negrura en la que ella caía eternamente nada era real excepto sus manos, completamente blancas alrededor de la columna de la cama. Podía verlos, muy pequeños, y verlos agarrarse cuando la cama giró y la pared se echó hacia delante y la puerta se puso de costado allá a lo lejos. En algún lugar se produjo un choque colosal y algo enorme se precipitó cuán largo era; debe haber sido la torre, pensó Eleanor, y yo que suponía que seguiría aguantando por los siglos de los siglos; estamos perdidos, perdidos; la casa se está destruyendo a sí misma. Oyó la risa por todas partes, aguda y demente, siguiendo su maníaca canción, y pensó, No, todo ha acabado para mí, es

demasiado, voy a renunciar a la posesión de este Yo mío; abduco, entrego de buena gana lo que nunca quise para empezar; sea lo que sea que quiera de mí, puede quedárselo.

—Iré —dijo en voz alta, y estaba hablándole a Theodora, que se inclinaba sobre ella. La habitación estaba en perfecta calma y entre las inmóviles cortinas de la ventana pudo ver la luz del sol. Luke estaba sentado en una silla junto a la ventana; tenía el rostro magullado, la camisa desgarrada y seguía bebiendo *brandy*. El doctor se había recostado por completo en otra silla; tenía el pelo recién peinado y lucía aseado, pulcro y en plena posesión de sí mismo. Theodora, inclinándose sobre Eleanor, dijo:

—Está bien, creo —y Eleanor se levantó y movió la cabeza, observando. Sosegada y silenciosa, la casa se levantó delicadamente a su alrededor, y nada se había movido.

—¿Cómo...? —dijo Eleanor, y los tres rieron.

—Otro día —dijo el doctor, y a pesar de su apariencia le vacilaba la voz—, otra noche.

—Como intenté decir antes —remarcó Luke—, vivir en una casa encantada hace estragos en el sentido del humor; de verdad que no pretendía hacer una broma prohibida —le dijo a Theodora.

—¿Cómo... están? —preguntó Eleanor, y las palabras le sonaron desconocidas y notó la boca entumecida.

—Los dos duermen como bebés —dijo el doctor—. En realidad —dijo como si continuara una conversación iniciada mientras Eleanor dormía—, no creo que mi esposa haya provocado tal tormenta, pero reconozco que una palabra más acerca del amor puro y...

—¿Qué ha pasado? —preguntó Eleanor; debo haber estado apretando los dientes toda la noche, pensó, a juzgar por cómo siento la boca.

—Hill House ha salido a bailar —dijo Theodora—, llevándonos consigo en una loca noche de jarana. Al menos, *creo* que estaba bailando; también podrían haber sido volteretas.

—Son casi las nueve —dijo el doctor—. Cuando Eleanor esté lista...

—Vamos, niña —dijo Theodora—. Theo te lavará la cara y te preparará para el desayuno.

—¿Alguien les ha dicho que la señora Dudley recoge a las diez? —se preguntó en voz alta Theodora mientras miraba la cafetera.

El doctor dudó:

—Odiaría despertarles después de semejante noche.

—Pero la señora Dudley recoge a las diez.

—Ya vienen —dijo Eleanor—. Puedo oírlos en las escaleras.

Puedo oírlo todo, en cualquier rincón de la casa, quiso decirles.

Entonces, en la distancia, todos pudieron oír la voz de la señora Montague, alzándose irritada, y Luke, cayendo en la cuenta, dijo:

—Oh, señor, no saben cómo llegar al comedor —y se apresuró a abrir las puertas.

—... adecuadamente aireada —precedida por su voz, la señora Montague entró con ímpetu en el comedor, tocó al doctor rápidamente en el hombro a modo de saludo y se sentó con un rápido movimiento de cabeza en dirección a los demás—. Debo decir —comenzó de inmediato— que creo que podrían habernos llamado para desayunar. Supongo que ahora todo estará frío. ¿Es aceptable el café?

—Buenos días —dijo Arthur hoscamente, y se sentó con aire malhumorado. Theodora casi volcó la cafetera en su prisa por colocar una taza de café frente a la señora Montague.

—*Parece* lo suficientemente caliente —dijo la señora Montague—. En cualquier caso, hablaré con su señora Dudley esta misma mañana. Esa habitación debe airearse.

—¿Y cómo has pasado la noche? —preguntó el doctor tímidamente—. ¿Has pasado una... noche provechosa?

—Si por provechosa te refieres a cómoda, John, preferiría que lo dijeras sin rodeos. No, en respuesta a tu educada pregunta, no he pasado una noche cómoda. No he podido pegar ojo. Esa habitación es insoportable.

—Qué casa tan ruidosa, ¿no? —dijo Arthur—. Hay una rama que se ha pasado toda la noche golpeando contra mi ventana; casi me ha vuelto loco, dale que te pego.

—Incluso con las ventanas abiertas esa habitación es sofocante. El café de la señora Dudley no es tan mediocre como sus dotes para las tareas domésticas. Otra taza, si es usted tan amable. Me sorprende, John, que me hayas instalado en una habitación que no ha sido debidamente aireada; si queremos establecer alguna comunicación con los que residen en el más allá, la circulación del aire, por lo menos, debería ser adecuada. Me he pasado la noche oliendo polvo.

—No consigo entender —le dijo Arthur al doctor— cómo ha dejado usted que le ponga tan nervioso el sito este. Me he pasado la noche sentado con mi revólver y no he visto moverse ni un ratón. Salvo por esa rama infernal golpeando contra mi ventana. Casi me hace perder la cabeza —le confió a Theodora.

—No vamos a rendirnos tan pronto, por supuesto —le riñó la señora Montague a su marido—. Quizá esta noche se dé alguna manifestación.

2

—¿Theo? —Eleanor dejó sobre la mesa su cuaderno, y Theodora, que estaba ocupada garabateando, la miró con el ceño fruncido—. He estado pensando en algo.

—*Odio* escribir estas notas; me siento como una estúpida intentando escribir todos estos disparates.

—Me he estado preguntando...

—¿Y bien? —Theodora sonrió levemente—. Qué sería te has puesto —dijo—. ¿Estás a punto de tomar una decisión importante?

—Sí —dijo Eleanor, decidiéndose—. Sobre qué voy a hacer a continuación. Cuando nos marchemos de Hill House.

—¿Y bien?

—Voy a ir contigo —dijo Eleanor.

—¿Vas a ir conmigo adónde?

—Contigo, a tu casa. Yo... —y Eleanor sonrió irónicamente— voy a seguirte a casa.

Theodora se la quedó mirando.

—¿Por qué? —preguntó sin ambages.

—Nunca he tenido nadie de quién preocuparme —dijo Eleanor, preguntándose dónde había oído algo parecido con anterioridad—. Quiero estar en algún sitio en el que encaje.

—No tengo por costumbre recoger gatas vagabundas —dijo Theodora con humor.

Eleanor también rió:

—*Soy un poco como una gata vagabunda, ¿verdad?*

—Bueno —Theodora volvió a coger su lápiz—. Tú ya tienes tu casa —dijo—. Ya verás lo que te alegra volver a ella cuando llegue el momento, Nell, mi Nellie. Supongo que todos nos alegraremos de volver a casa. ¿Qué has escrito sobre esos ruidos de anoche? *Yo* no consigo describirlos.

—Iré, ¿sabes? —dijo Eleanor—. Sencillamente iré.

—Nellie, Nellie —Theodora volvió a reír—. Mira —dijo—, esto sólo son unas vacaciones veraniegas, una visita de un par de semanas a un viejo y encantador complejo vacacional en el campo. Sigues teniendo una vida que te espera en casa, y yo también tengo mi vida. Cuando acaben las vacaciones, regresaremos. Nos escribiremos la una a la otra, por supuesto, y quizá nos visitemos alguna vez, pero Hill House no es para siempre, ¿sabes?

—Puedo encontrar un empleo. No seré una molestia.

—No lo entiendo —Theodora tiró el lápiz exasperada—. ¿Siempre vas donde no te quieren?

Eleanor sonrió plácidamente.

—Nunca me han querido en ningún sitio —dijo.

3

—Todo es tan maternal —dijo Luke—. Todo es tan suave, tan acogedor. Grandes sofás que te reciben con los brazos abiertos y que cuando te sientas son duros e incómodos y te rechazan de inmediato...

—¿Theo? —dijo en voz baja Eleanor, y Theodora la miró y movió la cabeza con incredulidad.

—Y manos por todas partes. Pequeñas manos de cristal, que se extienden frente a ti haciéndote señas de que te acerques...

—¿Theo? —dijo Eleanor.

—No —dijo Theodora—. No voy a acogerte. Y no quiero seguir hablando del tema.

—Quizá —dijo Luke observándolas— el detalle más repulsivo es el énfasis en la esfera. Os pido que contempléis con imparcialidad la pantalla de lámpara hecha con piezas diminutas de cristal roto pegadas entre sí, o las grandes copas de las luces que hay sobre las escaleras, o el recipiente para caramelos iridiscente y estriado que tiene Theo junto al codo. En el comedor hay un cuenco de un cristal amarillo particularmente indecente que reposa sobre las manos curvadas de un niño, y un huevo de Pascua de azúcar con una estampa de pastores bailando en el interior. Una mujer de grandes senos aguanta la barandilla de las escaleras sobre su cabeza, y debajo de un cristal en el gran salón...

—Nellie, déjame en paz. Demos un paseo hasta el arroyo o algo así.

—... el rostro de una niña dibujado con una intrincada técnica de rayado. Nell, no pongas esa cara de aprensión. Theo sólo te ha sugerido dar un paseo hasta el arroyo. Si queréis, os acompaño.

—Lo que sea —dijo Theodora.

—Para asustar a los conejos. Si queréis, llevaré un bastón. Si queréis, me quedaré aquí esperando. Theo, sólo tienes que decirlo.

Theodora rió.

—Quizá Nell prefiera quedarse aquí a escribir en las paredes.

—Qué cruel —dijo Luke—. Muy insensible por tu parte, Theo.

—Quiero saber más sobre los pastores que bailan en el huevo de Pascua —dijo Theodora.

—Un mundo entero contenido en azúcar. Seis pastores diminutos que bailan y una pastora vestida de rosa y azul que se reclina sobre una ribera cubierta de musgo mientras se deleita observándolos; hay árboles y flores y ovejas, y un viejo cabrero que toca la gaita. Creo que me hubiera gustado ser cabrero.

—En caso de que no fueras torero —dijo Theodora.

—En caso de que no fuera torero. Los romances de Nell son la comidilla de los cafés, como recordarás.

—Pan —dijo Theodora—. Deberías vivir en un árbol de tronco hueco, Luke.

—Nell —dijo Luke—. No nos estás escuchando.

—Creo que la asustas, Luke.

—¿Porque Hill House será mía algún día, con sus incontables tesoros y cojines? No soy amable con las casas, Nell; podría darme un ataque de agitación y hacer pedazos el huevo de Pascua de azúcar, o destrozar las pequeñas manos infantiles o dar pisotones y gritar escaleras arriba y escaleras abajo, golpeando las lámparas con un bastón y desfigurando a la dama de grandes senos que sostiene la barandilla con la cabeza; podría...

—¿Lo ves? Sí que la estás asustando.

—Creo que, efectivamente, así es —dijo Luke—. Nell, sólo estoy diciendo tonterías.

—No creo que ni siquiera tenga bastón —añadió Theodora.

—Pues resulta que sí. Nell, sólo estoy diciendo tonterías. ¿En qué está pensando, Theo?

Theodora dijo con cuidado:

—Quiere que me la lleve conmigo a casa cuando dejemos Hill House, y yo no quiero hacerlo.

Luke rió.

—Pobre y boba Nell —dijo—. Los viajes acaban con el encuentro de los amantes. Vamos hasta el arroyo.

—Una casa madre —dijo Luke mientras descendían los escalones de la veranda al jardín—, una preceptora, una institutriz, una rectora. Estoy convencido de que seré un director más bien mediocre, como el amigo Arthur, cuando Hill House me pertenezca.

—No entiendo cómo nadie podría querer ser el propietario de Hill House —dijo Theodora, y Luke se volvió para mirar divertido la casa.

—Uno nunca sabe lo que va a querer hasta que lo ve con claridad —dijo—. Si nunca hubiera tenido la más mínima oportunidad de poseerla podría pensar de un modo muy diferente. ¿Qué es lo que realmente quieren las personas de sus semejantes, como me preguntó Nell una vez; de qué sirve la gente?

—Fue culpa mía que mi madre muriera —dijo Eleanor—. Golpeé en la pared y me llamó y me llamó pero yo no llegué a despertarme. Debería haberle llevado su medicina; siempre lo había hecho hasta entonces. Pero en esta ocasión me llamó y no llegué a despertarme.

—A estas alturas ya deberías haber olvidado todo eso —dijo Theodora.

—Desde entonces me he preguntado muchas veces si en realidad no desperté. Si en realidad no desperté y la oí y decidí volverme a dormir. Habría sido fácil, y muchas veces me lo he preguntado.

—Torced por aquí —dijo Luke— si queréis ir al arroyo.

—Te preocupas demasiado, Nell. Probablemente te *gusta* pensar que fue culpa tuya.

—Tenía que pasar antes o después, en cualquier caso —dijo Eleanor—. Pero por supuesto, pasara cuando pasara, iba a ser culpa mía.

—Si no hubiera pasado, nunca habrías venido a Hill House.

—A partir de aquí seguimos en fila india —dijo Luke—. Nell, ve tú en cabeza.

Sonriendo, Eleanor siguió avanzando, dando cómodas patadas al sendero. Ahora sé adónde voy, pensó; le he contado lo de mi madre, así que *eso* ya está arreglado; encontraré una casita, o quizá un apartamento como el suyo. La veré todos los días y saldremos juntas en busca de bellos objetos: platos con el reborde dorado, y un gato blanco, y un huevo de Pascua de azúcar, y una taza de estrellas. No volveré a sentirme sola ni asustada; me haré llamar sencillamente *Eleanor*.

—¿Estáis hablando sobre mí? —preguntó por encima del hombro.

Al cabo de un minuto, Luke respondió educadamente.

—Es una lucha entre el bien y el mal por el alma de Nell. Supongo que, en cualquier caso, yo tendré que ser Dios.

—Aunque, por supuesto, no podrá *fiarse* de ninguno de los dos —dijo Theodora divertida.

—De mí seguro que no —dijo Luke.

—Además, Nell —dijo Theodora—, no estábamos hablando de ti en absoluto. Como si fuera yo la maestra de gimnasia —le dijo, medio enfadada, a Luke.

He estado esperando tanto tiempo, pensaba Eleanor; por fin me he ganado mi felicidad. Llegó en cabeza a lo alto de la colina y observó extenderse frente a ella la esbelta línea de árboles que debían atravesar para llegar al arroyo. Están preciosos, recortados contra el cielo, pensó, tan rectos y libres; Luke se equivocaba al decir que todo es blando, porque los árboles son duros como la madera. Siguen hablando de mí, comentando cómo llegué a Hill House y encontré a Theodora y ahora no la dejaré marchar. A sus espaldas podía oír el murmullo de sus voces, a veces teñidas de malicia, otras elevándose burlonas, en ocasiones tocadas con una risa de afinidad, y ella continuó caminando soñadoramente, oyéndolos seguirla. Supo que entraban en la zona de hierba alta un minuto después que ella, porque la hierba se movió siseante bajo sus pies y un saltamontes asustado se alejó dando un gran brinco.

Podría ayudarla en su taller, pensó Eleanor; le gustan los objetos bellos y yo podría ir con ella en su busca. Podríamos ir a donde se nos antojara, hasta el fin del mundo si quisiéramos, y regresar cuando nos apeteciera. Él le está

contando ahora lo que sabe sobre mí: que no me dejen engañar con facilidad, que estoy rodeada por un muro de adelfas, y ella ríe porque ya nunca más voy a estar sola. Son muy parecidos y los dos son muy generosos; nunca hubiera esperado de ellos tanto como me están dando; hice muy bien en venir, porque los viajes acaban con el encuentro de los amantes.

Pasó bajo las ramas de los árboles y la sombra le resultó agradablemente refrescante tras el sol del sendero; ahora tenía que caminar con más cuidado porque el sendero iba cuesta abajo y en ocasiones había pedruscos y raíces en mitad del camino. Detrás de ella, sus voces seguían oyéndose, rápidas y nítidas, y luego más espaciadas e interrumpidas por risas; no voy a volverme a mirar, pensó felizmente, porque entonces sabrían lo que estoy pensando; ya hablaremos de ello algún día, Theo y yo, cuando tengamos tiempo de sobra. Qué extraña me siento, pensó, saliendo de debajo de los árboles y afrontando la última y más empinada parte del sendero, la que llevaba directamente hasta el arroyo; estoy como atrapada en una red de maravillas, estoy extática de alegría. No voy a mirar a mi alrededor hasta que llegue al arroyo, donde ella casi se cayó el día que vinimos; le recordaré el pez dorado del arroyo y nuestro pícnic.

Eleanor se sentó en la verde ribera y apoyó la barbilla en las rodillas; jamás olvidaré este momento en mi vida, se prometió a sí misma, escuchando sus voces y sus pisadas descender la colina.

—Daos prisa —dijo volviéndose buscando a Theodora—. Yo... —y quedó en silencio. En la colina no había nadie, nada salvo las pisadas que descendían el sendero y la risa débil y burlona—. ¿Quién...? —susurró—. ¿Quién?

Pudo ver la hierba hundirse bajo el peso de las pisadas. Vio otro saltamontes alejarse de un brinco y un guijarro echando a rodar. Oyó con toda claridad el ruido de las pisadas sobre el sendero y luego, retrocediendo, oyó la risa muy cerca de ella; «Eleanor, Eleanor», y la oyó dentro y fuera de su cabeza; era una llamada que llevaba escuchando toda su vida. Las pisadas se detuvieron y se vio cogida por un soplo de aire tan sólido que tropezó y algo la sostuvo. «Eleanor, Eleanor», oyó por encima del rumor del aire que soplaba en sus oídos, «Eleanor, Eleanor», y se sintió abrazada y segura. No hace nada de frío, pensó, no hace nada de frío. Cerró los ojos y se recostó sobre la ribera y pensó, No me dejes ir, y a continuación, Quédate, quédate, al notar que la firmeza que la abrazaba se escurría, abandonándola y desapareciendo; «Eleanor, Eleanor», oyó una vez más y entonces se puso en pie junto al arroyo, temblando como si el sol hubiera desaparecido, observando sin sorpresa cómo las pisadas huecas avanzaban por encima del agua del arroyo, creando pequeños remolinos, y luego entre la hierba que cubría la otra orilla, moviéndose colina arriba lenta y cuidadosamente.

Regresa, llegó casi a decir, tiritando junto al arroyo, y entonces volvió sobre sus pasos y corrió alocadamente colina arriba, llorando y gritando:

—¿Theo? ¿Luke?

Los encontró en el pequeño grupo de árboles, apoyados contra un tronco, hablando en voz baja y riendo; cuando llegó corriendo hasta ellos, se

volvieron, sobresaltados, y Theodora reaccionó casi con enfado.

—¿Qué porras quieres esta vez? —dijo.

—Os estaba esperando junto al arroyo.

—Hemos decidido quedarnos aquí, al fresco —dijo Theodora—. Pensábamos que nos habías oído llamarte, ¿verdad, Luke?

—Oh, sí —dijo Luke, avergonzado—. Estábamos seguros de que nos habías oído.

—En cualquier caso —dijo Theodora—, estábamos a punto de ir en un minuto. ¿Verdad, Luke?

—Sí —dijo Luke, sonriendo—. Oh, sí.

4

—Corrientes subterráneas —dijo el doctor agitando el tenedor.

—Tonterías. ¿Se encarga la señora Dudley de todas las comidas? Estos espárragos están más que pasables. Arthur, deja que el joven te sirva unos espárragos.

—Querida —el doctor miró con cariño a su esposa—, tenemos por costumbre descansar una hora más o menos después de la comida; si quieres...

—Ni mucho menos. Tengo mucho por hacer en el poco tiempo que voy a estar aquí. Debo hablar con tu cocinera, debo asegurarme de que mi habitación se airea debidamente, debo preparar a *planchette* para una nueva sesión esta noche; Arthur debe limpiar su revólver.

—La marca de un buen luchador —reconoció Arthur— es tener el arma siempre a punto.

—*Tú y estos* jóvenes podéis descansar, por supuesto. Quizá no compartan la urgencia que siento yo, la terrible compulsión de ayudar a las pobres almas que aquí vagan sin descanso; quizá consideren ridícula mi simpatía por ellos, quizá incluso yo misma les parezca risible por ser capaz de llorar por un alma perdida y abandonada, sin nadie que le tienda una mano; el amor puro...

—¿Cróquet? —interrumpió Luke apresuradamente—. ¿Le apetece a alguien una partida de cróquet? —dijo paseando la mirada anhelante de uno a otro—. ¿Badminton? —sugirió—. ¿Cróquet?

—¿Corrientes subterráneas? —añadió Theodora servicialmente.

—Nada de salsas elaboradas para *mí* —dijo Arthur con firmeza—. Siempre le digo a mis muchachos que esa es la marca de un malcriado —miró reflexivamente a Luke—. La marca de un malcriado. Salsas elaboradas, que te sirvan la comida las mujeres. *Mis* muchachos se sirven la comida ellos mismos. Esa es la marca de un hombre —le dijo a Theodora.

—¿Y qué otras cosas les enseña? —preguntó Theodora educadamente.

—¿Enseñarles? ¿Se refiere a... si aprenden algo, mis muchachos? ¿Quiere decir... álgebra, cosas así? ¿Latín? Ciertamente —Arthur se recostó contra el respaldo de su silla, satisfecho—. Pero todo eso se lo dejo a los profesores —explicó.

—¿Y cuántos alumnos hay en su escuela? —Theodora se inclinó hacia delante, cortés, interesada, entablando conversación con un huésped, y Arthur no cabía en sí de gozo; al otro lado de la mesa la señora Montague frunció el ceño e hizo sonar los dedos sobre la madera con impaciencia.

—¿Cuántos? Cuántos. Tenemos un equipo de tenis soberbio, ¿sabe? —le dijo Arthur a Theodora—. Soberbio. Francamente de primera. ¿Sin contar a los mariliendres?

—Sin contarlos —dijo Theodora—, a los mariliendres.

—Oh. Tenis. Golf. Béisbol. Atletismo. Críquet —sonrió astutamente—. Nunca habría sospechado que jugamos al críquet, ¿verdad? Luego está la natación y el voleibol. Claro que algunos muchachos se apuntan a todas —le dijo emocionado—. Chicos íntegros. Quizá setenta, en total.

—¿Arthur? —la señora Montague no pudo seguir conteniéndose—. No hables más del trabajo. Estás de vacaciones, ¿recuerdas?

—Sí, qué tonto soy —Arthur sonrió con ternura—. Voy a comprobar las armas —explicó.

—Son las dos en punto —dijo la señora Dudley desde la puerta—. Recojo a las dos.

5

Theodora rió, y Eleanor, escondida entre las sombras detrás de la glorieta, se tapó la boca con las manos para impedirse hablar y revelarles que estaba allí; tengo que averiguarlo, estaba pensando, tengo que averiguarlo.

—Se llama «El asesinato de los Grattan» —estaba diciendo Luke—. Una delicia. Puedo cantártela, si quieres.

—La marca de un malcriado —rió nuevamente Theodora—. Pobre Luke; yo

habría dicho «sinvergüenza».

—Si prefieres pasar esta breve hora con Arthur...

—Por supuesto que preferiría estar con Arthur. Un hombre educado siempre es compañía animada.

—Críquet —dijo Luke—. Nunca se le habría ocurrido que jugaríamos al críquet, ¿verdad?

—Canta, canta —dijo Theodora, riendo.

Luke cantó, en tono nasal, enfatizando distintivamente cada palabra:

La primera fue la señorita Grattan
que intentó no dejarle entrar;
y así empezaron sus crímenes,
clavándole una hoz de segar.

La siguiente fue la abuela Grattan,
anciana, canosa y cansada;
que intentó repeler a su atacante,
pero acabó descoyuntada.

El siguiente fue el abuelo Grattan,
sentado junto a la lumbre;
se le acercó sin hacer ruido
y lo estranguló con un alambre.

El último fue el niño Grattan
en su carricoche de bebé;
donde le golpeó entre las costillas,
hasta haber acabado con él.

Y escupió jugo de tabaco.

sobre su pelo color de miel.

Cuando hubo terminado se hizo un momento de silencio, y luego Theodora dijo débilmente:

—Una delicia, Luke. Preciosa. Nunca volveré a oírla sin acordarme de ti.

—Tengo la firme intención de cantársela a Arthur —dijo Luke.

¿Cuándo van a hablar de mí?, pensó Eleanor entre las sombras. Al cabo de un minuto, Luke continuó perezosamente:

—Me pregunto cómo será el libro del doctor cuando lo escriba. ¿Crees que nos mencionará?

—Tú probablemente aparezcas como un afanoso joven investigador psíquico. Y yo seré una dama en posesión de un don innegable pero de dudosa reputación.

—Me pregunto si la señora Montague tendrá todo un capítulo para ella sola.

—Y Arthur. Y la señora Dudley. Espero que no nos reduzca a todos a cifras en un diagrama.

—Me pregunto, me pregunto —dijo Luke—. Qué calor hace esta tarde —dijo—. ¿Qué podríamos hacer que sea refrescante?

—Podríamos pedirle a la señora Dudley que nos prepare limonada.

—¿Sabes lo que quiero hacer yo? —dijo Luke—. Quiero explorar. Vamos a seguir el arroyo colina arriba a ver de dónde surge; quizá haya algún estanque en el que podamos nadar.

—O una cascada; parece el típico arroyo que fluye de una cascada.

—Vamos, pues.

Escuchando desde detrás de la glorieta, Eleanor oyó sus risas y el ruido de sus pies corriendo sobre el sendero en dirección a la casa.

6

—Aquí tenemos algo muy interesante —dijo Arthur a la manera de alguien

que se esfuerza galantemente por entretener—, aquí, en este libro. Explica cómo hacer velas a partir de ceras infantiles normales y corrientes, de las de pintar.

—Muy interesante —el doctor parecía cansado—. Si me disculpa, Arthur, tengo que escribir todas estas notas.

—Claro, doctor. Todos tenemos trabajo que hacer. Ni una palabra más.

Eleanor, que escuchaba junto a la puerta del gabinete, oyó los pequeños ruidos irritantes de Arthur intentando acomodarse para guardar silencio.

—No hay gran cosa que hacer en este sitio, ¿verdad? —dijo Arthur—. ¿Cómo mata usted el tiempo normalmente?

—Trabajando —respondió el doctor escuetamente.

—¿Está escribiendo todo lo que sucede en la casa?

—Sí.

—¿Me ha incluido a mí?

—No.

—Me parece a mí que debería añadir al menos nuestras notas de *planchette*. ¿Qué está escribiendo ahora?

—Arthur. ¿No tiene nada que leer, o algo?

—Claro. No pretendía ser una molestia.

Eleanor oyó a Arthur coger un libro y volver a dejarlo sobre la mesa, y encender un cigarrillo, y suspirar, y removerse en su asiento, y finalmente decir:

—Escuche, ¿no hay nada que *hacer* en este sitio? ¿Dónde *está* todo el mundo?

El doctor habló con paciencia pero sin interés.

—Theodora y Luke han ido a explorar el arroyo, creo. Y supongo que los demás andarán por ahí. De hecho, creo que mi esposa estaba buscando a la señora Dudley.

—Oh —Arthur volvió a suspirar—. Entonces igual puedo dedicarme a leer, supongo —dijo, y luego, al cabo de un minuto—. Oiga, doctor. No quiero molestarle, pero escuche lo que pone aquí en este libro...

—No —dijo la señora Montague—, no me parece sensato juntar a la gente joven de un modo tan promiscuo, señora Dudley. Si mi esposo me hubiera consultado antes de organizar estas fantásticas vacaciones...

—En fin, señora Montague —era la voz de la señora Dudley, y Eleanor, pegada a la puerta del comedor, observó con la boca abierta contra los paneles de madera—, yo lo que siempre he dicho es que sólo se es joven una vez. Sólo se lo están pasando bien, como es natural en los jóvenes.

—Pero dormir todos bajo un mismo techo...

—Tampoco es que no tengan edad suficiente como para distinguir lo que está bien de lo que está mal. Esa guapa señorita, la tal Theodora, es lo suficientemente mayorcita como para cuidar de sí misma, me parece a mí, sin importar lo despreocupado que sea el señor Luke.

—Necesito una toalla seca, señora Dudley, para la cubertería. Es una lástima, me parece a mí, el modo en el que los chicos de hoy en día crecen sabiéndolo todo. Deberían aguardarles más misterios, más cosas reservadas apropiadamente a los adultos que tuvieran que esperar para poder descubrir.

—Entonces las descubrirían a las malas —la señora Dudley sonaba cómoda y afable—. Dudley ha traído estos tomates del huerto esta mañana —dijo—. Este año hemos tenido buena cosecha.

—¿Empiezo a prepararlos?

—No, oh, no. Usted siéntese ahí un rato a descansar; ya ha hecho más que suficiente. Pondré el agua a hervir y nos tomaremos una buena taza de té.

8

—Los viajes acaban con el encuentro de los amantes —dijo Luke, y sonrió en dirección a Eleanor, al otro lado de la habitación—. ¿De verdad es tuyo ese vestido azul que lleva puesto Theo? No lo había visto hasta ahora.

—Soy Eleanor —dijo Theodora perversamente—, porque tengo barba.

—Fuiste muy previsora trayendo ropa para dos —le dijo Luke a Eleanor—. Theo no habría lucido ni la mitad de bien con mi vieja gabardina.

—Soy Eleanor —dijo Theodora—, porque voy vestida de azul. Amo mi amor con una E porque etérea ella es. Su nombre es Eleanor, y vive esperando.

Está siendo maliciosa, pensó Eleanor remotamente; al parecer podía ver y oír a aquellas personas. Ahora, pensó, Theo está siendo maliciosa y Luke está intentando ser amable; Luke está avergonzado por haberse reído de mí y se

avergüenza de Theo por ser maliciosa.

—Luke —dijo Theodora, mirando de reojo a Eleanor—, ven aquí y cántame de nuevo.

—Más tarde —dijo Luke incómodo—. El doctor acaba de colocar las piezas en el tablero —se volvió con cierto apresuramiento.

Theodora, resentida, apoyó la cabeza contra el respaldo de su silla y cerró los ojos, dispuesta evidentemente a no decir palabra. Eleanor siguió sentada, observando sus manos, y escuchó los sonidos de la casa. En alguna parte del primer piso una puerta se cerró sin hacer ruido; un pájaro se posó brevemente sobre la torre y volvió a alzar el vuelo. En la cocina, el horno se estaba asentando, enfriándose entre discretos crujidos. Un animal —¿un conejo?— se escabulló entre los arbustos junto a la glorieta. Podía incluso oír, con su nueva percepción de la casa, el polvo que flotaba tranquilamente en los desvanes, la madera envejeciendo. Sólo la biblioteca permanecía cerrada para ella; no podía oír la pesada respiración de la señora Montague y de Arthur, enfrascados en *planchette*, ni sus preguntas nerviosas; no podía oír los libros pudriéndose ni el óxido carcomiendo el hierro de la escalera de caracol que ascendía a la torre. En el pequeño gabinete podía oír, sin levantar la vista, los golpecitos irritados de Theodora y el suave deslizarse de las piezas del ajedrez. Oyó la puerta de la biblioteca abrirse violentamente y luego las pisadas airadas que se acercaban enérgicamente al gabinete, y entonces todos se volvieron en el momento en el que la señora Montague abrió la puerta y entró como una exhalación.

—Debo confesar —dijo la señora Montague en un resuello explosivo—, realmente debo *confesar* que esto es lo más *exasperante* que...

—Querida —se levantó el doctor, pero la señora Montague le indicó que se echara a un lado, enfadada—. Si hubieras tenido la *decencia* ... —dijo.

Arthur, que la había seguido hasta allí dócilmente, se echó a un lado y, casi deshinchándose, se dejó caer en una silla junto a la chimenea. Cuando Theodora se volvió hacia él, negó con la cabeza cansadamente.

—La común *decencia*. Después de todo, John, he hecho *todo* el viaje hasta aquí, igual que Arthur, sólo por ayudar, y ciertamente debo reconocer que jamás esperé verme recibida con tal cinismo e incredulidad por *tu* parte, precisamente, y *éstos* ... —gesticuló hacia Eleanor y Theodora y Luke—. Lo único que pido, lo único que *pido* es un mínimo de confianza, sólo una pizca de simpatía por todo lo que estoy intentando hacer, y en vez de eso encuentro descreimiento, burla, mofa y sarcasmo —respirando pesadamente, con la cara enrojecida, la señora Montague blandió un dedo frente al doctor—. *Planchette* —dijo amargamente— no me quiere hablar esta noche. Ni *una sola palabra* he recibido de *planchette*, como resultado directo de sus burlas y su escepticismo; es muy posible que *planchette* no vuelva a hablarme en varias semanas; ya me ha pasado anteriormente, te lo puedo asegurar; ha sucedido antes cuando se ha visto sometido al escarnio de los incrédulos; he visto a *planchette* permanecer en silencio durante semanas, y lo *mínimo* que podría haber esperado, al venir aquí como lo he hecho sin ninguno salvo el más

noble de los motivos, era un poco de respeto.

La señora Montague volvió a blandir el dedo frente al doctor, sin palabras por el momento.

—Querida mía —dijo el doctor—. Estoy convencido de que ninguno de nosotros habría interferido premeditadamente.

—Burlándose y mofándose, ¿no era eso lo que estaban haciendo? Escépticos, a pesar de tener las palabras de *planchette* delante de sus propios ojos. ¿Estos jóvenes, petulantes e insolentes?

—Señora Montague, de verdad... —dijo Luke, pero la señora Montague pasó a su lado sin mirarle y se sentó con los labios apretados y los ojos llameantes. El doctor suspiró, abrió la boca para decir algo y volvió a cerrarla. Alejándose de su esposa, le hizo un gesto a Luke para que regresara al tablero de ajedrez. Luke le siguió con aprensión, y Arthur, revolviéndose en su silla, le dijo en voz baja a Theodora:

—Nunca la había visto tan alterada, ¿sabe usted? Ha sido una experiencia miserable, la de esperar a *planchette*. Se ofende con facilidad, como es lógico. Es muy sensible a la atmósfera.

Creyendo haber explicado satisfactoriamente la situación, volvió a recostarse y sonrió tímidamente.

Eleanor apenas los escuchaba, vagamente consciente de los movimientos en la estancia. Alguien estaba dando vueltas, pensó sin interés. Luke recorría la habitación de un extremo a otro, hablando en voz baja para sí mismo; qué manera tan rara de jugar al ajedrez. ¿Tarareando? ¿Cantando? En una o dos ocasiones estuvo a punto de decirle algo, y entonces Luke habló tranquilamente; estaba frente al tablero de ajedrez, donde debía estar, y Eleanor se volvió y miró el centro vacío de la habitación, donde alguien estaba caminando y cantando suavemente, y entonces lo oyó con claridad:

Vamos caminando por el valle,

vamos caminando por el valle,

vamos caminando por el valle,

como ya hemos hecho antes...

Vaya, conozco esa canción, pensó, escuchando, sonriendo ante la débil melodía; solíamos jugar a ese juego; me acuerdo.

—Sencillamente se trata de un aparato muy delicado e intricado —le estaba diciendo la señora Montague a Theodora; seguía enfadada, pero evidentemente se estaba ablandando ante las atenciones y la simpatía de Theodora—. El más ligero aire de descreimiento lo ofende, como es natural. ¿Cómo se sentiría *usted* si la gente se negara a *creerla* ?

Entramos y salimos por las ventanas,

entramos y salimos por las ventanas,

entramos y salimos por las ventanas,

como ya hemos hecho antes...

La voz era aguda, quizá sólo la de una niña, cantando dulce y veladamente, con apenas un suspiro, y Eleanor sonrió y recordó, oyendo la cancioncilla con más claridad que la voz de la señora Montague que seguía hablando sobre *planchette*.

Ve a encontrarte con tu amante,

ve a encontrarte con tu amante,

ve a encontrarte con tu amante,

como ya hemos hecho antes...

Oyó la melodía desvanecerse y sintió un ligero movimiento de aire en el momento en el que las pisadas se acercaron a ella, y algo casi la rozó en la cara; quizá hubo un pequeño suspiro junto a su mejilla y se volvió sorprendida. Luke y el doctor estaban encorvados sobre su tablero, Arthur se había inclinado para acercarse a hacerle una confidencia a Theodora y la señora Montague seguía hablando.

Ninguno de ellos lo ha oído, pensó con júbilo; nadie lo ha oído salvo yo.

Eleanor cerró con cuidado la puerta del dormitorio, no queriendo despertar a Theodora, a pesar de que el ruido de una puerta al cerrarse difícilmente podría molestar a alguien, pensó, que dormía tan profundamente como Theodora; yo aprendí a tener el sueño ligero, se dijo a sí misma consolándose, cuando estaba pendiente de escuchar a mi madre. El pasillo estaba en penumbras iluminado únicamente por la pequeña lámpara que había sobre el descansillo de las escaleras, y todas las puertas cerradas. Qué curioso, pensó Eleanor, avanzando sin hacer ruido con los pies descalzos sobre la alfombra, es la única casa que he conocido en la que uno no ha de preocuparse si hace ruido de noche, o por lo menos de que nadie vaya a saber que eres tú. Se había despertado con la idea de bajar a la biblioteca, y su mente le había proporcionado un motivo: no puedo dormir, se explicó a sí misma, de modo que voy a bajar a coger un libro. Si alguien me pregunta adónde voy, le diré que a la biblioteca a coger un libro porque no puedo dormir.

Hacía calor, un calor lujurioso y amodorrante. Descendió descalza y en silencio la gran escalera y llegó hasta la puerta de la biblioteca antes de pensar, Pero no puedo entrar ahí, no lo tengo permitido, y reculó ante el olor a decadencia, que le provocaba náuseas.

—Madre —dijo en voz alta, y retrocedió rápidamente.

—Ven —respondió una voz claramente desde el piso de arriba, y Eleanor se volvió anhelante y subió las escaleras apresuradamente.

—¿Madre? —dijo en voz baja, y luego repitió—. ¿Madre?

Una risita llegó flotando hasta ella, y corrió, llegando sin aliento a lo alto de las escaleras, donde se detuvo, mirando las puertas cerradas a derecha e izquierda del pasillo.

—Estás aquí en alguna parte —dijo, y al otro extremo del pasillo un pequeño eco fue menguando hasta convertirse en un susurro que se deslizaba sobre las pequeñas corrientes de aire.

—En alguna parte —decía—. En alguna parte.

Riendo, Eleanor lo siguió corriendo sin hacer ni un solo ruido por todo el pasillo hasta llegar a la puerta del jardín de infancia. La zona fría había desaparecido, y ella se rió de las dos caras sonrientes que la miraban desde lo

alto.

—¿Estás aquí? —dijo, y llamó a la puerta, golpeando con el puño.

—¿Sí? —era la señora Montague, en el interior, que evidentemente se acababa de despertar—. ¿Sí? Entra, seas quien seas.

No, no, pensó Eleanor, abrazándose y riendo en silencio, ahí dentro con la señora Montague no, y volvió a alejarse por el pasillo oyendo a la señora Montague llamarla a sus espaldas.

—Soy tu amiga; no quiero hacerte daño. Entra y cuéntame lo que te atormenta.

No abrirá la puerta, pensó Eleanor astutamente; no está asustada pero aun así no abrirá la puerta, y llamó, golpeando, a la puerta de Arthur, y oyó el grito sofocado de Arthur al despertar.

Bailando, notando la alfombra suave bajo sus pies, llegó junto a la puerta tras la cual dormía Theodora; desleal Theodora, pensó, burlona y cruel Theo, despierta, despierta, despierta, y golpeó y abofeteó la puerta, riendo, y agitó el pomo y luego corrió ágilmente por el pasillo hasta la puerta de Luke y la aporreó; despierta, pensó, despierta, y sé desleal. Ninguno de ellos abrirá su puerta, pensó; se quedarán dentro sentados, envueltos en sus mantas, temblando y preguntándose qué les va a suceder a continuación; despierta, pensó, aporreando la puerta del doctor; os desafío a que abráis las puertas y me veáis bailar en el pasillo de Hill House.

Entonces Theodora la sobresaltó llamándola histéricamente:

—¿Nell? ¿Nell? ¡Doctor, Luke, Nell no está aquí!

Pobre casa, pensó Eleanor, me había olvidado de Eleanor; ahora tendrán que abrir las puertas, y bajó corriendo las escaleras, oyendo a sus espaldas la voz del doctor que se elevaba con preocupación, y Theodora que la llamaba:

—¿Nell? ¿Eleanor?

Qué tontos son, pensó; ahora sí que tendré que entrar en la biblioteca.

—Madre, madre —musitó—. Madre —y se detuvo frente a la puerta de la biblioteca, asqueada. Por detrás podía oírles hablar en el pasillo de la primera planta; qué curioso, pensó, puedo sentir toda la casa, e incluso oyó a la señora Montague protestando, y a Arthur, y luego al doctor decir con toda claridad:

—Tenemos que buscarla; dense todos prisa, por favor.

Bueno, yo también puedo darme prisa, pensó Eleanor, y recorrió corriendo el pasadizo que llevaba hasta el pequeño gabinete, donde el fuego brilló brevemente con luz mortecina en el momento en el que abrió la puerta, y las piezas de ajedrez seguían en el sitio en el que Luke y el doctor habían

abandonado la partida. El pañuelo que Theodora había llevado puesto estaba tirado sobre el respaldo de su silla; también puedo encargarme de eso, pensó Eleanor, sus patéticas galas de doncella, y se puso un extremo del pañuelo entre los dientes y estiró, desgarrándolo, y enseguida lo dejó caer al oírlos en las escaleras. Estaban bajando todos juntos, nerviosos, diciéndose unos a otros dónde mirar primero, llamando una y otra vez:

—¿Eleanor? ¿Nell?

—¿Vienes? ¿Vienes? —oyó a lo lejos, desde algún otro rincón de la casa, y oyó temblar las escaleras bajo sus pies y un grillo alborotarse en el jardín. Atrevida, alegre, volvió a recorrer el pasadizo hasta el recibidor y los espío desde la puerta. Se movían con premeditada lentitud, todos juntos, esforzándose por quedarse siempre cerca unos de otros, y la linterna del doctor barrió el recibidor y se detuvo en la gran puerta de entrada, que estaba abierta de par en par. Entonces, a la carrera, gritando «Eleanor, Eleanor», atravesaron corriendo todos a una el recibidor y salieron al jardín, buscando y llamando, agitando nerviosamente la linterna. Eleanor se agarró a la puerta y rió hasta que se le inundaron los ojos de lágrimas; qué tontos son, pensó; con qué facilidad los engañamos. Son tan lentos y tan sordos y tan *pesados*; pisotean la casa como elefantes, hurgando, observando, hoscos. Atravesó corriendo el recibidor y la sala de juegos hasta llegar al comedor, y de allí pasó a la cocina, con todas sus puertas. Aquí estoy bien, pensó. Puedo salir en cualquier dirección en el momento en que los oiga. Cuando volvieron a entrar en el recibidor principal, tropezando y llamándola, salió a toda velocidad a la veranda, al frío de la noche. Se quedó inmóvil con la espalda apoyada contra la puerta, con las pequeñas brumas de Hill House ondulando entre sus tobillos, y alzó la mirada hacia las opresivas y macizas colinas. Cómodamente encajada entre las colinas, pensó, protegida y cálida; Hill House es afortunada.

—¿Eleanor?

Estaban muy cerca, así que corrió a lo largo de la veranda y entró en el gran salón.

—Hugh Crain —dijo—, ¿quiere bajar y bailar conmigo?

Hizo una reverencia frente a la enorme estatua inclinada y los ojos de ésta destellaron brevemente; pequeños reflejos de luces rozaron las figuritas y las sillas doradas, y Eleanor bailó muy seria frente a Hugh Crain, que la observó, resplandeciendo.

—Entramos y salimos por las ventanas —cantó, y notó que algo tomaba sus manos mientras bailaba—. Entramos y salimos por las ventanas —y salió bailando a la veranda y siguió rodeando la casa. Doy vueltas y vueltas y vueltas alrededor de la casa, pensó, y ninguno de ellos puede verme. Tocó una de las puertas de la cocina al pasar junto a ella y a diez kilómetros de allí la señora Dudley tiritó mientras dormía. Llegó hasta la torre, estrechamente agarrada por el abrazo de la casa, atenazada por la presión de la casa, y caminó lentamente frente a sus grises piedras, no teniendo permitido tocar ni siquiera el exterior. Entonces dobló la esquina y se encontró frente a la gran

puerta de entrada; volvía a estar cerrada, así que alargó la mano y la abrió sin el más mínimo esfuerzo. De este modo entró en Hill House, se dijo a sí misma, y penetró en el interior como si fuera de su propiedad.

—Aquí estoy —dijo en voz alta—. He recorrido toda la casa, entrando y saliendo por las ventanas, he bailado...

—¿Eleanor?

Era la voz de Luke, pensó, De entre todos ellos el que menos yo quisiera que me encontrara es Luke; no le dejes que me vea, pensó suplicante, y se volvió y echó a correr, sin detenerse, hasta entrar en la biblioteca.

Y aquí estoy, pensó. Aquí estoy, en el interior. No hacía frío ni mucho menos, sino un calor delicioso, cariñoso. Había luz suficiente como para que viera la escalera de hierro, curvándose sobre sí misma, y la pequeña trampilla que la coronaba arriba del todo. Debajo de ella el suelo de piedra se movió acariciándola, frotándose contra las suelas de sus pies, y a su alrededor el aire suave la tocaba, removiéndole el pelo, filtrándose entre sus dedos, entrando en su boca como un débil aliento, y ella bailó en círculos. No habrá leones de piedra para mí, pensó, ni adelfas; he roto el hechizo de Hill House y de algún modo he entrado en ella. Estoy en casa, pensó, y se detuvo en seco, maravillada ante aquella idea. Estoy en casa, estoy en casa, pensó; y ahora, a subir.

Ascender por la estrecha escalera de hierro era embriagador, dando vueltas y más vueltas, cada vez más y más alta, mirando hacia abajo, agarrándose a la pequeña barandilla de hierro, mirando hacia el suelo de piedra cada vez más distante. Subiendo, mirando hacia abajo, pensó en la blanda y verde hierba del exterior y en las onduladas colinas y los fértiles árboles. Alzando la mirada, pensó en la torre de Hill House, alzándose, triunfal entre las copas de los árboles, elevándose por encima de la carretera que serpenteaba a través de Hillsdale y que pasaba junto a una casita blanca recubierta de flores y junto a unas adelfas mágicas y junto a unos leones de piedra hasta llegar muy muy lejos, hasta una anciana diminuta que iba a rezar por ella. Ahora el tiempo ha terminado, pensó, todo eso ya ha quedado atrás, y aquella pobre anciana diminuta todavía sigue rezando por mí.

—¡Eleanor!

Durante un minuto no pudo recordar quiénes eran (¿Habían sido sus huéspedes en la casa de los leones de piedra? ¿Habían cenado sentados a su larga mesa a la luz de las velas? ¿Los había conocido en el molino, sobre el arroyo centelleante? ¿Había bajado uno de ellos a caballo la verde colina, con los pendones al viento? ¿Había corrido uno de ellos junto a ella en la oscuridad? Y entonces recordó, y todos cayeron en su lugar indicado) y dudó, aferrándose a la barandilla. Eran tan pequeños, tan ineficaces. Estaban muy muy abajo, sobre el suelo de piedra, y la señalaban; la llamaban, y sus voces eran urgentes y lejanas.

—Luke —dijo ella, recordando. Podían oírla, porque guardaron silencio cuando ella habló—. Doctor Montague —dijo—. Señora Montague. Arthur —no

podía recordar a la otra, que se mantenía en silencio y un poco apartada.

—Eleanor —dijo el doctor Montague—, date la vuelta con mucho cuidado y baja lentamente los escalones. Muévete muy muy despacio, Eleanor. No dejes de agarrarte a la barandilla. Ahora date la vuelta y baja.

—¿Qué demonios está haciendo esa criatura? —preguntó la señora Montague. Llevaba rulos en el pelo y su bata tenía un dragón en el estómago—. Hazla bajar para que podamos volver todos a la cama. Arthur, hazla bajar de inmediato.

—¿Ven? —empezó a decir Arthur, y Luke se dirigió al pie de la escalera y empezó a subir.

—Por el amor de Dios, tenga cuidado —dijo el doctor mientras Luke ascendía sin dilación—. Los enganches de la pared están completamente podridos.

—No los sostendrá a los dos —dijo la señora Montague con seguridad—. Conseguiré derrumbarla sobre nuestras cabezas. Arthur, acércate aquí a la puerta.

—Eleanor —gritó el doctor—, ¿puede darse la vuelta y empezar a bajar lentamente?

Sobre ella sólo estaba la pequeña trampilla que conducía al exterior, a la torreta; se alzó sobre la pequeña y estrecha plataforma en lo alto de la escalera y empujó contra la trampilla, pero no se movió. En vano la golpeó con los puños, pensando histéricamente, Haz que se abra, haz que se abra o me cogerán. Mirando por encima del hombro, pudo ver a Luke ascendiendo sin detenerse, dando vueltas y más vueltas.

—Eleanor —le dijo—. Quédate quieta. No te muevas —y sonó asustado.

No puedo escapar, pensó, y miró hacia abajo; vio una cara con claridad y el nombre surgió en su cabeza.

—Theodora —dijo.

—Nell, haz lo que te dicen. Por favor.

—¿Theodora? No puedo salir; han clavado la puerta.

—Por supuesto que está clavada —dijo Luke—. Por suerte para ti, muchacha.

Trepando, subiendo muy lentamente, casi había alcanzado la estrecha plataforma.

—Quédate perfectamente quieta —dijo.

—Quédese perfectamente quieta, Eleanor —dijo el doctor.

—Nell —dijo Theodora—, *por favor*, haz lo que te dicen.

—¿Por qué? —Eleanor miró hacia abajo y vio la vertiginosa caída de la torre, la escalera de hierro aferrada a la pared de la torre, temblando y tensándose bajo los pies de Luke, el frío suelo de piedra, los rostros distantes y pálidos que la observaban.

—¿Cómo puedo bajar? —preguntó indefensa—. Doctor, ¿cómo puedo bajar?

—Muévase muy despacio —dijo él—. Y haga lo que Luke le diga.

—Nell —le dijo Theodora—. No tengas miedo. Todo irá bien, ya lo verás.

—Por supuesto que irá bien —dijo Luke malhumorado—. Probablemente seré sólo *yo* el que se parta el cuello. Aguanta, Nell; voy a subir a la plataforma. Quiero rodearte para que puedas ir bajando por delante de mí —apenas parecía cansado, a pesar de la subida, pero su mano tembló en el momento en el que la extendió para agarrarse a la barandilla, y tenía el rostro empapado—. Vamos —dijo bruscamente.

Eleanor retrocedió.

—La última vez que me dijiste que siguiera adelante no me seguiste —dijo.

—Quizá debería limitarme a empujarte —dijo Luke—, y a dejar que reventaras ahí abajo contra el suelo. Ahora compórtate y muévete con cuidado; pasa por delante de mí y empieza a bajar. Y confía —añadió con furia— en que consiga aguantar la tentación de darte un empujón.

Dócilmente, Eleanor recorrió la plataforma y se pegó cuanto pudo contra la dura pared de piedra mientras Luke pasaba con precaución a su lado.

—Empieza a bajar —dijo—. Iré justo detrás de ti.

Precariamente, con la escalera de hierro temblando y gimiendo a cada paso, Eleanor fue descendiendo. Observó su mano sobre la barandilla, blanca debido a la fuerza con la que se estaba agarrando, y sus pies descalzos, descendiendo alternativamente, escalón tras escalón, moviéndose con extremo cuidado, pero no volvió a mirar hacia abajo, hacia el suelo de piedra. Baja muy poco a poco, se dijo a sí misma repetidas veces, sin pensar más que en los escalones que parecían doblarse y retorcerse bajo sus pies, baja muy muy poco a poco.

—No pares —dijo Luke detrás de ella—. Tranquila, Nell, no hay nada que temer, ya casi lo hemos conseguido.

Involuntariamente, debajo de ella, el doctor y Theodora extendieron los brazos, como si estuvieran prestos a cogerla en caso de que cayera, y en una ocasión en la que Eleanor resbaló y se saltó un escalón, agarrándose a la barandilla ondulante, Theodora reprimió un grito y corrió a sostener la escalera.

—Todo irá bien, Nellie —le dijo una y otra vez—. Todo irá bien, todo irá bien.

—Sólo queda un poco más —dijo el doctor.

Arrastrándolos, Eleanor deslizó los pies por encima de los escalones, uno tras otro, y al fin, casi antes de que pudiera creerlo, tocó la piedra del suelo. Detrás de ella la escalera tembló con estrépito en el momento en el que Luke bajó de un salto los últimos escalones y atravesó sin detenerse la biblioteca para dejarse caer contra una silla, agachando la cabeza y todavía temblando. Eleanor se volvió y miró hacia arriba, al lugar infinitamente alto en el que se había puesto en pie, a la escalera de hierro, alabeada y retorcida, que se balanceaba golpeando contra la pared de la torre, y dijo en voz muy baja:

—He subido corriendo. He subido corriendo hasta arriba del todo.

La señora Montague salió resueltamente del pórtico bajo el que ella y Arthur se habían resguardado del probable colapso de la escalera.

—¿Alguien está de acuerdo conmigo —preguntó con gran delicadeza— y piensa que esta joven ya nos ha causado bastantes problemas por una noche? A mí, por lo menos, me gustaría volver a la cama. Y Arthur opina lo mismo.

—Hill House... —empezó a decir el doctor.

—Este desatino infantil ha destruido con casi total certeza cualquier oportunidad de que *esta noche* se dé una manifestación, puedo asegurártelo. Yo ciertamente no tengo la menor esperanza de ver a ninguno de nuestros amigos del más allá después de esta ridícula actuación, de modo que si me disculpan, y en caso de que esté usted *segura* de que ha terminado de exhibirse y actuar y de despertar a gente ocupada, les diré buenas noches. Arthur.

La señora Montague salió como una exhalación, su dragón rampante temblando de la indignación.

—Luke estaba asustado —dijo Eleanor, mirando al doctor y a Theodora.

—Luke estaba ciertamente asustado —dijo éste desde su silla—. Luke estaba tan asustado que casi no consigue bajar de ahí arriba. Nell, mira que eres imbécil.

—Me siento inclinado a mostrarme de acuerdo con Luke —el doctor estaba disgustado y Eleanor retiró la mirada, miró a Theodora, y Theodora dijo:

—Supongo que tenías que hacerlo, Nell.

—Estoy bien —dijo Eleanor, y no pudo seguir mirando a ninguno de ellos. Se fijó, sorprendida, en sus pies descalzos, dándose cuenta de repente de que la habían llevado, sin sentirlos, escaleras abajo. Reflexionó, mirándose los pies, y luego alzó la cabeza—. Había bajado a la biblioteca a buscar un libro —dijo.

Fue humillante, desastroso. Durante el desayuno no se dijo una palabra y Eleanor recibió café y huevos y tostadas igual que los demás. Se le permitió demorarse con el café igual que al resto, observar la luz del sol en el exterior, comentar el buen día que se presentaba; durante un par de minutos incluso se le podría haber persuadido para creer que nada había sucedido. Luke le pasó la mermelada, Theodora le sonrió por encima de la cabeza de Arthur, el doctor le dio los buenos días. Después, tras el desayuno, después de la entrada de la señora Dudley a las diez, se trasladaron sin decir nada, siguiéndose unos a otros en silencio, hasta el pequeño gabinete, donde el doctor asumió su lugar frente a la chimenea. Theodora llevaba puesto el suéter rojo de Eleanor.

—Luke traerá su coche del granero —dijo el doctor con amabilidad. A pesar de lo que estaba diciendo, sus ojos eran considerados y amistosos—. Theodora subirá a prepararle las maletas.

Eleanor rió.

—No puede. No tendrá nada que ponerse.

—Nell... —empezó a decir Theodora, pero se interrumpió y miró a la señora Montague, que se encogió de hombros y dijo:

—He examinado la habitación. *Naturalmente*. No entiendo cómo no se le ocurrió hacerlo a ninguno de ustedes.

—Yo iba a hacerlo —dijo el doctor apologeticamente—. Pero pensé que...

—*Siempre* estás pensando, John, ese es tu problema. Naturalmente, yo he examinado la habitación de inmediato.

—¿La habitación de Theodora? —preguntó Luke—. A mí no me gustaría tener que volver a entrar ahí.

La señora Montague pareció sorprendida.

—No consigo entender el motivo —dijo—. A la habitación no le pasa nada.

—He entrado y he revisado mi ropa —le dijo Theodora al doctor—. Todas las prendas están perfectamente.

—La habitación necesita que le pasen el polvo, *naturalmente*, pero ¿qué otra cosa podrías esperar si cierras la puerta con llave y la señora Dudley no puede...?

El doctor elevó la voz por encima de la de su mujer.

—No sé cómo expresarle lo mucho que lo siento —estaba diciendo—. Si alguna vez puedo hacer algo por usted...

Eleanor rió.

—Pero no puedo marcharme —dijo, preguntándose cómo encontrar las palabras para explicarse.

—Ha estado aquí demasiado tiempo ya —dijo el doctor.

Theodora la estaba observando.

—No necesito tu ropa —dijo con paciencia—. ¿No acabas de oír a la señora Montague? No necesito tu ropa, e incluso aunque así fuera, ahora no me la pondría; Nell, tienes que alejarte de aquí.

—Pero no puedo marcharme —dijo Eleanor, riendo todavía porque era completamente imposible explicarlo.

—Señorita —dijo Luke sombrío—, ha dejado usted de ser bienvenida como mi huésped.

—Quizá sería mejor que Arthur la llevara hasta la ciudad. Arthur podría asegurarse de que llega allí sana y salva.

—¿Llegar adónde? —Eleanor sacudió la cabeza, notando su encantador y frondoso pelo sobre el rostro—. ¿Llegar adónde? —preguntó con alegría.

—En fin —dijo el doctor—, pues a casa, por supuesto.

Y Theodora dijo:

—Nell, a tu propia casa, a tu pequeño apartamento, donde tienes todas tus cosas —y Eleanor rió.

—No tengo ningún apartamento —le dijo a Theodora—. Me lo inventé. Duermo en un camastro en casa de mi hermana, en el cuarto de la niña. No tengo casa, ni ningún lugar al que ir. Y no puedo volver con mi hermana porque le robé el coche.

Eleanor rió al oír sus palabras, tan inadecuadas e indeciblemente tristes.

—No tengo casa —repitió, y los observó esperanzada—. No tengo casa. Todo lo que poseo en este mundo está en una caja de cartón en mi coche. Eso es todo lo que tengo, unos libros y algunos objetos de cuando era pequeña, y un reloj que me regaló mi madre. Así que, ya ven, no hay lugar al que puedan enviarme.

Por supuesto podría seguir, quiso decir, viendo en todo momento sus caras asustadas y sorprendidas, podría seguir y seguir, dejando mi ropa para Theodora; podría seguir vagando y vagabundeando, errante, y siempre

acabaría regresando aquí. Sería más fácil dejar que me quedara, más sensato, quería decirles, más feliz.

—Quiero quedarme aquí —les dijo.

—Ya he hablado con la hermana —dijo la señora Montague dándose importancia—. Debo decir que lo primero por lo que ha preguntado ha sido por el coche. Una mujer de lo más vulgar; le he dicho que no tenía de qué preocuparse. Hiciste muy mal, John, permitiendo que robara el coche de su hermana y viniera aquí.

—Querida —empezó a decir el doctor Montague, interrumpiéndose para hacer un aspaviento con las manos, dándola por imposible.

—En cualquier caso, la esperan. La hermana estaba muy molesta conmigo porque tenían planeado empezar hoy sus vacaciones, a pesar de que no entiendo por qué debería estar molesta *conmigo* ... —la señora Montague miró circunfleja a Eleanor—. Sinceramente creo que alguien debería asegurarse de dejarla sana y salva en sus manos.

El doctor negó con la cabeza.

—Sería un error —dijo lentamente—. Sería un error enviar a uno de nosotros con ella. Debe permitírsele olvidar todo lo referente a esta casa tan pronto como sea posible; no podemos prolongar la asociación. Una vez se encuentre lejos de aquí, volverá a ser ella misma; ¿será capaz de encontrar el camino hasta casa? —le preguntó a Eleanor, y Eleanor se echó a reír.

—Iré a preparar el equipaje —dijo Theodora—. Luke, échale un vistazo al coche y ve trayéndolo. Sólo tiene una maleta.

—Emparedada viva —Eleanor empezó a reír de nuevo ante sus pétreos rostros—. Emparedada viva —dijo—. Quiero quedarme aquí.

3

Formaron una fila impenetrable en los escalones de Hill House, frente a la puerta principal. Por encima de sus cabezas Eleanor pudo ver las ventanas mirando hacia abajo y, a un lado, la torre, esperanzada, confiada. Podría haber llorado si se le hubiera ocurrido algún modo de explicarles por qué; en vez de eso, sonrió débilmente en dirección a la casa, mirando la ventana de su cuarto, el rostro divertido de la casa, que la observaba con certeza en silencio. Ahora la casa está esperando, pensó, y la estaba esperando a ella; nadie más podría satisfacerla.

—La casa quiere que me quede —le dijo al doctor, y éste se quedó mirándola sin decir nada. Había adoptado una postura muy rígida y de gran dignidad, como si esperara que le eligiera a él en vez de a la casa, como si, habiéndola llevado hasta allí, pensara que sólo por invertir sus instrucciones podía volver

a alejarla. Estaba vuelto de espaldas a la casa, y Eleanor, mirándole con toda sinceridad, dijo—: Lo siento. Lo siento muchísimo.

—Irá usted a Hillsdale —dijo secamente; quizá le daba miedo hablar demasiado, quizá pensaba que una palabra amable o de simpatía podría redundar en que ella acabara regresando. El sol brillaba sobre las colinas y la casa y el jardín y la hierba y los árboles y el arroyo; Eleanor respiró hondo y se volvió para verlo todo—. En Hillsdale tome la comarcal cinco en dirección al este; en Ashton, tome la Ruta treinta y nueve, que la llevará hasta casa. Es por su propia seguridad —añadió con cierta urgencia—. Por su propia seguridad, querida. Créame, si hubiera previsto lo que iba a suceder...

—Lo siento muchísimo —dijo Eleanor.

—No podemos arriesgarnos, sabe usted. No *podemos*. Sólo ahora empiezo a percibir el terrible riesgo que corrí al pedirles que me acompañaran. En fin... —suspiró y negó silenciosamente con la cabeza—. ¿Lo recordará? —preguntó—. Recto hasta Hillsdale y luego la comarcal cinco...

—Miren —Eleanor permaneció callada un minuto, queriendo explicarles cuál era exactamente la situación—. No estaba asustada —dijo al fin—. De verdad, no estaba asustada. Ahora ya estoy bien. Me sentía... feliz —miró con fervor al doctor—. *Feliz* —repitió—. No sé qué decir —añadió, temiendo nuevamente echarse a llorar—. No quiero marcharme.

—Quizá en otra ocasión —dijo el doctor con firmeza—. ¿No comprende que sencillamente no *podemos* arriesgarnos de tal manera?

Eleanor titubeó.

—Alguien está rezando por mí —dijo absurdamente—. Una anciana a la que conocí hace mucho tiempo.

La voz del doctor fue amable, pero sus pies golpearon el suelo con impaciencia.

—Pronto habrá olvidado todo eso —dijo—. Debe olvidar todo lo referente a Hill House. Cometí un grave error trayéndola aquí.

—¿Cuánto tiempo hemos *estado* aquí? —preguntó Eleanor repentinamente.

—Poco más de una semana. ¿Por qué?

—Es la única vez en mi vida que me ha sucedido algo. Me estaba gustando.

—Ésa —dijo el doctor— es precisamente la razón por la que debe marcharse cuanto antes.

Eleanor cerró los ojos y suspiró, sintiendo y oyendo y oliendo la casa; un arbusto de aroma penetrante recién florecido junto a la cocina, el agua del arroyo lanzando destellos sobre los guijarros. Lejos, en el primer piso, quizá

en el jardín de infancia, se formó un pequeño remolino de viento que barrió el suelo haciendo volar el polvo. En la biblioteca la escalera de hierro se balanceó y una luz resplandeció en los marmóreos ojos de Hugh Crain; la camisa de Theodora colgaba de su percha, lisa e inmaculada; la señora Dudley estaba preparando la mesa para cinco. Hill House observaba, paciente y arrogante.

—No me iré —le dijo Eleanor a las altas ventanas.

—*Claro* que se irá —dijo el doctor, mostrando al fin su impaciencia—. Ahora mismo.

Eleanor rió y se volvió extendiendo la mano.

—Luke —dijo, y él se acercó a ella en silencio—. Gracias por haberme hecho bajar anoche —dijo—. Estuvo mal por mi parte, ahora lo sé. Y fuiste muy valiente.

—Sí que lo fui —dijo Luke—. Fue un acto de coraje superior a cualquier otro que pueda haber hecho en *mi* vida. Y me alegra verte marchar, Nell, porque ciertamente no sería capaz de repetirlo.

—Bueno, me parece a *mí* —dijo la señora Montague— que si ha de marcharse lo mejor será que lo haga ya. No me parece mal que la gente se despida, si bien personalmente me da la impresión de que tienen ustedes un punto de vista sumamente exagerado sobre este lugar, pero lo que *sí* creo es que tenemos cosas mejores que hacer que seguir aquí discutiendo cuando todos sabemos que usted *debe* marcharse. Le queda un buen trecho por recorrer hasta llegar a la ciudad y su hermana la está esperando para poder irse de vacaciones.

Arthur asintió.

—Las despedidas lacrimosas —dijo— no son para mí, la verdad.

Lejos, en el pequeño gabinete, la ceniza se deshizo suavemente en la chimenea.

—John —dijo la señora Montague—, posiblemente *sería* mejor que Arthur...

—No —dijo el doctor con firmeza—. Eleanor tiene que volver tal y como llegó.

—¿Y a quién le doy las gracias por estas encantadoras vacaciones? —preguntó Eleanor.

El doctor la cogió del brazo y, con Luke a su lado, la llevó hasta el coche y le abrió la puerta. La caja de cartón seguía en el asiento trasero, su maleta estaba en el suelo, su abrigo y su monedero en el asiento del copiloto; Luke había dejado el motor en marcha.

—Doctor —dijo Eleanor, agarrándole—. Doctor.

—Lo siento —dijo él—. Adiós.

—Conduce con cuidado —dijo Luke educadamente.

—No puede *obligarme* a irme —dijo alzando la voz—. Fue usted quien me *trajo* aquí.

—Y ahora la estoy alejando —dijo el doctor—. No la olvidaremos, Eleanor. Pero ahora mismo lo único importante es que *usted* olvide Hill House y a todos nosotros. Adiós.

—Adiós —dijo la señora Montague con firmeza desde la escalera, y Arthur añadió:

—Adiós, buen viaje.

Entonces, Eleanor, con la mano en la manilla de la puerta del coche, se volvió hacia ellos.

—¿Theo? —dijo inquisitivamente, y Theodora bajó corriendo las escaleras hacia ella.

—Pensaba que no te ibas a despedir de mí —dijo—. Oh, Nellie, mi Nell. Sé feliz; por favor, sé feliz. No me olvides *del todo*; algún día las cosas *volverán* a ir bien de verdad, y tú me escribirás cartas y yo te contestaré y nos haremos visitas y nos divertiremos recordando las cosas absurdas que hicimos y vimos y oímos en Hill House. ¡Oh, Nellie! Pensaba que no te ibas a despedir de mí.

—Adiós —le dijo Eleanor.

—Nellie —dijo Theodora tímidamente, y alargó una mano para tocar la mejilla de Eleanor—. Escucha, quizá algún día podamos volver a reunirnos aquí. ¿Y haremos nuestro picnic junto al arroyo? No hemos llegado a celebrar nuestro picnic —le dijo al doctor, y éste negó con la cabeza mirando a Eleanor.

—Adiós —le dijo Eleanor a la señora Montague—. Adiós, Arthur. Adiós, doctor. Espero que su libro tenga mucho éxito. Luke —añadió—, adiós. Y adiós.

—Nell —dijo Theodora—, por favor, ten cuidado.

—Adiós —dijo Eleanor, y entró en el coche; le resultaba ajeno e incómodo; ya me he acostumbrado demasiado a las comodidades de Hill House, pensó, y se recordó que debía saludar sacando una mano por la ventanilla—. Adiós —dijo, preguntándose si alguna vez había existido otra palabra para ella—, adiós, adiós.

Torpemente, golpeándose las manos, soltó el freno y dejó que el coche empezara a moverse lentamente.

Los demás le devolvieron cumplidamente el saludo, inmóviles, observándola. No me quitarán el ojo de encima mientras siga al alcance de su vista, pensó;

es cuestión de educación para ellos seguir mirándome hasta que me pierda de vista; así que me voy. Los viajes acaban con el encuentro de los amantes. Pero *no* me voy a marchar, pensó, y se rió sola; Hill House no es tan fácil como *ellos*; sólo por decirme que me marche no van a poder obligarme a que me vaya, no si Hill House pretende que me quede.

—Márchate, Eleanor —canturreó en voz alta—. Márchate, Eleanor, ya no te queremos, no en *nuestra* Hill House, márchate, Eleanor, no puedes quedarte *aquí*; pero sí que puedo —cantó—. Pero sí que puedo; no son *ellos* quienes hacen las reglas *aquí*. No pueden echarme ni aislarne ni reírse de mí ni esconderse de mí; no me voy a marchar, y Hill House *me* pertenece.

Con lo que percibió como una muestra de rápido ingenio, apretó el pie con fuerza contra el acelerador; no serán capaces de correr lo suficiente como para detenerme esta vez, pensó, aunque ahora ya deben de estar empezando a darse cuenta; me pregunto quién será el primero. Luke, casi con total seguridad. Ahora puedo oírles llamándome, pensó, y las pequeñas pisadas que corren por Hill House y el suave sonido de las colinas acercándose. Realmente lo estoy haciendo, pensó, girando el volante para dirigir el coche hacia el gran árbol en la curva del camino de entrada. Realmente lo estoy haciendo, lo estoy haciendo yo sola, ahora, por fin; ésta soy yo. Realmente lo estoy haciendo yo yo yo.

En el interminable segundo del impacto antes de que el coche se empotrara en el árbol, Eleanor pensó con toda claridad, ¿por qué estoy haciendo esto? ¿*Por qué* estoy haciendo esto? ¿Por qué no me detienen?

4

La señora Sanderson sintió un enorme alivio al recibir la noticia de que el doctor Montague y sus acompañantes habían dejado Hill House; según le contó al abogado de la familia, estaba decidida a echarles de allí en caso de que el doctor Montague hubiera mostrado el más mínimo indicio de querer seguir. La amiga de Theodora, apaciguada y contrita, se mostró encantada de volver a verla tan pronto de regreso; Luke se trasladó a París, donde su tía esperaba fervientemente que se quedara una temporada. El doctor Montague se retiró finalmente de la investigación académica activa tras la fría, casi despreciativa recepción otorgada a su artículo preliminar en el que analizaba los fenómenos psíquicos de Hill House. La propia Hill House, nada cuerda, se alzaba en soledad frente a las colinas, acumulando oscuridad en su interior; llevaba así ochenta años y así podría haber seguido otros ochenta años más. En su interior, las paredes mantenían su verticalidad, los ladrillos se entrelazaban limpiamente, los suelos aguantaban firmes y las puertas permanecían cuidadosamente cerradas; el silencio empujaba incansable contra la madera y la piedra de Hill House, y lo que fuera que caminase allí dentro, caminaba solo.



SHIRLEY JACKSON nació el 14 de diciembre de 1916 en San Francisco y murió el 8 de agosto de 1965. Fue una escritora de cuentos y novelista estadounidense especializada en el género de terror. Influyó grandemente en autores como Stephen King, Nigel Kneale y Richard Matheson.

Hija de Leslie y Geraldine Jackson. En 1939 se mudaron a Rochester, Nueva York. Shirley asistió a la universidad de dicha ciudad. Luego se graduó en la Universidad de Syracuse, en 1940. En esta universidad había estado muy involucrada en las revistas estudiantiles. Allí conoció a su futuro marido, Stanley Edgar Hyman, quien llegaría a ser notable crítico literario.

Su relato más conocido es posiblemente *The Lottery* (La lotería, 1948, publicado en castellano por Ed. Edhasa, 1991), que sugiere la existencia de un tétrico y estremecedor submundo en las pequeñas ciudades de la América profunda. El cuento fue publicado el 28 de junio de 1948 en la revista *The New Yorker* y dio origen a cientos de conmocionadas cartas por parte de los lectores.

Aparte de sus novelas para adultos, Jackson escribió libros para niños: *Nine Magic Wishes*, y una obra teatral basada en el clásico *Hansel y Gretel* y titulada *The Bad Children*. En una serie de relatos breves (*Life Among the Savages and Raising Demons*) la autora presentó su vida familiar y la experiencia de criar a cuatro niños, modalidad que sería muy imitada entre amas de casa estadounidenses con veleidades literarias en los años 50 y 60.

En 1965, Shirley Jackson murió de un ataque al corazón mientras dormía, a la

edad de 48 años. Se considera que el tratamiento que recibió durante toda su vida para remediar sus neurosis y enfermedades psicosomáticas pudo influir en este desenlace.

Notas

[1] Publicada en castellano como *La lotería. Aventuras del amante diablo*. Editorial Edhasa, col. *Fantásticas* Edhasa, Barcelona, 1991. <<

[2] Stephen King, *Danza Macabra*. Ed. Valdemar, col. *Intempestivas*, Madrid, 2006. Pág. 65. <<

[3] *Ibíd*, pág. 476. <<

[4] Lenemaja Friedman, *Shirley Jackson*. Twayne Publishers, Boston, 1975. Pág. 121. <<

[5] Tomás Fernández Valentí, *The Haunting* en *Imágenes de actualidad* n.º 273, octubre, 2007. Págs. 28-31. <<

[6] En inglés: *daredevil*. Al desaparecer la «d» de entre medias, la señal indicaría *dare* y *evil*; «desafío» o «atrevimiento» y «maldad», respectivamente. (N. del T.). <<

